

C.P.I. ROSALES DEL CANAL



Antología de
**Literatura
Universal**

— ◆ —
1º DE BACHILLERATO

—
CALLE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, 21 · ZARAGOZA

INDICE

PÁGINA 1	Stephen Fry, <i>Troya</i> (adaptación de la <i>Iliada</i> de Homero)
PÁGINA 15	Stephen Fry, <i>Odisea</i> (adaptación de la <i>Odisea</i> de Homero)
PÁGINA 31	Shakespeare; <i>El rey Lear</i>
PÁGINA 36	Shakespeare; <i>Hamlet</i>
PÁGINA 46	Dickens; <i>Grandes esperanzas</i>
PÁGINA 54	Juan Rulfo; <i>Pedro Páramo</i>
PÁGINA 64	Colm Tóibín; <i>Madres e hijos</i>
PÁGINA 91	Vivian Gornick; <i>Apegos feroces</i>
PÁGINA 107	Virgilio; <i>La Eneida</i>
PÁGINA 118	Ovidio; <i>Amores</i>
PÁGINA 121	Ovidio; <i>Pónticas</i>
PÁGINA 123	Egheria; <i>Viaje a Oriente</i>
PÁGINA 125	Emily Dickinson; <i>Poemas</i>
PÁGINA 126	Cavafis; <i>Ithaca</i>
PÁGINA 127	Sofocles; <i>Filoctetes</i>
PÁGINA 134	Daniel Defoe; <i>Robinson Crusoe</i>
PÁGINA 151	Aristófanes; <i>Lisístrata</i>
PÁGINA 159	Boccaccio; <i>El Decameron</i>
PÁGINA 173	Safo; <i>Poemas</i>
PÁGINA 182	Apuleyo; <i>El asno de oro</i>
PÁGINA 192	Kafka; <i>Un artista del hambre</i>
PÁGINA 214	Lucia Berlin; <i>Manual para mujeres de la limpieza</i>
PÁGINA 236	Mariana Enriquez; <i>El monstruo</i>
PÁGINA 239	Alceo de Mitilene; <i>La nave del estado y otros poemas.</i>
PÁGINA 246	Shakespeare; <i>La tempestad</i>
PÁGINA 252	Virgilio; <i>Bucólicas</i>

Stephen Fry Troya



Traducción de Rubén Martín Giraldez


ANAGRAMA
ARGUMENTOS

CAYÓ DEL CIELO

Troya. El reino más maravilloso del mundo. La joya del Egeo. La rutilante Ilión, la ciudad que se elevó y cayó no una, sino dos veces. Guardiana de las entradas y salidas del bárbaro Oriente. Reino de oro y de caballos. Cuna extrema de profetas, príncipes, héroes, guerreros y poetas. Bajo la protección de ARES, ARTEMISA, APOLO y AFRODITA, se mantuvo durante años como modelo de cuanto se puede lograr en las artes de la guerra y de la paz, del comercio y los tratados, del amor y el arte, en la destreza de gobernar, en la devoción y la armonía civil. Cuando cayó se abrió un agujero en el mundo humano que tal vez nunca llegue a colmarse si no es por medio de la memoria. Los poetas han de cantar su historia una y otra vez, transmitiéndola de generación en generación, si no queremos perder una parte de nosotros mismos con la pérdida de Troya.

Para comprender el final de Troya, tenemos que entender su comienzo. El contexto de nuestra historia tiene muchos giros y vueltas. Entran y salen multitud de nombres de sitios, personalidades y familias. No es necesario recordar cada nombre, ni todas las relaciones de sangre y matrimonio, ni todos los reinos y provincias. La historia emerge, y os prometo que los nombres importantes se os quedarán.

Todas las cosas, Troya incluida, comienzan y acaban con ZEUS, el rey de los dioses, gobernador del Olimpo, señor del trueno, recolector de nubes y portador de tormentas.

Hace mucho, mucho tiempo, casi antes del amanecer de la historia de los mortales, Zeus se casó con Electra, una de las bellas hijas del titán Atlas y de la ninfa del mar Pléyone. Electra le dio a Zeus un hijo, DÁRDANO, que viajó por toda Grecia y las islas del Egeo buscando un lugar donde construir y establecer su propia dinastía. Acabó posándose en la costa jónica. Si nunca habéis visitado Jonia, debéis saber que hablamos del territorio al este del mar Egeo conocido antiguamente como Asia Menor, y que ahora llamamos Anatolia. Allí se encontraban los grandes reinos de Frigia y Lidia, pero ya habían sido ocupados y gobernados, así que Dárdano se estableció en el norte y ocupó la península situada bajo el Helesponto, en cuyos estrechos cayó Hele desde el lomo del carnero de oro. Años después, JASÓN recorrería en barco esas aguas en busca

del vellocino del mismo animal. Leandro, loco de amor, las cruzaría a nado por las noches para ver a Hero, su amada.¹

La ciudad que fundó Dárdano se llamó –haciendo gala de poca imaginación y aún menos modestia– Dárdano, mientras que el reino entero llevó el nombre de Dardania.² A la muerte del rey fundador gobernó ILO, el mayor de sus tres hijos, pero murió sin descendencia y dejó el trono a su hermano mediano, ERICTONIO.¹

El reinado de Erictonio fue pacífico y próspero. Al socaire del monte Ida, sus territorios se alimentaban de las aguas de los benignos dioses ríos Simois y Escamandro, que bendijeron la tierra de Dardania con una gran fertilidad. Erictonio llegó a ser el hombre más rico del mundo conocido, famoso por sus tres mil yeguas y sus innumerables potros. Bóreas, el viento del norte, adoptó la forma de un semental salvaje y engendró una excelente raza de caballos con la recua de Erictonio. Aquellos potros eran tan ágiles y ligeros que podían galopar a través de los maizales sin doblar una sola espiga. O eso dicen.

Caballos y riqueza: cuando hablamos de Troya siempre acabamos hablando de caballos maravillosos y de riquezas sin fin.

FUNDACIÓN

Tras la muerte de Erictonio, su hijo TROS le sucedió en el trono. Tros tenía una hija, Cleopatra, y tres hijos, ILO (que llevaba el nombre de su tío abuelo), Asáraco y GANIMEDES. La historia del príncipe Ganimedes es bien conocida. Era un hombre tan hermoso que hasta el propio Zeus se vio dominado por una pasión por él irresistible. El dios adoptó la forma de un águila, descendió en vuelo rasante y se llevó al chico al Olimpo, donde le sirvió de amado compinche, compañero y escanciador. Para compensar a Tros por la pérdida de su hijo, Zeus le mandó a HERMES con un regalo: dos caballos divinos tan veloces y ligeros que eran capaces de galopar sobre el agua. Tros quedó sobradamente consolado con aquellos animales mágicos y por la noticia de que ahora Ganimedes era –y, por definición, sería para siempre– inmortal.¹

Fue Ilo, el hermano de Ganimedes, quien fundó la nueva ciudad que se llamaría

Troya en honor de Tros. Ganó un combate de lucha libre en los Juegos Frigios cuyo premio consistía en cincuenta jóvenes, cincuenta doncellas y, lo más importante, una vaca. Una vaca muy especial que un oráculo indicó a Ilo que debía emplear para fundar una ciudad.

–Allá donde se siente la vaca, habrás de construir.

Si Ilo hubiese oído la historia de CADMO –¿y quién no lo había hecho?– habría sabido que Cadmo y Harmonía, actuando de acuerdo con las instrucciones de un oráculo, habían seguido a una vaca y habían esperado a que el animal se sentase como indicación de dónde debían construir lo que acabaría siendo Tebas, la primera de las grandes ciudades estado de Grecia. Puede parecernos que la práctica de otorgar a las vacas la capacidad de elegir dónde debe construirse una ciudad es arbitraria y extravagante, pero si reflexionamos un poco tal vez descubramos que no es tan raro, a fin de cuentas. Donde convendría que hubiese una ciudad también tienen que existir abundantes recursos de carne, leche, cuero y queso para sus ciudadanos. Por no hablar de bestias de tiro fuertes: bueyes para arar los campos y tirar de carros. Si a una vaca la convencen lo suficiente las comodidades de una región como para tumbarse a descansar, vale la pena prestarle atención. En cualquier caso, Ilo se conformó con seguir a su novilla desde Frigia rumbo al norte por la Tróade,² dejando atrás las cuestas del monte Ida y hasta llegar a la gran llanura de Dardania; y fue ahí, no muy lejos de donde había erigido la primera ciudad su tío abuelo, Dárdano, donde se tumbó por fin la novilla.

Ilo miró a su alrededor. Era un emplazamiento excelente para una nueva ciudad. Al sur se elevaba un macizo del monte Ida y a cierta distancia al norte se extendían los estrechos del Helesponto. Al este se vislumbraba el azul del Egeo y a través de la verde y fértil llanura se entretejían los ríos Simois y Escamandro.

Ilo se arrodilló y rogó a los dioses una señal de que no se equivocaba. En inmediata respuesta cayó un objeto de madera del cielo que aterrizó a sus pies en medio de una gran nube de humo. Era como un niño de diez años de alto¹ y tallado a imagen y semejanza de PALAS ATENEA, con una lanza alzada en una mano y una rueca y un huso en la otra; representaba las artes de la guerra y las artes de la paz, que eran dominio propio de la diosa de ojos verdes.

El acto de mirar un objeto tan sagrado dejó a Ilo ciego al instante. Al estilo de los olímpicos, no se dejó llevar por el pánico. Cayó de rodillas y dirigió sus

plegarias de agradecimiento a los cielos. Tras una semana de resuelta devoción fue recompensado con la restitución de la vista. Lleno de celo y de energía renovada empezó a poner los cimientos de su nueva ciudad. Planificó sus calles de manera que estuvieran dispuestas como los radios de una rueda desde un templo central que dedicaría a Atenea. En el más recóndito sanctasanctórum del templo colocó la talla de madera de Palas Atenea caída del cielo: el xoanon, la Suerte de Troya, el símbolo y confirmación del estatus divino de la ciudad. Mientras aquel tótem sagrado reposara allí sin moverse, Troya prosperaría y perduraría. Así lo creía Ilo y así lo creyó también la gente que acudió en masa a ayudarlo a construir y habitar aquella nueva ciudad. A la talla la llamaron PALADIO y en honor del padre de Ilo, Tros, le pusieron a la ciudad el nombre de Troya y ellos fueron conocidos como troyanos.¹

Ya tenemos la línea fundadora, desde Dárdano hasta Ilo I y Erictonio, cuyo hijo Tros engendró a Ilo II, razón por la cual también se conoce a Troya como Ilio o Ilión.²

MALDICIONES

Hubo otro linaje real en Jonia que deberíamos tener en cuenta: no puedo dejar de subrayar su importancia. Tal vez ya os suene la historia del rey TÁNTALO, que gobernaba en Lidia, un reino al sur de Troya. Tántalo sirvió a los dioses a su hijo PÉLOPE estofado.³ Estos lo recompusieron, lo resucitaron y creció hasta convertirse en un príncipe atractivo y popular, amante de POSEIDÓN, que le regaló un carro tirado por caballos alados. El carro llevó a una maldición que llevó a... que llevó a casi todo...

Ilo se sintió tan escandalizado como el que más ante la depravación de Tántalo, lo suficiente como para expulsarlo por fuerza de la región. Lo suyo sería imaginar que Pélope no pondría pegasa a la expulsión de su padre —a fin de cuentas, Tántalo lo había masacrado, desmembrado y presentado a los olímpicos en forma de fricasé—, pero nada más lejos. En cuanto Pélope llegó a la edad adulta, levantó en armas un ejército y atacó Ilo, pero fue derrotado fácilmente en batalla. Pélope dejó Jonia y terminó asentándose al oeste en el interior de lo que hasta hoy llamamos el Peloponeso. En esta zona extraordinaria surgieron reinos

y ciudades tan legendarios como Esparta, Micenas, Corinto, Epidauro, Trecén, Argos y Pisa. Esta Pisa no es el hogar italiano de la torre inclinada, claro, sino una ciudad estado griega gobernada en el momento de la llegada de Pélope por el rey ENÓMAO, hijo del dios de la guerra Ares.

Enómao tuvo una hija, HIPODAMÍA, cuya belleza y linaje atraían a muchos pretendientes. El rey temía una profecía que vaticinaba su muerte a manos de un yerno. Por entonces no había conventos donde encerrar a las hijas, así que probó otra forma de asegurar su soltería perpetua: anunció que solo podría quedarse con Hipodamía aquel que lo venciese en una carrera de cuadrigas. Había una trampa: aunque la recompensa por la victoria fuese la mano de Hipodamía, el precio por perder la carrera era la vida del pretendiente. Enómao pensaba que no existía en el mundo ningún auriga mejor que él; en consecuencia, estaba convencido de que su hija jamás se casaría ni le daría el yerno que la profecía le había hecho temer. A pesar del drástico coste de perder la carrera y de la simpar reputación de Enómao como auriga, dieciocho hombres valerosos aceptaron el desafío. La belleza de Hipodamía era tremenda y la perspectiva de hacerla suya, y con ella la rica ciudad estado de Pisa, era tentadora. Dieciocho habían competido contra Enómao y dieciocho habían sido derrotados; sus cabezas, en diversos estados de descomposición, adornaban los postes que rodeaban el hipódromo.

Cuando Pélope, expulsado de su reino natal de Lidia, llegó a Pisa quedó fascinado al instante por la hermosura de Hipodamía. Aunque confiaba en sus habilidades como jinete, consideró sensato pedir a Poseidón, su antiguo amante, algo de ayuda extra. El dios del mar y de los caballos le mandó gustosamente de entre las olas una cuadriga y dos corceles alados de gran potencia y velocidad. Para asegurarse por partida doble, Pélope sobornó al auriga de Enómao, MIRTILO, hijo de Hermes, para que lo ayudase a ganar. Motivado por la promesa de la mitad del reino y una noche yaciendo con Hipodamía (de la que también estaba enamorado), Mirtilo se coló en los establos la noche antes de la carrera y sustituyó los pernos de bronce que fijaban el eje de la cuadriga de Enómao por otros tallados en cera de abeja.

Al día siguiente, cuando empezó la carrera, el joven Pélope enseguida se puso a la cabeza, pero el talento del rey Enómao era tal que pronto le dio alcance. Ya estaba casi a su altura, con la jabalina en alto para propinarle un golpe mortal, cuando los pernos de cera cedieron, las ruedas salieron volando de la cuadriga y el rey acabó muriendo sangrientamente bajo los cascos de sus propios caballos.

Mirtilo fue a reclamar lo que consideraba su justa recompensa –una noche con Hipodamía–, pero ella fue corriendo a quejarse a Pélope, que empujó al joven desde un barranco. Mientras Mirtilo se ahogaba en el mar, maldijo a Pélope y a todos sus descendientes.

Mirtilo es un héroe griego poco conocido. No obstante, la parte del Egeo donde cayó sigue llamándose mar de Mirtos. Durante años y años, la gente de la región llevó a cabo sacrificios a Mirtilo en el templo de su padre Hermes, donde su cadáver yacía embalsamado. Tanta devoción por un hombre débil y lujurioso que había aceptado un soborno y causado la muerte de su propio rey.

Pero la maldición sobre Pélope... Esta maldición es relevante. Porque Pélope e Hipodamía tuvieron hijos. Y esos hijos tuvieron hijos. Y la maldición de Mirtilo pesaba sobre todos ellos. Como veremos.

Si esta historia, la historia de Troya, encierra un significado o una moraleja es tan sencilla como que los actos tienen consecuencias. Lo que hizo Tántalo, agravado por lo que hizo Pélope... los actos de estos dos hicieron que cayese una fatalidad sobre la que había de ser la casa real más importante de Grecia.

Mientras tanto, la casa real de Troya estaba a punto de ganarse su propia maldición...

El rey Ilo había muerto y el trono de Troya lo ocupaba ahora su hijo LAOMEDONTE. Allí donde Ilo había sido devoto, diligente, industrioso, honorable y previsor, Laomedonte era avaricioso, ambicioso, ineficaz, indolente y ladino. Su avaricia y su ambición incluían un deseo por ampliar aún más la ciudad de Troya, por darle unas gigantescas murallas y adarves protectores, torres y torreones dorados, por dotarla de un esplendor como el mundo no había visto hasta entonces. En lugar de planearlo y ejecutarlo en persona, Laomedonte hizo algo que nos puede parecer extraño pero que aún era posible en la época en que los dioses y los hombres caminaban juntos sobre la faz de la tierra: contrató a dos de los dioses olímpicos, Apolo y Poseidón, para que hiciesen el trabajo por él. Los inmortales no le hicieron ascos a un contratillo laboral y se embarcaron ambos en el proyecto de construcción con energía y destreza, amontonaron enormes rocas de granito y las transformaron en lisos bloques para crear unas murallas relucientes y gloriosas. En muy poco tiempo el trabajo quedó listo y

una Troya recién fortificada se alzó orgullosa en la llanura de Ilión, una ciudad fortaleza grandiosa y formidable como no se había visto jamás. Pero cuando Apolo y Poseidón se presentaron ante Laomedonte para cobrar, este hizo lo que muchos propietarios llevan haciendo desde entonces. Un mohín, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—No, no, no —dijo—. Los adarves son inclinados y los pedí rectos. Y los portones del sur no son los que encargué. ¡Y esos contrafuertes! Todo mal. Pobre de mí, no, para nada puedo pagarlos por un trabajo tan chapucero como este.

Dicen que a los tontos les dura poco el dinero, pero también se dice que el dinero del mezquino anda dos veces el camino.

La venganza de los dioses estafados fue rápida y despiadada. Apolo disparó a la ciudad flechas de peste por encima de las murallas; en cuestión de días, el sonido de los alaridos y gemidos se alzaba por toda Troya, dado que un miembro de cada familia como mínimo había contraído la enfermedad mortal. Al mismo tiempo, Poseidón mandó un gigantesco monstruo marino al Helesponto. Toda la navegación de este a oeste quedó bloqueada por la feroz presencia y pronto Troya quedó privada del comercio y los aranceles de los que dependía su prosperidad.

Para que luego digan del Paladio y de la Suerte de Troya.

Los aterrorizados ciudadanos acudieron en masa al palacio de Laomedonte para pedir asistencia. El rey se volvió hacia sus sacerdotes y profetas, que estuvieron de acuerdo.

—Es demasiado tarde para pagar a los dioses con el oro que les debéis, majestad. Ahora ya solo hay una manera de aplacarlos. Debéis sacrificar a vuestra hija HESÍONE a la criatura marina.

Laomedonte tenía un montón de hijos.¹ Aunque Hesíone era su favorita, a Laomedonte le importaba más su propia sangre y su propia carne que la carne de su carne (por así decirlo), y sabía que si ignoraba la instrucción de los profetas la población troyana, aterrada y furiosa, haría pedazos y sacrificaría a Hesíone de todos modos.

—Que así sea —dijo con un profundo suspiro y un gesto irritado de la mano.

Cogieron a Hesíone y la encadenaron a una roca en el Helesponto a la espera de su destino en las fauces del monstruo acuático.¹

Toda Troya contuvo la respiración.

SALVACIÓN Y DESTRUCCIÓN

MIRAD, YA VIENE EL HÉROE CONQUISTADOR

Justo al mismo tiempo, en el mismo instante en que Hesíone, encadenada a su roca, empezaba a dirigir súplicas al Olimpo para que la librasen del dragón marino de Poseidón, Heracles y su pandilla de seguidores llegaron a las puertas de Troya de vuelta de su Noveno Trabajo, la obtención del ceñidor de Hipólita, reina de las amazonas.¹

Heracles, junto con sus amigos TELAMÓN y OÍCLES, fue conducido ante la presencia del rey. Por más honrado que se sintiese con la visita del gran héroe, Laomedonte tenía la cabeza más puesta en las mermadas despensas de su atribulada ciudad arrasada por la peste que en el privilegio de actuar como anfitrión de Heracles y sus seguidores, independientemente de lo famoso y admirado que fuese. Con él viajaba un pequeño ejército, y Laomedonte era consciente de que todos esperarían que los alimentasen. Heracles por sí solo ya tenía el apetito de cien hombres.

—Eres más que bienvenido, Heracles. ¿Tienes pensado honrarnos con tu compañía mucho tiempo?

Heracles echó un vistazo a la corte taciturna con cierta sorpresa.

—¿A qué vienen esas caras tan largas? Me habían contado que Troya es el reino más rico y alegre del mundo.

Laomedonte se revolvió en su trono.

—Tú mejor que nadie sabrás que no somos más que juguetes en manos de los dioses. ¿Qué es el hombre sino la desafortunada víctima de sus mezquinos caprichos y de sus celos vengativos? Apolo nos mandó una epidemia y Poseidón un monstruo que obstruye nuestra vía de comunicación por mar.

Heracles escuchó la versión autocompasiva y generosamente manipulada de los

acontecimientos que habían llevado al sacrificio de Hesíone.

—A mí no me parece un problema tan complicado —dijo—. Solo necesitáis a alguien que saque a ese dragón del paso marino y salve a vuestra hija... ¿cómo habéis dicho que se llama?

—Hesíone.

—Sí, esa. La peste se extinguirá sola pronto, me atrevería a decir, como siempre...

Laomedonte vaciló.

—Eso está muy bien, pero ¿y mi hija qué?

Laomedonte, como todo el mundo griego, había oído hablar de los trabajos emprendidos por Heracles: la limpieza de los establos del rey Augias, la doma del toro de Creta, la captura del jabalí gigante del monte Erimanto, la muerte del león de Nemea y la aniquilación de la hidra de Lerna... Si aquella mole de hombre con un pellejo de león echado por encima y un roble a modo de garrote de verdad había llevado a cabo hazañas tan imposibles y derrotado a criaturas tan terribles, entonces tal vez era capaz de liberar el Helesponto y rescatar a Hesíone. Pero siempre estaba la cuestión del pago.

—No somos un reino rico... —mintió Laomedonte.

—No os preocupéis por eso —contestó Heracles—. Lo único que os pido a cambio son vuestros caballos.

—¿Mis caballos?

—Los caballos que mi padre le envió a vuestro abuelo Tros.

—Ah, esos caballos —repuso Laomedonte con un gesto displicente de la mano como diciendo «¿Solo eso?»—. Querido amigo, libra al canal del dragón y devuélveme a mi hija y te los puedes quedar... sí, y también sus bridas de plata.

Menos de una hora después, Heracles, con el cuchillo entre los dientes, se había sumergido en las aguas del Helesponto y atravesaba el oleaje creciente de Poseidón. Hesíone, encadenada a su roca, con el agua por la cintura, contemplaba asombrada a un hombre enorme y musculoso nadando con todas

sus fuerzas hacia la parte más angosta del canal, donde acechaba el dragón.

Laomedonte, Telamón y Oícles, junto con el resto de la compañía de griegos leales a Heracles, observaban desde la orilla. Telamón le susurró a Oícles:

—¡Mírala! ¿Has visto alguna vez un porte más hermoso?

Aunque Hesíone ofrecía una estampa encantadora, Oícles solo tenía ojos para el espectáculo de su líder enzarzándose con un dragón marino al estilo simple, directo y agresivo por el que era celebrado. Heracles se dirigió hacia la criatura, pero lejos de mostrar miedo, el dragón abrió la boca de par en par y se lanzó a su vez a por el héroe.

Oícles pensó que le tenía bien tomada la medida a su amigo y comandante, pero lo que Heracles hizo a continuación no se lo esperaba en absoluto. Sin dejar de dar brazadas fue directo a la boca abierta del monstruo. Un silencio de pasmo atajó los vítores de la costa cuando perdieron de vista a Heracles. La criatura cerró con un chasquido sus mandíbulas colosales y tragó, se irguió con un rugido triunfal y se zambulló de nuevo en las profundidades. Hesíone estaba salvada —al menos de momento—, pero Heracles... Heracles estaba perdido. Heracles, el mayor, el más fuerte, el más valeroso y noble de los héroes, se había dejado engullir de un bocado sin rechistar.

Oícles y los demás deberían habérselo olido, claro. En cuanto Heracles estuvo dentro del apestoso interior animal se puso a dar machetazos concienzudamente. Después de lo que se antojó una eternidad, empezaron a subir flotando a la superficie escamas y pedazos de carne.¹ Telamón fue el primero en verlo y señaló con un grito el mar cuando empezaba a bullir de sangre y jirones de carne. Cuando Heracles emergió por fin boqueando en busca de aire y chorreando agua salada, los griegos y troyanos reunidos soltaron un estentóreo hurra. ¿Cómo podían haber dudado del más formidable de los héroes?

Un ratito después, la temblorosa Hesíone aceptaba con gusto el abrigo de Telamón y un brazo donde agarrarse mientras acompañaba, junto a los soldados eufóricos, a Heracles de vuelta ante la presencia de Laomedonte.²

Hay gente que es incapaz de aprender de sus errores. Cuando Heracles pidió los caballos que según lo acordado debían ser su pago, Laomedonte chasqueó la lengua contrariado igual que había hecho con Apolo y Poseidón.

–Uy, no, no, no –dijo sacudiendo la cabeza de lado a lado–. No, no, no, no, no. El acuerdo era que despejarías el Helesponto, no que lo dejarías emporcado de mocos, sangre y huesos. A mis hombres les va a llevar semanas limpiar el desastre del litoral. «Despejaré el Helesponto»: esas fueron tus palabras exactas y esos los términos del acuerdo. ¿O lo vas a negar?

Laomedonte levantó la barbilla y lanzó una mirada penetrante por la sala hacia los cortesanos reunidos y los miembros de la élite de la guardia real.

–Sus palabras exactas...

–Dijo «despejar»...

–Su majestad está en lo cierto, como siempre...

–¿Ves? Así que no puedo pagarte. Te agradezco que me hayas devuelto a Hesíone, claro, pero estoy seguro de que el dragón no le habría hecho daño. La podríamos haber recogido de la roca nosotros mismos en su debido momento y desde luego sin necesidad de liar ese estropicio.

Heracles agarró su garrote con un bramido de indignación. Los soldados de la guardia de Laomedonte desenvainaron sus espadas de inmediato y formaron un círculo defensivo alrededor de su rey.

Telamón susurró con vehemencia al oído de Heracles:

–Déjalo, amigo mío. Estamos en desventaja numérica, mil a uno. Además, tienes que estar de vuelta en Tirinto a tiempo para empezar tu décimo y último trabajo. Solo con que te retrases un día habrás echado todo a perder. Nueve años de esfuerzo desperdiciados. Venga, no vale la pena.

Heracles bajó su garrote y escupió al semicírculo de soldados tras el cual se escondía Laomedonte.

–Nos volveremos a ver, su majestad –gruñó.

Y ejecutando una profunda reverencia, dio media vuelta y se marchó.

–La reverencia no iba en serio –les explicó a Telamón y a Oicles de camino al barco.

–¿No iba en serio?

–Era una reverencia sarcástica.

–Ah –dijo Telamón–. Ya decía yo.

–Caray, lo zafios que son estos griegos –dijo Laomedonte observando desde las altas murallas de su ciudad el barco de Heracles desplegando sus velas y alejándose–. No tienen modales, ni estilo, ni saber estar...

Hesíone contempló el barco con cierto remordimiento. Le había gustado Heracles y estaba bastante convencida de que, por mucho que su padre lo negase, el héroe le había salvado realmente la vida. Su amigo Telamón también era educadísimo y encantador. Nada desagradable a la vista. Bajó la mirada hasta su regazo y suspiró.

EL REGRESO DE HERACLES

El rey EURISTEO de Micenas y el rey Laomedonte de Troya estaban cortados por el mismo patrón de mezquindad. Si Laomedonte se había desdicho de su trato con Heracles, ahora Euristeo hizo lo propio. A su regreso de Troya, Heracles emprendió su décimo (y último, creía él) trabajo –el transporte del gigantesco ganado de vacas rojas del monstruo Gerióny, al acabar, Euristeo le dijo que dos de los primeros trabajos completados no iban a contar, y que ahora los diez habrían de ser doce.¹ Así es como transcurrieron tres años enteros hasta que Heracles se vio libre de ataduras y pudo atender de nuevo al asunto de la traición del rey Laomedonte, un agravio que, con el tiempo, no había hecho más que crecer y supurar.

Reunió un ejército de voluntarios y echó al mar una flotilla de dieciocho pentecónteros y cincuenta embarcaciones de remo para cruzar el Egeo. En el puerto de Ilión, dejó a Oícles a cargo de los barcos y las tropas de reserva y se fue con Telamón y la mayor parte del ejército a enfrentarse a Laomedonte. Las patrullas de reconocimiento habían alertado al taimado rey troyano de la llegada de los griegos, así que este se las arregló para ganarle la partida a Heracles, dejó la ciudad de Troya, dio un rodeo y fue a atacar a Oícles y los barcos. Para

Stephen Fry

Odisea



Traducción de
Rubén Martín Giráldez


ANAGRAMA
ARGUMENTOS

PRÓLOGO

Bienvenidos a Odisea. Este es el cuarto libro de esta serie mía de reinterpretaciones de los mitos griegos. Os aseguro que para entenderlo y disfrutarlo no hace falta haber leído los tres anteriores: Mythos, Héroes y Troya. Naturalmente, espero que os apetezca acudir a ellos o que ya lo hayáis hecho, aunque la historia de la Odisea se sostiene por sí sola, en todos los sentidos.

Dicho lo cual, quizá merezca la pena que nos demos un paseo por el circuito antes de que empiece la carrera para familiarizarnos con el mundo en el que hemos entrado. Tal vez la mejor forma de hacerlo sea pensar en las tres «edades» que se corresponden con los tres primeros libros de la serie.

LA EDAD DE LOS DIOSES

El nacimiento y ascenso de los dioses constituye la primera parte del libro Mythos. Tras una serie de tumultuosos derrocamientos, doce grandes entidades divinas se establecen en el monte Olimpo para gobernar el mundo y sus territorios. Su rey es Zeus, el Padre Celestial. Al final del libro encontraréis una lista de los principales dioses con una breve descripción de sus naturalezas y responsabilidades.

Al principio, el reino inferior lo habitan únicamente animales, monstruos, ninfas y diversas deidades menores. Con el tiempo, sin embargo, Zeus y su amigo el titán Prometeo nos crean a nosotros, la humanidad, y enseguida nos extendemos por todo el mundo.

Zeus y la mayoría de los olímpicos no pueden evitar inmiscuirse en nuestros asuntos castigando a menudo lo que consideran una hbris mortal desmedida y relacionándose, con la misma frecuencia y al más carnal de los niveles, con aquellos humanos que les resultan atractivos y hermosos.

LA EDAD DE LOS HÉROES

Muchos de los hijos nacidos de un progenitor mortal y otro inmortal llegan a alcanzar la categoría heroica de semidioses. Perseo, Heracles, Teseo y Jasón, por ejemplo. Ellos son los protagonistas de Héroes: figuras valerosas, y muchas veces complejas, especialmente célebres por sus gestas y combates contra los monstruos que intimidaban y amenazaban a la humanidad. Gracias a sus victorias sobre estas criaturas, el mundo se vuelve más seguro y estable para los humanos. Empiezan a aparecer las primeras ciudades y puertos, el comercio y la agricultura.

A medida que transcurren los años y la civilización humana se desarrolla, su relación con los inmortales empieza a cambiar de forma sutil. Los humanos siguen rezando y ofreciendo sacrificios a los dioses, obedientes, pero cada vez dedican más tiempo e interés a sus propios asuntos. Los dioses aún intervienen de vez en cuando, pero se muestran más cautos (¿o cansados?) a la hora de mezclarse o entrometerse. La humanidad parece más interesada en sí misma, en fijar y conseguir sus propios objetivos.

LA EDAD DEL HOMBRE

La guerra de Troya, aunque instigada por acciones divinas y sometida con frecuencia a la intervención y la intromisión de los dioses, la libran, sufren y soportan en gran parte hombres y mujeres comunes. Por las venas de algunos de sus personajes principales corre sangre divina –Aquiles, Helena, Ulises y Eneas, por ejemplo–, y sí: ciertos dioses muestran un interés apasionado en el conflicto, pero, en esencia, la guerra de Troya es una empresa mortal.

Y ahora ha terminado y la flota griega –con sus reyes, príncipes y comandantes– ansía regresar a casa.

Aquí es donde comienza Odisea. Es una historia profundamente humana, pero todavía quedan dioses y monstruos por encontrar. Después de Zeus, las diosas Hera, Afrodita y Atenea son las tres que más protagonismo tienen en esta historia, junto con el dios mensajero Hermes. Hay un motivo para su estrecha implicación, un motivo que se remonta al episodio que desencadenó toda la guerra de Troya y sus consecuencias. (Re)familiaricémonos con esa historia...

EL JUICIO DE PARIS

Un día trascendental, en el monte Ida, cerca de la ciudad de Troya, Hermes llevó ante tres diosas –Hera, Atenea y Afrodita– a un joven pastor llamado Paris. Paris fue llamado a otorgar una manzana de oro a aquella que considerara la más hermosa. Eligió a Afrodita, la diosa del amor, que le había prometido como recompensa a Helena, la más bella de todas las mujeres mortales. Las otras dos diosas desaparecieron en una nube de humo y acritud.

Afrodita cumplió su promesa y ayudó a Paris a llevar a Helena desde su hogar en Esparta hasta Troya, al otro lado del mar.

Humillado, deshonorado y enfurecido, el esposo de Helena, Menelao, y su hermano Agamenón, rey de Micenas, reunieron un ejército invasor colosal a base de miembros de todo el continente y las islas griegas con el propósito de recuperar a Helena y restituir su honor ultrajado. La flota de aqueos, dánaos, helenos y argivos –es más fácil llamarlos «griegos», aunque no existía por entonces lo que hoy denominamos Grecia– zarpó hacia el este, rumbo a Troya, ciudad que sitió durante diez brutales y sangrientos años.

Afrodita, naturalmente, apoyó a Troya, al igual que su amante, el dios de la guerra, Ares, y los dioses arqueros gemelos Artemisa y Apolo. Atenea y

Hera, que se habían sentido despreciadas por Paris, tomaron partido por los griegos. Zeus, afligido por todo el asunto, intentó mantener cierta neutralidad.

EL CABALLO DE MADERA

El enquistamiento de una década se rompió gracias al más astuto e ingenioso de los veteranos guerreros griegos, Odiseo de Ítaca (más tarde conocido por su nombre romano, Ulises), que ideó un plan extraordinario.

Una mañana, los troyanos otearon desde sus murallas y descubrieron que todos los barcos y tiendas del ejército griego habían desaparecido. En la llanura de Ilión, lo único visible era un enorme caballo de madera. Los troyanos, exultantes, convencidos de que la victoria era suya y de que los griegos habían huido dejando aquel artefacto como ofrenda, arrastraron el artilugio hasta la ciudad. Esa noche, un escuadrón de soldados griegos salió por una trampilla oculta en su vientre y abrió las puertas para dejar entrar al grueso de su ejército. Pasaron a cuchillo a la población de Troya y redujeron la ciudad a cenizas.

La guerra había terminado. En lo que respecta a los troyanos, su hogar había sido destruido. Los griegos, por su parte, sintieron entonces la llamada del hogar.

Tormentas

LOS DIOSES OBSERVAN DESDE LAS ALTURAS

Los mortales solemos describirnos como hijos de los dioses, pero en realidad son los dioses quienes podrían considerarse niños. Los dioses no tienen paciencia, lo mismo que los niños. Al igual que los niños, estallan en rabietas cuando ven frustrados sus deseos; y cuando descubren que tales deseos no eran lo que realmente querían, patalean y berrean furiosos. No existe una ira más salvaje ni más insoportable, para mortales e inmortales, que aquella que uno dirige contra sí mismo.

Al contemplar el humo que se alzaba sobre la ciudad arrasada de Troya y oír los últimos sollozos de los masacrados y de los supervivientes, a ATENEA le invadió el temor. Todo aquello por lo que había luchado se veía cumplido. El insolente PARIS, que se atrevió a juzgar su belleza inferior al atractivo vulgar de AFRODITA, había pagado por su osadía con una muerte dolorosa fuera de los muros de su ciudad adoptiva. HELENA, el premio que Afrodita había ayudado a Paris a robar, pronto estaría de vuelta en Esparta junto a su legítimo esposo, el rey MENELAO. Una gran ofensa había sido reparada. La victoria de las fuerzas aqueas sobre los defensores troyanos era absoluta.

Mientras la gran y dorada Troya ardía reducida a ruinas y escombros, Atenea no experimentó ningún arretrato triunfal. Observó cómo sus ciudadanos eran violados, esclavizados y descuartizados en una orgía frenética de asesinatos como el mundo no había visto jamás. Lo que sintió – no podía llamarlo vergüenza; ningún olímpico era capaz de sentir vergüenza– fue una mezcla de horror y decepción, algo completamente nuevo para ella. ¿Era posible que los mortales estuviesen empezando a contagiar a los dioses con la perversa autocomplacencia de los sentimientos íntimos? Era tarea de los dioses inspirar a la humanidad para que imitara lo divino, en lugar de permitir que los humanos redujeran a los dioses a imágenes defectuosas de sí mismos.

Con la caída de Troya, algo más había caído, aunque Atenea no lograba precisar qué. Tenía la sensación de que nada, ni en el reino mortal ni en el

inmortal, volvería a ser igual.

Contempló a los griegos victoriosos cargando sus carros de tesoros y arreando a sus esclavos hacia la gran flota que durante tanto tiempo había permanecido anclada en la costa troyana.

Un espeso silencio se cernía sobre el mundo; Atenea se consumía con la convicción de que se había producido un cambio en el equilibrio de las cosas, que el mundo de los dioses y de los hombres había sufrido una alteración.

Sus griegos se habían mostrado indignos de la victoria y de todas las estratagemas divinas para alcanzarla. Era irracional, era infantil, pero los culpaba por haber llegado hasta donde ella los había conducido. Por suerte, encontró (como suele suceder) un blanco más adecuado para su ira que ella misma.

Un motivo legítimo de cólera era el abominable crimen de ÁYAX, rey de Lócride. Áyax el Menor, lo llamaban algunos, para distinguirlo de Áyax Telamonio, el Grande. Aquel Áyax se había quitado la vida honorablemente antes del final de la guerra,¹ pero este otro Áyax había demostrado ser menos en todos los sentidos. En una noche de barrabasadas indescriptibles e innumerables crímenes contra toda norma de honor, Áyax Locrio había llevado al paroxismo la brutalidad y la blasfemia más depravadas. Había arrastrado a la princesa troyana CASANDRA por el mismísimo suelo de un templo consagrado a Atenea desde el altar al que se aferraba en busca de refugio.

El acto se cometió sin testigos mortales, pero Atenea no podía dejar el asunto sin castigo. El santuario era sagrado. Susurró los detalles de la profanación al adivino de AGAMENÓN, el profeta CALCANTE, y este los transmitió a los príncipes y caudillos de la alianza, añadiendo que Áyax había violado a Casandra.

De todos los griegos a los que Atenea favorecía, no había ninguno a quien amara como a ODISEO de Ítaca. Le complació que, en cuanto oyó la descripción del crimen por boca de Calcante, exigiera que el violador fuese lapidado.

Áyax huyó a un templo en busca de refugio, y este acto cobarde no hizo sino inflamar la indignación de Atenea. La repugnante irreverencia, la insolencia insoportable de un hombre que había cometido semejante sacrilegio en un templo y se atrevía a suplicar asilo en otro: eso no podía quedar impune. Y, sin embargo, los griegos –pese a las exigencias de Odiseo y de otro de los favoritos de Atenea, DIOMEDES de Argos– se negaron a cruzar el umbral de aquel templo por miedo a ofender al dios menor al que se consagraba.

1

Agamenón se preparaba para el viaje de regreso a Micenas, cargando sus barcos con lo mejor del botín troyano, como le correspondía en calidad de comandante supremo de las fuerzas invasoras. Entre sus tesoros humanos se hallaba la misma Casandra violada, que le había quitado a Áyax. Su destino ahora era ir cautiva al palacio de Agamenón, donde serviría como una de sus concubinas.² Cuando estuviera demasiado vieja para un uso sexual, podría terminar sus días en las cocinas.

Cassandra, hija del rey PRÍAMO y de la reina HÉCUBA, y por tanto hermana de HÉCTOR y Paris, había dedicado su vida a servir como sacerdotisa en el templo de APOLO. No llevaba mucho en ese papel cuando el propio Apolo se prendó de su belleza. Le ofreció el don de la profecía, que ella aceptó agradecida. Cuando el dios se adelantó a exigir lo que consideraba una justa recompensa por su don, ella lo rechazó, horrorizada de que se le ocurriese imaginar siquiera que tenía derecho a su cuerpo. Herido y humillado, Apolo no podía retirar su don –ningún dios puede hacerlo–, pero sí podía maldecirlo. Le escupió en la boca. A partir de entonces, nadie creería jamás sus profecías, por muy exactas que fueran.

La terrible crueldad de la maldición de Apolo se había manifestado quizá con más claridad en la fatídica mañana en que el caballo de madera de Odiseo apareció ante las murallas de Troya. El vasto ejército griego que había sitiado la ciudad y sus naves ancladas en la costa habían desaparecido. Los troyanos lo celebraron jubilosos y se prepararon para meter el caballo en la ciudad. Casandra les suplicó que ni se les ocurriera tocar lo que ella veía claramente como una trampa. Predijo que el caballo

no traería más que muerte, destrucción y derrota. Pero, claro, nadie le hizo caso.

Desde entonces había visto a su familia prácticamente aniquilada y su ciudad reducida a escombros. Y ahora iba encadenada a bordo de un barco con rumbo a una vida de servidumbre sexual. Sin embargo, cosa rara, no se quejaba de aquel terrible destino. De hecho, reía y vociferaba con espantoso detalle la historia de lo que les sucedería a ella y a Agamenón cuando arribaran a Micenas.

A lo largo de toda la playa estaban cargando en los barcos de los griegos victoriosos y de sus aliados los últimos saqueos de la ciudad caída. Los buitres y los chacales no abandonan un cadáver hasta que no queda ni una tira de carne sobre los huesos. A ojos de Atenea, los griegos, con su arrogante aire de dignidad en la victoria, eran peores que buitres y chacales.

Hubo excepciones. NÉSTOR, el anciano rey de Pilos, ya se había marchado llevándose muy pocos tesoros consigo. Las flotas de IDOMENEO de Creta y de Diomedes de Argos también navegaban hacia el sur y el oeste, rumbo a sus respectivos hogares. Por lo visto, sus esposas, familias y reinos valían más que los platos de oro y las bellas esclavas.

Nadie ansiaba más el regreso a casa que Odiseo de Ítaca. Atenea lo observó embarcar en su buque insignia. La flota que comandaba constaba de doce naves, cada una con más de cuarenta itacenses. En aguas tranquilas podían recurrir al remo si era necesario, aunque confiaban en que vientos favorables los llevaran de vuelta al hogar. Una vez ofrecidas las oraciones y sacrificios pertinentes, ellos también abandonarían aquella costa maldita en la que llevaban varados diez largos años.

Odiseo, artífice del ardid que finalmente ganó la guerra, había recibido como gran premio a la reina de Troya, Hécuba. Un trofeo de dudosa índole, como iba revelándose. En cuanto subió a bordo, se le tiró a la yugular como un animal salvaje. Odiseo la apartó con la mayor serenidad posible, pero ella no dejaba de desgranar a voz en grito la lista de horrores que había padecido por su culpa. Sus hijos Héctor, Paris, Deífobo, Troilo e incluso el menor, Polidoro: todos muertos. Sus hijas, desfloradas. Su amado esposo, Príamo —el rey más grande y sabio que el mundo había conocido—,

decapitado ante sus propios ojos por NEOPTÓLEMO, el hijo homicida de AQUILES. Hécuba bramó su furibunda letanía de desesperación y duelo y culminó con la descripción del espantoso destino que había sufrido su nieto ASTIANACTE, hijo único del grandísimo príncipe Héctor. Neoptólemo y sus hombres habían arrebatado al niño de los brazos de su madre, ANDRÓMACA, y, entre risas, lo habían arrojado a las rocas desde las murallas.¹ Ahora Andrómaca estaba encadenada en el buque insignia mirmidón² de Neoptólemo, condenada, como Casandra, a una vida de servidumbre sexual. Hécuba juró ante los dioses que, mientras le quedara aire en los pulmones, no cesaría de maldecir a los griegos por aquellos y otros crímenes innombrables y abominables.

A Odiseo le gustaba considerarse un hombre paciente, pero aquella abuela demente, chillando y escupiéndole en la cara ya era el colmo. Hécuba era un trofeo de guerra del que podía prescindir. La alzó del suelo, la sacó por un lateral de la embarcación y la dejó caer sobre la arena. Ella gruñó y chilló allí a la sombra del barco hasta que, ante la atención crispada de Odiseo, pareció convertirse en el perro salvaje al que tanto se asemejaba en voz y ferocidad.

1

Por más desesperados que estuvieran los griegos por regresar a casa, no fueron tan insensatos como para descuidar a los dioses. Se ofrecieron sacrificios de agradecimiento por la victoria y la supervivencia, pero Atenea y los demás olímpicos consideraron aquellas muestras de reverencia meros gestos: apresurados, rutinarios..., carentes de auténtica devoción.

Esta insolencia se vio agravada con el siguiente acto de barbarie de Neoptólemo. Informó a los griegos de que su padre, Aquiles, se le había aparecido en sueños para exigir el sacrificio de la princesa troyana Políxena, la hija menor de Hécuba y Príamo. Aquiles se había sentido muy atraído por Políxena al verla por primera vez acompañada de su joven hermano Troilo, a quien mató con sus propias manos.¹ Aunque ahora Aquiles estuviese muerto, se consideraba prometido con Políxena, y su sombra la reclamaba. O eso afirmaba su hijo Neoptólemo. El culto a la gloria de Aquiles, sumado al auténtico temor que inspiraba la violencia despiadada de Neoptólemo y de su ejército de mirmidones, resultó

demasiado poderoso para que los griegos se negaran. Se permitió el sacrificio. Neoptólemo condujo a Políxena hasta la tumba de Aquiles y allí la degolló. Ella no opuso resistencia y declaró que prefería morir virgen antes que vivir como esclava. Agamenón, horrorizado por todo el asunto y recordando quizá su participación en el sacrificio de su propia hija IFIGENIA,² permaneció en su nave. Tras la victoria, su autoridad como comandante en jefe se había visto notablemente mermada, y lo sabía. Odiseo, Diomedes, el gran Áyax y muchos otros eran más queridos y habían forjado reputaciones mayores que la suya. Era hora de que el general exhausto regresara a Micenas y se complaciera en los sosegados placeres, tan profundamente añorados, del hogar y la chimenea. Su nave levó anclas en silencio y la flota micénica se alejó de la playa. No hubo ceremonias, y casi nadie lo notó.

A ojos de Atenea, no había habido ni gracia ni mérito en la victoria griega. Y ahora, al ver al profano Áyax huir del templo en el que se había refugiado y alcanzar la seguridad de sus barcos locrios sin que nadie le toñera, su desagrado se convirtió en furia ardiente. Observó al violador escabullirse por la arena y trepar por las amarras de su nave hasta guarecerse. Ningún griego, del más grande al más insignificante, tuvo suficiente valor u honor para intervenir. La diosa lo juzgó inadmisibile.

Existían poderes más antiguos y mayores que ella, incluso mayores que el padre ZEUS, portador de tormentas y rey de los dioses. Las leyes cósmicas del Tiempo, el Destino, la Necesidad, la Justicia y la Venganza eran ineludibles e implacables.¹ No cabía oponerles resistencia ni negarlas más que a las leyes que guían a los ríos hacia el mar o que hacen que al soltar una piedra caiga siempre hacia abajo, nunca hacia arriba ni hacia los lados.

POSEIDÓN, hermano de Zeus, podía sacudir la tierra firme y producir terremotos capaces de destruir ciudades y levantar en los océanos olas altas como colinas; HEFESTO podía hacer estallar montañas entre fuego y llamas; Zeus podía llenar el cielo de nubes tonantes y abrasar el mundo a base de rayos, pero tales demostraciones eran más insignificantes que el zumbido de los mosquitos comparadas con los terribles poderes del Tiempo, el Destino, la Necesidad, la Justicia y la Venganza. Ante estos implacables

ejecutores de la profunda voluntad del cosmos, todos los titanes, dioses, hombres, mujeres y mundos eran bagatelas.

Estos poderes no tenían un rostro ni una figura ni una personalidad ni una presencia a la que apaciguar, ni un lugar donde orarles. No obstante, en ciertos momentos, los indicios de su actividad se hacían patentes con mayor claridad. Atenea estaba segura: aquel era uno de esos momentos.

Zeus, cuyo principal sentimiento era el alivio de que la guerra hubiera terminado, sabía bien que los dioses que tomaban partido por Troya – Afrodita, Ares y Apolo entre los principales– le rogarían que dificultara al máximo el regreso de los barcos griegos a casa, pero que su hija Atenea se arrojara ante él pidiéndole que hundiese la flota no se lo esperaba para nada.

–Llevas diez años hincándote de rodillas ante mí, instándome a una victoria griega a toda costa, ¿y ahora quieres que sean destruidos?

La esposa de Zeus, HERA, y su hermano Poseidón, quienes al igual que Atenea siempre habían favorecido a los griegos, dieron su clamoroso apoyo. Los barcos de los griegos debían ser zarandeados y confundidos, y el peor de todos, Áyax, debía naufragar y ahogarse. La impiedad debía ser castigada.

–Muy bien, muy bien –dijo Zeus pasándose el dorso de la mano por la frente–. Podéis poner en marcha vuestras tormentas y dispersar a los griegos. Pero tened en cuenta una cosa...

–... y yo también necesitare una tormenta –dijo Hera.

–He dicho que adelante.

–Otra. Distinta.

Zeus negó con la cabeza.

—A eso voy. No pienso aguantaros otros diez años aquí suplicando mi intervención contra un bando u otro. Que los mortales se las arreglen como puedan.

—Estoy segura de que no quieres disgustarme, maridito mío.

Había aparecido en los ojos de Hera aquella mirada, la mirada ante la cual el gran dios del cielo siempre se doblegaba.

1

—Pero ¿para qué una tormenta extra?

—Poseidón confundirá a los griegos que viajan hacia el oeste a sus hogares. Pero es necesario que envíe una tempestad contra otro barco, un barco troyano que mientras hablamos se desliza hacia el sur.

—¿Troyano? ¿Qué troyano ni qué troyana? ¿Queda todavía algún troyano?

—El príncipe ENEAS.

—Pero vamos a ver: no puedo consentir su destrucción. Es hijo de Afrodita.

1

—No exijo su destrucción, solo el naufragio de su nave y la completa frustración de sus planes.

—Pero ¿por qué? Eneas es un hombre devoto y decente. No he oído nada en su contra. Sé que no te gustan los troyanos, pero ya han sido derrotados. Seguramente tú...

—Lo necesito.

—No. No, esta vez voy a tener que plantarme. Atenea, adelante con tu tormenta. La blasfemia de Áyax no merece menos. Pero lo siento, querida esposa, a este respecto seré firme. Este deseo de humillar a Eneas, ya sobradamente humillado, nos parece mezquino e indigno. Puede pasar. Esa es nuestra voluntad.

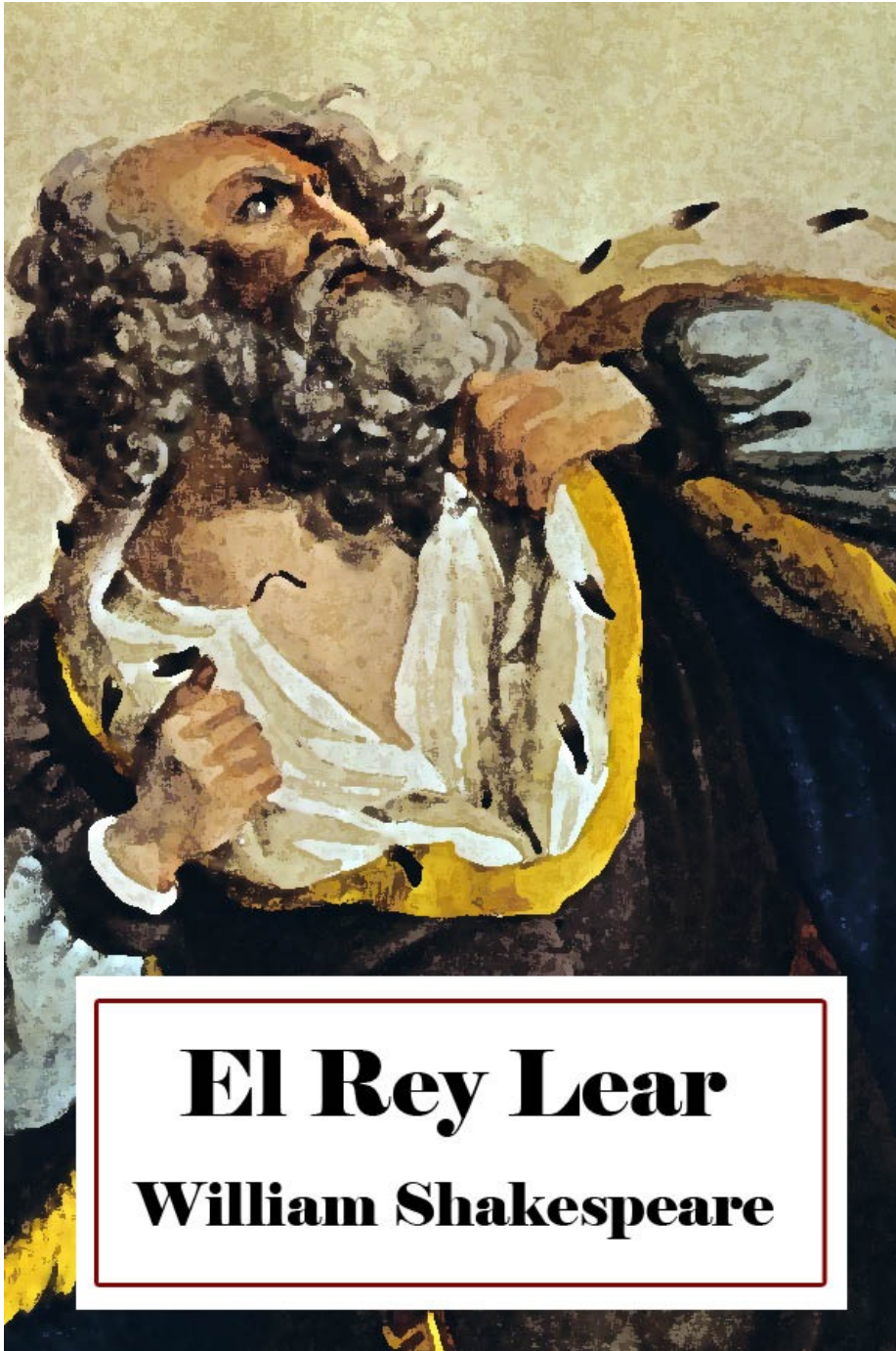
Un trueno acompañó esta última declaración.

A Hera se le colorearon las mejillas, pero inclinó la cabeza. Cuando ella y Zeus estuvieran a solas le daría oportunidad de expresarse sobre esta humillación pública; no estaba dispuesta a agravarla ahora montando una escenita frente al resto de olímpicos. Sabía que, en el momento en que pasaba al plural mayestático y entonaba frases como «nuestra voluntad», era inútil discutir.

LAS FLOTAS

La nave de Agamenón encabezaba una poderosa flota, acorde con el esplendor e importancia de Micenas, el más grande y poderoso de todos los reinos griegos. De hecho, Agamenón prefería llamarlo imperio.¹ Por todos los dioses del firmamento, qué contento estaba de volver a casa. El ejército bajo su mando había cumplido con su propósito: había restaurado el honor de la casa de ATREO y la reputación de los helenos. La indomable e inexpugnable Troya había caído. Helena había vuelto a las manos de Menelao. Todo bajo la dirección de Agamenón, rey de los hombres. En su aristeía, su día de gloria, había matado a más troyanos que cualquier otro guerrero. Nadie podía dudar de su destreza ni como comandante en el campamento ni como guerrero en el campo de batalla. Sin embargo, en cierto modo, Agamenón siempre sintió que no se le dispensaba plenamente la admiración y veneración que sí se concedía a Aquiles, Odiseo, Diomedes, Áyax, Patroclo, Néstor y Teucro. Aquiles...; bueno, claro, nadie se acercaba a Aquiles, el insuperable, el favorito sin parangón. Eso era de esperar. Pero incluso Menelao era más respetado y querido por los hombres de a pie. Agamenón amaba profundamente a su hermano, pero, después de todo, había sido Menelao, con el poco control que ejercía sobre su esposa, quien había provocado todo aquel puñetero desastre.

En cuanto a los dioses... tal o cual olímpico había ayudado a todos y cada uno de aquellos héroes excepto a Agamenón durante la guerra. Del otro lado, Ares, Afrodita y Apolo ayudaban a Paris, Héctor y los troyanos



El Rey Lear
William Shakespeare

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Palacio del rey Lear

(Entran el CONDE DE KENT, el CONDE DE GLOCESTER y EDMUNDO.)

EL CONDE DE KENT.-Siempre creí al rey más inclinado al duque de Albania que al duque de Cornouailles.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Lo mismo creíamos todos; pero hoy, en el reparto que acaba de hacer entre los de su reino, ya no es posible afirmar a cual de los dos duques prefiere. Ambos lotes se equilibran tanto, que el más escrupuloso examen no alcanzaría a distinguir elección ni preferencia.

EL CONDE DE KENT.-¿No es ése vuestro hijo, milord?

EL CONDE DE GLOCESTER.-Su educación ha corrido a mi cargo, y tantas veces me he avergonzado de reconocerle que al fin mi frente, trocada en bronce, no se tiñe ya de rubor.

EL CONDE DE KENT.-No os entiendo.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Su madre me entendería mejor; por haberme entendido demasiado vio un hijo en su cuna, antes que un esposo en su lecho. ¿Comprendéis, ahora, su falta?

EL CONDE DE KENT.-No quisiera yo que esa falta hubiese dejado de cometerse, pues produjo tan bello fruto.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Tengo, además, un hijo legítimo, que le lleva a éste algunos años de ventaja, mas no por ello le quiero más. Verdad es que Edmundo nació a la vida antes que le llamasen; pero su madre era una beldad, y no hay que ocultar el vergonzoso fruto que dio a luz. ¿Conoces a este gentilhomme, Edmundo?

EDMUNDO.-No, milord.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Es el conde de Kent. Desde ahora le respetarás como a uno de mis mejores amigos.

EDMUNDO.-Mis servicios están a las órdenes de vuestra señoría.

EL CONDE DE KENT.-Sois muy amable, y deseo captarme vuestro afecto.

EDMUNDO.-Procuraré, milord, hacerme digno de vuestra estimación.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Ha permanecido nueve años lejos de su país, y aún será preciso que vuelva a ausentarse. *(Oyese el toque de trompetas.)*

¡El rey llega! *(Entran el Rey Lear, los duques de Cornouailles y de Albania, Goneril, Regan, Cordelia y séquito.)*

LEAR.-Id, Gloucester, a acompañar al rey de

Francia y al duque de Borgoña.

EL CONDE DE GLOCESTER.-Obedezco, señor. *(Salen el conde y Edmundo.)*

LEAR.-Ahora, nos vamos a manifestar nuestras más secretas resoluciones. A ver, el mapa de mis dominios. Sabed que hemos dividido nuestro reino en tres partes. De los motivos que a ello nos decidieron, el primero es aliviar nuestra vejez del peso de las tareas y negocios públicos, para asentarlos en hombros más jóvenes y robustos, y así, aligerados de tan onerosa carga, caminar sosegados hacia nuestra tumba. Cornouailles, hijo querido, y vos, duque de Albania, que no amáis menos a vuestro padre, nuestra firme voluntad es asignar públicamente en este día a cada una de nuestras hijas su

dote, a fin de prevenir con ello todos los debates futuros. Los príncipes de Francia y de Borgoña, rivales ilustres en la conquista de nuestra hija menor, han permanecido largo tiempo en nuestra corte, donde el amor los retiene: hay que contestar a sus peticiones. Hablad, hijas mías: ya que hemos resuelto abdicar en este instante las riendas del gobierno, entregando en vuestras manos los derechos de nuestros dominios y los negocios de estado decidme cuál de vosotras ama más a su padre. Nuestra benevolencia prodigará sus más ricos dones a aquella cuya gratitud y bondadoso natural más los merezcan. Vos, Goneril, primogénita nuestra, contestad la primera.

GONERIL.-Yo os amo, Señor, más tiernamente que a la luz, al espacio y a la libertad, muchísimo más que todas las riquezas y preciosidades del mundo. Os amo tanto, cuanto se puede amar, la vida, la salud, la belleza, y todos los honores y los dones todos; tanto, cuanto jamás hija amó a su padre; en fin con un amor que la voz y las palabras no aciertan a explicar.

CORDELIA *(aparte.)*-¿Qué hará Cordelia? Amar y callar.

LEAR.-Te hacemos soberana de todo este recinto, desde esta línea hasta ese límite, con todo cuanto encierra, frondosos bosques, y vasallos que los pueblan. Sean tu dote y herencia perpetua de los hijos que nazcan de ti y del duque de Albania. ¿Qué contesta nuestra segunda hija, nuestra querida Regan, esposa de Cornouailles?

REGAN.-Formada estoy de los mismos elementos que mi hermana, y mido mi afecto por el suyo, en la sinceridad de mi corazón. Ha definido, con verdad, el amor que os profeso, padre mío. Pero aún quedó corta, pues yo me declaro enemiga de todos los placeres que la vista, el oído, el gusto y el olfato pueden dar, y sólo cifro mi felicidad en un sentimiento único: el tierno amor que por vos siento.

to.

CORDELIA (*aparte*).-¿Qué te queda pues, pobre Cordelia? ¿Pobre? No; estoy segura que mi corazón siente más amor del que mis labios pueden expresar.

LEAR.-Tú y tu posteridad, recibid en dote hereditario esta vasta porción de mi reino; no cede en extensión, en valor, ni en atractivo a la que he donado a Goneril. Ahora, Cordelia, tú que hiciste sentir a tu padre el postrero, aunque no el más tierno transporte de gozo, tú cuyo amor buscan ambicio-

nan los viñedos de Francia y el néctar de Borgoña

¿qué vas a contestar para recoger tercer lote, más rico aún que de tus hermanas? Habla.

CORDELIA.-Nada, señor. LEAR.-¿Nada? CORDELIA.-Nada.

LEAR.-De nada sólo puede nada. Habla de nuevo.

CORDELIA.-Desgraciada de mí, que no puedo elevar mi corazón hasta mis labios. Amo a vuestra majestad tanto como debo, ni más menos.

LEAR.- ¿Cómo, cómo Cordelia? Rectifica tu respuesta, si no quieres perder tu fortuna.

CORDELIA.-Vos, padre mío, me disteis la vida, me habéis nutrido y me habéis amado. Yo, por mi parte, os correspondo, tributándoos todos los sentimientos y toda la gratitud que el deber me impone; os soy sumisa, os amo y os respeto sin reserva. Mas

¿por qué mis hermanas tienen maridos, si dicen que es vuestro todo su amor? Tal vez cuando yo me case, el esposo que reciba mi fe obtendrá con ella la mitad de mi ternura, la mitad de mis cuidados y la mitad de mis deberes; de seguro, jamás me casaré como mis hermanas para dar a mi padre todo mi amor.

LEAR.-¿Está de acuerdo tu corazón con tus palabras?

CORDELIA.-Sí, padre mío.

LEAR.-¡Cómo! ¡tan joven y tan poco tierna! CORDELIA.-Tan joven y tan franca, señor. LEAR.-¡Está bien! Quédate con la verdad por

dote; pues, por los sagrados rayos del sol, por los sombríos misterios de Hécate y de la noche, por todas las influencias de esos globos celestes que nos dan vida o nos matan, abjuro desde ahora todos mis sentimientos naturales, rompo todos los lazos de la naturaleza y de la sangre y te destierro para siempre de mi corazón.

EL CONDE DE KENT.-Mí buen soberano... LEAR.-Callaos, Kent. No os coloquéis entre el

león y su furor. La amé con ternura y esperaba confiar el reposo de mis ancianos días a los cuidados de su cariño. (*A Cordelia*.) Sal, y aléjate de mi presencia. Que venga el príncipe de Francia y... ¿no se me obedece?... y el duque de Borgoña. Vos, Cornouailles, y vos, duque de Albania, repartíos el tercer lote, añadiéndole al dote de mis otras dos hijas. Sírvala a ella de esposo el orgullo que nos vende como ingenuidad. Os invisto a entrambos de mi poder, de mi soberanía y de todas las prerrogativas anejas a la

majestad. Nos y cien caballeros que reservamos para nuestra guardia y que se alimentarán a vuestras expensas, viviremos alternativamente en vuestras dos cortes, cambiando cada mes de residencia. Para mí sólo conservo el nombre de rey, los honores a él inherentes; la autoridad, las rentas y la administración del imperio, vuestras son, hijos míos, y para rectificar este contrato, tomad mi corona (*se la entrega*) y repartíosla.

EL CONDE DE KENT.-Augusto Lear, vos, a quien siempre honré como a rey, a quien siempre amé como a padre, y a quien siempre seguí como a señor: vos, a quien en mis preces he implorado siempre como a mi ángel tutelar...

LEAR.-Armado está el arco y tendida la cuerda;

evitada la flecha.

EL CONDE DE KENT.-Caiga sobre mí; aun cuando su punta me atravesase el corazón. Kent no olvida las conveniencias cuando su rey delira. ¿Ananciano ¿qué pretendes? ¿esperas que el miedo imponga silencio al deber, cuando, seducido por vanas palabras, inmolas tu poder a la lisonja? El honor debe la verdad a los reyes, cuando la majestad cae en demencia. Guarda tu soberanía. Enmienda, con más maduro juicio, tu monstruosa imprudencia. Te

aseguro, bajo mi fe, que tu hija menor no es la que menos te ama; un timbre de voz tímido y modesto no es,

ordinariamente, eco de un corazón vacío e insensible.

LEAR.-Kent, por tu vida, no prosigas.

EL CONDE DE KENT.-Nunca estimé mi vida sino como una prenda consignada por ti contra tus enemigos, ni nunca temeré perderla cuando en ello se interese tu seguridad.

LEAR.-¡Aparta de mi vista!

EL CONDE DE KENT.-Reflexiónalo bien, Lear; sufre en tu presencia a un hombre veraz.

LEAR.-¡Por Apolo!

EL CONDE DE KENT.-¡Por Apolo, ah rey!

¡en vano juras por tus dioses!

LEAR (*echando mano a la espada.*) ¡Vasallo! ¡infiel! LOS DUQUES DE CORNOAUILLES Y DE ALBANIA.-¡Deteneos, señor!

EL CONDE DE KENT.-Da, si quieres, la muerte a tu médico; pero al menos emplea en curar tu mal funesto el salario que le hubieses dado. Re- voca tu decreto de partición, o mientras mis labios puedan articular una palabra, diré que obras mal.

LEAR.-Escucha, rebelde. Has intentado hacer- nos violar nuestro juramento, a lo cual nunca nos habíamos atrevido. Cediendo a un obstinado orgu- llo, has procurado interponerte entre nuestro de- creto y su ejecución. Nuestro carácter y nuestro rango no pueden tolerar el primero de estos exce- sos, ni todo nuestro poder lograría legitimar el se- gundo. Recibe tu salario, pues. Te concedemos provisiones para que te alimentes durante cinco dí- as, pero al sexto habrás de salir de nuestro reino, y si el décimo día tu cuerpo se encontrase en el re- cinto de nuestros dominios, será aquel momento el de tu muerte. Huye. ¡Por Júpiter! no esperes que re- voque mi sentencia.

EL CONDE DE KENT.-¡Sé feliz, oh rey adiós! Ya que así quieres portarte, la libertad está lejos de tu presencia, y a tu lado el destierro. (*A Cordelia*) Jo- ven, ¡protéjante, los dioses, ya que piensas con justi- cia y hablas con cordura! (*A Regan y a Goneril*) Y vosotras ¡ojalá vuestras acciones respondan al énfasis de vuestros discursos, y vuestras protestas de ternura queden justificadas por los efectos! De esta suerte ¡oh príncipes! se despide de vosotros Kent, transportando su vejez a nueva patria y entregándo- se, en su edad, a nuevas costumbres. (*Sale.*) (*Entra el conde de Gloucester con el rey de Francia, el duque de Borgoña y su séquito.*)

EL CONDE DE GLOUCESTER.-¡Noble sobe- rano! He aquí a los príncipes de Francia y de Bor- goña.

LEAR.-Duque de Borgoña: a vos dirigimos nuestras primeras palabras, a vos que os declarasteis rival del rey de Francia en demanda de la mano de nuestra hija. ¿Qué dote exigís con su persona? ¿Qué negativas paralizarían vuestros amorosos intentos?

EL DUQUE DE BORGONA.-Noble rey: no pido más que lo que vuestra alteza ofreció, y vos no querréis, ciertamente, cercenar nada de vuestras ofertas.

LEAR.-Noble duque de Borgoña,, mientras nos fue cara, la estimábamos digna de esa dote; pero hoy ha desmerecido mucho en precio. Vedla ante vos, señor: si alguna parte de su mezquina persona, o su persona entera, con nuestra aversión por añadidura, os conviniera y agradara, sin más acompañamiento, podéis tomarla, vuestra es.

EL DUQUE DE BORGONA.-No sé qué con- testar.

LEAR.-Podéis tomarla con las desgracias inhe- rentes a ella, desheredada de mi cariño, y adoptada recientemente por mi odio, dotada con mi maldi-

ción y proscripta de mi familia por juramento in- violable.

EL DUQUE DE BORGONA.-Perdonad, señor; una elección no se determina sobre semejantes con- diciones.

LEAR.-Pues bien, señor, dejadla; pues, por la potencia que me creó, acabo de exponeros toda su fortuna. (*Al rey de Francia*): En cuanto a vos, ¡oh gran rey! no quisiera yo que vuestro amor os cegase hasta el punto de casaros con el objeto que odio. Así, pues, os conjuro que llevéis vuestra inclinación a otro objeto más digno que una desventurada de quien la misma naturaleza se avergüenza.

EL REY DE FRANCIA.-No atino a compren- der cómo la que poco ha era vuestra hija predilecta, tema de vuestras alabanzas, y encanto de vuestra vejez, haya podido, en rápido instante, cometer una acción tan monstruosa que merezca verse despojada de todos cuantos dones la habíais prodigado. Segu- ramente su ofensa ha de ser de un género antinatu- ral, un prodigio de atrocidad; o bien el afecto que antes le asegurasteis solemnemente, se ha pervertido por extraña manera. Y creer de ella ese prodigio, es un hecho sobrenatural que repugna a mi razón y que, sin un milagro, jamás creería.

CORDELIA.-Una postrera súplica dirijo a vuestra majestad. Confieso que no poseo ese len- guaje meloso, ese arte de prodigar vanas palabras. Lo que resolví lo hago antes de hablar de ello. Dig- naos declarar que, si pierdo

vuestro afecto y vues- tras bondades, no es porque esté mancillada con algún crimen o vicio, ni por haber deshonrado mi sexo con alguna bajeza o acción indigna de mí, sino que toda mi falta consiste (y esta privación es mi ri- queza) en no tener un ojo ávido que sin cesar men- digue, ni una lengua que dista mucho de envidiar, aun cuando me cuesta la pérdida de vuestra ternura.

LEAR.-Más te valiera no haber nacido, que el haberte hecho digna de mi desagrado.

EL REY DE FRANCIA.-¿Y ése es el único re- proche? Un carácter avaro en abras, pero que sin hablar, obra. Duque de Borgoña ¿qué contestáis a la princesa? Deja el amor de ser amor, en cuanto in- tervienen consideraciones extrañas; su verdadero objeto no se cifra en intereses frívolos. Hablad, ¿de- seáis tomarla por esposa? Su dote es ella misma.

EL DUQUE DE BORGOÑA.-Augusto Lear: con que sólo me deis la parte que antes ofrecisteis, acepto en el acto la mano de Cordelia, pro- clamándola duquesa de Borgoña.

LEAR.-Nada; lo he jurado; soy inflexible.

EL DUQUE DE BORGOÑA.-Deploro que a la vez que perdisteis el corazón de un padre, perdáis también un esposo.

CORDELIA.-Sea la paz con el duque de Borgo- ña. Ya que las consideraciones de fortuna constitu- yen todo su amor, no seré yo su esposa.

EL REY DE FRANCIA.-Hermosa Cordelia, vuestra falta de fortuna os hace más rica a mis ojos. Cuanto más os abandonen, más preciosa sois; cuanto más os desdeñen, más digna sois de amor. Tomo vuestra persona y vuestras virtudes; séame permitido adquirir el tesoro que los demás despre- cian. ¡Oh dioses! por un contraste extraño, su frial- dad y sus desdenes encienden más mi amor, exaltándolo hasta la idolatría. ¡Oh rey! tu hija sin dote y abandonada, como al azar, a mi elección, es mi reina, la reina de mis vasallos y de nuestra her- mosa Francia. Todos los duques de la húmeda Bor- goña no lograrían rescatar de mí esa joven rara e inapreciable. Cordelia, despedidos de ellos; aun cuando os maltrataron, en otra región hallaréis algo más de lo que perdéis aquí.

LEAR.-Tuya es, rey de Francia; tómala entera. Por mi parte, no tengo hija de tal especie, ni mis ojos volverán a posarse en su rostro. Así, pues, sal de nuestra corte, sin nuestra gracia, sin nuestro cari- ño y sin nuestra bendición. Venid, noble duque de Borgoña. (*Marcha militar, Salen Lear y el duque de Borgo- ña.*)

EL REY DE FRANCIA.-Despedidos de vuestras hermanas.

CORDELIA.-Con lágrimas en los ojos se despi- de Cordelia de vosotras, favoritas de mi padre. Os conozco perfectamente y sé lo que sois; mas yo, vuestra hermana, siento invencible repugnancia en designar vuestros defectos con sus verdaderos nombres. Amad mucho a vuestro padre; recomien- do su ancianidad a vuestro pecho tan fecundo en protestas. Pero ¡ah! si aún gozase yo de su afecto, quisiera darle un asilo mejor. ¡Adiós!

REGAN.-No vengáis a prescribirnos nuestro deber.

GONERIL.-Procurad más bien complacer a vuestro esposo que, cediendo a la piedad, se digna tomaros sin fortuna y salvaros de la mendicidad. Habéis faltado a la obediencia, y merecéis que vues- tro esposo os pague con la indiferencia que mos- trasteis hacia vuestro padre.

CORDELIA.-El tiempo desenvolverá los replie- gues donde la astucia se esconde y oculta. Las faltas que al principio vela, al fin las descubre, exponién- dolas a la vergüenza.

EL REY DE FRANCIA.-Venid, mi bella Corde- lia. (*Salen el rey de Francia y Cordelia.*)

GONERIL.-Hemos de hablar, sobre un punto que a las dos concierne. Creo que nuestro padre ha de partir esta noche.

REGAN.-Es verdad; va a vivir con vosotros; el mes próximo será nuestro turno.

GONERIL.-Ya veis a cuántos caprichos se halla sujeta su vejez; de ello acaba de dar evidente prueba. Nuestra hermana menor era su predilecta, y de re- pente la destierra de su corazón y de su lado. Visible es la imbecilidad de su juicio.

REGAN.-Debilidades de la edad. Sin embargo, nunca se ha conocido bastante a sí propio.

GONERIL.-Los más floridos años de su exis- tencia fueron siempre inconsecuencias y rarezas. Hemos de temer que a los inveterados defectos de su natural carácter, la edad añada los arrebatos del humor enojoso que entraña en sí la achacosa y colé- rica vejez.

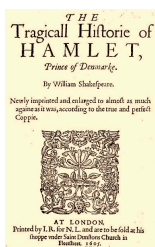
REGAN.-No dudo que habremos de aguantar algún arranque idéntico al que le indujo a desterrar a Kent.

GONERIL.-Aún hay que llenar ceremonias, y formalidades entre el rey de Francia y él. Si nuestro padre, con el carácter que le conocemos, quiere re- tener la autoridad, la donación que acaba de hacer- nos será para nosotras manantial de afrentas.

REGAN.-Pensaremos en ello maduramente. GONERIL.-Hay que tomar algunas medidas y aprovechar estos primeros momentos de ardor.

LOS MONÓLOGOS DE HAMLET:

Unas páginas sutiles y poderosas ¹.



Aquí están las hojas más más frágiles y sin embargo las que
perdurarán más fuertes,
Aquí resguardo a la sombra y oculto mis meditaciones, yo mismo
no las expongo,
Y sin embargo ellas me exponen más que todos mis otros poemas.

Walt Whitman, *Leaves of Grass, Calamus, Here the Frailest Leaves of Me.*

Los cuatro monólogos más extensos de Hamlet siempre han resultado atractivos y desafiantes, no sólo para quienes presencian o leen la obra, sino para aquéllos que de alguna manera interactúan con ella: los encargados de representarla, filmarla, o traducirla. En estos parlamentos Hamlet nos permite acceder de algún modo a su conciencia, nos deja entrever su interior, su cambiante estado de ánimo, a medida que transcurre la historia. En ella es difícil asegurar cuándo Hamlet está hablando en serio, o no está engañando o burlándose de alguien –incluso del espectador. Los monólogos son con certeza algunos de esos pocos momentos. Son reflexiones, o más bien confesiones, no tan sencillas de aceptar. En ellos no hay ironía ni ocurrencias ingeniosas; no hay nada de qué alardear ni hay nadie a quien confundir; allí Hamlet se nos muestra casi sin poder evitarlo, como de mala gana, como si no estuviéramos allí. Muchas veces se discute si el actor debe declamarlos como pensando en voz alta, o dirigiéndose abiertamente a la audiencia; la cuestión esencial pasa, me parece, por otro lado. Estos monólogos son, creo, de un valor excepcional, incluso dentro de una obra excepcional como lo es *Hamlet*.

1

¹ Este texto fue preparado por Alberto Colombi especialmente para la Fundación Shakespeare Argentina.
Ilustración: Portada de *Hamlet, Príncipe de Dinamarca* en su edición de 1605.



Los tiempos están fuera de quicio: ¡Oh suerte maldita,
Que haya nacido yo para enderezarlos!

William Shakespeare, *Hamlet*, 1.5.189-190.

Hace poco que ha comenzado la obra: hemos estado en la muralla, con los soldados y un fantasma; hemos visto al rey en su corte y escuchado sus palabras duras y brillantes como acero; allí mismo hemos visto a Hamlet, de profundo negro por la reciente muerte de su padre, y a la reina, su madre, feliz, del brazo de su nuevo rey. Cuando todos se marchan de la escena, nos quedamos a solas con Hamlet, con el vacío que ha dejado en él su padre, con la incomodidad que siente por la apresurada boda de su madre, y sólo nos queda escuchar sus íntimos, y pareciera que últimos, deseos.

¡Oh, que esta carne demasiado, demasiado sólida
Pudiera derretirse, fundirse y disolverse en un rocío!
O que el Todopoderoso no hubiese decretado
Su ley contra el suicidio. ¡Oh, Dios, Dios,
Qué fatigosas, rancias, vanas e inútiles
Me parecen todas las costumbres de este mundo!
¡Ah, qué vergüenza! Es un jardín lleno de maleza,
Que no da flor; lo ocupan por completo cosas
Que crecen excesiva y groseramente. ¡Que se haya llegado a esto!
Muerto hace sólo dos meses —no, ni siquiera, ni dos—,
Un rey tan excelente, que comparado con éste era
Como Hiperión junto a un sátiro; tan afectuoso con mi madre
Que no consentía que los vientos del cielo visitaran
Su cara con demasiada rudeza. El cielo y la tierra,
¿Debo recordarlo? ¡Ah!, ella que se aferraba a él,
Como si su apetito hubiese aumentado
Con aquello de que se nutría, y sin embargo en un mes...

² Ilustración: Thomas Lawrence, *John Philip Kemble como Hamlet* (1801).

–No quiero ni pensarlo; debilidad, tu nombre es mujer–
 Un mes apenas, o antes de gastarse los zapatos
 Con que siguió el cuerpo de mi pobre padre
 Como Níobe, toda en lágrimas; ¡ah!, ella, ella misma
 –¡Oh, Dios, un animal incapaz de razonar
 Hubiera sentido un dolor más duradero– casada con mi tío,
 El hermano de mi padre, pero no más parecido a mi padre
 Que yo a Hércules –en un mes,
 Incluso antes que la sal de las más falsas lágrimas
 Hubiese dejado de fluir de sus ojos irritados,
 Se casó. ¡Oh, prisa tan perversa, lanzarse
 Con tanta ligereza hacia sábanas incestuosas!
 No está bien, ni puede traer nada bueno;
 Pero que se rompa mi corazón, pues debo refrenar mi lengua.

Lo que más desea Hamlet en este momento es abandonar su presente, su carne, su vida. El mundo que le toca vivir –*este* mundo, dice, como si fuera el de hoy– es demasiado insoportable para él: todo allí es mediocre, vano, corrupto. En él están su madre y su tío, demasiado ansiosos de jugar bajo las sábanas –y en ese mismo mundo ya no está su padre, sino en otro, que sólo le permite mostrarse como ideal y como fantasma. Hamlet atravesará los cinco actos que le quedan de vida partiendo de este estado de ánimo, tratando de hallar el sentido de una muerte con otra, intentando explicar la traición de su madre, para terminar encontrándose con la de su prometida: en fin, a medida que la historia transcurre, pareciera que las cosas se complican, en lugar de aclararse, para él.

Hamlet se hunde en su destino, pero sobre todo en sus pensamientos: el tiempo transcurrido entre el funeral del padre y la boda de la madre, se acorta con el solo paso de los versos. *Dos meses - no, ni siquiera, ni dos – sin embargo en un mes - un mes apenas* / a little month / *un mesecito* traducen otros: no hay ironía aquí, lo que ocurre es que la ofensa al recuerdo del padre es, en su cabeza, mayor a cada instante. Cerca del final del monólogo, Hamlet se refiere a sí mismo como Hércules, acaso porque la tarea que le espera le resulta tan irrealizable como las hazañas de ese otro héroe; y compara a su madre, curiosa, amargamente, con Níobe: aquélla que no supo llorar humanamente y en vida a su esposo, se contrapone a la que no pudo dejar de llorar a sus hijos, convertida en estatua, ni siquiera después de muerta.

¿Qué es Hécuba para él? ³



¿Qué es Hécuba para él?, se pregunta Hamlet en presencia del actor ambulante que llora por Hécuba. Y Hamlet no tiene más remedio que reconocer que ese comediante que derrama lágrimas auténticas, ha logrado establecer con esa muerte tres veces milenaria una comunicación más profunda que la de él mismo con su padre enterrado la víspera...

Marguerite Yourcenar, cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*.

El próximo monólogo llega al final del segundo acto. Hamlet ya se ha encontrado con el espectro de su padre —quien le revela que fue asesinado por su propio hermano—; ahora el mismo rey asesino le ha enviado a él dos viejos amigos devenidos en espías, para vigilarlo de cerca; y por primera vez en la obra, con la llegada de unos actores ambulantes a la corte, el joven príncipe abandona su melancolía y cree entusiasmarse. Pero las palabras de un actor —un parlamento que él mismo comienza a exponer, y falla en recordar, poco después— vuelven a ensombrecer su ánimo.

Ahora estoy solo.

¡Oh, qué rufián y vil miserable soy!
¿No es monstruoso que este actor,
En una ficción apenas, en un sueño de pasión,
Pueda doblegar así su alma a su capricho
Y que por obra de ella todo su rostro palidezca,
Con lágrimas en los ojos, agitación en su semblante,
Su voz quebrada, y su entera actitud ajustada
En sus formas a ese capricho? ¿Y todo por nada?
¡Por Hécuba!
¿Qué es Hécuba para él, o él para Hécuba,
Para llorar así por ella? ¿Qué haría entonces
Si tuviera el motivo y la provocación para apasionarse
Que yo tengo? Inundaría la escena con lágrimas,
Y desgarraría los oídos de todos con discursos de horror,
Enloquecería a los culpables y llenaría de consternación a los inocentes,

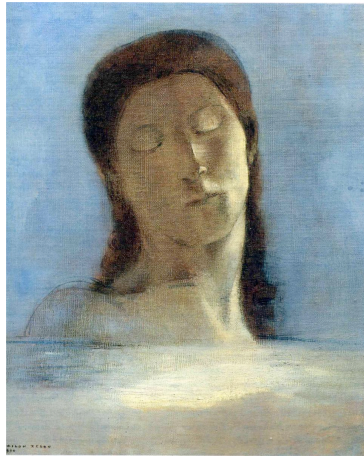
³ Ilustración: Bernardino Licinio, *Retrato de un joven con una calavera* (1524).

Confundiría a los ignorantes, y dejaría perplejas en verdad
 A las mismas facultades para ver y oír. Sin embargo yo,
 Canalla torpe y vacilante, languidezco
 Como un soñador, indiferente a mi causa,
 Y no puedo decir nada –no, ni por un rey
 Sobre cuyas posesiones y muy preciada vida
 Cayó una maldita destrucción. ¿Soy un cobarde?
 ¿No hay quien me llame villano, me parta la cabeza,
 Arranque mi barba y me la tire al rostro,
 Me retuerza la nariz, me eche en cara la mentira
 Y me la haga tragar hasta los pulmones? ¿No hay quien me haga todo esto?
 ¿Eh? ¡Dios, debería aceptarlo! pues a no ser que tenga
 Hígado de paloma, y me falte hiel
 Que haga amarga esta opresión, hace tiempo
 Que habría engordado los buitres del lugar
 Con las entrañas de este miserable: ¡villano sanguinario y obsceno!
 ¡Villano implacable, traicionero, lujurioso, inhumano!
 ¡Oh, venganza!
 ¡Ah, qué torpe soy! ¿No es admirable
 Que yo, el hijo del querido padre asesinado,
 Incitado a mi venganza por el cielo y el infierno,
 Deba como una prostituta desahogar mi corazón con palabras,
 Y acabe maldiciendo como una mujerzuela,
 Como una fregona?
 ¡Qué vergüenza! ¡Concéntrate, cerebro! He oído decir
 Que en personas culpables, al asistir a una obra de teatro,
 El solo artificio de la escena
 Les ha llegado hasta el alma, y de inmediato
 Han proclamado sus delitos;
 Pues el asesinato, aunque no tenga boca, hablará
 Con la voz más prodigiosa. Haré que estos actores
 Representen ante mi tío algo parecido al crimen
 De mi padre. Observaré su semblante,
 Lo sondearé hasta lo más hondo. Si llega a alterarse,
 Sé cuál será mi camino. El espíritu que he visto
 Podría ser un demonio –y el demonio tiene poder
 Para asumir una forma agradable. Sí, y quizá,
 Aprovechándose de mi debilidad y mi melancolía,
 Como él es tan potente con tales espíritus,
 Se valga de mí para condenarme. Encontraré razones
 Más seguras que ésta. La obra es aquello
 En lo que atraparé la conciencia del rey.

Hamlet no halla forma de aliviar su alma: primero se queja de no poder decir nada por su padre asesinado, cuando los dichos del actor le resultan capaces incluso de hacer confesar a los culpables. Luego se queja justamente sólo de poder decir, de descargar como las mujeres su corazón con palabras en lugar de actuar, y de vengarse como un hombre –cuando el actor puede transformarse por completo, actuar realmente (aunque en otro sentido), y doblegar su voz, sus lágrimas y todo su espíritu por una pena ajena, imaginaria. “¿Qué es Hécuba para él? ¿Qué haría si fuera yo? ¿No hay algo monstruoso en esta ficción? ¿Soy un cobarde?” Las preguntas sin respuesta se suceden y abruman, como en buena parte de la obra, a Hamlet. Y si bien siente que aún debe asegurarse antes de tramar una

venganza, la idea de llevarla adelante termina instalándose en el monólogo: un grito desarticulado fragmenta el texto en dos, y luego de proferirlo ahora él también intentará, con la ayuda del teatro, con las mismas armas del actor, hacer confesar al culpable.

El sueño de la muerte ⁴



La vida terrenal más fatigosa e intolerable
Que la vejez, la enfermedad, la pobreza o la prisión
Puedan imponer a una criatura, es un paraíso en comparación
A lo que tememos de la muerte.

William Shakespeare, *Medida por Medida*, 3.1.128-131, (1623).

Cuando el protagonista regresa en la escena siguiente, ha transcurrido otro tiempo que el que separa un acto del otro; Hamlet parece haberse olvidado de su determinación y de su plan de hace un momento, y se nos muestra en su meditación más profunda, en su irresolución más justificada, en la plenitud de su vacilación.

Ser, o no ser; ésa es la cuestión:
¿Si es más noble sufrir en el ánimo
Los hondazos y flechas de la ultrajante Fortuna,
O tomar las armas contra un mar de problemas,
Y, oponiéndonos, acabar con ellos? Morir, dormir;
No más: y con un sueño decir que acabamos
Con el dolor del corazón, y los mil golpes naturales
Que son herencia de la carne; ésa es una consumación
Piadosamente deseada. Morir, dormir;
Dormir, tal vez soñar: sí, ahí está el obstáculo;
Porque en ese sueño de muerte, qué sueños pueden sobrevenir
Cuando nos hayamos desprendido de nuestras tribulaciones mortales;
Eso es lo que nos detiene: ésa es la consideración
Que da tan larga vida a la calamidad;
¿Porque quién aguantaría los latigazos y desprecios del tiempo,
El agravio del opresor, la afrenta del soberbio,
Los espasmos de dolor del amor desairado, la tardanza de la justicia,
La insolencia de la autoridad, el mal trato

⁴ Ilustración: Odilon Redon, *Los ojos cerrados* (1890).

Que de los indignos recibe el mérito paciente,
 Cuando él mismo podría saldar todas sus obligaciones
 Con una daga desnuda? ¿Quién soportaría cargas,
 Gruñendo y sudando bajo una vida fatigosa,
 Si no temiera algo después de la muerte,
 Ese país sin descubrir, de cuyos confines
 Ningún viajero retorna, que desconcierta la voluntad,
 Y nos hace soportar los males que nos afligen
 Antes que lanzarnos hacia otros que desconocemos?
 Así la conciencia nos hace cobardes a todos,
 Y el matiz propio de la resolución
 Se debilita con la palidez con que la reflexión lo cubre;
 Y empresas de gran importancia y alcance
 Con esta consideración tuercen su curso,
 Y pierden el nombre de acción.

Es difícil y comprometedor agregar algo a todo lo que se ha dicho de este breve texto –acaso uno de los más famosos en el teatro y la literatura occidentales–, así que diré poco... Puede ser sobrecogedor intentar imaginar en qué estaba pensando Shakespeare la noche que escribió estos versos; pensar si imaginó en ese momento todas las veces que ese momento iba a repetirse, en los tiempos y escenarios más diversos; preguntarse si se debe en parte a estas palabras conocidas y siempre esperadas, la fama de esta obra –la más comentada y preferida de todo el canon Shakesperiano. Curiosamente, aunque sea difícil concebir la tragedia de Hamlet sin este parlamento, en él no hay ninguna referencia concreta a su historia, o al asesinato de su padre, ni a su singular amor por Ofelia, ni a Elsinore, ni a Dinamarca; es como si este retazo de la historia escapara de su trama, abandonara el escenario, y avanzara hacia nosotros para acompañarnos, o perturbarnos, por mucho más tiempo que el que lleva su representación.

En una obra llena de preguntas, aquí se nos presenta tal vez la mayor de todas: si ser o no ser, si vivir o decidir dejar de vivir, si aceptar pacientemente lo que nos depara la Fortuna o actuar contra esa Fortuna, o el destino, o las circunstancias de nuestra vida y oponernos a ellas. La muerte no resulta entonces un deseo último, sino que es la consecuencia de enfrentarse a “un mar de problemas”. Es, en efecto, el fin de todos ellos, de todos los dolores, de todas las calamidades que nos acechan con el paso del tiempo. Entonces otro dilema se presenta: en ese descanso posible, qué sueños, o qué pesadillas nos esperan; y el temor a qué cosa terrible después de la muerte nos detiene... No es el temor a ese momento –después de todo es un momento nada más–; sino, nada menos, el temor a toda una eternidad, ineludible e incierta.

Un capricho de la fama ⁵



Claudio, rey de una tarde, rey soñado,
No sintió que era un sueño hasta aquel día
En que un actor mimó su felonía
Con arte silencioso, en un tablado.

Jorge Luis Borges, *Los espejos, El Hacedor* (1960).

Entre el monólogo anterior y éste transcurren una serie de escenas fundamentales en la obra. En ellas Hamlet encuentra la ocasión para vengarse, con sus palabras como dagas, de la traición de las mujeres cercanas a él: primero Ofelia y más tarde su madre. Hay un asesinato que se representa en escena y termina con una reacción comprometida, prácticamente con la confesión del asesino de su padre. Hay una escena en la que Hamlet podría matarlo mientras reza, y otra en la que efectivamente mata al consejero y espía del rey. Esta muerte es la causa (o el pretexto) para su viaje repentino hacia Inglaterra, y para el plan ideado por el rey para darle muerte. Mientras se dirige hacia el mar, a punto de partir, Hamlet se encuentra con un ejército que marcha caprichosamente por su fama, hacia su propio fin, y pronuncia este parlamento:

¡Cómo me acusan todas las circunstancias,
Y acicatean mi demorada venganza! ¿Qué es un hombre
Si el principal bien y beneficio de su tiempo
Es sólo comer y dormir? Una bestia, nada más.
Cierto es que quien nos hizo con tan amplio entendimiento,
Para ver el pasado y el porvenir, no nos dio
Ese don y esa razón semejante a la de un dios para que
Se enmoheciese en nosotros sin usar. Ahora bien,
Sea olvido bestial, o algún escrúpulo cobarde
De pensar con demasiada precisión en los sucesos
—Un pensamiento que, partido en cuatro, tiene sólo una parte

⁵ Ilustración: Alphonse Mucha, *Hamlet* (1899).

De prudencia y tres de cobardía—, no sé
 Por qué vivo aún para decir: “Esto hay que hacer”,
 Ya que tengo la causa, y la voluntad, y la fuerza, y los medios
 Para hacerlo. Me incitan ejemplos tan grandes como la tierra.
 Testigo es este ejército numeroso y bien provisto,
 Conducido por un delicado y joven príncipe,
 Cuyo espíritu henchido de ambición divina
 Desprecia el resultado imprevisible,
 Exponiendo lo que es mortal e incierto a todo aquello
 A que puedan atreverse el peligro, la muerte y la Fortuna,
 Y todo por la cáscara de un huevo. Verdaderamente ser grande
 No consiste en agitarse por un gran motivo,
 Sino más bien en hallar pelea con grandeza por una pequeñez
 Cuando el honor está en riesgo. ¿Qué papel estoy haciendo yo entonces,
 Que tengo un padre asesinado y una madre envilecida
 Para excitarme la sangre y la razón,
 Y lo dejo dormir todo; mientras que para mi vergüenza veo
 La muerte inminente de veinte mil hombres,
 Que por una fantasía y un capricho de la fama,
 Marchan a sus tumbas como a la cama, y pelean por un trozo de tierra
 Que no es bastante grande para la batalla,
 Ni sepulcro suficiente para contener
 Y enterrar a los muertos. ¡Oh, de ahora en adelante,
 Que mis pensamientos sean sanguinarios, o no valgan nada!

Si antes era sólo un actor, en este episodio es todo un ejército el que acusa a Hamlet con su ejemplo; si ya desconfiaba de su valentía, ahora además lo atormenta la sospecha de un “olvido bestial” que hay en él; si alguna vez dudó entre las diversas formas que podía pensar para su venganza, ahora tiene la certeza de que piensa demasiado.

Algunas ediciones de la obra no incluyen este monólogo: son las que siguen la famosa edición que en 1623 preparó la propia compañía de Shakespeare. Sin embargo Hamlet cumple rigurosamente lo que aquí se propone: de ahora en adelante ya no pensará tanto, se decidirá a actuar, y antes de morir sus pensamientos y actos cargarán con la muerte de sus dos compañeros espías, el hermano de Ofelia y el rey asesino.

*

Como poemas íntimos pronunciados para sí mismo en la penumbra de la escena, y sin embargo presenciados por todos —personajes, audiencia, lectores—, los monólogos de Hamlet nos lo muestran en su esencia, como desnudo, y lo exponen más allá de lo que él mismo se propone o quisiera: ¿porque quién quiere que sepan que uno no entiende el mundo en que le ha tocado vivir, que apenas le quedan sus propias palabras para aliviar su corazón, que sólo el temor a algo terrible después de la muerte le impide correr hacia ella, que uno puede ser un cobarde, y también puede ser un asesino?... Las pocas páginas que reúnen estos momentos son a la vez sutiles y poderosas; cada una resuena leve e inolvidablemente en nosotros; son, en fin, palabras de alguien que está a punto de abandonar la vida y desafiar la muerte, más allá de sus más íntimos temores, para siempre.



Grandes Esperanzas

Charles Dickens



Grandes Esperanzas

Charles Dickens

(Traductor: Benito Pérez Galdós)

Publicado: 1860

Categoría(s): Ficción, Novela

Fuente: wikisource

Acerca Dickens:

Charles John Huffam Dickens pen-name "Boz", was the foremost English novelist of the Victorian era, as well as a vigorous social campaigner. Considered one of the English language's greatest writers, he was acclaimed for his rich storytelling and memorable characters, and achieved massive worldwide popularity in his lifetime. Later critics, beginning with George Gissing and G. K. Chesterton, championed his mastery of prose, his endless invention of memorable characters and his powerful social sensibilities. Yet he has also received criticism from writers such as George Henry Lewes, Henry James, and Virginia Woolf, who list sentimentality, implausible occurrence and grotesque characters as faults in his oeuvre. The popularity of Dickens' novels and short stories has meant that none have ever gone out of print. Dickens wrote serialised novels, which was the usual format for fiction at the time, and each new part of his stories would be eagerly anticipated by the reading public. Source: Wikipedia

También disponible en Feedbooks Dickens:

- *David Copperfield* (1850)
- *EL MANUSCRITO DE UN LOCO* (1836)
- *La fortuna de un estudiante* (1883)
- *Cántico de Navidad* (1843)
- *El guardavía* (1866)
- *El grillo del hogar* (1845)

Nota: Este libro le es ofrecido por Feedbooks

<http://www.feedbooks.com>

Estrictamente para uso personal. En ningún caso puede ser utilizado con fines comerciales.

Capítulo 1

Como mi apellido es Pirrip y mi nombre de pila Felipe, mi lengua infantil, al querer pronunciar ambos nombres, no fue capaz de decir nada más largo ni más explícito que Pip. Por consiguiente, yo mismo me llamaba Pip, y por Pip fui conocido en adelante.

Digo que Pirrip era el apellido de mi familia fundándome en la autoridad de la losa sepulcral de mi padre y de la de mi hermana, la señora Joe Gargery, que se casó con un herrero. Como yo nunca conocí a mi padre ni a mi madre, ni jamás vi un retrato de ninguno de los dos, porque aquellos tiempos eran muy anteriores a los de la fotografía, mis primeras suposiciones acerca de cómo serían mis padres se derivaban, de un modo muy poco razonable, del aspecto de su losa sepulcral. La forma de las letras esculpidas en la de mi padre me hacía imaginar que fue un hombre cuadrado, macizo, moreno y con el cabello negro y rizado. A juzgar por el carácter y el aspecto de la inscripción «También Georgiana, esposa del anterior» deduje la infantil conclusión de que mi madre fue pecosa y enfermiza. A cinco pequeñas piedras de forma romboidal, cada una de ellas de un pie y medio de largo, dispuestas en simétrica fila al lado de la tumba de mis padres y consagradas a la memoria de cinco hermanitos míos que abandonaron demasiado pronto el deseo de vivir en esta lucha universal, a estas piedras debo una creencia, que conservaba religiosamente, de que todos nacieron con las manos en los bolsillos de sus pantalones y que no las sacaron mientras existieron.

Éramos naturales de un país pantanoso, situado en la parte baja del río y comprendido en las revueltas de éste, a veinte millas del mar. Mi impresión primera y más vívida de la identidad de las cosas me parece haberla obtenido a una hora avanzada de una memorable tarde. En aquella ocasión di por seguro que aquel lugar desierto y lleno de ortigas era el cementerio; que Felipe Pirrip, último que llevó tal nombre en la parroquia, y también Georgiana, esposa del anterior, estaban muertos y enterrados; que Alejandro, Bartolomé, Abraham, Tobias y Roger, niños e hijos de los antes citados, estaban también muertos y enterrados; que la oscura y plana extensión de terreno que había más allá del cementerio, en la que abundaban las represas, los terraplenes y las puertas y en la

cual se dispersaba el ganado para pacer, eran los marjales; que la línea de color plumizo que había mucho mas allá era el río; que el distante y salvaje cubil del que salía soplando el viento era el mar, y que el pequeño manojito de nervios que se asustaba de todo y que empezaba a llorar era Pip.

— ¡Estáte quieto! gritó una voz espantosa, en el momento en que un hombre salía de entre las tumbas por el lado del pórtico de la iglesia. -¡Estáte quieto, demonio, o te corto el cuello!

Era un hombre terrible, vestido de basta tela gris, que arrastraba un hierro en una pierna. Un hombre que no tenía sombrero, que calzaba unos zapatos rotos y que en torno a la cabeza llevaba un trapo viejo. Un hombre que estaba empapado de agua y cubierto de lodo, que cojeaba a causa de las piedras, que tenía los pies heridos por los cantos agudos de los pedernales; que había recibido numerosos pinchazos de las ortigas y muchos arañazos de los rosales silvestres; que temblaba, que miraba irritado, que gruñía, y cuyos dientes castañeteaban en su boca cuando me cogió por la barbilla.

— ¡Oh, no me corte el cuello, señor! -rogué, atemorizado-. ¡Por Dios, no me haga, señor!

— ¿Cómo te llamas? -exclamó el hombre-. ¡Aprisa!

— Pip, señor.

— Repítelo -dijo el hombre, mirándome-. Vuelve a decírmelo.

— Pip, Pip, señor.

— Ahora indícame dónde vives. Señálalo desde aquí.

Yo indiqué la dirección en que se hallaba nuestra aldea, en la llanura contigua a la orilla del río, entre los alisos y los árboles desmochados, a cosa de una milla o algo más desde la iglesia.

Aquel hombre, después de mirarme por un momento, me cogió y, poniéndome boca abajo, me vació los bolsillos. No había en ellos nada más que un pedazo de pan. Cuando la iglesia volvió a tener su forma -porque fue aquello tan repentino y fuerte, el ponerme cabeza abajo, que a mí me pareció ver el campanario a mis pies-, cuando la iglesia volvió a tener su forma, repito, me vi sentado sobre una alta losa sepulcral, temblando de pies a cabeza, en tanto que él se comía el pedazo de pan con hambre de lobo.

— ¡Sinvergüenza! -exclamó aquel hombre lamiéndose los labios-. ¡Vaya unas mejillas que has echado!

Creo que, en efecto, las tenía redondas, aunque en aquella época mi estatura era menor de la que correspondía a mis años y no se me podía calificar de niño robusto.

— ¡Así me muera, si no fuese capaz de comérmelas! -dijo el hombre, moviendo la cabeza de un modo amenazador-. Y hasta me siento tentado de

hacerlo.

Yo, muy serio, le expresé mi esperanza de que no lo haría y me agarré con mayor fuerza a la losa en que me había dejado, en parte, para sostenerme y también para contener el deseo de llorar.

— Oye -me preguntó el hombre-. ¿Dónde está tu madre?

— Aquí, señor -contesté.

Él se sobresaltó, corrió dos pasos y por fin se detuvo para mirar a su espalda.

— Aquí, señor -expliqué tímidamente-. «También Georgiana.» Ésta es mi madre.

— ¡Oh! -dijo volviendo a mi lado-. ¿Y tu padre está con tu madre?

— Sí, señor -contesté-. Él también. Fue el último de su nombre en la parroquia.

— ¡Ya! -murmuró, reflexivo-. Ahora dime con quién vives, en el supuesto de que te dejen vivir con alguien, cosa que todavía no creo.

— Con mi hermana, señor... Con la señora Joe Gargery, esposa de Joe Gargery, el herrero.

— El herrero, ¿eh? -dijo mirándose la pierna.

Después de contemplarla un rato y de mirarme varias veces, se acercó a la losa en que yo estaba sentado, me cogió con ambos brazos y me echó hacia atrás tanto como pudo, sin soltarme: de manera que sus ojos miraban con la mayor tenacidad y energía en los míos, que a su vez le contemplaban con el mayor susto.

— Escúchame ahora -dijo-. Se trata de saber si se te permitirá seguir viviendo. ¿Sabes lo que es una lima?

— Sí, señor.

— ¿Y sabes lo que es comida?

— Sí, señor.

Al terminar cada pregunta me inclinaba un poco más hacia atrás, a fin de darme a entender mi estado de indefensión y el peligro que corría.

— Me traerás una lima -dijo echándome hacia atrás-. Y también víveres. -Y volvió a inclinarme-. Me traerás las dos cosas añadió repitiendo la operación. Si no lo haces, te arrancaré el corazón y el hígado. -Y para terminar me dio una nueva sacudida-.

Yo estaba mortalmente asustado y tan aturdido que me agarré a él con ambas manos y le dije:

— Si quiere usted hacerme el favor de permitir que me ponga en pie, señor, tal vez no me sentiría enfermo y podría prestarle mayor atención.

Me hizo dar una tremenda voltereta, de modo que otra vez la iglesia pareció saltar por encima de la veleta. Luego me sostuvo por los brazos en posición

natural en lo alto de la piedra y continuó con las espantosas palabras siguientes:

— Mañana por la mañana, temprano, me traerás esa lima y víveres. Me lo entregarás todo a mí, junto a la vieja Batería que se ve allá. Harás eso y no te atreverás a decir una palabra ni a hacer la menor señal que dé a entender que has visto a una persona como yo o parecida a mí; si lo haces así, te permitiré seguir viviendo. Si no haces lo que te mando o hablas con alguien de lo que ha ocurrido aquí, por poco que sea, te aseguro que te arrancaré el corazón y el hígado, los asaré y me los comeré. He de advertirte que no estoy solo, como tal vez te has figurado. Hay un joven oculto conmigo, en comparación con el cual yo soy un ángel. Este joven está oyendo ahora lo que te digo, y tiene un modo secreto y peculiar de apoderarse de los muchachos y de arrancarles el corazón y el hígado. Es en vano que un muchacho trate de esconderse o de rehuir a ese joven. Por mucho que cierre su puerta y se meta en la cama o se tape la cabeza, creyéndose que está seguro y cómodo, el joven en cuestión se introduce suavemente en la casa, se acerca a él y lo destroza en un abrir y cerrar de ojos. En estos momentos, y con grandes dificultades, estoy conteniendo a ese joven para que no te haga daño. Créeme que me cuesta mucho evitar que te destroce. Y ahora, ¿qué dices?

Contesté que le proporcionaría la lima y los restos de comida que pudiera alcanzar y que todo se lo llevaría a la mañana siguiente, muy temprano, para entregárselo en la Batería.

— ¡Dios te mate si no lo haces! -exclamó el hombre.

Yo dije lo mismo y él me puso en el suelo.

— Ahora -prosiguió- recuerda lo que has prometido; recuerda también al joven del que te he hablado, y vete a casa.

— Bue... buenas noches, señor -tartamudeé.

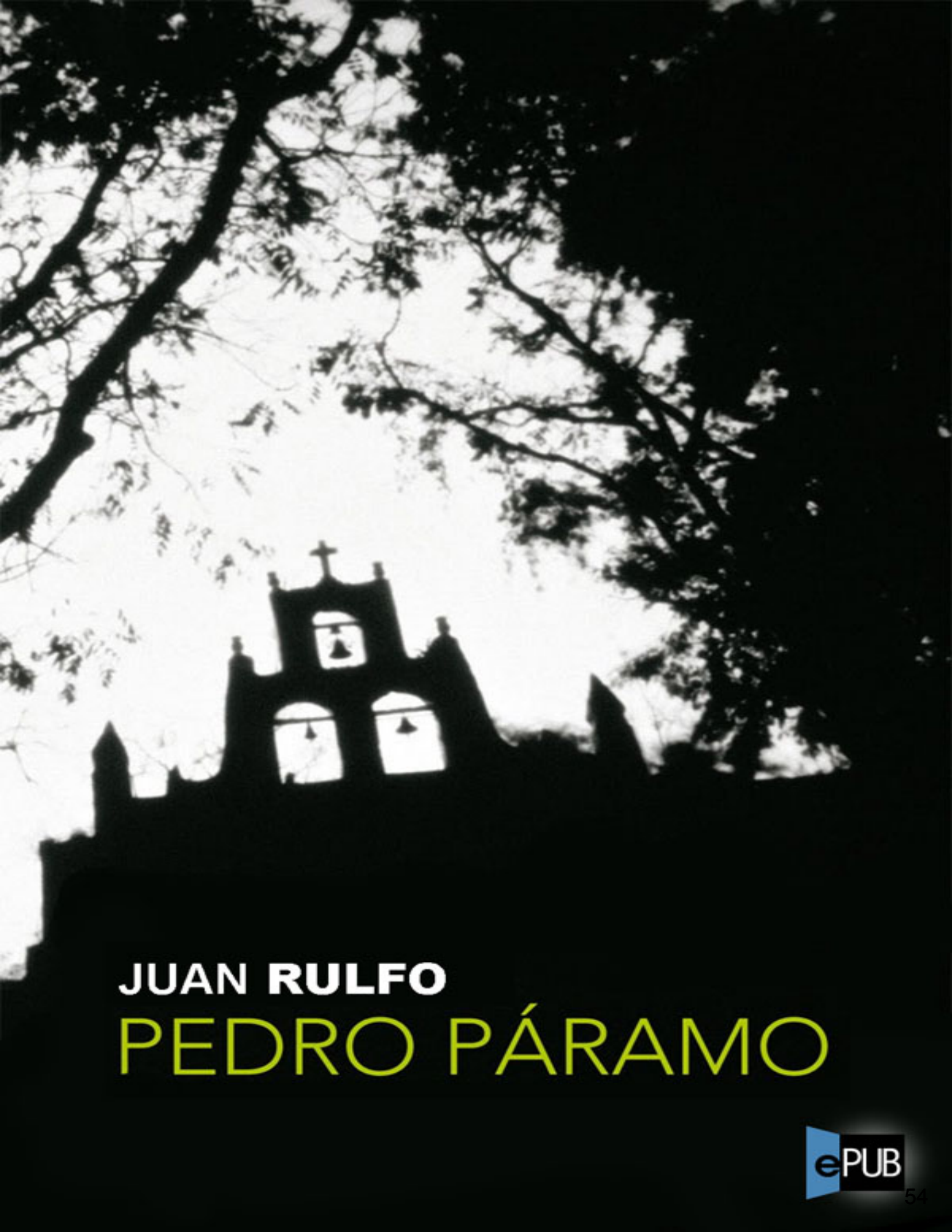
— ¡Ojalá las tenga buenas! -dijo mirando alrededor y hacia el marjal-. ¡Ojalá fuese una rana o una anguila!

Al mismo tiempo se abrazó a sí mismo con ambos brazos, como si quisiera impedir la dispersión de su propio cuerpo, y se dirigió cojeando hacia la cerca de poca elevación de la iglesia. Cuando se marchaba, pasando por entre las ortigas y por entre las zarzas que rodeaban los verdes montículos, iba mirando, según pareció a mis infantiles ojos, como si quisiera eludir las manos de los muertos que asomaran cautelosamente de las tumbas para agarrarlo por el tobillo y meterlo en las sepulturas.

Cuando llegó a la cerca de la iglesia, la saltó como hombre cuyas piernas están envaradas y adormecidas, y luego se volvió para observarme. Al ver que me contemplaba, volví el rostro hacia mi casa a hice el mejor uso posible de mis piernas. Pero luego miré por encima de mi hombro, y le vi que se dirigía nuevamente hacia el río, abrazándose todavía con los dos brazos y eligiendo el

camino con sus doloridos pies, entre las grandes piedras que fueron colocadas en el marjal a fin de poder pasar por allí en la época de las lluvias o en la pleamar.

Ahora los marjales parecían una larga y negra línea horizontal. En el cielo había fajas rojizas, separadas por otras muy negras. A orillas del río pude distinguir débilmente las dos únicas cosas oscuras que parecían estar erguidas; una de ellas era la baliza, gracias a la cual se orientaban los marinos, parecida a un barril sin tapa sobre una pértiga, cosa muy fea y desagradable cuando se estaba cerca: era una horca, de la que colgaban algunas cadenas que un día tuvieron suspendido el cuerpo de un pirata. Aquel hombre se acercaba cojeando a esta última, como si fuese el pirata resucitado y quisiera ahorcarse otra vez. Cuando pensé en eso, me asusté de un modo terrible y, al ver que las ovejas levantaban sus cabezas para mirar a aquel hombre, me pregunté si también creerían lo mismo que yo. Volví los ojos alrededor de mí en busca de aquel terrible joven, mas no pude descubrir la menor huella de él. Y como me había asustado otra vez, eché a correr hacia casa sin detenerme.



JUAN RULFO

PEDRO PÁRAMO

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo en plan de prometerlo todo. «No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de otro modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte». Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todavía antes me había dicho:

—No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

—Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala.

Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias.

El camino subía y bajaba: «*Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja*».

—¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?

—Comala, señor.

—¿Está seguro de que ya es Comala?

—Seguro, señor.

—¿Y por qué se ve esto tan triste?

—Son los tiempos, señor.

Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver: *«Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche»*. Y su voz era secreta, casi apagada, como si hablara consigo misma... Mi madre.

—¿Y a qué va usted a Comala, si se puede saber? —oí que me preguntaban.

—Voy a ver a mi padre —contesté.

—¡Ah! —dijo él.

Y volvimos al silencio.

Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto.

—Bonita fiesta le va a armar —volví a oír la voz del que iba allí a mi lado—. Se pondrá contento de ver a alguien después de tantos años que nadie viene por aquí.

Luego añadió:

—Sea usted quien sea, se alegrará de verlo.

En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá, la más remota lejanía.

—¿Y qué trazas tiene su padre, si se puede saber?

—No lo conozco —le dije—. Sólo sé que se llama Pedro Páramo.

—¡Ah!, vaya.

—Sí, así me dijeron que se llamaba.

Oí otra vez el «¡ah!» del arriero.

Me había topado con él en Los Encuentros, donde se cruzaban varios caminos. Me estuve allí esperando, hasta que al fin apareció este hombre.

—¿Adónde va usted? —le pregunté.

—Voy para abajo, señor.

—¿Conoce un lugar llamado Comala?

—Para allá mismo voy.

Y lo seguí. Fui tras él tratando de emparejarme a su paso, hasta que pareció darse cuenta de que lo seguía y disminuyó la prisa de su carrera. Después los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.

—Yo también soy hijo de Pedro Páramo —me dijo.

Una bandada de cuervos pasó cruzando el cielo vacío, haciendo cuar, cuar, cuar.

Después de trastumbar los cerros, bajamos cada vez más. Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos íbamos hundiendo en el puro calor sin aire. Todo parecía estar como en espera de algo.

—Hace calor aquí —dije.

—Sí, y esto no es nada —me contestó el otro—. Cállese. Ya lo sentirá más fuerte cuando llegemos a Comala. Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija.

—¿Conoce usted a Pedro Páramo? —le pregunté.

Me atreví a hacerlo porque vi en sus ojos una gota de confianza.

—¿Quién es? —volví a preguntar.

—Un rencor vivo —me contestó él.

Y dio un pajuelazo contra los burros, sin necesidad, ya que los burros iban mucho más adelante de nosotros, encarrerados por la bajada.

Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa, calentándose el corazón, como si ella también sudara. Era un retrato viejo, carcomido en los bordes; pero fue el único que conocí de ella. Me lo había encontrado en el armario de la cocina, dentro de una cazuela llena de yerbas; hojas de toronjil, flores de Castilla, ramas de ruda. Desde entonces lo guardé. Era el único. Mi madre siempre fue enemiga de retratarse. Decía que los retratos eran cosa de brujería. Y así parecía ser; porque el suyo estaba lleno de agujeros como de aguja, y en dirección del corazón tenía uno muy grande donde bien podía caber el dedo del corazón.

Es el mismo que traigo aquí, pensando que podría dar buen resultado para que mi padre me reconociera.

—Mire usted —me dice el arriero, deteniéndose—: ¿Ve aquella loma que parece vejiga de puercos? Pues detrasito de ella está la Media Luna. Ahora voltié para allá. ¿Ve la ceja de aquel cerro? Véala. Y ahora voltié para este otro rumbo. ¿Ve la otra ceja que casi no se ve de lo lejos que está? Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terrenal. El caso es que nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar. Con usted debe haber pasado lo mismo, ¿no?

—No me acuerdo.

—¡Váyase mucho al carajo!

—¿Qué dice usted?

—Que ya estamos llegando, señor.

—Sí, ya lo veo. ¿Qué pasó por aquí?

—Un correcaminos, señor. Así les nombran a esos pájaros.

—No, yo preguntaba por el pueblo, que se ve tan solo, como si estuviera abandonado. Parece que no lo habitara nadie.

—No es que lo parezca. Así es. Aquí no vive nadie.

—¿Y Pedro Páramo?

—Pedro Páramo murió hace muchos años.

Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde. Cuando aún las paredes negras reflejan la luz amarilla del sol.

Al menos eso había visto en Sayula, todavía ayer, a esta misma hora. Y había visto también el vuelo de las palomas rompiendo el aire quieto, sacudiendo sus alas como si se desprendieran del día. Volaban y caían sobre los tejados, mientras los gritos de los niños revoloteaban y parecían teñirse de azul en el cielo del atardecer. Ahora estaba aquí, en este pueblo sin ruidos. Oía caer mis pisadas sobre las piedras redondas con que estaban

empedradas las calles. Mis pisadas huecas, repitiendo su sonido en el eco de las paredes teñidas por el sol del atardecer.

Fui andando por la calle real en esa hora. Miré las casas vacías; las puertas desportilladas, invadidas de yerba. ¿Cómo me dijo aquel fulano que se llamaba esta yerba? «La capitana, señor. Una plaga que nomás espera que se vaya la gente para invadir las casas. Así las verá usted».

Al cruzar una bocacalle vi una señora envuelta en su rebozo que desapareció como si no existiera. Después volvieron a moverse mis pasos y mis ojos siguieron asomándose al agujero de las puertas. Hasta que nuevamente la mujer del rebozo se cruzó frente a mí.

—¡Buenas noches! —me dijo.

La seguí con la mirada. Le grité.

—¿Dónde vive doña Eduviges?

Y ella señaló con el dedo:

—Allá. La casa que está junto al puente.

Me di cuenta que su voz estaba hecha de hebras humanas, que su boca tenía dientes y una lengua que se trababa y destrababa al hablar, y que sus ojos eran como todos los ojos de la gente que vive sobre la tierra.

Había oscurecido.

Volvió a darme las buenas noches. Y aunque no había niños jugando, ni palomas, ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía. Y que si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces.

De voces, sí. Y aquí, donde el aire era escaso, se oían mejor. Se quedaban dentro de uno, pesadas. Me acordé de lo que me había dicho mi madre. «*Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz*». Mi madre... la viva.

Hubiera querido decirle: «Te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me mandaste al “¿dónde es esto y dónde es aquello?”. A un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe».

Llegué a la casa del puente orientándome por el sonar del río. Toqué la puerta; pero en falso. Mi mano se sacudió en el aire como si el aire la

hubiera abierto. Una mujer estaba allí. Me dijo:

—Pase usted.

Y entré.

Me había quedado en Comala. El arriero, que se siguió de filo, me informó todavía antes de despedirse:

—Yo voy más allá, donde se ve la trabazón de los cerros. Allá tengo mi casa. Si usted quiere venir, será bienvenido. Ahora que si quiere quedarse aquí, ahí se lo haiga; aunque no estaría por demás que le echara una ojeada al pueblo, tal vez encuentre algún vecino viviente.

Y me quedé. A eso venía.

—¿Dónde podré encontrar alojamiento? —le pregunté ya casi a gritos.

—Busque a doña Eduviges, si es que todavía vive. Dígale que va de mi parte.

—¿Y cómo se llama usted?

—Abundio —me contestó. Pero ya no alcancé a oír el apellido.

—Soy Eduviges Dyada. Pase usted.

Parecía que me hubiera estado esperando. Tenía todo dispuesto, según me dijo, haciendo que la siguiera por una larga serie de cuartos oscuros, al parecer desolados.

Pero no; porque, en cuanto me acostumbré a la oscuridad y al delgado hilo de luz que nos seguía, vi crecer sombras a ambos lados y sentí que íbamos caminando a través de un angosto pasillo abierto entre bultos.

—¿Qué es lo que hay aquí? —pregunté.

—Tiliches —me dijo ella—. Tengo la casa toda entilichada. La escogieron para guardar sus muebles los que se fueron, y nadie ha regresado por ellos. Pero el cuarto que le he reservado está al fondo. Lo tengo siempre descombrado por si alguien viene. ¿De modo que usted es hijo de ella?

—¿De quién? —respondí.

—De Doloritas.

—Sí, pero ¿cómo lo sabe?

—Ella me avisó que usted vendría. Y hoy precisamente. Que llegaría hoy.

—¿Quién? ¿Mi madre?

—Sí. Ella.

Yo no supe qué pensar. Ni ella me dejó en qué pensar:

—Éste es su cuarto —me dijo.

No tenía puertas, solamente aquella por donde habíamos entrado. Encendió la vela y lo vi vacío.

—Aquí no hay dónde acostarse —le dije.

—No se preocupe por eso. Usted ha de venir cansado y el sueño es muy buen colchón para el cansancio. Ya mañana le arreglaré su cama. Como usted sabe, no es fácil ajuarear las cosas en un dos por tres. Para eso hay que estar prevenido, y la madre de usted no me avisó sino hasta ahora.

—Mi madre —dije—, mi madre ya murió.

—Entonces ésa fue la causa de que su voz se oyera tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí. Ahora lo entiendo. ¿Y cuánto hace que murió?

—Hace ya siete días.

—Pobre de ella. Se ha de haber sentido abandonada. Nos hicimos la promesa de morir juntas. De irnos las dos para darnos ánimo una a la otra en el otro viaje, por si se necesitara, por si acaso encontrábamos alguna dificultad. Éramos muy amigas. ¿Nunca le habló de mí?

—No, nunca.

—Me parece raro. Claro que entonces éramos unas chiquillas. Y ella estaba apenas recién casada. Pero nos queríamos mucho. Tu madre era tan bonita, tan, digamos, tan tierna, que daba gusto quererla. Daban ganas de quererla. ¿De modo que me lleva ventaja, no? Pero ten la seguridad de que la alcanzaré. Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros; pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga. O, si tú quieres, forzarlo a disponer antes de tiempo. Perdóname que te hable de tú; lo hago porque te considero como mi hijo. Sí, muchas veces dije: «El hijo de Dolores debió

haber sido mío». Después te diré por qué. Lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en alguno de los caminos de la eternidad.

Yo creía que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí nada. Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo.

—Estoy cansado —le dije.

—Ven a tomar antes algún bocado. Algo de algo. Cualquiera cosa.

—Iré. Iré después.

El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba: plas plas y luego otra vez plas en mitad de una hoja de laurel que daba vueltas y rebotes metida en la hendidura de los ladrillos. Ya se había ido la tormenta. Ahora de vez en cuando la brisa sacudía las ramas del granado haciéndolas chorrear una lluvia espesa, estampando la tierra con gotas brillantes que luego se empañaban. Las gallinas, engarruchadas como si durmieran, sacudían de pronto sus alas y salían al patio, picoteando de prisa, atrapando las lombrices desenterradas por la lluvia. Al recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras, irisaba todo de colores, se bebía el agua de la tierra, jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire.

—¿Qué tanto haces en el excusado, muchacho?

—Nada, mamá.

—Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder.

—Sí, mamá.

«Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. “Ayúdame, Susana”. Y unas manos suaves se apretaban a nuestras manos. “Suelta más hilo”.

»El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento, hasta que se rompía con un leve

crujido como si hubiera sido trozado por las alas de algún pájaro. Y allá arriba, el pájaro de papel caía en maromas arrastrando su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra.

»Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío».

—Te he dicho que te salgas del excusado, muchacho.

—Sí, mamá. Ya voy:

«De ti me acordaba. Cuando tú estabas allí mirándome con tus ojos de aguamarina».

Alzó la vista y miró a su madre en la puerta.

—¿Por qué tardas tanto en salir? ¿Qué haces aquí?

—Estoy pensando.

—¿Y no puedes hacerlo en otra parte? Es dañoso estar mucho tiempo en el excusado. Además, debías de ocuparte en algo. ¿Por qué no vas con tu abuela a desgranar maíz?

—Ya voy, mamá. Ya voy.

—Abuela, vengo a ayudarle a desgranar maíz.

—Ya terminamos; pero vamos a hacer chocolate. ¿Dónde te habías metido? Todo el rato que duró la tormenta te anduvimos buscando.

—Estaba en el otro patio.

—¿Y qué estabas haciendo? ¿Rezando?

—No, abuela, solamente estaba viendo llover.

La abuela lo miró con aquellos ojos medio grises, medio amarillos, que ella tenía y que parecían adivinar lo que había dentro de uno.

—Vete, pues, a limpiar el molino.

«A centenares de metros, encima de todas las nubes, más, mucho más allá de todo, estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y adonde no llegan mis palabras».

—Abuela, el molino no sirve, tiene el gusano roto.

—Esa Micaela ha de haber molido molcates en él. No se le quita esa mala costumbre; pero en fin, ya no tiene remedio.

COLM TÓIBÍN

Madres e hijos



Lumen

La familia vacía

He vuelto. Al mirar hacia fuera veo el cielo blando, la tenue línea del horizonte y los cambios de la luz sobre el mar. Amenaza lluvia. Puedo sentarme en este sillón antiguo que mandé traer en barco desde una tienda de viejo de Market Street, y contemplar la calma del mar contra el cielo brumoso.

He vuelto. Durante estos años me he asegurado de que se pagara la factura de la luz, de que siguiera habiendo línea telefónica y de que se limpiara y quitara el polvo. Y la vecina que se ocupaba de todo, la hija de Rita, abría la casa al cartero o al mensajero cuando yo enviaba los libros, las pinturas y fotografías que compraba; a veces los mandaba por FedEx, como si fuera urgente que llegaran puesto que yo no podía venir.

Puesto que no quería venir.

El espacio por el que camino era el espacio de mis sueños; el sonido apacible del viento en días como este es el sonido con el que soñaba.

Supongo que sabes que he vuelto.

A la bicicleta de montaña que me regalaron con la lavadora solo había que inflarle las ruedas. A diferencia de la lavadora, funcionaba como si nunca me hubiera marchado. Así pues, he podido realizar el lento trayecto soñado hasta el pueblo: bajar por la colina en dirección a la cantera de arena y dejar atrás la pista de frontón viendo a lo lejos las caravanas y casas prefabricadas, que antes no estaban.

Un domingo por la mañana, al final de ese trayecto me encontré con tu cuñada. Supongo que te lo habrá contado. Los dos observábamos el enorme surtido de periódicos dominicales que

había en el supermercado del pueblo, sin saber cuál comprar. Se volvió y nos miramos. Hacía años que no la veía; ni siquiera sabía que Bill y ella aún tenían la casa. Bill te habrá dicho que he regresado.

O tal vez no te lo haya dicho todavía.

Quizá no te haya visto. Quizá no se apresure a contarte todas las novedades de las que se entera. Pero pronto, muy pronto Bill y tú tendréis que hablar y él te lo contará, tal vez de pasada, como una curiosidad, o tal vez como un notición. ¿A que no sabes a quién he visto? ¿A que no sabes quién ha vuelto?

Le dije a tu cuñada que había vuelto.

Más tarde, cuando bajé a la playa por el viejo sendero, el camino de siempre, y no sabía si nadar, si el agua estaría demasiado fría, los vi acercarse. Vestían ropa bonita. Tu cuñada ha envejecido; en cambio Bill rebosaba energía, parecía casi un joven. Le estreché la mano. No había nada que decir aparte de lo acostumbrado, las frases que solemos pronunciar por esta zona: miramos el mar y comentamos que nunca viene nadie, que no hay ni un alma y que es una maravilla estar aquí en un día de junio despejado y ventoso sin nadie a la vista, pese al turismo, las nuevas viviendas y el dinero que llegó y desapareció. Este tramo de playa continúa siendo un secreto.

Durante estos años, en algún que otro momento inexplicable he venido aquí. He imaginado este encuentro y los sonidos que emitimos entre el ruido del viento y de las olas.

Y entonces Bill me habló del telescopio. «Sin duda —dijo—, tendría que haberme comprado uno en Estados Unidos, donde son más baratos, mucho más baratos.» Me contó que había construido una habitación con una claraboya de Velux, las vistas de que disfrutaba, y que no tenía en ella más que una silla y el telescopio.

Como bien sabes, hace años les enseñé esta casa, y me constaba que él se acordaba de esta habitación, este minúsculo cuartito de luz cambiante, que parece propio de un barco, donde estoy sentado. Yo tenía unos prismáticos baratos para observar el ferry de Rosslare, el faro y los contados veleros que pasaban. No los encuentro, y eso

que me puse a buscarlos apenas llegué. Siempre me ha parecido que un telescopio sería un armatoste, difícil de usar y de manejar. Pero Bill afirmó que me equivocaba, que el suyo era sencillo.

Me invitó a ir a su casa a comprobarlo por mí mismo, a cualquier hora, pues no pensaban salir en todo el día. Tu cuñada me miró con recelo, como si temiera que fuera a necesitarla, a pedirle algo, como había ocurrido hacía tantos años, como si fuera a presentarme en plena noche otra vez. Dudé.

—Pásate a tomar una copa —dijo. Comprendí que quería decir la semana siguiente, o cualquier otra; comprendí que quería mostrarse distante.

Respondí que no, pero que iría a ver el telescopio, solo un momento, si les parecía bien..., a lo mejor más tarde, solo para echarle un vistazo. Me interesaba el telescopio y me daba igual que ella quisiera que fuera ese día u otro. Nos despedimos y seguí caminando hacia el norte, en dirección a Knocknasilloque, y ellos se dirigieron hacia el barranco. Ese día no nadé. Habían ocurrido suficientes cosas. El encuentro ya era suficiente.

Más tarde el viento cesó por completo, como suele suceder. El sol arrojaba sus mortecinos rayos oblicuos sobre las ventanas de atrás de la casa cuando decidí ir a ver el telescopio.

Tu cuñada tenía encendida la lumbre, y recuerdo que había dicho que su hijo estaría en casa. He olvidado cómo se llama el chico, pero me impresionó verlo en aquella gran sala diáfana con ventanas a ambos lados que daban al mar. No lo veía desde que era un niño. Bajo cierta luz podría haber sido tú, o tú cuando te conocí: el mismo pelo, la misma altura y complexión y el mismo encanto que ya debían de tener tu abuela o tu abuelo, o incluso antepasados más lejanos, la sonrisa dulce, la mirada reconcentrada.

Me aparté de ellos para ir hasta la escalerita con Bill, que me esperaba inquieto, y bajamos al cuarto del telescopio.

No soporto que me enseñen cómo se hacen las cosas, ya lo sabes. Cambiar un enchufe, poner en marcha un coche alquilado o entender el funcionamiento de un móvil nuevo me echa años

encima, me provoca frustración y unas ganas casi desesperadas de huir y ovillarme a solas. Pues bien, me encontraba en un espacio cerrado y Bill me enseñaba cómo mirar por el telescopio, me guiaba las manos para indicarme cómo debía girarlo, levantarlo y enfocar. Me mostré paciente con él, durante unos instantes olvidé mis maneras. Enfocó las olas, a lo lejos. Y a continuación retrocedió.

Comprendí que quería que moviera el telescopio, que lo dirigiera hacia el pueblo de Rosslare Harbour, hacia la roca Tuskar, hacia Raven Point, hacia la playa de Curracloe, y convine en que se veían con gran claridad pese a la escasa luz del atardecer. Pero lo primero que me enseñó me había dejado boquiabierto. Al ver las olas a kilómetros de distancia, su concienzuda y frenética soledad, su embotada indiferencia ante su destino, me entraron ganas de gritar, quise pedirle que me dejara un rato a solas para asimilarlo. Le oía respirar a mi espalda. Entonces se me pasó por la cabeza que el mar no es un sistema; es una lucha. Frente a ese hecho, nada importa. Las olas eran como personas batallando, personas con entendimiento y voluntad, con un destino y una conciencia permanente de su propia belleza.

Mientras lo contemplaba conteniendo la respiración comprendí que sería mejor que no me quedara mucho rato. Le pregunté si le importaba que mirase unos minutos más. Sonrió como si eso fuera lo que él quería. A diferencia de ti, que nunca has mostrado interés por los objetos, tu hermano es un hombre que aprecia lo que tiene. Me volví y a toda prisa enfoqué una ola al azar. Vi el blanco y el gris y una especie de azul y verde. Era una línea. No se agitaba ni estaba quieta. Toda ella era movimiento, desbordamiento, y a la vez pura contención: estaba concentrada por completo mientras la observaba. Poseía un control esencial. Era algo que venía hacia nosotros como si quisiera salvarnos y sin embargo no hacía nada; se retiraba como quien se encoge de hombros con ironía, como si diera a entender que así es el mundo y el tiempo que pasamos en él: todo posibilidades elevadas, complejidad y fervor precipitado, para acabar en nada en una playa pequeña y retroceder a fin de reintegrarnos a

la familia vacía de la que partimos a solas en un vigoroso arranque de valentía e inconsciencia.

Sonreí un momento antes de darme la vuelta. Podría haberle dicho que la ola que había contemplado tenía la misma capacidad de amar que nosotros en nuestra vida. Él le habría comentado a tu cuñada que yo había perdido un poco el juicio en California, e incluso es posible que te lo hubiera dicho a ti, y tú habrías sonreído con aire tolerante, como si eso no fuera nada malo. A fin de cuentas, tú mismo lo perdiste en su momento. Quizá te hayas serenado desde que te dejé; quizá los años transcurridos te hayan ayudado a recuperar la cordura.

Antes de volver, durante todo el invierno y hasta principios de junio, los sábados salía de la ciudad para ir a Point Reyes. Mi GPS, que tenía acento australiano, me indicaba dónde debía girar, en qué carril debía situarme y cuántos kilómetros faltaban para llegar. Al final ya me conocían en el pueblo de Point Reyes Station —o Station, como lo llamaba mi GPS—, en la quesería, donde además compraba pan y huevos, y en la librería, donde adquirí libros de poesía de Robert Hass y de Louise Glück y donde un día encontré *Sobre lo azul*, de William Gass, y también me lo compré. Compraba fruta para toda la semana y, cuando empezaba el tiempo a mejorar, me sentaba delante de la oficina de correos a comer las ostras que una familia de mexicanos asaba en un tenderete colocado al lado del supermercado.

Todo eso no era más que un preparativo para el viaje hasta South Beach y el faro. Era como venir en coche hacia aquí, donde estoy ahora. Invariablemente, al doblar un determinado recodo sabes que te aproximas a uno de los confines de la tierra. Tiene el mismo halo de desolación que los últimos poemas de un poeta, que los últimos cuartetos de Beethoven o que las últimas canciones compuestas por Schubert. El aire es distinto y todo crece de manera forzada, retorcido, combado por el viento. El horizonte es blancura,

vacío; apenas hay casas. Avanzas hacia una frontera entre la tierra y el mar que no tiene playas hospitalarias, pensiones pintadas con franjas acogedoras, tióvivos ni puestos de venta de helados, sino señales de peligro, acantilados escarpados.

En Point Reyes había una playa larga, con dunas y un mar impetuoso y despiadado, demasiado bravo para practicar surf, nadar o incluso remar. Las señales advertían de que no se caminara demasiado cerca, pues podría aparecer de improviso una ola con una resaca fortísima. No había socorristas. Era el océano Pacífico más inhóspito e implacable, y yo acudía allí un sábado tras otro: soportando el viento, avanzaba con suma cautela por el borde de la orilla y observaba cómo cada ola se estrellaba contra mí y retrocedía con un ruido como de sorbo.

Añoraba mi tierra.

Añoraba mi tierra. Iba a Point Reyes todos los sábados para añorar mi tierra.

Mi tierra era esta casa deshabitada de Ballyconnigar apartada del acantilado, una casa medio llena de objetos empaquetados, pequeños dibujos y pinturas de la bahía de San Francisco, un grabado de Vija Celmins, fotografías de puentes y de agua, sillones, alfombras estampadas. Mi tierra era una habitación repleta de libros al fondo de esta casa, junto a dos dormitorios y dos cuartos de baño. Mi tierra era una espaciosa sala de techo alto en la parte delantera, con suelo de cemento y una chimenea enorme, un sofá, dos mesas, cuadros todavía apoyados contra las paredes, entre ellos el de Mary Lohan que compré en Dublín y otras obras adquiridas hace años que esperaban alcayatas y cordel. Mi tierra era también este cuarto en lo alto de la casa, empotrado bajo el tejado; un cuarto con una puerta vidriera que se abre a un balcón pequeño desde donde en las noches claras contemplo las estrellas y veo las luces de Rosslare Harbour, los destellos del faro de la roca Tuskar y la tenue línea reconfortante en que el cielo nocturno se convierte en oscuro mar. Ignoraba que esos viajes solitarios a Point Reyes en enero, febrero, marzo, abril y mayo, y el regreso con un coche

cargado de provisiones, como si hubiera carestía en San Francisco, ignoraba que fueran una forma de decirme a mí mismo que volvería a mi tierra, a mi propio mar, más benigno, con una playa plácida, más domesticada; a mi propio faro, menos espectacular y menos sufrido.

Hasta entonces había evitado pensar en mi tierra porque mi tierra no era únicamente la casa donde estoy ahora ni este paisaje de confines. Algunos de aquellos días en que iba al faro de Point Reyes debía afrontar qué más era mi tierra. En el asiento contiguo al volante tenía unas piedras que había cogido y pensaba que podría llevarlas a Irlanda.

Mi tierra eran las tumbas donde yacen mis muertos, en las afueras de la ciudad de Enniscorthy, junto a la carretera de Dublín. Allí no podía enviar paquetes, ni pinturas y litografías firmadas y envueltas en plástico de burbuja, con las señas del remitente en el reverso. Los objetos de ese tipo no servirían de nada. Esa tierra poblaba mis sueños y mis horas de vigilia más que cualquier otra variante de mi tierra. Soñaba con depositar una piedra sobre cada una de esas tumbas, como hacen los judíos, del mismo modo que los católicos ponen flores. Sonreía al pensar que en el futuro un arqueólogo encontraría esas sepulturas, estudiaría los huesos y la tierra que los rodeaba, escribiría un artículo sobre la presencia de esas piedras sueltas, piedras gastadas por las olas del Pacífico, y cavilaría sobre qué locura, qué motivos, qué tiernas necesidades habían llevado a alguien a transportarlas tan lejos.

Mi tierra eran asimismo dos casas que ellos me dejaron al morir y que vendí en pleno boom de este pequeño país tan extraño, cuando los precios se elevaron como Ícaro, el hijo de Dédalo, quien le avisó de que no se acercara demasiado al sol ni al mar; Ícaro desoyó la advertencia y las alas se le derrieron por el radiante calor del sol. La venta de las dos casas me ha dado libertad, como si esa palabra significara algo, de modo que por muchos años que viva no tendré que volver a trabajar. Y a lo mejor tampoco tenga que preocuparme

más, aunque ahora eso parece un chiste amargo del que quizá me ría con el paso de los días.

Me uniré a ellos en esas tumbas. Se ha dejado un espacio para mí. Un día de estos iré al cementerio y contemplaré la luz sobre el río Slaney, la escueta belleza de la luz gris de Irlanda sobre el agua, y sabré que, como todos los demás seres nacidos, al final estaré condenado a yacer en la oscuridad hasta que el tiempo se acabe. Entretanto solo tengo esta casa, esta luz, esta libertad; y, si no me falla el valor, pasaré el tiempo observando el mar, fijándome en sus cambios y en los ruidos que produce, escrutando el horizonte, escuchando el viento y disfrutando de la calma cuando no sople. Ni en mis sueños más profundos me acercaré demasiado ni al sol ni al mar. Esa oportunidad ha quedado atrás.

Ojalá supiera cómo se crearon los colores. Algunos días mientras impartía clase miraba por la ventana y pensaba que todo cuanto decía era fácil de averiguar y ya se daba por supuesto. En cambio, tengo una piedrecita rectangular traída de la playa que contemplo en estos momentos, tras una noche de truenos y un día de cielos grises sobre el mar. Despunta la mañana en esta casa, donde el teléfono no suena y las únicas cartas que llegan son facturas.

Me fijé en la piedra por la delicadeza de su color sobre la arena: verde claro con vetas blancas. De todas las que vi, era la que mejor parecía transmitir el mensaje de que estaba gastada por las olas, su color desvaído por el agua, y sin embargo estaba más viva por ese motivo, como si la batalla entre el color y el agua salobre le hubiera proporcionado una fuerza muda.

La tengo sobre el escritorio. Sin duda el mar es lo bastante fuerte para atacar todas las piedras y volverlas blancas o uniformes como lo son los granos de arena. Ignoro cómo resisten al mar. Cuando salí a pasear ayer en la tarde húmeda, las olas lamían apacibles la orilla y agitaban las piedras, mayores que guijarros, todas de colores distintos. Al girar esta piedra verde, la que traje a casa, advierto que

es menos lisa por un extremo, como si se tratara de una juntura, de un fragmento roto, y hubiera formado parte de una masa mayor.

Ignoro cuánto habría durado en la playa si no la hubiera salvado; desconozco la duración de la vida de las piedras en las playas de Wexford. Sé qué libros leía George Eliot en 1876, qué cartas escribía y qué frases componía, y quizá me baste con saber eso. El resto es ciencia y yo no me dedico a la ciencia. Es posible que se me escape el quid de muchas cosas: la apacible calma de este día sin viento, el vuelo de las golondrinas, cómo estas palabras aparecen en la pantalla a medida que las tecleo, el verde de la piedra.

Pronto tendré que tomar una decisión. Tendré que llamar a la agencia de alquiler de coches del aeropuerto de Dublín para prorrogar el contrato del vehículo. O devolverlo. Quizá me haga con otro. O regrese a casa sin coche y me quede tan solo con la bicicleta de montaña y números de teléfono de taxis. O me marche. Anoche, cuando cesaron los truenos y no se oía ya ningún ruido, me conecté a internet en busca de telescopios; consulté precios e intenté encontrar el de Bill, tan fácil de manejar. Miré cuánto tardarían en entregármelo y me planteé la posibilidad de esperar una semana, o dos o seis, a que me trajeran ese medio de acceso a las olas lejanas; de aguardar en esta casa de mis sueños a que me entregaran un nuevo sueño, a que una furgoneta llegara al camino de entrada con un paquete grande. Fantaseé con instalarlo aquí, delante de donde estoy sentado, sobre un trípode que tendré que encargarme, y con enfocar sin prisa una línea rizada, un fragmento del mundo al que le es indiferente que exista el lenguaje, que haya una gramática, verbos y nombres para describir las cosas. Mi mirada, solitaria, provista de su propia historia, arde en deseos de eludir, borrar, olvidar; en estos momentos observa, con intensa atención, como un científico en busca de una cura, y decide olvidarse de las palabras durante unos días, comprender al fin que los nombres de los colores, el azul-gris-verde del mar, el blanco de las olas, no menoscabará la plenitud de contemplar el fértil caos que producen y transmiten.

Un cura en la familia

Ella observó que el cielo se oscurecía y amenazaba lluvia.

—En estos últimos días no hay luz —dijo—. Ha sido un invierno de lo más oscuro. Detesto la lluvia y el frío, pero no me importa que no haya claridad.

El padre Greenwood suspiró y miró hacia la ventana.

—Casi todo el mundo detesta el invierno —dijo.

A ella no se le ocurrió qué más decir y deseó que el sacerdote se fuera. Él se agachó y se subió uno de los calcetines, que eran grises; esperó un momento antes de examinar el otro y subírselo también.

—¿Ha visto a Frank últimamente?

—Un par de veces desde Navidad. Tiene tanto trabajo en la parroquia que no puede visitarme muy a menudo, y quizá así deba ser. Sería terrible que fuera al revés, que viera a su madre más que a sus feligreses. Reza por mí, lo sé, y yo rezaría por él si creyera en la oración, pero no estoy segura de que así sea. En fin, ya hemos hablado de este tema, usted ya lo sabe.

—Toda su vida es una oración, Molly —dijo el padre Greenwood, que sonrió con afecto.

Ella negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—Hace años las ancianas se pasaban la vida rezando. Hoy en día vamos a la peluquería y jugamos al bridge, viajamos gratis a Dublín con el carnet de jubilados y decimos lo que nos da la gana. De todos modos, he de vigilar lo que digo delante de Frank; es un hombre muy santo. Eso le viene de su padre. Es bueno tener un hijo cura que sea muy santo. Pertenece a la vieja escuela. En cambio, delante de usted puedo decir lo que me apetezca.

—Hay muchas maneras de ser santo —afirmó el padre Greenwood.

—En mis tiempos solo existía una —repuso ella.

Cuando el cura se marchó, cogió la *RTE Guide* y la abrió por la página de los programas de televisión de la noche; empezó a programar el vídeo para que grabara *Glenroe*. Lo hacía despacio, concentrada. Por la mañana, una vez leído el *Irish Times*, pondría los pies en alto y vería ese último episodio. Pasó la hora libre de que disponía antes de ir a jugar al bridge sentada a la mesa del comedor, hojeando el periódico, examinando los titulares y las fotografías pero sin leer nada, y sin siquiera pensar, dejando que el tiempo pasara sin sentir.

Al entrar en el cuartito contiguo a la cocina a coger el abrigo se percató de que el coche del padre Greenwood seguía delante de la casa; miró con atención y lo vio sentado al volante.

Su primer pensamiento fue que tendría que pedirle que moviera el coche porque bloqueaba el suyo. Más tarde guardaría en su memoria ese primer pensamiento como una forma extraña e inocente de alejar otros pensamientos; casi sonreiría al recordarlo.

El cura abrió la portezuela en cuanto ella apareció con el abrigo echado de cualquier manera sobre el brazo.

—¿Ha pasado algo? ¿Se trata de una de las chicas? —preguntó la anciana.

—No, no. No pasa nada.

Caminó hacia ella, dispuesto a entrar en la casa. Se miraron a los ojos y en ese instante ella deseó huir a una velada de naipes y compañía, pasar deprisa junto a él si era preciso y dirigirse al hotel, al club de bridge. Lo que fuera, pensó, para impedirle decir lo que quisiera que hubiese ido a comunicarle.

—¡Ay, no se tratará de los chicos! ¡Ay, no me diga que han tenido un accidente y no se atreve a darme la noticia!

Él negó con la cabeza, sin vacilar.

—No, Molly, en absoluto, no ha habido ningún accidente.

Al llegar a su altura le cogió la mano como si aun así la anciana necesitara su apoyo.

—Sé que tiene que irse a jugar al bridge.

Ella supuso entonces que no debía de tratarse de nada urgente o importante. No cabía duda de que, si podía irse a jugar al bridge, era porque nadie había muerto o resultado herido.

—Dispongo de unos minutos —dijo.

—Quizá vuelva en otro momento. Podremos hablar más rato.

—¿Está usted en algún aprieto?

El cura la miró como si la pregunta lo desconcertara.

—No —respondió.

Ella dejó el abrigo en una silla del recibidor.

—No —repitió él, en voz más baja.

—Entonces lo dejaremos para otro momento —dijo ella con calma, y sonrió lo mejor que supo.

Advirtió que él titubeaba y se sintió aún más decidida a marcharse de inmediato. Cogió el abrigo y se cercioró de que llevaba las llaves en el bolsillo.

—Si el asunto puede esperar, podrá esperar —añadió.

Él se dio la vuelta, salió del recibidor y se encaminó hacia su coche.

—Tiene razón —dijo—. Que disfrute de la velada. Espero no haberla inquietado.

Ella ya se alejaba, con las llaves del coche en la mano, tras cerrar con firmeza la puerta principal a su espalda.

Al día siguiente, al terminar de almorzar cogió el paraguas y el impermeable y se dirigió a la biblioteca de Back Road. Sabía que no habría jaleo y confiaba en que Miriam, la nueva, dispusiera de tiempo para atenderla. Ya existía un molly@hotmail.com, Miriam se lo había comunicado la última vez que ella había ido a aprender a usar el ordenador de la biblioteca, de modo que en su primera

dirección electrónica tendría que añadir algo a la palabra «Molly» para que fuera original —un número quizá—, solo suya.

—¿Podría ser Molly80? —había preguntado.

—¿Tiene usted ochenta años, señora O'Neill?

—Todavía no, pero no me falta mucho.

—Pues no los aparenta.

Los años le habían anquilosado los dedos, pero pulsaba las teclas con la misma precisión y rapidez que a los veinte.

—Si solo hubiera que teclear, me iría de maravilla —le comentó ahora a Miriam, que acercó una silla de despacho al ordenador para sentarse a su lado—, pero el ratón acabará conmigo. No hace nada de lo que quiero. Mis nietos consiguen que haga cuanto se les antoja. No me gusta tener que clicar. Era mucho más sencillo en mis tiempos. Solo había que teclear. Nada de hacer clic.

—Bueno, cuando empiece a mandar y recibir mensajes le verá la utilidad —dijo Miriam.

—Sí, les dije que les enviaría uno en cuanto aprendiera. Tendré que pensar qué voy a escribir.

Volvió la cabeza al oír voces y vio dos mujeres de la ciudad que devolvían libros a la biblioteca. La miraron con una inmensa curiosidad.

—Vaya, vaya, Molly. Qué moderna te has vuelto —le dijo una.

—Hay que estar al día de lo que pasa —respondió ella.

—Nunca te ha gustado perderte nada, Molly. A partir de ahora te enterarás de todas las noticias.

Se volvió hacia el ordenador y empezó a practicar cómo abrir la cuenta de Hotmail, ya que Miriam fue a atender a las mujeres, y no se volvió al oírlas cuchichear mientras ojeaban las hileras de libros.

Más tarde, cuando consideró que ya había abusado bastante de la paciencia de Miriam, se encaminó hacia la catedral y recorrió Main Street hasta Irish Street. Saludaba por su nombre a aquellos con quienes se cruzaba, personas a las que conocía de toda la vida, los hijos de los de su generación, muchos de ellos ya de mediana edad, e incluso los hijos de estos; a todos los conocía. No había necesidad

de detenerse a hablar. Lo sabía todo de ellos, pensó, y ellos lo sabían todo acerca de ella. Cuando corriera la voz de que estaba aprendiendo a usar el ordenador de la biblioteca, dos o tres le preguntarían cómo le iba, pero de momento podía pasar por su lado con un escueto saludo amable.

Su cuñada estaba sentada en la sala de estar, con la lumbre encendida. Molly dio unos golpecitos en la ventana y aguardó mientras Jane accionaba con torpeza el portero automático.

—¡Empuja ahora! —la oyó decir por el interfono.

Empujó la puerta, que estaba dura, y tras cerrarla a su espalda entró en la sala de estar de Jane.

—Espero con impaciencia los lunes —dijo Jane—, por tus visitas. Es un placer verte.

—Hace frío, Jane, pero a Dios gracias aquí se está calentito y a gusto.

Pensó que resultaría más cómodo, más relajante en cierto modo, si una de las dos preparara té, pero Jane estaba demasiado frágil para moverse mucho y era tan orgullosa que no quería ver a su cuñada en la cocina. Estaban sentadas frente a frente y Jane se ocupaba de la lumbre con aire casi distraído. No tenían nada que decirse, pensó, y aun así no habría ni un momento de silencio entre ellas.

—¿Qué tal fue el bridge? —le preguntó Jane.

—Cada vez juego peor —respondió Molly—, pero no soy tan negada como algunas de las otras.

—Vamos, siempre se te han dado muy bien las cartas.

—Pero en el bridge hay que acordarse de las reglas y de los envites y estoy muy vieja; de todas formas, me gusta, y me gusta cuando la partida termina.

—Es increíble que las chicas no jueguen —dijo Jane.

—Con hijos pequeños ya tienen bastante en que pensar. Nunca disponen de un minuto.

Jane asintió con aire distante y se quedó mirando la lumbre.

—Son muy buenas chicas —comentó—. Me encanta que vengan a verme.

—Mira, Jane —le dijo Molly—. Me gusta verlas y todo eso, pero no me importaría que no me visitaran en toda una semana. Soy de esas madres que prefieren los nietos a los hijos.

—¡Anda ya!

—Es cierto, Jane. Me subiría por las paredes si pasara una semana sin que mis queridos nietos vinieran el miércoles a merendar, y cuando sus madres acuden a recogerlos estoy que rabio. Siempre quiero que los chicos se queden.

—A esa edad son encantadores —dijo Jane—. Y es muy cómodo que vivan cerca y que se lleven tan bien.

—¿Ha venido Frank? —preguntó Molly.

Jane la miró casi sobresaltada. Por un instante en su rostro apareció una expresión de dolor.

—No, por Dios —contestó.

—Yo tampoco lo he visto mucho desde Navidad —dijo Molly—, pero tú sueles saber de él más que yo. Lees la hoja parroquial. A mí ha dejado de mandármela.

Jane inclinó la cabeza, como si buscara algo en el suelo.

—Tengo que decirle que venga a visitarte —prosiguió Molly—. No me importa que desatienda a su madre, sino que desatienda a su tía, que es la más santa de la familia...

—¡No le digas nada!

—Claro que sí, Jane. Le escribiré una nota. No merece la pena llamarle por teléfono. Sale esa máquina. Detesto hablar a esas máquinas.

Observó a Jane, consciente ahora de que todo el tiempo que su cuñada pasaba sola en la casa comenzaba a cambiarle el rostro, a volver más lentas sus respuestas, a tensarle la mandíbula. Sus ojos habían perdido el brillo de bondad.

—No dejaré de repetirte —añadió al ponerse en pie para marcharse— que deberías comprarte un aparato de vídeo. Te haría compañía. Yo podría traerte cintas.

Al advertir que Jane sacaba un rosario de un estuchito se preguntó si lo hacía a propósito para mostrar que tenía asuntos más importantes en que ocuparse.

—De todas formas, piénsalo —dijo.

—Lo haré, Molly, lo pensaré —repuso Jane.

Aunque caía la noche cuando se aproximó a su bungalow, distinguió con claridad el coche del padre Greenwood aparcado delante del suyo. Comprendió que él la había visto en alguno de los espejos justo en el momento en que ella lo había visto a él, de modo que no tenía sentido dar media vuelta. «Si no fuera viuda —pensó—, no me haría esto. Telefonaría antes, cuidaría sus modales.»

El padre Greenwood se apeó al acercarse ella.

—Vamos, padre Greenwood, entre. Ya tengo la llave en la mano.

—La blandió como si se tratara de un objeto ajeno.

Había puesto el temporizador de la calefacción, de modo que los radiadores ya estaban calientes. Tocó un instante el del recibidor y decidió conducir al padre Greenwood a la sala de estar, pero enseguida le pareció que la cocina sería un lugar más cómodo. Así podría levantarse y enfrascarse en alguna tarea si no le apetecía escucharle. En la sala de estar quedaría atrapada con él.

—Molly, le extrañará que me presente así —dijo el padre Greenwood. Se sentó a la mesa de la cocina.

Ella no respondió. Tomó asiento frente al sacerdote y se desabotonó el abrigo. Por un instante pensó que tal vez fuera el aniversario de la muerte de Maurice y que el padre Greenwood había acudido a hacerle compañía por si necesitaba apoyo y comprensión, pero con la misma rapidez recordó que Maurice había fallecido en verano, que llevaba años en la tumba y que nadie prestaba ninguna atención a su aniversario. No se le ocurría ningún otro motivo y se levantó para quitarse el abrigo, que dejó sobre la butaca del rincón. Observó que el padre Greenwood tenía las manos unidas sobre la mesa, como si se dispusiera a rezar. Fuera lo que fuese, pensó, se

aseguraría de que nunca más volviera a presentarse en su casa sin avisar.

—Molly, Frank me ha pedido...

—¿Le ha pasado algo a Frank? —lo interrumpió.

El padre Greenwood le sonrió débilmente.

—Está en un apuro —dijo.

Ella supo al instante a qué se refería y acto seguido pensó que no, que su primera reacción a todo lo demás había sido errónea y que por tanto quizá esta también lo fuera; quizá, se dijo, quizá no se tratara de lo que le había venido a la cabeza automáticamente.

—¿Se trata...?

—Habrá un juicio, Molly.

—¿Abusos? —Pronunció la palabra que aparecía a diario en la prensa y en la televisión, acompañada de imágenes de curas con anoraks sobre la cabeza, para que nadie los reconociera, a quienes sacaban esposados de los juzgados—. ¿Abusos? —repitió.

Al padre Greenwood le temblaban las manos. Asintió.

—Pinta mal, Molly.

—¿En la parroquia? —preguntó ella.

—No, en la escuela. Hace tiempo. Cuando daba clases.

Se miraron de hito en hito con una feroz hostilidad repentina.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó ella.

—Vine ayer para decírselo pero me faltó el valor.

Ella contuvo el aliento un momento y a continuación decidió levantarse, empujar la silla hacia atrás sin importarle que se cayera, sin apartar ni un segundo la vista de la cara del visitante.

—¿Lo sabe alguien más? ¿No puede usted responder a una pregunta directa?

—Ha corrido la voz, Molly —contestó el padre Greenwood con delicadeza.

—¿Las chicas lo saben?

—Sí, Molly.

—¿Lo sabe Jane?

—Las chicas se lo dijeron la semana pasada.

—¿Lo sabe toda la ciudad?

—Se habla del asunto —dijo el padre Greenwood empleando un tono de resignación, casi indulgente—. ¿Quiere que le prepare una taza de té? —añadió.

—No, gracias.

Él suspiró.

—Se celebrará una vista antes de que acabe el mes. Han intentado posponerla, pero según parece tendrá lugar del jueves en siete días.

—¿Y dónde está Frank?

—Continúa en su parroquia, pero apenas sale, como ya se imaginará usted.

—¿Abusó de niños pequeños? —preguntó ella.

—De adolescentes.

—Y ahora son adultos... ¿Es así?

—Frank necesitará todo...

—No me diga qué necesitará —lo interrumpió ella.

—Será muy duro para usted, y eso lo consume.

Ella se agarró al borde de la mesa con las manos.

—Toda la ciudad lo sabe, ¿no es cierto? ¿La única persona que lo ignoraba era esta vieja? ¡Todos me han engañado y me han dejado en ridículo!

—No era fácil decírselo, Molly. Las chicas lo intentaron hace un tiempo y yo lo intenté ayer.

—¡Y todos murmurando sobre mí! ¡Y Jane con su rosario!

—Creo que la gente será muy amable —dijo el padre Greenwood.

—Entonces es que no la conoce —replicó ella.

No la dejó a solas hasta que ella insistió en que se fuera. Molly miró en el periódico qué programas echaban en la televisión esa noche y se preparó el té como si fuera un lunes normal y corriente y pudiera tomarse un respiro. Se puso menos leche que de costumbre en el té hirviendo y se obligó a beberlo, para demostrarse que podría hacer

cualquier cosa, afrontar lo que fuera. Al oír que un coche se detenía delante de la casa dedujo que serían las chicas, sus hijas. El cura debía de haberlas avisado y habían querido acudir de inmediato, con la noticia aún fresca, y juntas, para que ninguna de las dos tuviera que lidiar en solitario con ella.

Normalmente bordeaban el costado de la casa y entraban por la cocina, pero en esta ocasión recorrieron deprisa el corto corredor hacia la entrada principal, encendieron la luz del porche y abrieron la puerta. Ella las observaba, con los hombros echados hacia atrás, mientras se acercaban.

—Pasad —dijo—, hace frío ahí fuera.

Se quedaron un instante en el recibidor, inquietas, sin saber a qué habitación ir.

—Vamos a la cocina —dijo con sequedad, y las precedió, contenta de haber dejado las gafas encima del periódico abierto sobre la mesa, de modo que les quedaría claro que estaba ocupada cuando habían llegado—. Iba a ponerme a hacer el crucigrama —dijo.

—¿Estás bien? —le preguntó Eileen.

Molly miró a su hija con rostro inexpresivo.

—Me alegro de veros a las dos juntas. ¿Están bien los chicos?

—Sí, están muy bien —respondió Eileen.

—Decidles que estoy casi preparada para recibir mensajes suyos en un correo electrónico. Miriam me ha dicho que una lección más y estaré lista.

—¿No ha venido el padre Greenwood? —le preguntó Eileen.

Margaret, que había empezado a llorar, hurgaba en el bolso en busca de pañuelos de papel. Eileen le dio uno que se sacó del bolsillo.

—Ah, sí, ayer y hoy —contestó Molly—. Conque conozco la noticia.

De pronto pensó que también los nietos tendrían que enfrentarse a eso: ver a su tío en la televisión y en los periódicos; su tío, el cura pederasta. Menos mal que no llevaban el mismo apellido que él, y

menos mal que la parroquia de Frank se hallaba a kilómetros de distancia. Margaret fue al baño.

—No me preguntes si quiero té; no lo quiero —dijo Molly.

—No sé qué decir —repuso Eileen—. Es lo peor que podía pasar.

Eileen cruzó la cocina y se sentó en la butaca.

—¿Se lo habéis dicho a los chicos?

—Tuvimos que contárselo porque temíamos que se enteraran en la escuela.

—¿Y no temíais que me enterara yo?

—A ti nadie iba a contártelo —contestó Eileen.

—No tuvisteis el valor de decírmelo, ni tú ni ella.

—Todavía me cuesta creerlo. Y van a revelar su identidad y todo lo demás.

—Pues claro que van a revelar su identidad —dijo Molly.

—No, confiábamos en que no lo hicieran. Se declarará culpable. Por eso pensábamos que no divulgarían su nombre. Pero las víctimas pedirán que se haga público.

—¿De veras? —preguntó Molly.

Margaret volvió del baño. La anciana se fijó en que sacaba del bolso un folleto en color. Lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—Hemos hablado con Nancy Brophy —dijo Eileen—, y ha dicho que si quisieras ir a las Canarias ella te acompañaría. Haría un tiempo espléndido. Hemos mirado precios y todo eso. Saldría bastante barato, y nosotras pagaríamos el vuelo, el hotel y demás. Hemos pensado que te gustaría ir.

Nancy Brophy era la mejor amiga de Molly.

—Ah, ¿sí? ¿Eso habéis pensado? Vaya, es estupendo; echaré un vistazo a ese folleto.

—Me refiero a cuando empiece el juicio. Saldrá en los periódicos —prosiguió Eileen.

—Sois muy amables por haberlo pensado. Y Nancy también lo es —dijo Molly, y sonrió—. Sois las tres muy consideradas.

—¿Quieres que te prepare una taza de té? —le preguntó Margaret.

—No, Margaret, no quiere —dijo Eileen.

—De quienes deberíais preocuparos las dos es de los chicos —afirmó Molly.

—No, no —contestó Eileen—. Les hemos preguntado si alguna vez había pasado algo. Es decir, si Frank...

—¿Qué? —preguntó Molly.

—Se había aprovechado de ellos —dijo Margaret. Se había enjugado los ojos y ahora miraba a su madre con valentía—. Pues bien, no lo ha hecho.

—¿Le habéis preguntado también a Frank? —inquirió Molly.

—Sí. Sucedió hace veinte años. Él dice que no ha pasado nada más desde entonces —respondió Eileen.

—Pero no fue un único episodio —agregó Margaret—. Y he leído que nunca se sabe.

—En fin, tendréis que vigilar a los chicos —dijo Molly.

—¿Quieres que el padre Greenwood venga a visitarte? —le preguntó Eileen.

—¡No, no quiero!

—Nos preguntábamos... —empezó a decir Margaret.

—¿Sí?

—Si te gustaría pasar una temporada en casa de una de las dos —continuó Margaret.

—¿Qué iba a hacer yo en la tuya, Margaret? Y seguro que Eileen no tiene sitio.

—O si quisieras ir a Dublín... —propuso Eileen.

Molly se acercó a la ventana y contempló la noche. Habían dejado encendidas las luces de posición del automóvil.

—Chicas, habéis dejado las luces encendidas y os quedaréis sin batería, de modo que uno de vuestros pobres maridos tendrá que venir a echaros un cable.

—Iré a apagarlas —dijo Eileen.

—Voy a salir —dijo Molly—. Así que podemos ir las tres.

—¿Vas a salir?

—Sí, Eileen.

Sus hijas se miraron entre sí, perplejas.

—Pero no sueles salir los lunes por la noche —observó Eileen.

—Y no podré salir hasta que mováis el coche, porque bloquea el camino. Conque tendréis que iros antes que yo. En cualquier caso, ha sido un placer veros y disfrutaré leyendo el folleto. No he estado nunca en las Canarias.

Vio que se indicaban por señas que podían irse.

Durante la semana siguiente la ciudad le pareció casi un lugar nuevo. Nada era tan consabido como en el pasado ella había supuesto. No estaba segura de qué ocultaban las miradas y los saludos, y al salir de casa se cuidaba de no darse la vuelta con demasiada brusquedad y de no mirar con excesiva atención, no fuera a ser que los sorprendiera murmurando sobre ella. En las pocas ocasiones en que la gente se paraba a hablarle, no sabía si estaban al corriente del escándalo de su hijo o si se habían vuelto tan diestros en el lenguaje llano de la cháchara insustancial que lograban ocultarle cada pensamiento, cada señal, en la misma medida que ella se los ocultaba a ellos.

Dejó claro a sus hijas que no deseaba irse de vacaciones ni alterar sus hábitos. Jugaba al bridge los martes y los domingos por la noche, como de costumbre. Los jueves acudía a la sociedad fonográfica, y los miércoles, como siempre, al salir de la escuela la visitaban sus cuatro nietos, que veían vídeos con ella, comían palitos de pescado empanado y patatas fritas y helado, y hacían parte de los deberes hasta que Eileen o Margaret pasaban a recogerlos. Los sábados veía a sus amigas, otras viudas de la ciudad, a las que iba a visitar en el coche. Tenía el tiempo ocupado y, tras enterarse de lo que se avecinaba, durante la semana siguiente a menudo se daba cuenta de que había olvidado de qué se trataba, pero nunca por mucho rato.

Un día en que Molly fue a casa de Nancy Brophy, esta le preguntó si estaba segura de que no quería ir a las islas Canarias.

—No, voy a seguir con mi vida normal.

—Tendrás que hablar de eso, las chicas dicen que tendrás que hablar.

—¿Te llaman por teléfono?

—Sí —respondió Nancy.

—Es de los chicos de quienes deberían preocuparse —respondió Molly.

—Pues todo el mundo está preocupado por ti.

—Lo sé. Me miran y se preguntan cómo pasar por mi lado a toda prisa, no vaya a morderles o yo qué sé. La única persona que se acercó a charlar conmigo en el club de bridge fue Betty Farrell, que me cogió del brazo y, mientras todas nos miraban, me pidió que la telefonara, le mandara un recado o fuera a su casa si necesitaba algo. Me pareció que lo decía de corazón.

—Hay gente muy buena —afirmó Nancy—. Las chicas, Eileen y Margaret, lo son. Te alegrarás de que estén tan cerca.

—Bah, ellas tienen su propia vida —dijo Molly.

Permanecieron un rato sin hablar.

—En fin, este asunto es un terrible mazazo —continuó Nancy al cabo de un rato—. No tengo nada más que decir. La ciudad entera está conmocionada. Frank era la última persona de quien cabría esperar que... Debes de estar en un estado de nervios espantoso, Molly.

—Mientras sea invierno, puedo arreglármelas. Me levanto tarde por las mañanas y me mantengo atareada. Lo que me aterra es el verano. No soy de esas personas que padecen esos trastornos cuando no hay luz. Me aterrorizan los largos días del verano, en que me despierto al alba y doy vueltas a los pensamientos más negros. ¡Los más negros pensamientos! Pero hasta entonces estaré bien.

—Oh, Dios, debo tenerlo presente —dijo Nancy—. No sabía que te pasaba eso. Quizá vayamos de viaje entonces.

—¿Me harías un favor, Nancy? —dijo Molly poniéndose en pie, preparándose para irse.

—Claro que sí, Molly.

—¿Te importaría pedir a la gente que hable conmigo del asunto? Es decir, a los que me conocen. O sea, que no teman mencionarlo.

—Lo haré, Molly. Lo haré.

Cuando se despidieron Molly advirtió que Nancy estaba al borde del llanto.

Dos días antes del juicio, cuando regresaba a casa con el periódico de la mañana, el coche de Frank pasó por su lado y se detuvo. Molly vio un montón de hojas parroquiales en el asiento de atrás. Se sentó delante sin siquiera mirar a su hijo.

—Sales temprano —dijo él.

—Acabo de levantarme. Salgo a comprar el periódico antes de nada. Para hacer un poco de ejercicio.

Cuando llegaron a la casa, él aparcó el coche y entraron juntos en la cocina.

—Ya habrás desayunado, supongo —dijo ella.

—Sí —contestó él. No llevaba el alzacuello.

—Puedes echar un vistazo al periódico mientras me preparo una tostada y una taza de té.

Él se sentó en la butaca del rincón. Mientras trajinaba en la cocina, Molly le oía doblar y desdoblar las hojas del periódico. Cuando la tostada y el té estuvieron listos, los llevó a la mesa, junto con una taza y un platillo para cada uno.

—El padre Greenwood me ha dicho que vino —comentó Frank.

—Sí —contestó ella.

—Dice que eres un modelo para las personas de tu edad, saliendo todas las noches.

—Bueno, como ya sabes, me mantengo ocupada.

—Eso está bien.

Se dio cuenta de que había olvidado llevar la mantequilla a la mesa. Fue al frigorífico a buscarla.

—¿Las chicas pasan a verte? —le preguntó él.

—Sé dónde están si las necesito.

Él observó cómo untaba mantequilla en la tostada.

—Pensamos que quizá podrías irte de la ciudad, tomarte una especie de vacaciones.

Ella alcanzó la mermelada, que ya estaba en la mesa, y no dijo nada.

—Ya sabes, para ahorrártelo —añadió él.

—Eso dijeron las chicas.

Molly no quería que el silencio que se hizo en ese instante se prolongara demasiado, pero le parecía que todo lo que se le ocurría decir estaba de más. Deseó que su hijo se marchara.

—Perdona que no viniera a contarte yo mismo lo que pasaba —dijo él.

—Bueno, aquí estás, y me alegro de verte.

—Creo que será... —Frank no terminó la frase; se limitó a inclinar la cabeza. Ella no bebió té ni se comió la tostada—. Es posible que los periódicos den muchos detalles. Solo quería prevenirte personalmente.

—No te preocupes por mí, Frank.

Trató de sonreír por si él levantaba la vista.

—Ha sido terrible —dijo él negando con la cabeza.

Ella se preguntó si cuando estuviera en la cárcel le permitirían decir misa o tener sus vestiduras y devocionarios.

—Haremos lo mejor que podamos hacer por ti, Frank.

—¿Qué quieres decir?

Cuando él levantó la cabeza y escrutó a su madre, tenía el rostro de un niño pequeño.

—Quiero decir que haremos cualquier cosa que esté en nuestra mano, y ninguna de nosotras se irá. Me quedaré aquí.

—¿Estas segura de que no quieres marcharte? —le preguntó él a media voz.

—Lo estoy, Frank.

Él no se movió. Ella puso la mano sobre la taza; el té todavía estaba caliente. Frank esbozó una débil sonrisa y se puso en pie.

—En cualquier caso quería venir a verte.

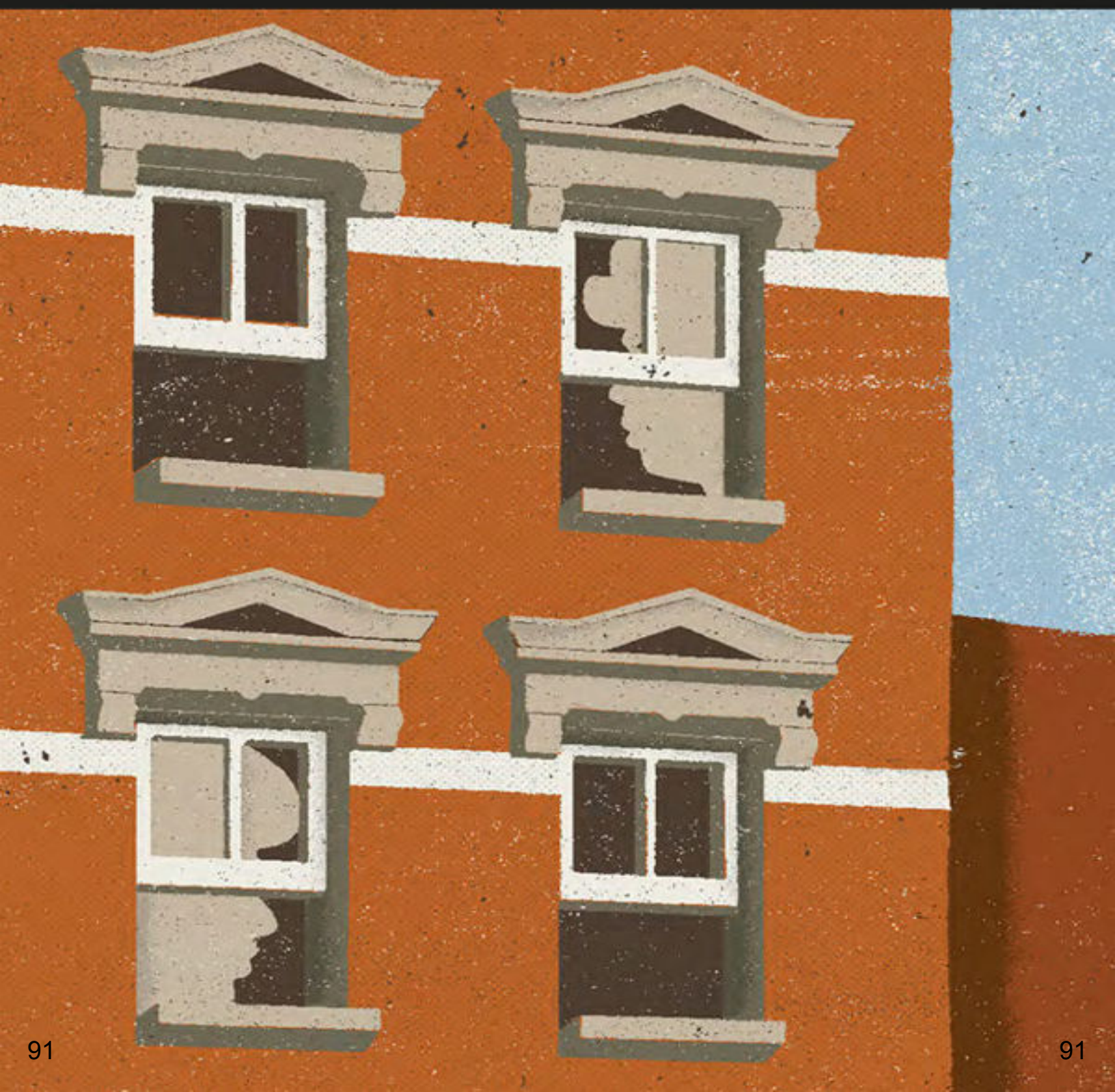
—Me alegro de que lo hayas hecho.

No se levantó de la silla hasta que lo oyó arrancar el coche. Se acercó a la ventana y observó cómo giraba dando marcha atrás, con cuidado, como siempre, de que las ruedas no pisaran el césped. Permaneció junto a la ventana cuando él se alejó; no se movió del sitio hasta que el ruido del coche se desvaneció en la distancia.

VIVIAN GORNICK

Apegos feroces

PRÓLOGO DE JONATHAN LETHEM
TRADUCCIÓN DE DANIEL RAMOS SÁNCHEZ



APEGOS FEROCES

Tengo ocho años. Mi madre y yo salimos de nuestro apartamento, que da al rellano del segundo piso. La señora Drucker está de pie, junto a la puerta abierta del apartamento de al lado, fumando un cigarrillo. Mi madre echa la llave y le pregunta:

—¿Qué haces aquí?

La señora Drucker señala hacia dentro con la cabeza.

—Este, que quiere echarme un polvo. Le he dicho que ni tocarme sin pasar antes por la ducha.

Yo sé que «este» es su marido. «Este» siempre es el marido.

—¿Por qué? ¿Tan sucio está? —dice mi madre.

—Es un cerdo asqueroso —dice la señora Drucker.

—Drucker, eres una puta —dice mi madre.

La señora Drucker se encoge de hombros.

—No puedo montar en metro —dice.

En el Bronx, «montar en metro» era un eufemismo para ir a trabajar.

Viví en aquel bloque de pisos entre los seis y los veintiún años. En total había veinte apartamentos, cuatro por planta, y lo único que recuerdo es un edificio lleno de mujeres. Apenas recuerdo a ningún hombre. Estaban por todas partes, claro está —maridos, padres, hermanos—, pero solo recuerdo a las mujeres. Y las recuerdo a todas tan toscas como la señora Drucker o tan feroces como mi madre. Nunca hablaban como si supiesen quiénes eran, como si comprendieran el trato que habían hecho con la vida, pero a menudo actuaban como si lo supiesen. Astutas, irascibles, iletradas, parecían sacadas de una novela de Dreiser. Había años de aparente

calma y, de repente, cundían el pánico y la locura: dos o tres vidas marcadas (quizá arruinadas) y el tumulto se apagaba. De nuevo calma silenciosa, letargo erótico, la normalidad de la abnegación cotidiana. Y yo —la niña que crecía entre todas ellas, formándose a su imagen y semejanza— me empapaba de ellas como de cloroformo impregnado en un paño apretado contra mi cara. He tardado treinta años en entender cuánto entendí de ellas.

Mi madre y yo hemos salido a dar un paseo. Le pregunto si recuerda a las mujeres de aquel edificio del Bronx.

—Cómo no —responde.

Le digo que siempre he pensado que la rabia sexual era lo que las hacía estar tan locas.

—Totalmente —afirma sin aminorar el paso—. ¿Te acuerdas de la Drucker? Solía decir que si no se hubiese fumado un cigarrillo mientras tenía relaciones con su marido se habría tirado por la ventana. ¿Y Zimmerman, la de enfrente? La casaron a los dieciséis, odiaba al tipo a muerte y solía decir que si se mataba en el trabajo (era obrero de la construcción) sería un *mitzvah*^[1]. —Mi madre se detiene. El volumen de su voz disminuye, sobrecogida por su propio recuerdo—. De hecho, él solía tomarla por la fuerza —dice—. La pillaba en mitad del salón y la arrastraba hasta la cama. —Se queda mirando al vacío durante un momento. A continuación, me dice—: Los hombres europeos. Eran unos animales. Unos auténticos animales. —Retoma el paso—. Una vez, la Zimmerman lo dejó fuera. Él tocó nuestro timbre. No se dignó a mirarme. Preguntó si podía usar nuestra salida de incendios. Yo no le dirigí la palabra. Cruzó toda la casa y salió por la ventana. —Mi madre se echa a reír—. Esa salida de incendios, ¡qué buenos servicios nos prestó! ¿Te acuerdas de Cessa, la de arriba? No, claro, seguro que no te acuerdas. Vivió apenas un año justo después de mudarnos nosotros y luego ya fue cuando llegaron los rusos. Pues la Cessa y yo nos llevábamos muy bien. Si me paro a pensar, se me hace raro. Apenas nos conocíamos,

incluyo a todas, a veces ni nos hablábamos, pero vivíamos unas encima de las otras y nos pasábamos el día saliendo y entrando las unas de casa de las otras. Todo el mundo se enteraba de todo nada más pasar. Unos pocos meses en el edificio y las mujeres ya eran, digamos, *íntimas*.

»Pues esta Cessa era una mujer joven y guapa que llevaba casada solo unos pocos años. No quería a su marido, aunque tampoco lo odiaba. De hecho, él era un hombre bastante agradable. Qué quieres que te diga, no lo quería, así que se pasaba todo el día fuera de casa. Creo que se había buscado un amante por ahí. En fin, tenía una melena negra que le llegaba hasta el culo. Un día, se la cortó. Quería ser moderna. Su marido no le dijo nada, pero su padre llegó a la casa, le echó un vistazo a su pelo corto y le arreó un bofetón que casi la manda al otro barrio. Después, le ordenó al marido que la dejase encerrada en casa durante un mes. Solía bajar por la escalera de incendios hasta mi ventana para salir por la puerta de nuestra casa. Todas las tardes durante un mes. Un día, a su vuelta, nos tomamos las dos un café en la cocina y le digo: "Cessa, dile a tu padre que esto son los Estados Unidos, Cessa, los Estados Unidos. Eres una mujer libre". Ella me mira y dice: "¿Qué quieres? ¿Que le diga a mi padre que esto son los Estados Unidos? Pero si nació en Brooklyn".

La relación con mi madre no es buena y, a medida que nuestras vidas se van acumulando, a menudo tengo la sensación de que empeora. Estamos atrapadas en un estrecho canal de familiaridad, intenso y vinculante: durante años surge por temporadas un agotamiento, una especie de debilitamiento, entre nosotras. Después, la ira brota de nuevo, ardiente y clara, erótica en su habilidad para llamar la atención. Últimamente estamos a malas. La manera que tiene mi madre de «lidiar» con los malos momentos es echarme en cara a gritos y en público la verdad. Cada vez que me ve, dice: «Me odias. Sé que me odias». Voy a hacerle una visita y a

cualquiera que esté presente —un vecino, un amigo, mi hermano, uno de mis sobrinos— le dice: «Me odia. No sé qué tiene contra mí, pero me odia». Del mismo modo, es perfectamente capaz de parar por la calle a un completo desconocido cuando salimos a pasear y soltarle: «Esta es mi hija. Me odia». Y a continuación se dirige a mí e implora: «¿Pero qué te he hecho yo para que me odies tanto?». Nunca le respondo. Sé que arde de rabia y me alegra verla así. ¿Y por qué no? Yo también ardo de rabia.

Pero paseamos por las calles de Nueva York juntas continuamente. Ahora ambas vivimos en el Lower Manhattan, nuestros apartamentos están a kilómetro y medio de distancia y, cuando nos visitamos, lo hacemos a pie. Mi madre es una campesina urbana y yo soy la hija de mi madre. La ciudad es nuestro elemento natural. Las dos tenemos aventuras a diario con conductores de autobús, mendigas que arrastran carritos, acomodadores y locos callejeros. Pasear saca lo mejor de nosotras. Yo ahora tengo cuarenta y cinco años y mi madre, setenta y siete. Está fuerte y sana. Recorre la isla conmigo sin dificultad. Durante estos paseos no nos queremos, sino que a menudo rabiamos una contra la otra, pero de todas formas paseamos.

Nuestros mejores momentos juntas son cuando hablamos del pasado. Yo le digo: «Mamá, ¿te acuerdas de la señora Kornfeld? Cuéntame esa historia otra vez», y ella se recrea contándomela de nuevo. (Lo único que odia es el presente; en cuanto el presente se hace pasado, comienza a amarlo inmediatamente). Cada vez que cuenta la historia, es la misma y también es completamente distinta, porque cada vez que la oigo soy más mayor y se me ocurren preguntas que no le hice la última vez.

La primera vez que mi madre me contó que su tío Sol había intentado acostarse con ella, yo tenía veintidós y la escuché en silencio: embobada y aterrorizada. Me sabía de memoria los antecedentes. Ella era la menor de dieciocho hermanos, ocho de los cuales sobrevivieron hasta la edad adulta. (Imaginaos: mi abuela se pasó veinte años embarazada). Cuando la familia llegó a Nueva York

desde Rusia, Sol, el hermano menor de mi abuela y de la misma edad que su hijo mayor (su madre *también* se había pasado veinte años embarazada), iba con ellos. Los dos hermanos mayores de mi madre habían llegado unos años antes que el resto de la familia, para trabajar en la industria textil, y habían alquilado un piso sin agua caliente en el Lower East Side para los once: baño en el pasillo, cocina de carbón, una hilera de oscuros cuchitriles interiores. Mi madre, que por entonces tenía diez años, dormía sobre dos sillas en la cocina porque mi abuela tenía un inquilino.

A Sol lo habían llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial y lo enviaron a Europa. Cuando volvió a Nueva York, mi madre tenía dieciséis años y era la única hija que quedaba en casa. Así que aquí llega, un desconocido lleno de glamur, la sobrinita que había dejado atrás ahora es casi una mujer, con ojos negros, una melenita brillante y castaña y una sonrisa arrebatadora, encantos que fingía no saber cómo emplear (ese fue siempre el estilo de mi madre: una coquetería descarada libre de la más mínima vergüenza), y empieza a dormir en uno de aquellos cuchitriles a un par de paredes de ella, con los padres de la chica roncando ruidosamente en el extremo opuesto del apartamento.

—Una noche —contaba mi madre—, me desperté sobresaltada, no sé por qué, y de pronto vi que Sol estaba encima de mí. Empecé a decir: «¿Qué pasa?». Creí que les había ocurrido algo a mis padres, pero estaba tan raro que pensé que igual era sonámbulo. No me dijo ni una sola palabra. Me tomó en brazos y me llevó hasta su habitación. Me echó sobre la cama, se puso a mi lado y me rodeó con los brazos, y empezó a acariciarme el cuerpo. Entonces me levantó el camisón y se puso a acariciarme el muslo. Y de repente me apartó y dijo: «Vuelve a tu cama». Yo me levanté y volví a acostarme. Nunca habló de lo que sucedió aquella noche, ni yo tampoco.

La segunda vez que oí la historia yo tenía treinta años. La repitió prácticamente palabra por palabra mientras subíamos por la avenida

Lexington, a la altura de las calles que empiezan por sesenta. Cuando llegó al final, le dije:

—¿Y tú nunca le dijiste nada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y por qué, mamá? —pregunté.

Abrió los ojos de par en par, frunció los labios.

—No lo sé —respondió desconcertada—. Solo sé que tenía mucho miedo. —La miré, como ella decía, «raro»—. ¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No te gusta mi respuesta?

—No —protesté—, no es eso. Es que me extraña que no pronunciaras ni una sola palabra, que no mostraras tus miedos de ninguna manera.

La tercera vez que me contó la historia yo estaba a punto de cumplir los cuarenta. Íbamos caminando por la Octava Avenida y, a medida que nos íbamos acercando a la calle Cuarenta y dos, le dije:

—Mamá, ¿alguna vez se te ha ocurrido preguntarte *por qué* te quedaste callada cuando Sol intentó seducirte?

Me lanzó una breve mirada. Pero esta vez me llevaba la delantera.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó enfadada—. ¿Insinúas que me estaba *gustando*? ¿Es ahí adonde quieres llegar?

Me entró una risa tensa y maliciosa.

—No, mamá. No me refería a eso. Lo que digo es que se me hace *raro* que no dijeras nada.

Volvió a repetir que estaba muy asustada.

—¡Anda ya! —respondí secamente.

—Me das asco —me soltó furiosa en plena calle—. La sabelotodo de mi hija. Tendría que mandarte a la universidad para que te sacaras un par de títulos más, de lo sabelotodo que eres. Ahora resulta que yo *quería* que mi tío me violase, ¿no? ¡Menuda ocurrencia!

Después de aquel paseo, estuvimos un mes sin hablarnos.

MIS PADRES Y MIS HIJOS

—¿DÓNDE ESTÁ LA ROPA de tus padres? —pregunta Marga.

Cruza los brazos y espera mi respuesta. Sabe que no lo sé, y que necesito que ella haga una nueva pregunta. Del otro lado del ventanal, mis padres corren desnudos por el jardín trasero.

—Van a ser las seis, Javier —me dice Marga—. ¿Qué va a pasar cuando llegue Charly con los chicos del súper y vean a sus abuelos corriéndose uno al otro?

—¿Quién es Charly? —pregunto.

Creo que sé quién es Charly, es el gran-hombre-nuevo de mi exmujer, pero me gustaría que en algún momento ella me lo explicara.

—Se van a morir de vergüenza de sus abuelos, eso va a pasar.

—Están enfermos, Marga.

Suspira. Yo cuento ovejas para no amargarme, para tener paciencia, para darle a Marga el tiempo que necesita. Digo:

—Querías que los chicos vieran a sus abuelos. Querías que trajera a mis padres hasta acá, porque acá, a trescientos kilómetros de mi casa, se te ocurrió que sería bueno pasar las vacaciones.

—Dijiste que estaban mejor.

Detrás de Marga mi padre riega a mi madre con la manguera. Cuando le riega las tetas, mi madre se sostiene las tetas. Cuando le riega el culo, mi madre se sostiene el culo.

—Sabés cómo se ponen si los sacás de su ambiente —digo—, y el aire libre...

¿Es mi madre la que sostiene lo que mi padre riega o es mi padre el que riega lo que mi madre se sostiene?

—Ajá. Así que para invitarte a pasar unos días con tus hijos, a los que, además, hace tres meses que no ves, tengo que prever el nivel de excitación de tus padres.

Mi madre alza al caniche de Marga y lo sostiene arriba de su cabeza, girando sobre sí misma. Yo intento no quitar la vista de Marga para que de ninguna forma se vuelva hacia ellos.

—Quiero dejar toda esta locura atrás, Javier.

«Esta locura», pienso.

—Si eso implica que veas menos a los chicos... No puedo seguir exponiéndolos.

—Solo están desnudos, Marga.

Va hacia adelante, la sigo. Detrás de mí, el caniche continúa girando en el aire. Antes de abrir Marga se arregla el pelo frente a los vidrios de la puerta, se acomoda el vestido. Charly es alto, fuerte y tosco. Parece el tipo del noticiero de las doce después de hincharse el cuerpo de ejercicios. Mi hija de cuatro y mi hijo de seis cuelgan de sus brazos como dos flotadores infantiles. Charly los ayuda a caer con delicadeza, acercando a la tierra su inmenso torso de gorila y quedando libre para darle un beso a Marga. Después viene hacia mí y por un momento temo que no sea amable. Pero me da la mano, y sonrío.

—Javier, te presento a Charly —dice Marga.

Siento a los chicos golpear contra mis piernas y abrazarme. Sostengo con fuerza la mano de Charly que me sacude el cuerpo. Los chicos se sueltan y salen corriendo.

—¿Qué te parece la casa, Javi? —dice Charly, levantando su vista detrás de mí, como si hubieran alquilado un verdadero castillo.

«Javi —pienso—. Esta locura», pienso.

El caniche aparece llorando por lo bajo con la cola entre las patas. Marga lo alza y, mientras el perro la lame, ella frunce la nariz

y le dice: «michiquititingo-michiquititingo». Charly la mira con la cabeza inclinada, quizá solo intenta entender. Entonces ella se vuelve en seco hacia él, alarmada, y dice:

—¿Dónde están los chicos?

—Estarán detrás —dice Charly—, en el jardín.

—Es que no quiero que vean así a sus abuelos.

Los tres giramos a un lado y al otro, pero no los vemos.

—Ves, Javier, esto es justamente el tipo de cosas que quiero evitar —dice Marga alejándose unos pasos—, ¡chicos!

Va hacia el jardín de atrás bordeando la casa. Charly y yo la seguimos.

—¿Qué tal la ruta? —pregunta Charly.

Hace el gesto de girar el volante con una mano, simula pasar un cambio y acelerar con la otra. Hay estupidez y excitación en cada uno de sus movimientos.

—No manejo.

Se agacha para levantar algunos juguetes que hay en el camino y los deja a un lado, ahora tiene el ceño fruncido.

Temo llegar al jardín y encontrar juntos a mis hijos y mis padres. No, lo que temo es que sea Marga quien los encuentre juntos, y la gran escena recriminatoria que se avecina. Pero Marga está sola en el medio del jardín, esperándonos con los puños en la cintura. Entramos a la casa siguiéndola. Somos sus más humildes seguidores y eso es tener algo en común con Charly, algún tipo de relación. ¿Realmente habrá disfrutado de la ruta en su viaje?

—¡Chicos! —grita Marga en las escaleras, está furiosa pero se contiene, tal vez porque Charly todavía no la conoce bien. Vuelve y se sienta en una banqueta de la cocina—. Necesitamos tomar algo, ¿no?

Charly saca un refresco de la heladera y lo sirve en tres vasos. Marga toma un par de tragos y se queda un momento mirando el jardín.

—Esto está muy mal. —Se pone otra vez de pie—. Esto está muy mal. Es que podrían estar haciendo cualquier cosa. —Y ahora

sí me mira a mí.

—Busquemos otra vez —digo, pero para entonces ella ya está saliendo al jardín trasero.

Regresa unos segundos después.

—No están —dice—, dios mío, Javier, no están.

—Sí que están Marga, tienen que estar en algún lugar.

Charly sale por la puerta principal, cruza el jardín delantero y sigue las huellas de los coches que llevan hasta el camino. Marga sube las escaleras y los llama desde la planta alta. Salgo y rodeo la casa. Paso los garajes abiertos, llenos de juguetes, baldes y palas de plástico. Entre las ramas de dos árboles veo que el delfín inflable de los chicos cuelga ahorcado de una de las ramas. La soga está hecha con la ropa de *jogging* de mis padres. Marga se asoma desde una de las ventanas y cruzamos miradas un segundo. ¿Ella buscará también a mis padres o solo buscará a los chicos? Entro a la casa por la puerta de la cocina. Charly está entrando en ese momento por la principal y me dice desde el living:

—Delante no están.

Su cara ya no es amable. Ahora tiene dos líneas entre las cejas y sobreactúa sus movimientos como si Marga estuviera controlándolo: pasa rápidamente de la quietud a la acción, se agacha bajo la mesa, se asoma detrás del vajillero, espía tras la escalera, como si solo pudiera encontrar a los chicos tomándolos por sorpresa. Me veo obligado a seguir sus pasos y no puedo concentrarme en mi propia búsqueda.

—No están afuera —dice Marga—, ¿habrán vuelto al coche? En el coche, Charly, en el coche.

Espero pero no hay ninguna instrucción para mí. Charly vuelve a salir y Marga sube otra vez a los cuartos. La sigo, ella va al que aparentemente ocupa Simón, así que yo busco en el de Lina. Cambiamos de cuartos y volvemos a buscar. Cuando estoy mirando bajo la cama de Simón, la escucho putear.

—La puta madre que los parió —dice, así que asumo que no es porque haya encontrado a los chicos. ¿Habrá encontrado a mis

padres?

Buscamos juntos en el baño, en el altillo y en el dormitorio matrimonial. Marga abre los placares, corre algunas prendas que cuelgan de las perchas. Hay pocas cosas y todo está muy ordenado. Es una casa de verano, me digo, pero después pienso en la verdadera casa de mi mujer y mis hijos, la casa que antes también era mi casa, y me doy cuenta de que siempre fue así en esta familia, que todo fue poco y ordenado, que nunca sirvió de nada correr las perchas para encontrar algo más. Escuchamos a Charly entrar otra vez a la casa, nos cruzamos en el living.

—No están en el coche —le dice a mi mujer.

—Esto es culpa de tus viejos —dice Marga.

Me empuja hacia atrás golpeándome un hombro.

—Es tu culpa. ¿Dónde mierda están mis hijos? —grita y sale corriendo de nuevo al jardín.

Los llama a un lado y otro de la casa.

—¿Qué hay detrás de los arbustos? —le pregunto a Charly. Me mira y mira otra vez a mi mujer, que sigue gritando.

—¡Simón! ¡Lina!

—¿Hay vecinos del otro lado de los arbustos? —pregunto.

—Creo que no. No sé. Hay quintas. Lotes. Las casas son muy grandes.

Puede que tenga razón en dudar, pero me parece el hombre más estúpido que vi en mi vida. Marga regresa.

—Voy adelante —dice, y nos separa para pasar por el medio—. ¡Simón!

—¡Papá! —grito yo caminando detrás de Marga—. ¡Mamá!

Marga va unos metros delante de mí cuando se detiene y levanta algo del piso. Es algo azul, y lo sostiene de una punta, como si se tratara de un animal muerto. Es el buzo de Lina. Se vuelve para mirarme. Va a decirme algo, va a putearme otra vez de arriba abajo pero ve que más allá hay otra prenda y va hacia ella. Siento a mis espaldas la sombra descomunal de Charly. Marga levanta la remera

fucsia de Lina, y más allá una de sus zapatillas, y más allá la camiseta de Simón.

Hay más en el camino, pero Marga se detiene en seco y se vuelve hacia nosotros.

—Llamá a la policía, Charly. Llamá a la policía *ahora*.

—Bichi, no es para tanto... —dice Charly.

«Bichi», pienso.

—Llamá a la policía, Charly.

Charly se da media vuelta y camina apurado hacia la casa. Marga junta más ropa. La sigo. Levanta una prenda más y se para frente a la última. Es el shortcito de malla de Simón. Es amarillo y está un poco enroscado. Marga no hace nada. Quizá no puede agacharse por esa prenda, quizá no tenga las fuerzas suficientes. Está de espaldas y su cuerpo parece empezar a temblar. Me acerco despacio, intentando no sobresaltarla. Es una malla muy chiquita. Podría entrar en mis manos, cuatro dedos en un agujero, el dedo gordo en el otro.

—En un minuto están acá —dice Charly viniendo desde la casa —, mandan al patrullero de la rotonda.

—A vos y a tu familia los voy a... —dice Marga viniendo hacia mí.

—Marga...

Levanto la malla y entonces Marga me salta encima. Trato de sostenerme pero pierdo el equilibrio. Me cubro la cara de sus cachetazos. Charly ya está acá e intenta separarnos. El patrullero para en la puerta y hace sonar una vez la sirena. Dos policías bajan rápido y se apuran para ayudar a Charly.

—No están mis hijos —dice Marga—, no están mis hijos —y señala la malla que cuelga de mi mano.

—¿Quién es este hombre? —dice el policía—. ¿Usted es el marido? —le preguntan a Charly.

Intentamos explicarnos. Contra mi primera impresión ni Marga ni Charly parecen culparme. Solo reclaman por los chicos.

—Mis hijos están perdidos con dos locos —dice Marga.

Pero los policías solo quieren saber por qué estábamos peleando. El pecho de Charly empieza a hincharse y por un momento temo que se tire sobre los policías. Dejo caer resignadamente las manos, como hizo Marga conmigo hace un rato, y solo logro que los ojos del segundo policía sigan con alarma la oscilación de la malla.

—¿Qué mira? —dice Charly.

—¿Qué? —dice el policía.

—Que está mirando esa malla desde que se bajó del coche, ¿quiere avisar de una vez a alguien que hay dos chicos desaparecidos?

—Mis hijos —insiste Marga. Se planta frente a uno de los policías y lo repite muchas veces, quiere que la policía se concentre en lo importante—, mis hijos, mis hijos, mis hijos.

—¿Cuándo los vieron por última vez? —dice al fin el otro.

—No están en la casa —dice Marga— se los llevaron.

—¿Quién se los llevó, señora?

Niego e intento intervenir, pero se me adelantan.

—¿Está hablando de un secuestro?

—Podrían estar con los abuelos —digo.

—Están con dos viejos desnudos —dice Marga.

—¿Y de quién es esta ropa, señora?

—De mis hijos.

—¿Me está diciendo que hay chicos y adultos desnudos y juntos?

—Por favor —dice la voz ya quebrada de Marga.

Por primera vez me pregunto qué tan peligroso es que tus hijos anden desnudos con tus padres.

—Pueden estar escondidos —digo—, no hay que descartarlo todavía.

—¿Y usted quién es? —dice el policía mientras el otro ya está llamando por radio a la central.

—Soy su marido —digo.

Así que el policía mira ahora a Charly. Marga vuelve a enfrentarlo, temo que para negarle lo que acabo de decir, pero dice:

—Por favor: mis hijos, mis hijos.

El primer policía deja el radio y se acerca:

—Los padres al coche, el señor —señalando a Charly— se queda por si los chicos vuelven a la casa.

Nos quedamos mirándolo.

—Al coche, vamos, hay que moverse rápido.

—De ninguna manera —dice Marga.

—Señora por favor, hay que asegurarse de que no estén yendo hacia la ruta.

Charly empuja a Marga hacia el patrullero y yo la sigo. Subimos y cierro mi puerta con el coche ya en marcha. Charly está de pie, mirándonos, y yo me pregunto si esos trescientos kilómetros de excitante conducción los habrá hecho con mis hijos sentados atrás. El patrullero retrocede un poco de culata y salimos del terreno hacia la ruta, a toda velocidad. En ese momento me vuelvo hacia la casa. Los veo, ahí están los cuatro: a espaldas de Charly, más allá del jardín delantero, mis padres y mis hijos, desnudos y empapados detrás del ventanal del living. Mi madre restriega sus tetas contra el vidrio y Lina la imita mirándola con fascinación. Gritan de alegría, pero no se los escucha. Simón las imita a ambas con los cachetes del culo. Alguien me arranca la malla de la mano y escucho a Marga putear al policía. El radio hace ruido. Gritan a la central dos veces las palabras «adultos y menores», una vez «secuestro», tres veces «desnudos», mientras mi exmujer golpea con los puños el asiento trasero del conductor. Así que me digo a mí mismo «no abras la boca», «no digas ni mu», porque veo a mi padre mirar hacia acá: su torso viejo y dorado por el sol, su sexo flojo entre las piernas. Sonríe triunfal y parece reconocermelo. Abraza a mi madre y a mis hijos, despacio, cálidamente, sin despegar a nadie del vidrio.

LIBRO PRIMERO.

I.

Canto asunto marcial; al héroe canto
Que, de Troya lanzado, a Italia vino;
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
De Juno rencorosa y del destino;
Que en guerras luego padeció quebranto,
Conquistador en el país latino,
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
Muro a sus armas, y a sus dioses templo.

II.

De allá trajo su ser el trono albano,
Su nombre el pueblo a quien el orbe admira,
Roma de allá su cetro soberano...
Mas tú a mi osado verso, Musa, inspira!
Abre de estos sucesos el arcano;
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que a la errante virtud sigue y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

III.

En frente, aunque a distancia, de la riba
Donde el Tíbre en el mar su onda derrama,

Tiria de origen, opulenta, altiva,
 Alzóse la ciudad que Juno ama.
 Más que a Sámos la Diosa vengativa
 La amó: Cartago la ciudad se llama:
 En ella la armadura pavorosa,
 El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.

Y ya anhela ÉI Juno y pretendía
 Hacer del orbe a esta ciudad señora
 Si consintiese el hado. Oído había
 Que, corriendo los tiempos, en mal hora
 Para alcázares tirios, se alzaría
 De troyana raíz, dominadora
 Nación potente, en los combates fiera,
 Que así lo urdido por las Parcas era.

V.

Eso la Diosa recelaba; y luego
 De irritantes recuerdos ocupada,
 Ella no olvida que a vengar al Griego
 Fue la primera en desnudar la espada:
 Del troyano pastor el fallo ciego;
 Su ofendida beldad, la raza odiada,
 El alto honor a Ganimédes hecho,
 Memorias son para afligir su pecho.

VI.

Por eso avienta a términos distantes
 Del ítalo confín, a los que a vida
 Dejó incendio voraz, salvados antes
 Del acero de Aquiles homicida.
 Por largos años sobre el ponto errantes,
 Cerrando el paso a su virtud sufrida

LIBRO SEGUNDO.

I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva
De todos la atención, desde alto lecho
Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva
Inefable dolor mi herido pecho;
Que cómo a manos de la hueste aquíva
El troyano poder cayó deshecho
Recuerde: horrores que podré pintarte,
De ello testigo y no pequeña parte.

II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulíses fuera,
Si a tan largo dolor velos levanto,
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
Sin dar, a su pesar, tributo en llanto?
Acercándose al fin de su carrera
Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
A descanso convidan las estrellas.

III.

»Mas pues tu noble corazón consiente
En ser de este dolor particionero;
Pues mandas que de Pérkarno te cuente

El afán congojoso postrimero
 En breve narración; aunque se siente
 Horrorizado el ánimo, y del fiero
 Espectáculo aparta la memoria,
 Principiaré la miseranda historia.

IV.

»Yacian con el cerco prolongado
 Rotos los jefes de la hueste aquea,
 Maltrechos siempre del adverso hado;
 Cuando Minerva en su favor emplea
 Artificio sagaz. Por su mandado,
 Hueca mole fabrican gigantesca
 Que gran caballo al parecer figura,
 De recia tablazon y contextura.

V.

»Simulan y propalan que se eleva
 Por voto a Pálas hecho, de tranquilo
 Viaje en demanda: por doquier la hueva
 Mentirosa se esparce; y en sigilo,
 Echadas suertes entre gente a prueba,
 A ocupar suben el oscuro asilo
 Del vasto seno y cóncavos costados,
 Provistos de sus armas los llamados.

VI.

»Frontera a Troya Ténedos se ostenta.
 Que otro tiempo gozó de nombradía:
 Isla famosa, fértil, opulenta
 Durante la troyana monarquía:
 En su abandono y soledad presenta
 Hora a las naves pérfida bahía:
 A sombra de sus costas sin testigo

Los bajeles ensena el enemigo.

VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento,
Bogando irían por la mar serena
Para la patria: el largo abatimiento
La ciudad de sus hijos enajena:
Las puertas abre; al griego acampamento
Rápida corre de alborozo llena
La multitud, y visitar le agrada
Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.

»Aquí los batallones del furioso,
Del fuerte Aquiles; acullá su tienda:
Allí tomaban plácido reposo,
Acá trabámos áspera contienda.
Así van discurriendo; y el coloso
Infausto, reputado por ofrenda
A la casta, Minerva, hace que, muda
De Asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.

»Fuese traición, ó que la adversa suerte
Para entonces el golpe reservase,
Timétes clama que la mole al fuerte
Se lleve al punto, y las murallas pase.
Cápis, empero, que el peligro advierte,
Aconseja con otros que la abraze
Fuego voraz, y la vecina ondal
El sospechoso don, trague y esconda;

X.

»O que, el oscuro seno se barrene

Para indagar lo, que en el fondo encela.
 Indecisa la turba se mantiene.
 En esto de la excelsa ciudadela
 Con numerosa muchedumbre viene
 Laoconte, al campo a rebatado vuela,
 Y, «¡Oh desgraciados!» desde lejos grita:
 «¿Qué demencia a la muerte os precipita?

XI.

»¿Pensáis que el enemigo nuestra tierra
 »Dejó? ¿Fiaís en sus mentidos dones?
 »¿Cuán poco a Ulises conocéis? ó encierra
 »Esta fábrica aquivos campeones,
 »0 artificiosa máquina de guerra
 »Es: nuestra situación y habitaciones
 »Por cima intentan registrar del muro,
 »Para luego caer sobre seguro.

XII.

»Ello, hay engano, ¡Oh Teucros, confianza
 »Negad a ese caballo! Como quiera,
 »Yo temo de los Griegos la asechanza
 »A vuelta de sus dones traicionera.»
 Dijo; y desembrazó fornida lanza
 Hacia un lado del cóncavo; certera
 Vuela, clávase, vibra: conmovido
 Dio el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.

»¡Ay! a no ser por la fortuna impía
 Que nos robaba libertad y acierto,
 Laoconte en su furor logrado habría
 Que pusiésemos luego en descubierto,
 Hendiendo la amazon, la alevosía.

Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
No cayera tu pompa derribada!

XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grita,
Atras ambas las manos, prisionero
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
Abrir el muro con ardid artero
A los suyos; ni el ánimo le quita
El peligro de infame paradero;
Resuelto a todo, el pérfido se hizo
Con aquellos pastores topadizo.

XV.

»La multitud agólpase, y denuesta
Al prisionero que curiosa mira.
(Reina, las artes de los Griegos de esta
Traición colige; su maldad admira.)
Inerme se detiene, manifiesta
Medrosa turbación: los ojos gira
La turba rodeando que le oprime,
Abre los labios, y temblando gime:

XVI.

«¡Cielos! ¿a dónde me arrojais? ¿qué puerto
»Queda ya a mi infortunio? La cadena
»Del Griego a quebrantar aún bien no acierto,
»Y ya el Troyano a muerte me condena.»
Compone a su gemido el desconcierto
La multitud, el ímpetu serena,
Y con instancia a declarar le mueve
Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.

»Títulos aguardamos con que abone
 Palabras de cautivo. Reparado
 De la sorpresa, el impostor repone:
 «¡Rey! la verdad confesaré de grado:
 »No a mi labio veraz candado pone,
 »Aunque adverso me fuere, el resultado:
 »Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;
 »Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.

»Quizá en conversación por accidente,
 »De Palamédes, generosa rama
 »Del linaje de Belo floreciente,
 »Llegó a tu oído el claro nombre y fama.
 »Porque la guerra no aprobó, demente
 »Llamóle el pueblo, y con indigna trama
 »Trájole al hierro de la muerte: ahora
 »Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.

»Mi padre, escasa el arca de dinero,
 »Guerrero aventuróme, y al cuidado
 »De aquel varon fióme, compañero
 »Antiguo nuestro y próximo allegado.
 »Tomámos de esta playa el derrotero
 »Muy al principio. Prosperó el Estado
 »Mientras honrarle y atenderle supo,
 »Y parte a mí de su esplendor me cupo.

XX.

»Mas el término vi de mi contento
 »Cuando de sus manejos el astuto
 »Itacense, el infame acabamiento

»De Palamédes recogió por fruto.
 »Notorio el caso fue. Yo en aislamiento
 »Dime a vivir y en miserable luto:
 »Pensaba siempre en mí inocente amigo,
 »Y eterna indignación iba conmigo.

XXI.

»Ni pudiendo tener contino a raya,
 »Demente ya, mi cólera sombría,
 »Clamé, juré que si a la amada playa
 »Tornase vencedor, me vengaría.
 »Odios que Ulíses en silencio ensaya
 »Hubo de acarrearle la osadía
 »De mis palabras: sin enmienda aquello
 »Vino a poner a mi desgracia el sello.

XXII.

»De entonces más, calumnias el aleve
 »Ideó nuevas: comenzó rumores
 »Vagos a propalar entre la plebe;
 »Ni pudo sosegar en los terrores
 »Conque el crimen persigue, hasta que en breve
 »Con Cálcas, el augur, a sus rencores...
 »Mas ¿a qué, derramando el pensamiento,
 »Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
 »Si a todos nos nivela vuestra saña?
 »Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
 »Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
 »Su triunfo, el Itacense.» El artificio
 No vemos con que a fuer de Griego engaña;
 Antes le instamos a explicarlo todo.

Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.

«Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
 »Volver pensaron, y soltar la clava,
 »Del asedio cansados. En mal hora
 »Tornábalos a puerto la onda brava
 »Y el ala de los vientos bramadora.
 »Mas esa estatua al ver, que en pie se alzaba,
 »Con ira nueva y general tronido
 »Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera
 »Al apolíneo oráculo, tornando
 »Trajo esta, en solución, voz lastimera:
 »Griegos: los vientos aplacasteis, cuando
 »Marchabais a Ilión la vez primera,
 »En el ara una virgen inmolando:
 »Si en la vuelta anhelais propicia calma,
 »Sangre verted, sacrificad un alma.

XXVI.

»La voz a oídos de las gentes vino
 »Moviendo al corazón mortal recelo,
 »Todos el rigor tiemblan del destino;
 »Cuaja a todos la sangre torpe hielo.
 »En tal crisis a Cálcas adivino
 »Saca Ulises con ímpetu y anhelo,
 »Y de la hueste aquéjale en presencia
 »A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.

»Ya de aquel pecho de piedad desnudo

»Sondando muchos el ardid secreto,
 »Me auguraban mal fin. Diez días mudo
 »Difirió Cálcas el fatal decreto.
 .»Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
 »Y a la mente ajustando del inquieto
 »Instigador el fallo, lo pronuncia:
 »Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.

»Place a todos; y el golpe que temía
 »Cada uno enantes en su mal, en cuanto
 »Sobre un triste descende, en alegría
 »Pública trueca el general quebranto.
 »Ya se acercaba el tenebroso día
 »De la degollación: con gozo, en, tanto,
 »La salsamola alistan, y disponen
 »Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.

»Liberteme, es verdad, de la atadura;
 »Y de un pantano entre la juncia y cieno
 »Logré ocultarme con la noche oscura,
 »Aguardando partiesen, si sereno
 »Lo comportaba el mar por mi ventura.
 »Mas la esperanza huyó de ver el seno
 »Antiguo de la patria, y a mi lado
 El hijo dulce, el padre deseado.

OVIDIO Amores Libro II, poema IV

No me atrevería yo a defender mis defectuosas costumbres
ni a mover armas en defensa de mis vicios.

Lo admito, si de algo sirve reconocer las faltas:

ahora, tras reconocerlas, vuelvo insensato a mis delitos.

Odio, pero no puedo en mis deseos no ser lo que odio:

¡ay, qué duro es soportar lo que deseas quitarte de encima!

No tengo, en efecto, fuerzas ni ley para regirme a mí mismo:

soy llevado como popa arrastrada por rauda corriente.

No es una belleza concreta la que pueda excitar mi amor:

existen cien razones para estar yo siempre enamorado.

Si una bajó sus ojos ruborosos a la tierra,

me abraso y ese pudor es para mí una emboscada;

si otra es provocativa, cautivo quedo porque no es sosa

y me da esperanzas de menearse bien en mullido lecho.

Si pareces huraña y émula de las sabinas puritanas,

pienso que quieres, pero que en el fondo estás disimulando;

si eres culta, me agradas dotada de esas extraordinarias

cualidades; si inexperta, me agradas por tu sencillez.

Está la que dice que los versos de Calímaco son rústicos al lado

de los míos: a la que agrado, al instante ésa me agrada;

está también la que me critica a mí, poeta, y mis versos:

desearía tener debajo los muslos de la detractora.

Camina delicadamente: cautiva con su meneo; otra es dura:
pero podrá ser más delicada al contacto con un hombre.
A ésta porque canta dulcemente y modula con gran soltura
la voz, quisiera darle besos robados mientras canta;
ésta recorre las quejumbrosas cuerdas con el hábil pulgar:
¿quién no se enamoraría de manos tan sabias?
Aquélla agrada con sus gestos, mueve rítmicamente los brazos
y contornea su delicada cintura con sensual destreza:
por no hablar de mí, a quien cualquier cosa altera,
¡pon allí a Hipólito y será Príapo!
Tú, porque eres tan alta, igualas a las antiguas heroínas
y puedes ocupar tendida toda la cama;
otra es manejable por su pequeñez; las dos me pierden:
la grande y la chica se avienen a mis deseos.
No está arreglada: me imagino lo que ganaría arreglándose;
está acicalada: ella misma exhibe sus propios encantos.
La mujer blanca me cautivará, me cautivará la rubia:
también es agradable Venus el color oscuro.
Si cuelgan oscuros cabellos de un cuello de nieve...,
Leda era el centro de las miradas por su negra cabellera;
si amarillean..., agradó Aurora por su cabello azafranado:
mi amor se acomoda a todas las leyendas.
La joven me atrae, me seduce la madura:
aquélla es superior por su físico, ésta es la que sale.

En fin, a las jóvenes que cualquiera aprueba por toda Roma,
de todas ellas mi amor es candidato.

OVIDIO Pónticas Autobiografía final

*Por tanto, el hecho de vivir y resistir a duros sufrimientos
y que no se apodere de mí el tedio de una angustiada luz,
te lo debo, Musa, a ti, pues ofreces consuelo,
tú vienes como descanso a mis preocupaciones, como un bálsamo.
Tú eres mi guía y compañera, tú me llevas lejos del Histro
y me das un lugar en medio del Helicón;
tú, lo que es raro, me diste en vida un nombre sublime,
el que la fama suele dar después de las exequias.
Y la Envidia, que maltrata a los vivos, no mordió
con su inicuo diente ninguna obra de las mías.
En efecto, aunque nuestra época haya traído grandes poetas,
la fama no fue maligna con mi talento,
y, aunque yo anteponga a muchos a mí, no se dice
que sea menor a ellos y se me lee muchísimo en el mundo*

*Prohíbe el derecho que nadie nacido de sangre latina
sufra extranjera prisión si el César a salvo está.
Aunque me perdieron dos faltas, error y poema,
la culpa de una acción debo en silencio guardar:
no soy yo quien para abrir otra vez tus heridas, oh César,
al que es gravísimo ya haber dañado una vez.
Queda la otra, la cual, juzgándome por mis lascivos
cármenes, del adulterio lúbrico me hace mentor.
Lícito es, así pues, que algo escape a los pechos celestes,
y hay mucho asunto menor que tú no puedes saber,
y como Jove, que cuida a la vez del cielo y los dioses,
no tiene tiempo de ver cosas de menos valor,
tal, mientras miras en torno del mundo de ti dependiente,
cualquier otra nimiedad se escapa de tu atención.
¿Príncipe tú del poder, acaso, dejando tu puesto,
ibas mi obra a leer hecha con un metro impar?"*

[...]

*"No puedo, en fin, esperar salvación ninguna, a la vista
de que no es crimen cruel el que mi pena causó.
Yo no pedí la cabeza del César, cabeza del mundo,
con la intención de arruinar todas las cosas jamás;
ni nada dije, ni fue al hablar mi lengua excesiva,
ni el mucho vino razón de profanar con mi voz:
porque ignorantes mis ojos miraron un crimen, me culpan,
y haber tenido ojos es mi pecado, así pues.
No puedo defender, en verdad, entera mi culpa,
pero de mi crimen gran parte la tiene el error.
Queda, pues, la esperanza de hacer que él mismo mitigue
el castigo, a condición de que me cambie el lugar.
¡Ojalá traiga esta aurora sin sujetar su caballo
el albo Lucifer*, nuncio del nítido sol!"*

ORIGINAL EN SERMO QUOTIDIANUS	TRADUCCIÓN AL CASTELLANO
I. 1 [deest] * * *... ostendebantur iuxta scripturas. Interea ambulantes pervenimus ad quendam locum, ubi se tamen montes illi, inter quos ibamus, aperiebant et faciebant vallem infinitam, ingens, planissima et valde pulchram, et trans vallem apparebat mons sanctus Dei Sina. Hic autem locus, ubi se montes aperiebant, iunctus est cum eo loco, quo sunt memoriae concupiscentiae. 2. In eo ergo loco cum venit, ut tamen commonuerunt deductores sancti illi, qui nobiscum erant, dicentes: «consuetudo est, ut fiat hic oratio ab his, qui veniunt, quando de eo loco primitus videtur mons Dei»: sicut et nos fecimus. Habebat autem de eo loco ad montem Dei forsitan quattuor milia totum per valle illa, quam dixi ingens. II. 1. Vallis autem ipsa ingens est valde, iacens subter latus montis Dei, quae habet forsitan, quantum potuimus videntes aestimare aut ipsi dicebant, in longo milia passos forsitan sedecim, in lato autem quattuor milia esse appellabant. Ipsam ergo vallem nos traversare habebamus, ut possimus montem ingredi. 2. Haec est autem vallis ingens et planissima, in qua filii Israhel commorati sunt his diebus, quod sanctus Moyses ascendit in montem Domini et fuit ibi quadraginta diebus et quadraginta noctibus. Haec est autem vallis, in qua factus est vitulus, qui locus usque in hodie ostenditur; nam lapis grandis ibi fixus stat in ipso loco. Haec ergo vallis ipsa est, in cuius capite ille locus est, ubi sanctus Moyses, cum pasceret pecora soceri sui, iterum locutus est ei Deus de rubo in igne.	...] Reanudando nuestra expedición, llegamos a un paraje en el que las montañas por entre las cuales discurríamos se abrían y configuraban un valle dilatado, completamente alisado y sumamente placentero. Al fondo de la vaguada se erguía el monte santo de Dios, el Sinaí. El lugar donde los montes se apartaban se halla contiguo al enclave en que se encuentran las «Tumbas de la Concupiscencia»[18]. Cuando se llega a este punto, es costumbre, según nos previnieron los venerables guías que nos acompañaban, que quienes lo alcanzan, y divisan desde allí por vez primera el monte santo de Dios, se recojan en oración. Eso es lo que nosotros hicimos. Habría desde este lugar hasta el monte de Dios unas cuatro millas, pues ya dije que se trata de un valle espacioso. Es, en efecto, una inmensa vaguada que se ciñe al piedemonte y que puede tener —según pudimos estimar a simple vista y por lo que nos decían— unos dieciséis mil pasos de longitud por unos cuatro mil de anchura, según calculaban. Teníamos que atravesar el valle antes de poder iniciar el ascenso al monte. En esta depresión amplia y lisa fue donde acamparon los hijos de Israel durante aquel tiempo en que el santo Moisés subió a la montaña del Señor, permaneciendo en ella por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Es este también el valle donde se fabricó el becerro de oro; hoy día se sigue mostrando ese lugar exacto, ya que se conserva hincada en dicho punto una enorme roca. Y se trata asimismo del valle a cuya entrada se encuentra el lugar en el que Dios habló repetidas veces, desde la zarza ardiendo, al santo Moisés, mientras este apacentaba los

3. Et quoniam nobis ita erat iter, ut prius montem Dei ascenderemus, qui hinc paret, <quia> unde veniebamus, melior ascensus erat, et illinc denuo ad illud caput vallis descenderemus, id est ubi rubus erat, quia melior descensus montis Dei erat inde: itaque ergo hoc placuit, ut visis omnibus, quae desiderabamus, descendentes a monte Dei, ubi est rubus, veniremus, et inde totum per mediam vallem ipsam, qua iacet in longo, rediremus ad iter cum hominibus Dei, qui nobis singula loca, quae scripta sunt, per ipsam vallem ostendebant, sicut et factum est. 4. Nobis ergo euntibus ab eo loco, ubi venientes a Pharan feceramus orationem, iter sic fuit, ut per medium transversaremus caput ipsius vallis et sic plecaremus nos ad montem Dei.	rebaños de su suegro. Como el mejor itinerario a seguir parecía ascender a lo que se ve desde esta parte de la montaña de Dios, ya que bordeando por donde veníamos teníamos la mejor subida, y luego desde allí descender de nuevo a la cabecera del valle, es decir, adonde se encontraba la zarza, pues por allí era por donde mejor se podía bajar del monte de Dios, nos pareció el más conveniente el siguiente plan: después de ver todo cuanto deseáramos, descenderíamos de la montaña y nos llegaríamos hasta el lugar de la zarza, y desde allí, atravesando por medio de la hoya en toda su longitud, reemprenderíamos el camino con aquellos hombres de Dios que nos irían mostrando, a lo largo del valle, cada uno de los lugares mencionados por las Escrituras. Y así es como hicimos. Alejándonos, pues, del punto en que, procedentes de Farán, nos habíamos detenido a hacer oración, nuestros pasos se adentraron a través de la cabecera del valle, acercándonos así al monte de Dios. La montaña, vista de lejos, parece ser una sola, pero una vez que te internas en ella, vas descubriendo cimas diversas, si bien es todo el conjunto lo que se llama Monte de Dios. Aunque de manera especial se llama así a un pico que se halla en medio de todos los demás y en cuya cúspide se encuentra el lugar exacto al que descendió la majestad de Dios, según rezan las Escrituras.
--	--

EMILY DICKINSON (1830-1886)

'Ninguna fragata,

1263

No hay Fragata como un Libro

Para llevamos a lejanas Tierras

Ni Corceles cual la Página

En Briosas Poesía 🗣️

Esta Travesía puede hacerla el más pobre

Sin agobio de Portazgo 🗣️

Qué frugal es el Carro

Que lleva al alma Humana.

CONSTANTIN CAVAFIS (1863-1933)

Itaca

(1911)

Cuando emprendas tu viaje a Itaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.

Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues -¡con qué placer y alegría!-
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.

Ten siempre a Itaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Itaca te enriquezca.

Itaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Itacas.

SÓFOCLES FILOCTETES



Sófocles (c. 496 - 406 a. C.) puso en escena, con el Filoctetes (representado a sus ochenta y siete años), la tragedia de la miseria física. Filoctetes, compañero de Heracles, toma parte en la guerra de Troya. Una serpiente le muerde el pie. El dolor, el hedor y los gritos que profiere Filoctetes hacen que los griegos lo abandonen en la isla desierta de Lemnos, en la que pasará diez años, hasta que quienes allí lo abandonaron vuelvan a buscarlo, simplemente porque necesitan su arco, heredado de Heracles, para tomar Troya. Llegan a Lemnos Ulises y Neoptólemo (joven y ardoroso hijo de Aquiles), los cuales deciden apoderarse de Filoctetes por medio de la astucia: Ulises no se dejará ver, y Neoptólemo, fingiéndose enemigo de los griegos, deberá granjearse la simpatía de Filoctetes y llevárselo a su nave. El resto se hará según dicten las circunstancias. Efectivamente, así sucede: el pobre enfermo se entrega lleno de confianza al joven, para que lo saque de su angustiosa soledad, y le deja el arco famoso de Heracles para que lo guarde más seguramente. Mientras se dirigen a la nave, Neoptólemo se ve obligado a decirle la verdad; y entonces aparece también Ulises. Filoctetes se niega; prefiere perder el arco y morir de hambre, si es preciso, antes de ceder a sus odiosos enemigos. Aparece entonces en el cielo el héroe Heracles e invita a Filoctetes a ceder ante la necesidad...

PERSONAJES

ODISEO.

CORO.

NEOPTÓLEMO.

FILOCTETES.

Observador disfrazado de mercader.

HERACLES.

(La escena tiene lugar en un solitario paraje costero de la isla de Lemnos. En el acantilado se divisa una cueva. Aparecen Odiseo y Neoptólemo con un marino.)

ODISEO. —Éste es el acantilado de la tierra de Lemnos, bañada por todas partes, y no pisada ni habitada por los hombres, en donde, ¡oh Neoptólemo, hijo de Aquiles, el más valiente padre de entre los helenos!, hace tiempo, dejé yo abandonado al Melio, al hijo de Peante. Me habían ordenado hacerlo los que mandaban —le supuraba el pie a causa de un mal devorador—, puesto que no nos era posible acceder a libación ni sacrificio alguno con tranquilidad, sino que continuamente nos invadía todo el campamento con sus agudos lamentos, gritando y gimiendo.

Pero, ¿por qué hay que hablar de esto? No nos es propicio el momento para largos discursos, no vaya a ser que se aperciba de mi venida y eche a perder todo el artificio con el que creo poder cogerle pronto. Tu misión es, de ahora en adelante, obedecer y observar dónde hay aquí una cueva de doble abertura tal que, en invierno, el sol se pose por dos veces, mientras que en verano la brisa, pasando a través de la gruta de doble boca, propicie el sueño. Un poco más abajo, a tu mano izquierda, tal vez puedas ver una fuente de agua corriente, si es que subsiste. Después de acercarte, indícame, por señas, si ocupa aún el mismo lugar, o si se encuentra en otra parte, para que, a continuación, tú escuches el resto de las instrucciones que te voy a dar y actuemos de acuerdo por ambas partes.

NEOPTÓLEMO. —Señor Odiseo, breve trabajo me ordenas. Pues me parece estar viendo una gruta como dices.

ODISEO. —¿Arriba o abajo? Pues no la descubro.

NEOPTÓLEMO. —Allí arriba, y no hay el menor ruido de pasos.

ODISEO. —Mira no se encuentre echado en ella durmiendo.

NEOPTÓLEMO. —Veo un habitáculo vacío, sin nadie.

ODISEO. —¿Y no hay dentro alguna provisión que la haga habitable?

NEOPTÓLEMO. —Una hojarasca aplastada como por alguien que pasa las noches en ella.

ODISEO. —¿Lo demás está vacío? ¿No hay nada bajo el techo?

NEOPTÓLEMO. —Una copa hecha de madera —obra de algún mal artesano— y, aquí cerca, unos utensilios para el fuego.

ODISEO. —De él son los tesoros que describes.

NEOPTÓLEMO. —¡Uy, uy! Aquí otra cosa se está secando, unos harapos llenos de repugnante pus.

ODISEO. —Está claro que nuestro hombre habita estos parajes. Y no debe de estar lejos. Pues, ¿cómo un hombre con tal dolencia en el pie a causa de un antiguo mal podría llegarse muy lejos? Eso es que ha hecho una salida en busca de alimento o de alguna planta que sabe que le calma. Envía al que está a tu lado a un reconocimiento, no sea que me sorprenda inesperadamente. Porque él preferiría capturarme a mí antes que a todos los argivos.

(Neoptólemo da señal al marino de que parta.)

NEOPTÓLEMO. —Se va, y acechará el sendero. Tú, si algo quieres, dilo de nuevo.

ODISEO. —Hijo de Aquiles, preciso es que seas valeroso en la misión para la que has venido, y no sólo con tu cuerpo, sino que, si oyes algo nuevo que antes no habías oído, debes colaborar en aquello en que estás como ayudante.

NEOPTÓLEMO. —¿Qué ordenas?

ODISEO. —Te necesito para que, al hablarle, engañes con tus palabras el ánimo de Filoctetes. Cuando te pregunte quién eres y de dónde has llegado, dices que hijo de Aquiles —esto no hay que ocultarlo— y que navegas hacia casa, tras abandonar la expedición naval de los aqueos, habiendo surgido un gran odio contra ellos porque te hicieron venir con súplicas desde tu país, como si fueras el único medio de conquistar Ilion, y no te consideraron, una vez que hubiste llegado, digno de las armas de Aquiles. A pesar de que pedías con pleno derecho que te las dieran, se las entregaron a Odiseo. Puedes decir los más mezquinos ultrajes que quieras contra mí. En nada me ofenderás con ello. Y, si no lo haces, lanzarás a la ruina a todos los argivos. Pues si no es capturado el arco de éste, te será imposible conquistar la llanura de Dárdano.

Entérate de por qué no puedo yo, y en cambio tú sí, tener un trato confiado y seguro. Tú has viajado sin estar obligado por juramento con nadie, ni a la fuerza, ni en la primera expedición; sin embargo, yo no puedo refutar ninguna de estas cosas. De modo que, si él me ve mientras sea dueño del arco, estoy perdido, y te arrastro en la perdición a ti también por estar en tu compañía.

Es necesario que en esto mismo te las ingenies para sustraerle las armas invencibles. Sé, hijo, que no estás predispuesto por tu naturaleza a hablar así ni a maquinar engaños. Pero es grato conseguir la victoria. Lánzate a ello; ya nos mostraremos justos en otra ocasión. Ahora, por un corto espacio del día, préstate para algo desvergonzado, y, después, durante el resto del tiempo, podrás ser llamado el más piadoso de todos los mortales.

NEOPTÓLEMO. —Yo, ¡oh hijo de Laertes!, odio poner en práctica las palabras que me afligen al oírlas. Por mi naturaleza no hago nada con medios engañosos, ni yo mismo, ni, según dicen, el que me dio el ser. Pero estoy dispuesto a llevarme a este hombre por la fuerza y no con engaños. Porque no nos someterá por la fuerza con un solo pie a nosotros que somos tantos. Sin embargo, habiendo sido enviado como colaborador tuyo, temo ser llamado traidor. Pero prefiero, rey, fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes.

ODISEO. —Hijo de noble padre, también yo mismo cuando era joven tenía la palabra ociosa y el brazo activo. Y ahora, remitiéndome a las pruebas, veo que entre los mortales son las palabras y no los actos los que guían todo.

NEOPTÓLEMO. —Y ¿qué otra cosa me ordenas sino decir mentiras?

ODISEO. —Te digo que con astucia captures a Filoctetes.

NEOPTÓLEMO. —¿Y por qué hay que llevarlo con engaños, en lugar de convenciéndolo?

ODISEO. —No se deja convencer. Por la fuerza no podrías tomarlo.

NEOPTÓLEMO. —¿Tan tremendamente confiado en su fuerza está?

ODISEO. —Tiene flechas que no fallan y portadoras de muerte.

NEOPTÓLEMO. —Y, en ese caso, ¿no es una temeridad acercarse a aquél?

ODISEO. —Sí, a no ser que lo cojas con engaño, como yo te digo.

Nepotólemo. —Y ¿no consideras vergonzoso, ciertamente, decir mentiras?

ODISEO. —No, si la mentira reporta la salvación.

NEOPTÓLEMO. —Y ¿cómo se atreverá alguien a hablar así mirando a la cara?

ODISEO. —Cuando haces algo para un provecho, no conviene vacilar.

NEOPTÓLEMO. —¿Qué me aprovecha a mí que éste vaya a Troya?

ODISEO. —Sólo este arco conquistará Troya.

NEOPTÓLEMO. —¿Acaso no soy yo, como decíais, el que va a devastarla?

ODISEO. —Ni tú podrías sin aquél ni aquél sin ti.

NEOPTÓLEMO. —Tendrá que ser capturado, si es así.

ODISEO. —Si lo haces, obtendrás dos beneficios.

NEOPTÓLEMO. —¿Cuáles? Si me los haces ver, no podría negarme a hacerlo.

ODISEO. —Serías reputado por sabio tanto como por valiente.

NEOPTÓLEMO. —Ea, lo haré, liberándome de todo sentimiento de vergüenza.

ODISEO. —¿De verdad te acuerdas de todo lo que te he advertido?

NEOPTÓLEMO. —Puedes estar seguro, ya que te lo he prometido.

ODISEO. —Tú te quedas ahora aquí y aguardas a aquél. Yo me voy, no vaya a ser reconocido estando a tu lado. Al vigilante lo voy a enviar de nuevo al barco. Y si me parece que os retrasáis mucho tiempo, otra vez haré venir hacia aquí, después de disfrazarlo para que sea imposible reconocerlo, a este mismo hombre con apariencia de piloto. Acepta lo que te convenga de sus palabras en cada momento, porque él, hijo, hablará de manera ambigua. Yo me voy a la nave, dejándote este asunto a ti. Que Hermes, él dios de la astucia, nos guíe escoltándonos a los dos, y Atenea Vencedora, protectora de la ciudad, que me protege siempre.

CORO.

ESTROFA 1.^a

¿Qué es preciso, señor, que yo, extranjero en tierra extranjera, oculte, o qué debo decir ante el varón lleno de desconfianza? Dímelo. Pues una habilidad que supera a cualquier otra y buen juicio sobresalen en aquel que gobierna con el cetro divino derivado de Zeus. A ti, ¡oh hijo!, ese poder te ha venido de tus antepasados. Dime, por tanto, en qué es preciso que te sirva.

NEOPTÓLEMO. —*Ahora, tal vez quieres ver el lugar donde habita, en los confines de la isla. Mira confiado y, cuando llegue el terrible caminante, sal de su morada y, avanzando según las señas que cada vez te vaya haciendo con mi mano, intenta servir a las necesidades del momento.*

ANTÍSTROFA 1.^a

Me hablas de un cuidado que desde hace tiempo tengo, señor: mantener mis ojos vigilantes para tu conveniencia sobre todo. Y, ahora, dime en qué morada está aposentado y qué lugar ocupa. Pues no me es inoportuno el saberlo, no sea que me lo encuentre en algún sitio sin advertirlo. ¿Cuál es el lugar o cuál la residencia? ¿Qué sendero conduce dentro de la cueva o fuera de ella?

NEOPTÓLEMO. —*Estds viendo aquí la casa de doble puerta que es su guarida de piedra.*

CORIFEO. —(Acercándose y viendo que no está en el interior.)
¿Adonde se ha marchado el desdichado?

Robinson Crusoe

Daniel Defoe

Traducción íntegra y prólogo de
ENRIQUE DE HÉRIZ





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Después de ser apresado y convertido en esclavo en África, como consecuencia de un naufragio, Robinson Crusoe llega a una isla deshabitada cerca de la desembocadura del río Orinoco y se enfrenta al reto de crear un nuevo modo de vida, partiendo de cero. Con el tiempo, y tras ver desembarcar en la isla a varios grupos de caníbales, libera al que iba a ser una de las víctimas, Viernes, y encuentra así compañía. Entre los dos, además de ampliar las plantaciones de la isla, consiguen liberar a algunas otras víctimas, entre ellas a varios españoles que también habían naufragado.

Tomando como punto de partida las experiencias reales del marinero español Pedro Serrano (siglo XVI) y la del escocés Alexander Selkirk (s. XVIII), Daniel Defoe creó una ambiciosa obra que no es sólo una apasionante novela de aventuras, sino también una obra que se plantea con agudeza diversas cuestiones de carácter social, político y filosófico, que han dado a su vez pie a que se la ponga como ejemplo en las más diversas disciplinas (economía, sociología, ética, etc.).

Hasta ahora, curiosamente, no existía una versión íntegra y fiel a la primera edición de Robinson Crusoe en español, pues al haber desde poco después de su publicación diversas versiones abreviadas y simplificadas de la novela, tradicionalmente se habían tomado estas como punto de partida para traducirla, incluso cuando tal tarea corría a cargo de alguien tan prestigioso como Julio Cortázar. Al volver a la versión original aflora mucho más que la célebre novela de aventuras, pues buena parte de lo que solía eliminarse eran las reflexiones y la exposición de ideas que, en el mundo anglosajón, tan productivas fueron y dieron pie a interesantes interpretaciones de intelectuales tan distintos como Joyce, Marx, Poe o Coetzee. El excelente trabajo del prestigioso escritor Enrique de Hériz nos devuelve la integridad de una obra que ha permanecido durante décadas oculta al lector en lengua española.

L  **LIBROS**

Daniel Defoe

Robinson Crusoe

DANIEL DEFOE

Vida y extrañas y sorprendentes aventuras de

ROBINSON CRUSOE

marinero de York que vivió veintiocho años solo por completo en una isla deshabitada en la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, tras ser arrojado a tierra en un naufragio en el que perecieron todos los hombres menos él. Con un relato de cómo al fin fue extrañamente rescatado por piratas.

Escrito por él mismo

Traducción y prólogo de Enrique de Hériz

Prólogo

«Llevo muchos años poniendo a prueba ese libro —generalmente en combinación con una pipa de tabaco— y me ha demostrado ser mi amigo ante todas las necesidades de esta vida mortal. Cuando se enturbia mi espíritu, Robinson Crusoe. Cuando quiero consejo, Robinson Crusoe. En tiempos pasados, cuando mi esposa me acosaba; en tiempos presentes, cuando tomo una gota de más, Robinson Crusoe. He gastado seis robustos Robinsones de tan duramente como han trabajado a mi servicio. Mi señora me regaló, por mi último cumpleaños, un séptimo ejemplar. De tanta emoción tomé un trago de más, y Robinson Crusoe me corrigió. Su precio era de cuatro chelines y seis peniques, encuadernado en azul, y con un dibujo de regalo» .

WILKIE COLLINS

El día 25 de abril de 1719 salieron de la imprenta de un tal William Taylor, ubicada en la londinense Paternoster Row, los primeros ejemplares de lo que ahora conocemos como *Robinson Crusoe*, publicados entonces con el siguiente título completo: «Vida y extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York que vivió veintiocho años solo por completo en una isla deshabitada en la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, tras ser arrojado a tierra en un naufragio en el que perecieron todos los hombres menos él. Con un relato de cómo al fin fue extrañamente rescatado por piratas. Escrito por él mismo» .

¿Escrito por él mismo? Defoe pretendía otorgar un sesgo testimonial e historicista al texto, acaso verdaderamente hacerlo pasar por autobiográfico, pero se trataba de su primera obra de ficción tras una larga serie de panfletos políticos, ensayos, panegíricos poéticos, sátiras, columnas periodísticas y manuales de conducta. De pronto, nada menos que *Robinson Crusoe*: el texto considerado por la crítica como la primera gran novela en lengua inglesa. El libro que necesitó apenas unos meses para alcanzar la condición mitológica, esa extraña e

incómoda posición preeminente en la historia de la literatura, detentada tan sólo por un puñado de obras tan importantes que ni siquiera hace falta seguirlas leyendo para usarlas como referencia.

El éxito fue inmediato. El 20 de agosto, menos de cuatro meses después de la primera edición, fresca aún la tinta de las sucesivas reimpresiones, apareció la segunda parte: *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe*. Parece que Defoe, a quien sabemos muy pendiente del destino comercial de sus textos, había previsto, en cierta medida al menos, el interés que iba a despertar la historia de su naufragio, pues la primera parte, tras anunciar en el último párrafo algunos futuros sucesos que protagonizaría Robinson Crusoe, terminaba así: « Todo eso, junto con algunos incidentes sorprendentes de mis propias aventuras durante diez años más, tal vez lo cuente más adelante ». La segunda parte, en cambio, se despedía con el protagonista retirado en su residencia londinense, incapaz ya de soñar siquiera con nuevas aventuras: « Y aquí, resuelto a no angustiarme más, me preparo para un viaje más largo que todos estos, tras haber vivido setenta y dos años de una variedad infinita y aprendido lo suficiente para reconocer el valor del retiro y la bendición de terminar nuestros días en paz ». Era casi imposible obtener (o inventar) nuevo material aventurero, nuevos viajes por el mundo. Quizá por eso, la tercera parte^[1] hubo de presentarse como un conjunto de « Serias reflexiones a lo largo de la vida y las sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, con su visión del mundo angélico ». Por supuesto, escritas por él mismo.

Volvamos, sin embargo, a la primera parte, que a finales de 1719 había alcanzado ya la sexta impresión, además de una serialización en *The Original Post*, en tres entregas semanales a partir del 7 de octubre. De todo ello se conservan ejemplares en diversas bibliotecas que permiten a unas docenas de académicos debatir, con esa tenacidad de la que sólo pueden hacer gala los buenos *scholars* británicos, si procede considerar erróneo el uso de la coma en tal o cual frase de tal o cual reimpresión. En cambio, no existe nada que merezca el nombre de manuscrito, ninguna fuente primera y exacta con la firma del autor y su registro caligráfico. Gracias a otros manuscritos que sí se han salvado y a los comentarios de algunos impresores, sabemos que Defoe solía entregarles un material no demasiado fiable, plagado de tachaduras, vacilaciones en la puntuación, errores de bulto que luego podían (o no) irse corrigiendo en posteriores versiones.

No estamos hablando de *Las mil y una noches*, ni se requiere una gran investigación bibliográfica para determinar qué escribió exactamente Defoe, pues esas primeras ediciones cumplen la función de texto *princeps*. Las abundantes mutilaciones que *Robinson Crusoe* ha sufrido a lo largo del tiempo no pueden contar con esa excusa. A principios de agosto de 1719 (es decir, en plena apogeo del éxito del libro y cuando Defoe se encontraba enfrascado en los

últimos esfuerzos por entregar a imprenta una segunda parte que pudiera beneficiarse del calor del momento) apareció por primera vez una edición pirata que mantenía el largo título de Defoe en términos casi exactos, pero añadía: « Escrito originalmente por él mismo y ahora fielmente abreviado sin omisión de ninguna circunstancia destacable ». Para mayor ofensa, costaba dos chelines, contra los cinco de la edición original. La firmaba como editor un tal T. Cox en el Amsterdam Coffe-house de Londres, ubicado en « las cercanías del Royal Exchange ». Muy poco después apareció en Dublín otra edición, también pirata, pero al menos respetuosa con el texto original.

Indignado, Defoe incluyó un prefacio al segundo volumen, en el que equiparaba el pillaje de sus textos con el bandolerismo o el allanamiento de morada. Se añadía también una nota en la que se advertía al público del escaso valor de aquella edición ilegítima descrita como « apenas unas cuantas páginas sueltas, reunidas sin ninguna coherencia, en las que se malinterpreta por completo el sentido del autor, se representan mal los hechos y se cometen errores en la aplicación de las reflexiones morales ».

El 29 de octubre de 1719, en el *Flying Post* de Londres, el tal T. Cox dio un paso al frente para convertir la controversia en polémica pública con una respuesta en la que se daba por enterado de las acusaciones y se exculpaba con el argumento de que, en la fecha de la publicación de la edición pirata, él estaba de viaje por Escocia. Admitía haber recibido la visita de « un cierto hombre » que le había mostrado algunas páginas sueltas entre alusiones a supuestas disputas entre el autor y su editor a la hora de fijar los honorarios por la entrega de la segunda parte. Cox insinuaba a continuación que aquella versión pirata bien podía ser obra del propio Defoe, quien estaría así tomándose cumplida venganza de la racanería de su editor legítimo. No contento con ese pequeño borrón, se atrevía a extender la mancha sobre los nombres de ambos con una última amenaza: « Si el señor Taylor o el autor del donquijotismo de Crusoe [Daniel de Foe] dan algún paso más en la insinuación de que yo era el propietario de dicha versión abreviada, aseguro al público que, en justa reparación, haré públicos algunos secretos que el mundo aún desconoce y demostraré que las acusaciones en mi contra por parte del autor y del librero contienen tan poca sinceridad y honestidad como poca es la verdad contenida en *Robinson Crusoe* ».

Dejemos de lado por un momento el riquísimo valor anecdótico de esas circunstancias. Lamentemos que no se cumpliera la amenaza y el mundo se quedara sin conocer esos tremendos secretos, pero centrémonos en algo mucho más importante: entre cartas y prefacios, entre acusaciones, recortes, quejas e insinuaciones, se estaba armando una discusión sobre algunos puntos fundamentales en la configuración de la novela como género literario moderno. El más importante era la veracidad. Ya hemos visto que hasta un burdo imitador como el tal Cox afeaba a *Robinson Crusoe* su condición de artefacto inventado.

En el ya mencionado prefacio de la segunda parte, Defoe se defendía de la « gente envidiosa » que le reprochaba haber escrito « un romance » y aseguraba que las invenciones contenidas en el texto quedaban legitimadas por sus usos y aplicaciones de orden moral. Sin embargo, parece que el ruido de fondo no cesó, porque la tercera parte salió también con un prefacio en el que el autor ponía incluso su buen nombre (o, mejor dicho, el de su personaje) al servicio de la honestidad de su obra: « Tengo entendido que la gente envidiosa y mal predispuesta del mundo ha planteado algunas objeciones a los dos primeros volúmenes bajo la pretensión, a falta de mejor excusa, de que (según ellos) la historia es inventada, los nombres son prestados y todo es un romance; que nunca existió tal hombre ni tal lugar, ni tales circunstancias en la vida de un hombre; que todo ha sido formado y embellecido por la imaginación para ser impuesto al mundo. Yo, Robinson Crusoe, hallándome en plena y perfecta posesión de mi mente y mi memoria, gracias sean dadas a Dios, declaro por la presente que esa objeción es un invento escandaloso por su intención y afirmo que la historia, aunque alegórica, es también histórica. [...] Además, existe y vive un hombre, bien conocido, cuyos actos en la vida son el verídico sujeto de estos volúmenes y a quien alude toda la historia, o su mayor parte; se puede confiar en la veracidad de esta afirmación y por ella pongo en juego mi nombre ».

Dicho de otro modo, el mundo le estaba preguntando a Defoe qué diablos había escrito y él, que para defenderse no disponía aún de la palabra « novela », tan mágica y multifuncional, sólo podía decir que su relato, si bien no era del todo cierto, se parecía mucho a la verdad. Y que era bello. Y que era útil: « Es la bella representación de una vida de infortunios sin precedentes, de una variedad imposible de encontrar en el mundo, adaptada con sinceridad y destinada al bien común de la humanidad y pensada en principio, tal como se usa ahora, para los usos más serios posibles ». Desde lo alto de esa afirmación, casi tres siglos de novela nos contemplan.

Si hemos de creer la interpretación convencional del proceso creativo de Defoe, todo nace en 1704 con la historia real del marinero escocés Alexander Selkirk, quien pidió desembarcar en la isla de Juan Fernández, deshabitada, tras una pelea con el capitán del barco en que navegaba. Allí permaneció hasta su rescate en 1709. En 1711 regresó a Londres y al año siguiente se publicaron algunos retazos de su vivencia, que no sería completada hasta que el periódico *The Englishman* dedicó por entero a su historia la edición del 3 de septiembre de 1713. Se da por supuesto que Defoe, enterado de las aventuras del marino y del aparente interés generado por el relato de las mismas, mezcló aquella información con la que contenían los muchos libros de viajes que había leído, tan populares en la época, redactó toda la historia con una clara pretensión de veracidad y hasta quiso colarla como un relato verdadero con la ya famosa coletilla de « escrito por él mismo ». Sin embargo, un análisis más detallado del

texto nos ofrece una versión algo más compleja. Por mucho que pudiera usarlos como material de partida, es a todas luces evidente que Defoe pretendía alejarse de los libros de viaje: sólo en una ocasión, en la segunda parte, se entretiene Robinson en describir un paisaje cuya aparición no va a condicionar los sucesos del relato y luego procede a disculparse de inmediato, prometiéndonos que no volverá a abandonar la acción y que sólo describirá paisajes y gente cuando tengan algo que ver con el devenir de su historia. Y cumple la promesa: en Robinson Crusoe todo el material descriptivo queda sujeto a la función narrativa.

Pero es que Defoe no quería describir. Ni siquiera quería narrar sucesos. Es obvio que pretendía levantar un mundo con la fuerza de las palabras. Un mundo completo, dotado incluso de una arquitectura moral para la cual ninguno de los géneros literarios comunes hasta entonces le prestaba planos válidos. Mientras nos iba contando aventuras, Defoe estaba escribiendo una historia sobre la Providencia como herramienta del castigo divino, un relato de sucesivas caídas y superaciones, mito central del puritanismo. Estaba transgrediendo su formación bíblica, al negarse a presentarnos el duro trabajo de un hombre como mero castigo por sus pecados, para convertirlo en todo lo contrario: instrumento de redención. Y sobre todo, estaba creando un personaje que permitía la identificación del lector gracias a un fenómeno aparentemente contradictorio y exclusivo del género novelístico: un personaje tan concreto, tan imbuido de su pequeña cotidianidad, tan obligado por las decisiones del propio Defoe a contarnos sus muy particulares quehaceres, que se volvía milagrosamente universal. En palabras de Coleridge, estaba escribiendo una historia en la que «nada se hace, piensa, sufre o desea sin que todos los hombres puedan imaginarse a sí mismos haciéndolo, pensándolo, sufriendolo o deseándolo». «Leemos —afirmó Poe— y nos convertimos en abstracciones perfectas por la intensidad de nuestro interés; cerramos el libro y estamos convencidos de que nosotros mismos lo podríamos haber escrito. Todo ello se produce por la potente magia de la verosimilitud. Sin duda, el autor de “Crusoe” tuvo que poseer, por encima de cualquier otra, eso que se ha dado en llamar la facultad de la identificación: ese dominio que la volición ejerce sobre la imaginación y que permite a la mente perderse en una individualidad ficticia». A Virginia Woolf le fascinaba que Defoe hubiera alcanzado ese logro gracias a la terquedad con que se negaba a satisfacer las expectativas del lector: «La mera sugerencia —peligro y soledad en una isla abandonada— basta para despertar en nosotros expectativas de una tierra lejana en los límites del mundo; de salidas y puestas de sol, de un hombre aislado de los suyos, rumiando en solitario acerca de la naturaleza de la sociedad y de los extraños comportamientos de los hombres. Antes de abrir el libro, tal vez hayamos abocetado el tipo de placer que esperamos obtener de él. Pero de pronto, cada página nos contraría brutalmente. No sale el sol ni se pone, ni hay soledad ni alma. Hay, por el contrario, mirándonos a los ojos, tan

sólo una gran vasija de arcilla. [...] ¿Y hay alguna razón, nos preguntamos al cerrar el libro, por la cual los detalles de una simple vasija de arcilla no deban darnos una satisfacción tan completa, una vez asimilados, como la de un hombre, con toda su sublimidad, plantado contra un fondo de montañas abiertas y océanos desatados mientras brillan las estrellas en el cielo?». Joyce llamó a Defoe «padre de la novela inglesa» y se burló de quienes se habían dedicado a hurgar en los muchos errores de falta de verosimilitud en que incurría el autor: «El ancho caudal del nuevo realismo los arrastra majestuosamente consigo, igual que una inundación se lleva la maleza y los juncos».

Es probable que Defoe no supiera exactamente qué estaba haciendo. Pero lo hizo bien. Cuarenta años después de su primera edición, *Robinson Crusoe* contaba con cuarenta y una reimpressiones y, hasta donde podemos contabilizar, quince imitaciones, por así llamar a los textos que apenas usaban al personaje como referencia y coartada para el pillaje literario. A finales del siglo XIX se calculaban unas setecientas versiones para todos los gustos y en todos los idiomas posibles. La Universidad de Indiana conserva en su biblioteca un ejemplar de 1878 en persa, traducido a partir del urdu. Triunfaban con especial rotundidad las versiones para niños, acaso por dar la razón a Rousseau, que había ensalzado el *Robinson* hasta el extremo de considerar que su lectura bastaba para la educación completa de su *Émile*. Pero es de suponer que Rousseau se refería a una versión íntegra. No, por ejemplo, al *Robinson der Jünger* publicado en Alemania en 1779 por Joachim Campe, cuya aparición dio pie a una caterva de ediciones ilegítimas en todo el mundo con la coartada de educar a los jóvenes, incluidos los españoles merced a la edición de un *El nuevo Robinsón* (1789), «reducido a diálogos» según confesaba la propia portada.

Era la condena del éxito. O la maldición de Cox. Porque todas esas versiones bastardas tenían algo en común con la primera edición pirata: a la hora de abreviar, subyugaban la novela, la sometían, le negaban toda su capacidad de constituir por sí misma un género nuevo. ¿Y cómo? Despojándola de ideas. Tachando todo lo que les impedía clasificarla en el mismo estante que los libros de viaje y los relatos de aventuras biográficas y las crónicas periodísticas. Quitando, precisamente, todo lo que elevaba el texto por encima de sí mismo y lo convertía en una novela. ¿Y tan importantes eran esas ideas? ¿No podía ser que, en una especie de juego borgiano, tuvieran razón en este caso los mutiladores? Daniel Defoe era hijo de pastores puritanos. La obsesión por la religión recorre gran parte de su obra. El libro —mejor dicho, la versión íntegra del libro— está salpicado por centenares de reflexiones y opiniones. Ya hemos dicho que el tercer volumen está formado por ensayos morales. En su introducción, Defoe nos advierte de que esos ensayos no son un mero producto de los dos volúmenes anteriores, sino todo lo contrario. «Porque la fábula siempre se escribe para la moral —nos dice—; nunca la moral para la fábula».

Como comerciante que era, además de escritor, Defoe se vio obligado a declararse en bancarrota al menos dos veces a lo largo de su vida. Sin duda, en más de una ocasión echaría de menos las regalías hurtadas por todas esas ediciones ilegítimas, pero cabe sospechar que le dolía más el robo moral e intelectual: «Al acortar el libro para poder reducir su coste —afirmó—, lo despojan de todas las reflexiones religiosas y morales que, además de constituir la mayor belleza de la obra, están calculadas para el infinito beneficio del lector».

España fue un poco más lenta que el resto del mundo a la hora de importar el fenómeno y, además, empezó directamente por las versiones infantiles. A finales del XVIII ya encontramos una traducción del Robinson juvenil de Campe, unas aventuras de «los dos robinsones, Carlos y Fanny, dos niños abandonados en una isla desierta», basadas en el original de François Guillaume Ducray-Duminil, en el que los niños ni siquiera tenían esos nombres, sino Fanfan y Lolotte. «Estas y otras adaptaciones —se afirma en el *Diccionario histórico de la traducción en España*, editado en Gredos por Francisco Lafarga y Luis Pegenaute— inundaron el panorama literario infantil y juvenil hasta tal punto que no sólo hubo robinsones alemanes y franceses, sino también suizos, cubanos, etcétera. Son arreglos que despojan a la novela de Defoe de toda su carga política, social y religiosa, haciendo hincapié en lo que tiene de aventura». ¿Nos suena de algo?

Carmen Toledano Buendía documenta^[2] la existencia de una versión firmada por José Alegret de Mesa y publicada en Madrid en 1849-1850. Traducía los dos primeros volúmenes y lo hacía en su integridad, aunque al parecer adaptaba el tono a un público juvenil (lo cual explicaría que dejara aparte el tercer volumen, pues consiste en ensayos morales que difícilmente disfrutarían los niños). Tenía también la particularidad de que en vez de abreviar el texto lo ampliaba con decenas de notas y glosas de intención claramente didáctica.

Y así llegamos a Cortázar. Cualquier lector que en cualquier país de habla hispana solicita en una librería una traducción vigente de *Robinson Crusoe*, encuentra la de Julio Cortázar. Sabemos que la hizo en 1944 por encargo de la editorial Viau, de Buenos Aires, con cuyo personal tenía lazos de amistad. Sabemos que, en un tomo voluminoso y bellamente ilustrado, contenía las partes primera y segunda. El lenguaje es reconociblemente elegante y fluido, pero la versión podría llevar la firma del mismísimo T. Cox. Hasta casi un treinta por ciento del texto original brilla por su ausencia. A veces son dos o tres párrafos. Otras, hasta cuatro páginas seguidas. ¿Con qué estrategia se recortó? Adivínelo el lector sagaz: falta todo lo que se sale de los estrictos límites de la novelita de aventuras. Así se mantuvo cuando la traducción se publicó por primera vez en España, en edición de Lumen (1975), y así se mantiene la edición actual (2004) en la colección Grandes Clásicos de Mondadori.

Un más que amable encuentro con Aurora Bernárdez, primera esposa de Cortázar y, a su vez, muy reputada traductora, no sirvió para arrojar ninguna luz en el proceso detectivesco que debería llevarnos a saber quién cortó qué por decisión de quién. Ha pasado mucho tiempo y, además, como bien señaló ella, esa clase de mutilación era práctica muy común en la época. A la hora de atribuir responsabilidades, hay dos opciones incómodas y enojosas. Encaremos la primera con un suspiro de devoción cortazariana: ¿fue él quien, acaso aburrido por los excesos de detallismo realista que tanto admiraban Woolf y Joyce, sacó la tijera? En una carta de la época, Cortázar mencionaba que había pasado unos meses traduciendo *Robinson Crusoe* y no se refería al original en términos demasiado elogiosos. Se sabe que en sus versiones de Poe hay buenas dosis de inventiva y, en alguna conferencia, Cortázar había abusado del concepto de «recreador» que cabía atribuir a los traductores. Según el relato de Aurora Bernárdez, el editor Francisco Porrúa habría pedido a Cortázar, veinte años después, que le permitiera reeditar esa traducción y el gran escritor argentino le habría contestado, entre bromas, que se la mirase antes con mucho cuidado porque, en el tiempo transcurrido, había aprendido mucho inglés y mucho español. Nada de todo eso puede probarse. Más bien algunos datos apuntan a lo contrario: Cortázar obtuvo titulación de traductor en 1948 y ejerció como tal para la Unesco y para la Comisión de Energía Atómica en Viena. Tradujo a Gide, a Giono, a Duras, a Chesterton, a Yourcenar. Incluso si la traducción era tan sólo un modo de ganarse la vida mientras escribía espléndidos cuentos sobre traductores que vomitan conejitos, hay que suponer que sabía lo que hacía.

Nos queda entonces la segunda opción: un editor indecente que, ya fuera por falta de respeto al texto, ya por ahorrar costes de impresión, decidió recortar la novela, y no sólo por las esquinas. Debe admitirse que la primera edición, más allá de los recortes, podía haber sido bastante más cuidadosa. En el final de la segunda parte, por ejemplo, Cortázar duda de la transcripción idónea de algunos topónimos rusos y les añade un interrogante, es de suponer que para una posterior comprobación: «Cinco días más tarde llegamos a Veuslina (?)», traduce Cortázar. Y el editor deja pasar el interrogante como si el propio Defoe manifestara alguna duda. «Ante todo nos dirigimos a Lawrensoy (¿Jarensk?)», anota el traductor y acepta, como si no leyera, el editor. Esos errores de aparente desidia, no subsanados, por cierto, en las sucesivas ediciones del texto, no bastan sin embargo para culpar al editor. Por la misma razón que nos ha llevado a descartar la primera opción. Cuesta mucho pensar que, si Cortázar había hecho el considerable esfuerzo de traducir una versión íntegra y rigurosa de los dos primeros volúmenes de *Robinson Crusoe*, su editor pudo mutilarlos sin que él pusiera el grito en el cielo, o sin que quedara en algún lugar una carta, una nota o un comentario al respecto.

Bueno, hay una tercera opción: ni Cortázar ni su editor sabían que estaban

traduciendo a partir de un texto ya mutilado en origen. Eso atribuiría una indudable falta de rigor a la tarea de ambos pero los liberaría de la responsabilidad moral, mucho mayor, de haber puesto en manos de miles de lectores, durante décadas seguidas, un texto que casi ni se parece al que estos creen estar leyendo. Y es posible. El texto original de Defoe, en todas las ediciones que cabe considerar legítimas, aparece seguido, sin ninguna división por capítulos. Tanto la primera parte como la segunda. En las sucesivas mutilaciones que sufrió, y en consonancia con la voluntad de reducirlo e infantilizarlo, se impuso la costumbre de repartirlo en capítulos y, además, preceder cada uno de ellos de la tradicional sinopsis para facilitar la lectura y la comprensión. La traducción de Julio Cortázar está dividida por capítulos, cada uno con su correspondiente sinopsis. Es mucho suponer que él se tomara el trabajo de inventarse esas divisiones capitulares, darles título y resumirlas por adelantado. Es más fácil imaginar que se limitaba a traducir lo que tenía delante: un texto mutilado en origen.

Por desgracia, se nos niega la única posibilidad de aclarar este misterio, pues nadie parece saber de qué edición inglesa partía su traducción. A la muerte de Cortázar su biblioteca personal fue donada a la Fundación March y en el catálogo de dicha donación figura un ejemplar de *Robinson Crusoe* en inglés. Pero es de 1981, casi cuarenta años después de que Cortázar lo tradujera.

En tiempos recientes ha habido otras versiones, la mayoría desaparecidas hoy en día de nuestras librerías. Ninguna era completa. La más reciente, traducida por Fernando Galán y José Santiago Fernández Vázquez y editada por el primero de ambos, apareció en Cátedra en el año 2000. Es válida en sentido filológico y vigente en términos literarios, pero consta sólo de la primera parte.

¿Puede, entonces, afirmarse que jamás ha habido una traducción al español, íntegra, completa y actualizada, de los dos volúmenes que conforman la novela *Robinson Crusoe*? Al parecer, sí. Y si alguna vez la hubo, hace tanto tiempo que no queda ni rastro de ella. Corregido quede ese error y bienvenido sea el lector a este mundo milagrosamente nuevo. No encontrará notas académicas para especificar si tal o cual alusión bíblica procede de los Salmos o del Libro de los Proverbios; no se le interrumpirá la lectura con la aclaración del valor del moidor como moneda corriente en Brasil y Portugal en la época o con las equivalencias de medidas que, por supuesto, permanecen en millas, yardas, libras y hasta leguas donde corresponde; no se le llamará la atención acerca de los errores del original en ciertos cálculos de fechas, de ubicaciones geográficas o de pura coherencia con lo narrado; tampoco se intentará allanar el camino de la lectura evitando las repeticiones innecesarias en que pudo incurrir el autor, o disfrazando sus torpezas. Esta es tan sólo la traducción íntegra de una novela y como tal pretende ser invisible, o al menos transparente, en la medida de lo posible.

Prefacio

Si alguna vez ha merecido hacerse pública la historia de las aventuras por el mundo de un hombre particular, y ha resultado aceptable una vez publicada, el editor de este relato cree que se trata de esta.

Las maravillas de la vida de este hombre exceden (cree el editor) todo cuanto existe; apenas parece posible que la vida de un solo hombre pueda contener semejante variedad.

La historia se cuenta con recato, con seriedad y con aplicación religiosa de los sucesos a los usos a que suelen aplicarlos los hombres sabios, a saber: la instrucción de los demás por medio del ejemplo y la justificación y la honra de la sabiduría de la Providencia en toda variedad de circunstancias, sean estas cuales fueran.

El editor cree que se trata de un relato verídico de los hechos; no encuentra en él ninguna apariencia de ficción y, en cualquier caso, cree que, por el modo en que se despachan todos esos asuntos, el provecho que aportan tanto al entretenimiento del lector como a su formación, será el mismo; y por ello considera, sin mayores cortesías para con el mundo, que presta un gran servicio con su publicación.

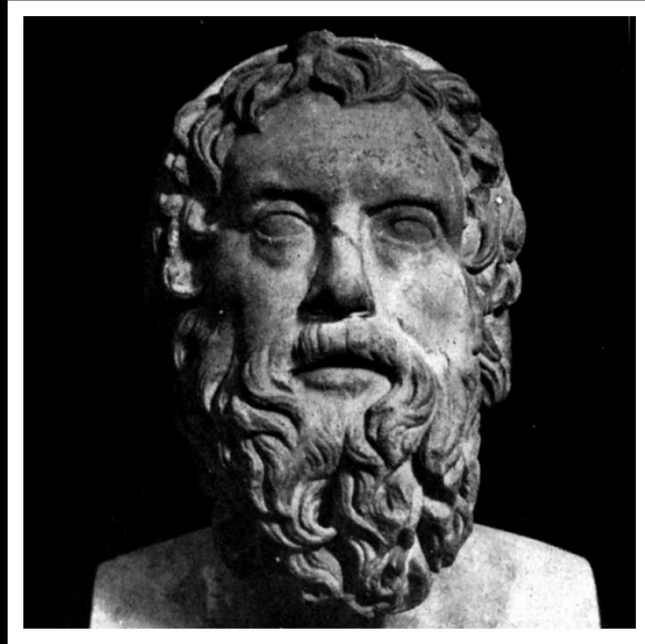
Nací en el año de 1632 en la ciudad de York, en el seno de una buena familia, aunque no del país, pues mi padre era un extranjero llegado de Bremen para instalarse originalmente en Hull. Tras alcanzar una buena posición como comerciante abandonó el negocio y se trasladó a York, donde se casó con mi madre, emparentada con los Robinson, una muy buena familia de esas tierras, de ahí que me llamaran Robinson Kreutznaer; aunque, dada la habitual corrupción a que se someten las palabras en Inglaterra, ahora nos llaman Crusoe y hasta nosotros mismos nos llamamos por tal nombre y así lo escribimos, e incluso mis compañeros me llamaban siempre así.

Tenía dos hermanos mayores, uno de los cuales era teniente coronel de un regimiento inglés de infantería en Flandes, comandado anteriormente por el famoso coronel Lockhart, y murió en la batalla librada cerca de Dunkerque contra los españoles. Nunca supe nada de cuanto aconteciera a mi segundo hermano, del mismo modo que mi padre y mi madre ignoraron cuanto a mí me ha sucedido.

Por ser el tercer hijo varón y no tener formación para ningún oficio, pronto empezó a llenarse mi cabeza de desvaríos. Mi padre, ya muy anciano, me había dado una preparación tan competente como pueda esperarse entre la educación doméstica y la escuela pública, y me reservaba para el ejercicio de la ley; sin embargo, a mí sólo me satisfacía hacerme a la mar y esa inclinación me enfrentó con tal fuerza contra el deseo de mi padre o, mejor dicho, contra sus órdenes, y contra las súplicas y argumentos de mi madre y de mis amigos, que algo fatal parecía haber en aquella propensión de la naturaleza que apuntaba directamente hacia la vida desgraciada que al fin habría de acaecerme.

Mi padre, un hombre sabio y solemne, me dio un consejo serio y excelente en contra de las intenciones que adivinaba en mí. Una mañana me convocó a su habitación, donde la gota lo mantenía confinado, y objetó muy animosamente al respecto: me preguntó qué razones tenía, más allá de una mera inclinación al vagabundeo, para abandonar la casa paterna y mi tierra de nacimiento, donde podía darme a conocer y donde, con aplicación y trabajo, tenía perspectivas de labrarme un destino, con una vida llena de facilidades y placeres. Me dijo que eran los dueños de destinos desesperados, o bien aquellos que aspiraban a

Aristófanes



Lisístrata

textos.info
biblioteca digital abierta

Lisístrata

LISÍSTRATA (*Sola*):

¡Ah!, si se las hubiese citado a una fiesta de Baco, o de Pan, o de Venus Colíade o Genetílide, la multitud de tambores no permitiría transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE:

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena tu frente, hija mía; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA:

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

CALÓNICE:

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA:

Y cuando se las dice que acudan a este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE:

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta a su esclavo; otra acuesta a su hijo; aquella le lava o le da de comer.

LISÍSTRATA:

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE:

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA:

Es grande.

CALÓNICE

:

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA:

Es gruesa.

CALÓNICE:

¿Pues cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA:

No es lo que te figuras, pues de serlo ni una hubiera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE:

Precisamente habrá de ser muy sutil para darlo vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA:

Tan sutil que la salvación de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE:

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA:

En nosotras está, o el salvar la república, o el destruir completamente a los peloponesios...

CALÓNICE:

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA:

Y aniquilar a todos los beocios.

CALÓNICE:

A todos no; perdona siquiera a las anguilas.

LISÍSTRATA:

A Atenas no la desearé semejante cosa; pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar a Grecia.

CALÓNICE:

¿Pero acaso las mujeres pueden llevar a cabo empresa alguna ilustre y

sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas, y calzadas con elegantes peribárides.

LISÍSTRATA:

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas de salvación; en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE:

¿Cómo?

LISÍSTRATA:

De suerte que ninguno de los hombres de hoy día levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE:

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA:

Ni embrazaré el escudo...

CALÓNICE:

Me pondré una cimbérica.

LISÍSTRATA:

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE:

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA:

¿Pero no debían ya estar aquí todas las mujeres?

CALÓNICE:

Volando debían de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA:

¡Ay, amiga mía! Has de ver que llegan demasiado tarde, como verdaderas atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE:

Pues de esas ya sé que se han embarcado muy de madrugada.

LISÍSTRATA:

Tampoco vienen las acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarían aquí las primeras.

CALÓNICE:

Pues la mujer de Teógenes, sin duda pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas; y otras, y otras. ¡Toma, toma! ¿De dónde son?

LISÍSTRATA:

De Anagiro.

CALÓNICE:

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

MIRRINA:

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué no respondes?

LISÍSTRATA:

No he de elogiar, Mirrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MIRRINA:

¡Si me vi y me deseé para hallar mi ceñidor a oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

LISÍSTRATA:

No, esperemos un poco a que lleguen las mujeres beocias y peloponesias.

MIRRINA:

Tienes razón: mira, ahí viene Lámpito.

LISÍSTRATA:

Salud, Lámpito, mi querida lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! Podrías estrangular un toro.

LÁMPITO:

Ya lo creo, por los Dióscuros; como que hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas.

LISÍSTRATA:

¡Oh qué turgente seno!

LÁMPITO:

Me estáis tanteando como a las víctimas.

LISÍSTRATA:

¿De dónde es esa otra joven?

LÁMPITO:

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

LISÍSTRATA:

¡Por Júpiter, mi querida beocia! Pareces un florido jardín.

CALÓNICE:

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo.

LISÍSTRATA:

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO:

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto.

LISÍSTRATA:

Comprendo, será buena como todas las de allí.

LÁMPITO:

¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA:

Yo misma.

LÁMPITO:

Pues dinos lo que deseas.

LISÍSTRATA:

Sí por cierto, queridísima amiga.

MIRRINA:

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA:

Voy a decíroslo; pero antes permitidme una sola pregunta.

MIRRINA:

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA:

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen lejos de vosotras en el ejército? Pues demasiado sé que todas tenéis los maridos ausentes.

CALÓNICE:

El mío, ¡pobrecillo!, hace ya cinco meses que está en Tracia vigilando a Éucrates.

LISÍSTRATA:

Siete hace que está el mío en Pilos.

LÁMPITO:

El mío, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA:

¡No queda un amante para un remedio, y con la defección de los milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin a la guerra, ¿querríais secundarme?

MIRRINA:

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo día.

CALÓNICE:

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma.

LÁMPITO:

Yo subiría a la cumbre del Taigeto, si allí hubiese de ver a la Paz.

LISÍSTRATA:

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. Oh mujeres, si queremos obligar a los hombres a hacer la paz, es preciso abstenernos...

MIRRINA:

¿De qué? Habla.

LISÍSTRATA:

¿Lo haréis?

MIRRINA:

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISÍSTRATA:

Es preciso abstenernos de los hombres... ¿Por qué me volvéis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿Por qué os mordéis los labios y meneáis la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿lo haréis o no lo haréis?

MIRRINA:

Yo no puedo, que siga la guerra.

CALÓNICE:

Yo tampoco, que siga la guerra.

LISÍSTRATA:

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿Tú que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE:

Sí, todo menos eso. Mándame si quieres andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata, semejante abstinencia... ¡Eso a nada puede compararse!

LISÍSTRATA:

¿Y tú?

MIRRINA:

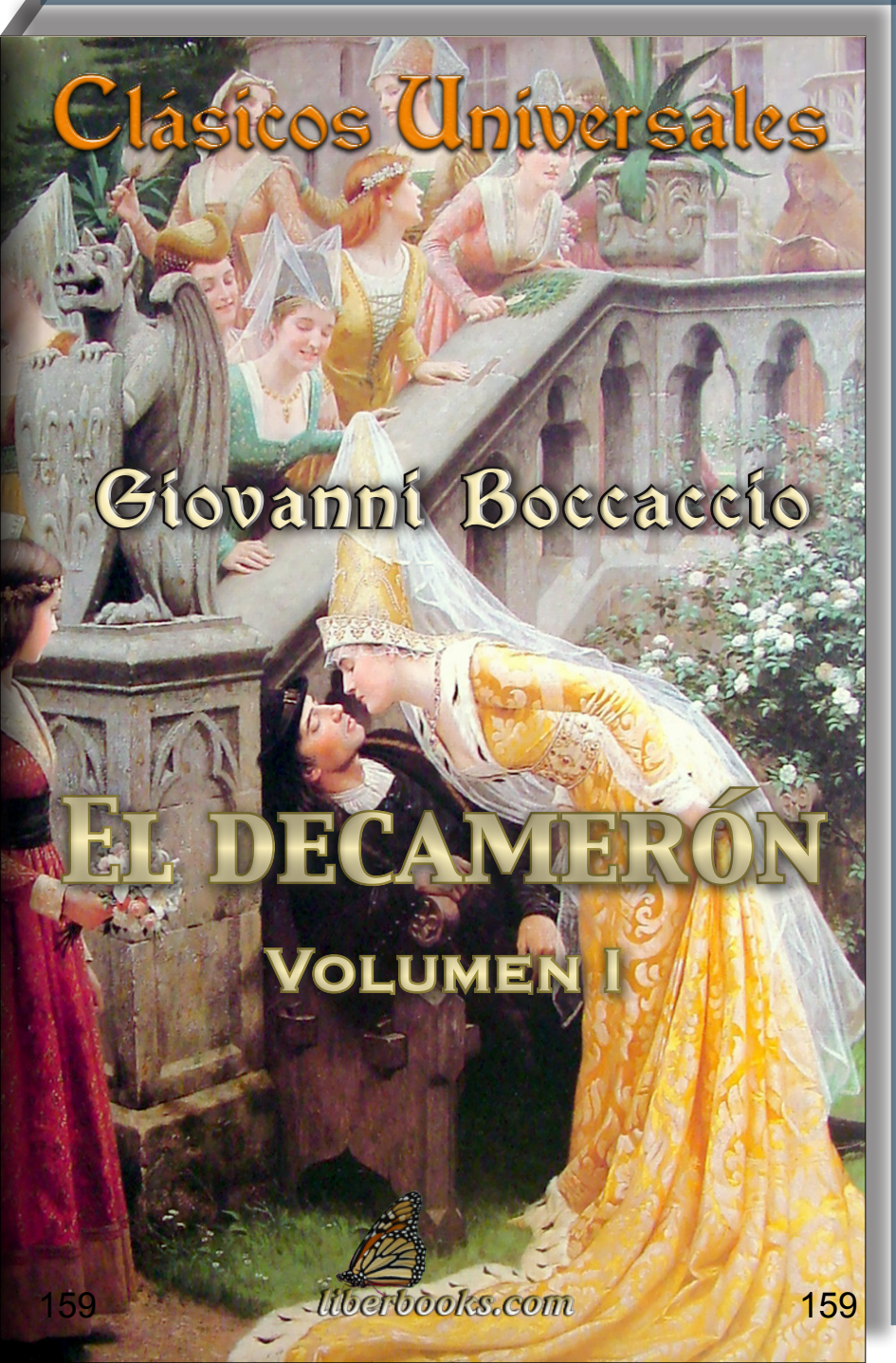
También yo prefiero andar entre llamas.

LISÍSTRATA:

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luego nos admiraremos de ser maltratadas en las tragedias! Solo servimos para el amor. Pero, querida lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, aún podremos salvarlo todo.

LÁMPITO:

Muy triste es a la verdad dormir sin compañía, pero no hay más remedio; es preciso conseguir la paz a todo trance.



Clásicos Universales

Giovanni Boccaccio

EL DECAMERÓN

VOLUMEN I



liberbooks.com

JORNADA PRIMERA

Comienza aquí la primera jornada del Decamerón, en la que, después de exponer el autor el motivo por el cual las personas que se enumeran se reunieron para razonar conjuntamente, se habla, bajo el reinado de Pampinea, de lo que más agrada a cada una.

Cuantas veces, graciosísimas señoras, pienso que todas vosotras sois piadosas por naturaleza, otras tantas comprendo que la presente obra tendrá, a vuestro juicio, un pesaroso y enojoso comienzo, como es la recordación de la pestilente mortandad pasada, universalmente dolorosa para los que la vieron o conocieron, y que llevo en la memoria por lo perniciosa y deplorable. Pero no quiero que por eso os asustéis antes de leerlo, como si siempre hubierais de discurrir, al leerme, entre suspiros y lágrimas.

Este horrible principio no será sino como para los caminantes una montaña árida y agreste, más allá de la cual se extiende un delicioso llano, tanto más agradable cuanto mayor fuera la fatiga de la subida y el descenso. Y así como al exceso de alegría sigue el dolor, así tam-

bién las miserias, al sobrevenir el regocijo, desaparecen. A esta breve tristeza (digo breve porque se contiene en pocas líneas) seguirán prestamente la dulzura y el placer, lo que os prometo de antemano, para evitar que si no os lo digo, no las esperéis. En verdad que si yo hubiera podido honestamente llevaros a lo que deseo por otro sendero menos áspero que éste, de buen grado lo hubiera hecho; pero como en él fue razón de que surgieran las cosas que se leerán, y no se podían exponer sin esta aclaración, casi por necesidad me veo obligado a escribir lo que escribo.

Y digo, pues, que los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios habían llegado a mil trescientos cuarenta y ocho, cuando en la egregia ciudad de Florencia, espléndida entre todas las de Italia, sobrevino la mortífera peste. La cual, por obra de cuerpos celestes o por nuestros inicuos actos, la justa ira de Dios envió sobre los mortales, y fue originada unos años atrás en las partes de Oriente, donde arrebató una innumerable cantidad de vidas, y desde allí, sin detenerse, prosiguió devastadora hacia el Occidente, extendiéndose pavorosamente.

No valía entonces ninguna previsión ni providencia humana, como limpiar la ciudad por operarios nombrados para tal caso, ni prohibir que algún enfermo entrara en la población, ni dar muchos consejos para conservar la salud, ni hacer, no uno, sino muchos actos píos invocando a Dios, en procesiones ordenadas y de otras maneras, por las personas devotas.

En todo caso, al iniciarse la primavera del año anterior, comenzó la peste sus horribles efectos, apareciendo de una manera casi milagrosa. Pero no ocurría como en Oriente, donde el verter sangre de la nariz era signo de muerte

inmediata, sino que aquí, al empezar la enfermedad, salíanles a las hembras y a los varones unas hinchazones en las ingles y los sobacos que a veces alcanzaban el tamaño de una manzana común, o bien como un huevo, unas más mayores que otras. Vulgarmente se las denominaba bubas. Las mortíferas inflamaciones iban surgiendo por todas partes del cuerpo en poco tiempo, y seguidamente se convertían en manchas negras o lívidas que surgían en brazos, piernas y demás partes del cuerpo, grandes y diseminadas, o apretadas y pequeñas. Y así como el bubón primitivo era signo, y aún lo es, de muerte inmediata, también éranlo esas manchas. Para curar tal enfermedad no parecían servir el consejo de los médicos ni el mérito de medicina alguna, ya porque la naturaleza del mal no lo consentía, o bien, a causa de la ignorancia de los médicos (cuyo número, aparte del de los hombres de ciencia, habíase hecho grandísimo, entre hombres y mujeres carentes de todo conocimiento de Medicina), haciendo que escapase el origen del daño y el modo de tratarlo. Y así, no sólo eran raros los que se curaban, sino que casi todos, al tercer día de la aparición de los antedichos signos, cuando no antes o algo después, morían sin fiebre alguna ni otro accidente.

Esta peste cobró una gran fuerza; los enfermos la transmitían a los sanos al relacionarse con ellos, como ocurre con el fuego a las ramas secas, cuando se les acerca mucho. Y el mal siguió aumentando hasta el extremo de que no sólo el hablar o tratar con los enfermos contagiaba enfermedad a los sanos, y generalmente muerte, sino que el contacto con las ropas, o con cualquier objeto sobado o manipulado por los enfermos, transmitía la dolencia al sano.

Maravilloso sería creer lo que afirmo, si los ojos de muchos, y los míos propios, no lo hubieran visto, de manera que yo no osaría creerlo, y menos escribirlo, si mucha gente digna de fe no lo hubiese visto u oído.

INTRODUCCIÓN

Y digo que tan fuerte y poderosa fue la peste narrada, que no solamente pasaba de una persona a otra, sino que las cosas del enfermo o muerto de la dolencia que eran tocadas por animales ajenos a la especie humana, les contagiaba y aun les hacía morir en espacio brevísimo. Por mis propios ojos (como antes dije) presencié, entre otras cosas, esta experiencia un día: yacían en la vía pública los harapos de un pobre hombre muerto hacía un rato, y dos puercos, acercándose, oliéronlos y los asieron con los dientes, según su costumbre; a poco, tras algunas convulsiones, como si hubieran tomado veneno, ambos cayeron muertos sobre los mal compuestos andrajos.

Estas cosas, y otras parecidas o peores, produjeron mucho miedo e imaginaciones entre los que conservaban la vida. Casi todos tendían a un único fin: apartarse y huir de los enfermos y de sus cosas; obrando de esta manera creían mantener la vida. Algunos pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo ayudaba a resistir tan grave calamidad, y así, reuniéndose en grupos, vivían alejados de los demás, recogiendo en sus casas, recluyéndose en los sitios donde no había ningún enfermo, y disfrutando de la música y otros sensatos placeres que tenían a la mano. Otros, de parecer contrario, pensaban

que gozar, beber mucho y vivir solazándose, satisfaciendo todos los apetitos que tenían a su alcance, riendo y mofándose, era la medicina precisa contra el mal. Y lo que pensaban, poníanlo en práctica según sus medios; se pasaban el día y la noche de taberna en taberna, bebiendo sin parar y excediéndose en todo lo que les agradaba. A esto podían entregarse con ligereza, ya que todos (como si no fueran a seguir viviendo) habían dejado sus negocios en el abandono, y la mayoría de las casas eran del dominio común, utilizándolas los extraños como si fueran los propios dueños. Y con esta extraña conducta, siempre se apartaban de los enfermos.

En nuestra ciudad había tanta aflicción y miseria, que la suprema autoridad de las leyes, tanto divinas como humanas, decayó y desapareció totalmente, porque los ministros y ejecutores de ellas, como los demás hombres, habían muerto o enfermado; o bien alejaronse de tal modo con sus familias, que no podían cumplir oficio alguno, por lo que resultaba lícito ejecutar lo que antojara a cada uno. Había un término medio de gentes que no se recluirían en sus viviendas, como los primeros, ni tampoco hacían excesos de bebida y otros placeres, como los segundos, sino que, por el contrario, usaban según su apetito de los placeres en cantidad suficiente, y no apartándose, sino andando con flores en las manos y con hierbas aromáticas y con diversas clases de especias. Olían de vez en cuando estas cosas, pensando que era bueno aromatizar el cerebro con tales perfumes, a fin de combatir el aire, fétido y maloliente por los cadáveres, la enfermedad y los medicamentos. Otros tenían más crueles sentimientos (como si ello fuera más seguro), y decían que no había

mejor medicina contra el mal que evadirse de él. Y con este argumento, sin pensar en nada ajeno a ellos, bastantes hombres y mujeres salieron de su propia ciudad, abandonando sus casas, sus parientes y sus enseres, para buscar en campos ajenos, o propios, el medio donde la ira de Dios, al castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste, no alcanzara, sino que solamente oprimiera a los que permanecían dentro de los muros de la ciudad, como si ninguna persona debiera permanecer en ella por temor a que le llegara su última hora.

Y puesto que los que opinaban tan disparatadamente no todos morían, ni tampoco se salvaban todos, sino que, enfermando muchos en diversos lugares, ellos, que habían sido ejemplo mientras estaban sanos, eran también abandonados y morían en solitario. De más está decir que cada ciudadano rechazaba al otro, y que casi ningún vecino se preocupaba de los demás, y que la propia familia no se visitaba, por lo menos asiduamente. Esto era resultado del espanto producido por aquella enfermedad; el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano, y a menudo la mujer al marido; y (lo que es más grave, y casi increíble) los padres y las madres procuraban no visitar ni atender a los hijos, como si no fuesen suyos. Por todo esto, siendo incalculable la multitud de hombres y mujeres que enfermaban, no tenían más remedio que recurrir a la caridad de los amigos (de los que había pocos) o a la avaricia de los sirvientes, los cuales exigían grandes salarios y ventajosas condiciones. Con todo no había muchos, y los que había eran hombres y mujeres de rudo entendimiento y no acostumbrados a tales menesteres. Generalmente sus servicios consistían en entregar

a los enfermos lo que les pedían, o en asistir a su muerte; algunas veces, ocupados en tal faena, en lugar de ganar, perdían. Y al ser abandonados los enfermos por sus vecinos, parientes y amigos, y al haber escasez de sirvientes, ocurrió el hecho casi inaudito de que, cuando una mujer, por gallarda, bella o gentil que fuese, enfermaba, no se recataba, al tomar a su servicio un hombre, joven o no, de mostrarle sin ningún pudor ciertas partes de su cuerpo, como lo hubiera hecho con otra mujer, si la necesidad de su mal se lo exigía. Tal hecho, entre las que curaron, contribuyó a que fueran menos honestas posteriormente.

Aparte de esto, siguió la muerte de muchos que se hubieran salvado de ser atendidos, por lo que, entre la escasez de servicios que padecían los enfermos, más la fuerza de la peste, en la ciudad aumentaba el número de muertos hasta el punto que asombraba oírlo decir, y más presenciarlo. De tal manera, casi forzosamente, surgió entre los ciudadanos que permanecían vivos hábitos contrarios a sus anteriores costumbres.

Era de rigor, como ocurre hoy, que las mujeres, parientas y vecinas, se reunieran en la casa de un difunto con las allegadas del mismo, mientras delante de la casa mortuoria se juntaban los vecinos y numerosos ciudadanos con los deudos del finado. Seguidamente venían los clérigos, según el rango del muerto, que llevado a hombros, con funeral de pompa y cánticos, era conducido a la iglesia elegida por él mismo antes de morir. Estas cosas, al empezar a crecer el rigor de la peste, cesaron del todo o en su mayor parte, ocurriendo otras nuevas. Ahora no solamente morían los hombres sin estar rodeados de mujeres, sino que morían sin testigos, siendo muy escasos los

que podían gozar de piadosas lamentaciones y amargos llantos. Por el contrario, los sobrevivientes se entregaban a risas y bromas y diversas algaradas, costumbre que muchas de las mujeres, abandonando Su femenina devoción, aprendieron a la perfección, en favor de su salud. Apenas había cadáveres que fueran conducidos a la iglesia con más de diez o doce acompañantes; no se trataba ya de apreciados e ilustres ciudadanos, sino de una especie de desaprensivos de baja ralea, que se hacían llamar faquines, los cuales se buscaban entre la gente vil. Eran pagados por sus servicios, que consistían en transportar el ataúd, que con pasos presurosos era conducido, no a la iglesia que el difunto hubiese dispuesto en vida, sino generalmente a la más cercana; detrás llevaban, con pocas velas y a veces ninguna, cuatro o seis clérigos, que, con ayuda de estos faquines, y sin molestarse en exequias largas y solemnes, mandaban colocar el féretro en la sepultura vacía que encontraban más a mano. La gente modesta, y mucha de clase media, sufría mayor miseria, porque la mayoría, retenidas en sus casas por la esperanza o la pobreza, y sin salir de sus vecindades, enfermaban a millares a diario; y al no ser atendidos ni servidos en cosa alguna, morían irremediabilmente. Muchos finaban de noche o de día, en plena calle, y otros muchos, aunque pereciesen en sus casas, lo notificaban a sus vecinos con el hedor de sus cuerpos corruptos. Había abundancia de éstos y de los otros.

Muchos de los vecinos tomaron una costumbre, más por el temor de que la corrupción de los muertos les perjudicara, que por caridad hacia los difuntos. Esta costumbre consistía en que ellos y algunos de los portadores sacaban de sus casas los cuerpos de los fallecidos, colocándolos

ante el umbral de sus puertas, donde generalmente por la mañana podían verse en gran número por los que pasaban por allí. Luego hacían venir ataúdes, y por ser tan excesivo el número de muertos, debían colocarlos sobre una tabla. Además, no era raro que en un solo ataúd juntaran dos o tres muertos a la vez. A veces una misma caja sirvió para la mujer y el marido, o para dos o tres hijos, o bien para el padre y el hijo. Los sacerdotes se encontraban con que dentro de un entierro, se les añadían dos o tres ataúdes llevados por faquines, y creyendo acompañar a un solo muerto, lo hacían para siete u ocho, o tal vez más. No eran honrados con lágrimas, cirios ni compañía, debido a la magnitud del acontecimiento, y lo mismo se cuidaban de la gente que moría, que se cuidarían de una cabra. Quedó de manifiesto que si el curso natural de las cosas no había podido, con los raros males, demostrar a los doctos la necesidad de desplegar gran paciencia, en cambio se consiguió cambiar a los más simples, transformándolos con la magnitud de los males sufridos, en más ocurrentes y despreocupados. A la vista de la cantidad de cadáveres que día a día y casi hora a hora eran trasladados, no bastando la tierra santa para enterrarlos, ni menos para darles lugares propios, según la antigua costumbre, debían aquéllos colocarse en el cementerio de los templos, que estaban llenos de fosas grandísimas donde colocaban a centenares de los recién llegados,, tirándolos como mercancías, muy juntos y con poca tierra encima, hasta llegar a la superficie.

Y para no entrar en más particularidades sobre estas miserias acaecidas en nuestra ciudad, digo que, transcurriendo en ella tan infames tiempos, no por eso se libró la

campiña colindante, en la que, dejando aparte los castillos, semejantes dentro de su pequeñez a la ciudad, en los pueblecitos y tierras dispersas, los míseros y pobres labradores, juntamente con sus familias, carecían de servicio médico alguno y de la ayuda de los servidores, y morían de día y de noche indistintamente, en las casas, caminos y predios, más como bestias que como hombres. Por tal motivo se convirtieron, como los ciudadanos, en cínicos y despreocupados de sus haberes, no ocupándose de ninguna cosa. Todos, de este modo, parecía que se cuidaban sólo de aguardar la llegada de la muerte, desentendiéndose de los futuros frutos de los ganados y de la tierra, y de sus pasados sudores, esforzándose únicamente en consumir lo que tenían a mano. Esto originó que los bueyes, asnos, ovejas, cabras, puercos, gallinas, y hasta los perros, siempre fidelísimos a los hombres, viéndose expulsados de las viviendas, anduviesen vagando por los campos, donde crecían las mieses sin ser segadas. Y muchas bestias, como si fueran racionales, después de pacer a su gusto durante el día, regresaban por la noche a sus casas, sin ningún pastor que las guiase. Sin más que decir (dejando la campiña y volviendo a la ciudad), sino que fue tanta y tan grande la crueldad del cielo, y quizá la de los hombres, que desde marzo a julio siguiente, a causa del poder de la pestilencia eran muchos los enfermos necesitados y, a la vez, abandonados, por el miedo de los sanos. Créese que alrededor de unos cien mil seres humanos perecieron dentro de los muros de la ciudad de Florencia, en donde antes de la mortandad no se creía que hubiese tantos moradores. ¡Oh, qué de grandes palacios, cuántas hermosas casas, cuántas nobles mansiones, antes pletóricas de familias,

de señores y de damas, quedaron vacíos hasta el último de sus sirvientes! ¡Y qué de memorables alcurnias, qué inmensas herencias, cuántas riquezas famosas quedaron sin su legítimo heredero! ¡Cuántos hombres valerosos, y bellas mujeres, y bizarros jóvenes que Galeno, Hipócrates y Esculapio hubiesen juzgado rebosantes de su salud, desayunaron por la mañana con sus familiares y amigos, para a la noche siguiente cenar con sus antepasados!

A mí mismo me repugna narrar tantas calamidades, por lo que dejando de lado aquella parte que sin escrúpulos puedo dejar, diré que hallándose en esta situación la ciudad, medio despoblada, ocurrió como por persona digna de fe pude averiguar, que un martes por la mañana, en la venerable iglesia de Santa María la Nueva, casi vacía, se encontraron después de oír los divinos oficios, con las ropas de luto que las circunstancias imponían, siete mujeres jóvenes conocidas y amigas. Ninguna tenía más de veinticinco años y menos de dieciocho, siendo todas ellas discretas, de sangre noble, bellas formas, decorosas costumbres y honradamente vivaces. Yo diría sus nombres si una justificada razón no me lo impidiera. La razón es la siguiente: que por explicar y escuchar las cosas que luego siguen, pudiera alguna de esas damas avergonzarse en lo futuro, ya que hoy las leyes restringen los placeres un tanto más que antes, cuando, por los motivos y causas ya especificados, había mucha licencia, no sólo para la edad de las referidas jóvenes, sino en otras más maduras. Tampoco quiero dar materia a los envidiosos, dispuestos siempre a mancillar toda vida loable, ni disminuir en nada la honestidad de tan meritorias mujeres, con necias habladurías. Y por esta razón, y para que lo que cada uno dijo

se pueda comprender sin confusión, me propongo darles nombres apropiados, en todo o en parte, a sus calidades respectivas. A la primera y de más edad la llamaremos Pampinea; a la segunda, Fiammetta; a la tercera, Filomena; a la cuarta, Emilia; a la quinta, Laurita; a la sexta, Neifile, y a la última, no sin motivos, Elisa. Las cuales, no impelidas por previa determinación, sino hallándose casualmente en la iglesia, formando corro, después de muchos suspiros, dejaron sus padrenuestros y empezaron a hablar sobre los tiempos que corrían y sobre otras cosas; pasado un momento, y viendo que las demás callaban, Pampinea comenzó a hablar así:

—Vosotras, queridas mías, habréis podido oír, como yo, que a nadie ofende quien honradamente usa de su razón. Natural razón es que cada uno que nace intente defender y conservar su vida en cuanto puedan sus fuerzas. Ha de admitirse esto hasta el punto de que a veces, por defenderla, se han causado muertes de hombres sin ninguna intención. Si las leyes autorizan esto, cuyo cumplimiento lleva consigo el bienestar de los hombres, resultará más honrado que nosotras y cualquier otra, sin ofender a nadie, pongamos los remedios que podamos para conservar nuestra existencia. Haciendo un examen de nuestra conducta de esta mañana y de otras mañanas, y analizando nuestros pensamientos, llego a la conclusión, cosa que haréis cada una de vosotras, de que hemos de preocuparnos de nuestra propia vida. No me maravillo de ello, pero sí lo hago de que, si es que nuestros sentimientos son femeninos, no intentemos hallar salida para lo que a cada una amedrenta. Opino que nuestra permanencia en este lugar se prolonga hasta el extremo que parecemos cuidar

los cadáveres sepultados, o bien atender a los frailes, cuyo número es ya reducido y necesitan cooperación, o mostrar a cualquiera que venga, por medio de nuestros ropajes, la calidad y cantidad de nuestras miserias. Si, por el contrario, salimos de aquí, por todas partes hallamos la visión de enfermos y cadáveres; encontramos a los que por sus delitos la autoridad condenó al destierro, pero que han escarnecido a sus ejecutores por estar éstos ya muertos o enfermos, y que recorren el país con ímpetu avasallador. Encontramos también a la vez de nuestra ciudad, que con el nombre de faquines se alimenta de nuestra sangre, y despreciándonos, lo invade y mancilla todo, criticando nuestros males con deshonestas canciones. Solamente se oye decir «éste ha muerto», o «aquél está expirando», y más dolorosos llantos escucharíamos si hubiera quien los vertiera. Al regresar a nuestras casas, ignoro si a vosotras os ocurre lo que a mí; no encontramos en ella, de una numerosa familia, más que a una criada. Esto me produce pavor y se me erizan los cabellos, y al permanecer en mi morada, me parece encontrar las sombras de los que han muerto ya, con rostros horribles que no sé de dónde les vinieron, pero que no son los suyos y me aterran. Por todo ello, me encuentro mal en todas partes, aquí y fuera, y mucho más ahora; por lo que me parece que, aparte de nosotras, ninguna cuyo corazón late, y que puede moverse, permanece aquí. He visto y notado muchas veces, si no todas, que la demás gente, al no distinguir entre lo bueno y lo malo, solos y acompañados, de día y de noche, a la sola llamada de sus apetitos, hacen cuanto se les antoja. Me refiero también a las personas recluidas en los monasterios, quienes creen que les conviene lo que prac-

SAFO / POEMAS

Traducción y Notas: ELENA GALLARDO
(Universidad de Valencia)

BREVE INTRODUCCIÓN A SAFO

En el s. VI a.C. surge una figura señera en la literatura griega y de todos los tiempos: Safo. Confluyen en ella circunstancias que, desde la Antigüedad, la han hecho objeto de interés, unas veces par admirarla, otras, en cambio, para censurarla: Safo es, en primer lugar, una mujer, a la que rodea, además, el halo inquietante de su vida privada, pero destaca, por encima de todo, la hermosura y sensibilidad de su poesía.

Nace Safo en la isla de Lesbos, en fecha y lugar que se discuten. Su obra nos la sitúa en Mitilene, en donde habita, rodeada siempre de un grupo de muchachas, la que ella misma denomina "casa de las Musas". Fuera ésta una especie de pensión o internado en el que se educaba a nobles jóvenes, fuera un tíaso de mujeres dedicadas al culto de Afrodita, lo cierto es que sus propios poemas atestiguan la existencia de otros círculos de mujeres semejantes al suyo, que se han comparado con los frecuentes círculos de filósofos o poetas varones. Aquí compone su obra Safo, en medio de un ambiente lujoso, delicado, cuyos perfumes, colores y riquezas impregnan cada poema.

Frente a la injusta situación de inferioridad y aislamiento a que estaba sometida, en términos generales, la mujer helénica, Safo es una mujer culta - admirada incluso por poetas varones contemporáneos- e independiente.

Su obra es el reflejo de sus sentimientos más íntimos: escribe siempre de amor. Ningun comentario especial habría merecido este punto a lo largo de la historia si no fuera porque el amor que Safo siente y canta va dirigido a las muchachas con las que convive, un amor *glikíprikon* 'agridulce', *λυσμελής* 'que desata los miembros'. Sensualidad, pasión, despedida, celos, añoranza, reproches, recuerdos ... amor, siempre amor.

A la frescura y sensibilidad de sus poemas se une, además, la combinación perfecta de las formas tradicionales de la lírica griega con sus aportaciones personales (entre otras, Safo emplea una estrofa métrica que lleva su nombre). Todo ello hace de su lírica una poesía nueva.

1^a ρανοθενκατιου[
 1 δευρυμμεκρητας.π[
 ναυγοναγνον οπη[
 χαριενμεναλcos μαλι[
 ωμοιδεμθυμιαμενοι[
 5 ανωτω εντυδωρψυχρο[
 λατιδιδυςχωνμαλιαν [
 βροτοιcosτεπεcoχωροςκιςκι[
 αcταιθυccομεκωνδεφυλλων[
 κωμακαταγριον ενδελειμων[
 10 ιπποβοτοcτεθαλετωτ...ιριν[
 νοικανθεcιναιαιηταιμελλι[
 χαπνεριcιν ενθαδηςcυc.εμ[
 ελοιcακυπριχρυccαιcενκυ [
 λικεccινακρωc...μει[
 15 χμενονθαλιαιcον [
 ..κ...ρωνοχοαιcον[



Ven aquí, a mí, desde Creta, a este sagrado
templo, donde te espera un delicioso recinto sagrado
de manzanos, y altares perfumados
con incienso.

Y en él el agua fresca resuena a través de las ramas
de los manzanos, todo el lugar está cubierto
con las sombras de los rosales, y el sueño se desliza
entre las hojas temblorosas.

Y en él un prado en el que pacen caballos está cubierto
de flores primaverales, y los vientos
soplan dulcemente...

...
Y aquí, tú, Cipris, tomando las ínfulas,
vierte en doradas copas
el néctar delicadamente mezclado
en los festines.¹

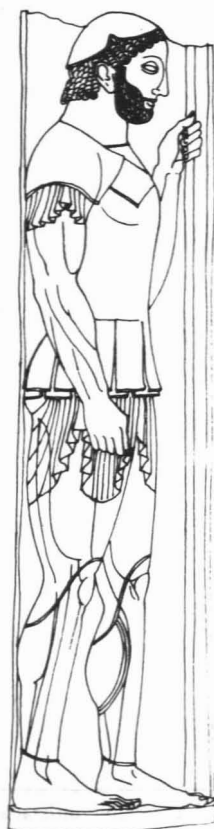


¹ La edición utilizada para este trabajo ha sido la recopilación de E. LOBEL y D. PAGE, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1955.

col. i οἱ μὲν ἱππῶν στρότον οἱ δὲ πέσδων
οἱ δὲ νάων φαῖς' ἐπ[ι] γὰν μέλαι[ν]αν
ἔμμεναι κάλλιτον, ἔγω δὲ κῆν' ὅτ-
4 τω τις ἔραται·
—]
πᾶ]γχν δ' εὐμαρες cύνετον πόησαι
π]άντι τ[ο]ῦτ', ἃ γὰρ πόλυ περσκέθριζα
κᾶλλος [ἀνθ]ρώπων Ἑλένα [τὸ]ν ἄνδρα
8 τὸν [] στον
—]
καλλ[ίποι]ς' ἔβα 'c Τροῖαν πλέοι[ca]
κωυδ[ἐ] πα]ίδος οὐδὲ φίλων το[κ]ήων
πᾶ]μπαν] ἐμνάσθη, ἀλλὰ παράγαγ' αὐταν
12 —]σαν
—]αμπτον γὰρ []
]...κούφως τ[]ση[.]ν
..]με νῦν Ἀνακτορί[ac δ]νέμναι-
16 c' οὐ] παραιοίcas,
τᾶ]c (κ)ε βολλοίμαν ἔρατόν τε βᾶμα
κάμάρυγμα λάμπρον ἴδην προσώπω
ἦ τὰ Λύδων ἄρματα †κανοπλοισι
20 — μ]άχεντας.
—]μεν οὐ δύνατον γένεσθαι
—]ν ἀνθρωπ[...π]εδέχην δ' ἄραςθαι

col. ii []
24 []
[]
[]
[]
28 π[ρο]c[]
ῶcδ[]
..]. []
..]. []ωλ[]
32 τ' ἐξ ἀδοκή[τ]

μικροί



Unos dicen que un ejército de jinetes, otros que una tropa de soldados, otros que una escuadra de navíos es lo más hermoso sobre la negra tierra; en cambio, yo digo que aquel a quien uno ama.

Es absolutamente fácil hacer esto inteligible a cualquiera, pues la que mucho había contemplado la belleza de los hombres, Helena, tras abandonar a un hombre superior en todo, se fue a Troya navegando y ni de su hija ni de sus queridos padres en ningún momento se acordó, sino que la sedujo

....

....

....

... ahora me recuerda a Anaktoria¹ que no está presente.

Quisiera ver su paso gracioso y el brillante destello de su rostro antes que los carros de los lidios y los soldados que luchan con sus armas.



¹ Anaktoria de Mileto, una de las alumnas de Safo.

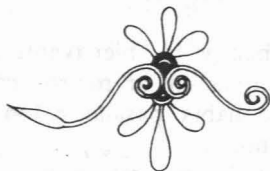
- πο]ικιλόθρο[ν' ἀθανάτ' Ἀφρόδιτα,
 παῖ] Δ[ί]ος δολ[ό]πλοκε, λίσσομαί σε,
 μή μ' ἄσαισι [μηδ' ὀνίαίσι δάμνα,
 4 πότν]ια, θύ[μ]ον,
 —
 ἀλλ]ὰ τυῖδ' ἔλ[θ', αἶ ποτα κατέρωτα
 τὰ]ς ἑμας αὐ[δας αἰοῖσα πῆλοι
 ἔκ]λυες, πάτρο[ς δὲ δόμον λίποῖσα
 8 χ]ρύσιον ἤλθ[ε]
 —
 ἄρ]μ' ὑπαδε[ύ]ξαισα· κάλοι δέ σ' ἄγον
 ὦ]κεες στρου[θοι περὶ γᾶς μελαίνας
 πύ]κνα δίν[υνεντες πτέρ' ἀπ' ὠράν]ωιθε-
 12 ρο]ς διὰ μέσσω·
 —
 αἶ]ψα δ' ἐξίκο[ντο· σὺ δ', ὦ μάκαιρα,
 μειδιαί[σαις] ἀθανάτῳ προσώπῳ
 ἦ]ρε' ὅττ[ι] δηῦτε πέπονθα κῶττι
 16 δη]ῦτε κ[ά]λῃ[μ]μι
 —
 κ]ῶττι [μοι μάλιστα θέλω γενεσθαι
 μ]αινόλαι [θύμῳ· τίνα δηῦτε πείθω
 .]. σάγην [ἐς σὰν φιλότατα ; τίς σ', ὦ
 20 Ψά]πφ', [ἀδικήει ;
 —
 κα]ὶ γ[ὰρ αἱ φεύγει, ταχέως διώξει,
 (αἱ δὲ δῶρα μὴ δέκετ', ἀλλὰ δώσει),
 (αἱ δὲ μὴ φίλει, ταχέως φιλήσει)
 24 (κωὺκ ἐθέλοῖσα.)
 —
 (ἔλθε μοι καὶ νῦν, χαλέπαν δὲ λῦσον)
 (ἐκ μερίμναν, ὅσα δέ μοι τέλεσσαι)
 (θῦμος ἱμέρρει, τέλεσον, σὺ δ' αὐτὰ)
 28 (σύμμαχος ἔσσω.)
 —

ἡφίστα

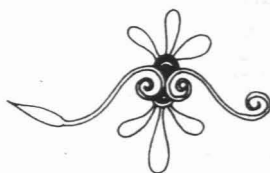


¡Oh, inmortal Afrodita, de cincelado trono,
astuta hija de Zeus!, te suplico:
no domes con aflicciones ni disgustos,
oh Señora, mi alma.
Al contrario, ven aquí si ya en otra ocasión
oyendo desde lejos mis palabras,
me escuchaste, y abandonando la áurea morada
de tu padre, viniste,
tras uncir un carro. Y te llevaron hermosos
gorriones rápidos en torno a la negra tierra,
agitando sus tupidas alas, desde el cielo,
a través del éter.
Y al instante llegaban y tú, bienaventurada,
tras dibujar una sonrisa en tu rostro inmortal,
preguntabas qué me había pasado entonces y por qué
de nuevo yo te llamo,
y qué deseo sobre todo que me ocurra
en mi alma enloquecida. "¿A quién de nuevo convierto
..... a tu amor?, ¿quién, Safo, te daña?.
Pues si te huye, rápido te perseguirá,
si regalos no acepta, los dará,
y si no ama, rápido amará,
aunque no quiera."
Ven a mí también ahora y líbrame
del pesado tormento, y cuanto mi alma
desea, cúmplemelo, hazlo, sé tú misma
mi aliada en la lucha.

φαίνεται μοι κῆνος ἵκος θέοισιν
 ἔμμεν' ὦνῆρ, ὅττις ἐνάντιός τοι
 ἰσδάνει καὶ πλάσιον ἄδν φωνεῖ-
 4 κας ὑπακούει
 καὶ γελαίcas ἰμέροεν, τό μ' ἦ μὰν
 καρδίαν ἐν στήθεσιν ἐπτόαιεν,
 ὥς γὰρ ἔς σ' ἴδω βρόχε' ὥς με φώναι-
 8 σ' οὐδ' ἐν ἔτ' εἴκει,
 ἀλλ' ἄκαν μὲν γλῶσσα †ἔαγε λέπτον
 δ' αὐτίκα χρωῖ πῦρ ὑπαδεδρόμηκεν,
 ὀππάτεσσι δ' οὐδ' ἐν ὄρημμ', ἐπιρρόμ-
 12 βεισι δ' ἄκουαι,
 †έκαδε μ' ἴδρως ψῦχος κακχέεται† τρόμος δὲ
 παῖσαν ἄγρει, χλωροτέρα δὲ ποίας
 ἔμμι, τεθνάκην δ' ὀλίγω 'πιδεύης
 16 φαίνομ' †αι
 ἀλλὰ πὰν τόλματον ἐπεὶ †καὶ πένητα†

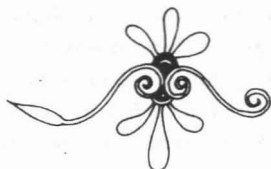


Ἔρος δ' ἐτίναξέ μοι
 φρένας, ὥς ἄνεμος κατ' ὄρος δρύσιν ἐμπέτων.

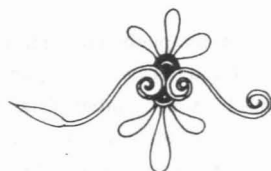


ἦλθες, †καὶ† ἐπόηcas, ἔγω δέ σ' ἐμαιόμαν,
 ὃν δ' ἔψυξας ἔμαν φρένα καιομέναν πόθωι.

Me parece semejante a los dioses aquel
que frente a tí
está sentado y te escucha cerca de tí,
que cantas dulcemente una historia
y ries amable; tu risa me
ha desgarrado el corazón en el pecho.
Pues cuando te miro a tí un instante, entonces me parece
que no puedo decir ni una palabra más,
sino que silenciosamente mi lengua se ha roto,
y de pronto un fuego sutil se ha extendido bajo mi piel,
no veo nada con mis ojos
y mis oídos zumban.
Un sudor frío me resbala hacia abajo y un estremecimiento
se apodera de todo mi cuerpo, y estoy más pálida
que la hierba, y me parece que me falta poco
par estar muerta.



Eros me sacudió el alma
como un viento que en la montaña sacude los árboles.



Llegaste, lo hiciste y yo te deseé ardientemente
y helaste mi corazón, encendido en deseo.

El
ASNO
de
ORO

APULEYO

Adaptado y editado por

PETER SINGER



El
ASNO
de
ORO
APULEYO



Adaptado y editado por
PETER SINGER

Ilustraciones de
ANNA Y VARVARA KENDEL

Traducción del latín de
ELLEN FINKELPEARL

Traducción del inglés de
JULIO HERMOSO

Ariel

Título original: *The Golden Ass*

Primera edición: abril de 2022

© 2021, Peter Singer
© 2022, Julio Hermoso, por la traducción

Publicado por acuerdo con The Robbins Office
Derechos internacionales gestionados por Susanna Lea Associates

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3525-4
Depósito legal: B. 4.808-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Un prefacio muy breve</i>	7
1. Tesalia, tierra de magia.	13
2. El perol donde se cuece el deseo	21
3. Un perfecto borrico	37
4. Por el camino con los ladrones	53
5. La doncella y el asno, juntos en el ajo	73
6. La diosa Fortuna y sus tormentos	83
7. Un trayecto peligroso	109
8. En el molino	121
9. La buena comida y otras delicias.	141
10. La diosa	159
<i>Epílogo.</i>	179
<i>El contexto literario y cultural de El asno de oro</i> <i>de Apuleyo</i>	183
<i>La relevancia ética de El asno de oro</i>	197
<i>Agradecimientos.</i>	219

1

Tesalia, tierra de magia



Escuchadme, porque mi seductora voz os va a susurrar al oído la historia de mis viajes por Grecia, con alguna pequeña incursión por Egipto. ¿Que quién soy yo? Un griego que vino a Roma y aprendió latín —que fue una tortura—, así que espero me disculpéis si resulto un orador un tanto burdo o incluso si suelto algún rebuzno. Semejante transformación lingüística es muy propia habida cuenta de la metamorfosis de mi cuento. Comenzaré, y prestad atención, porque os vais a entretener.

Iba yo a Tesalia por un asunto de negocios, aunque también con la esperanza de vivir la magia y la brujería por las que tan conocida es esta tierra. De allí es originario mi distinguido linaje por la parte de mi madre, del célebre Plutarco y de su sobrino Sexto, el filósofo. Pasé por montañas escarpadas y verdes valles, fértiles llanuras y tierras de labranza húmedas de rocío a lomos de un caballo blanco de la raza más pura de mi región, e incluso él iba ya bastante agotado a esas alturas, de modo que desmonté de un salto y continué a pie para darme un agradable paseo que me quitara de encima la fatiga de ir sentado. Le sequé el sudor de la frente a mi caballo, se la froté con primor, le acaricié las orejas, le di rienda suelta y lo llevé a una suave loma donde

pudiera liberarse de su cansancio con el alimento, natural reconstituyente para el estómago. Así desayunó el animal de aquí para allá, con la cabeza gacha y mordisqueando las praderas en su amblar a mi vera.

Tenía en mi poder una carta de presentación para un tal Milón de Hípata, así que, nada más llegar al primer mesón del camino, me acerqué a una vieja, la posadera, y le pregunté si aquel lugar era Hípata. Asintió la mujer, de manera que le pregunté:

—¿Conoces a un tal Milón, uno de sus ciudadanos más destacados?

La mujer se echó a reír y me dijo:

—Ya lo creo que es uno de los más «destacados», porque vive ahí mismo, ante las puertas de la ciudad.

—Bromas aparte, buena mujer —le dije—, ¿podrías decirme dónde para este hombre y cuál es su casa?

—Allá en la distancia, ¿ves aquellas ventanas que miran hacia la ciudad y, al otro lado, las puertas que dan al callejón cercano? Ahí es donde vive ese Milón al que buscas, un hombre de sobra acaudalado, más rico que ninguno, si bien famoso por su extrema tacañería y su triste miseria. Te esquilma con los elevados intereses de sus enormes préstamos y te exige oro y plata en depósito, pero vive encerrado en su casa tan precaria, obsesionado con esas monedas suyas que no hacen sino criar herrumbre, y con su esposa por compañía, la mujer que comparte su desdichada existencia. Además, no tiene más ayuda en la casa que una jovencita esclava, y el hombre siempre se pasea vestido como un mendigo.

Ahora me tocaba a mí echarme a reír.

—Mi buen amigo Demeas ya lo previó, no cabe duda, y se aseguró de mi bienestar durante el viaje al ponerme en



contacto con alguien así. ¡No habrá de preocuparme el humo ni el olor de las cocinas!

Y mientras decía yo esto, continué avanzando un poco más hasta llegar ante la entrada de la casa y empecé a llamar con estruendo a la puerta, firmemente apestillada. Por fin salió una muchacha encantadora, que me dijo:

—¡Oye, tú! Sí, tú que llamas a la puerta con tantas fuerzas, ¿con qué condición pretendes recibir un préstamo? ¿O acaso eres el único que no sabe que tan solo aceptamos oro y plata como fianza?

—Pues vaya, menudo comienzo tan poco propicio —le dije—. ¿Y no podrías decirme, sin más, si tu señor está en casa?

—Desde luego —respondió la joven—, pero ¿por qué quieres saberlo?

—Traigo para él una carta de Demeas de Corinto.

—Aguarda aquí mientras voy a anunciarte —me dijo, y desapareció en el interior tras volver a cerrar las puertas a cal y canto. Un instante después, regresó y me abrió la casa, diciendo—: Solicita tu presencia.

Entro y me lo encuentro reclinado en un banco de un tamaño minúsculo y lamentable, a punto de cenar, con su esposa sentada a sus pies. Había una mesa puesta —vacía— hacia la cual me señaló con un gesto, y anunció acto seguido:

—¡Bienvenido, y sírvete!

—Gracias —respondí, y de inmediato le entregué la carta de Demeas.

La leyó al vuelo.

—Qué agradecido estoy a mi amigo Demeas por enviarme a tan distinguido invitado.

Dicho aquello, indicó a su mujer que hiciera sitio y me ordenó que me sentara, pero, al verme vacilar de pura cortesía, me agarró del faldón de la túnica y rugió:

—¡Que te sientes! ¡Aquí! Tememos a los ladrones, así que no nos podemos permitir demasiadas sillas ni mobiliario adecuado, siquiera.

Me senté, pues, y él prosiguió:

—Con tu digno porte y tu excepcional belleza, además de ese pudor tan virginal, me bastaría para aventurar que perteneces a un linaje aristocrático, y no habría errado, pero ya lo afirma aquí mi amigo Demeas en su carta, así que te rogaré que no desdeñes las apreturas de nuestra pequeña techumbre. ¿Ves aquello? Esa habitación contigua te servirá de respetable retiro. Tu estancia con nosotros será agradable, engrandecerás nuestra casa con tu distinción, y si te contentas con nuestra humilde morada, tu disposición redundará en tu buena fama.

Y tras estas palabras, llamó a la joven esclava.

—¡Fotis! Toma el equipaje de nuestro invitado, ponlo a buen recaudo en aquella alcoba y, ya que estás, acércate al almacén y saca aceite para unas friegas, toallas para que se seque y todo lo demás que necesite. Rápido. Y acompaña a mi huésped a los baños más próximos: está cansado de un viaje largo y riguroso.

Al oír aquello me vino a la mente la tacañería de Milón, y quise congraciarme con él todavía más, de modo que lo interrumpí:

—No necesito nada de eso. Siempre viajo con todas esas cosas, y no me costará preguntar por los baños. En realidad, esto es lo que más me importa: Fotis, toma estas monedas y cómprale heno y cebada a mi caballo, que me ha traído hasta aquí con excelente brío.

Cuando todo aquello quedó hecho y mis cosas estuvieron guardadas en mi alcoba, me marché yo solo a los baños.

Después de mi baño, regresé a la casa de Milón y me retiré a mi dormitorio, donde me encontré a Fotis, la sirvienta.

—El anfitrión pregunta por ti —me dijo.

Habiendo sido ya partícipe de la frugalidad de Milón, me excusé con aire cordial y alegué tener la sensación de que las molestias de mis viajes no se habían de calmar co-

miendo, sino durmiendo. No obstante, cuando Milón se enteró de mi negativa, irrumpió él mismo en la alcoba, me agarró de la mano y comenzó a tirar de mí ligeramente. Por mucho que lo demorara y hasta cierto punto me resistiera, él insistía.

—¡No me marcharé hasta que vengas conmigo, por los dioses lo juro!

Y así, obedeciendo a su obstinación y en contra de mi voluntad, me vi arrastrado hasta ese minúsculo banco suyo, donde me hizo sentar.

—¿Cómo le va la vida a nuestro amigo Demeas? ¿Y a su mujer? ¿A sus hijos? ¿Qué me cuentas de sus esclavos?

Respondí a cada una de sus preguntas y, acto seguido, me interrogó muy meticuloso acerca de los motivos de mi viaje. Una vez le hube expuesto todo, largo y tendido, el hombre aún me hacía más preguntas: sobre mi propia ciudad, sus próceres e incluso el gobernador mismo en última instancia, investigando con una intensidad sin par. Por fin me permitió irme a la cama cuando se percató de que yo, somnoliento —tras un viaje tan duro sumado a la tensión adicional de toda aquella serie de relatos—, dejaba ya las frases a medias y farfullaba tartamudeos ininteligibles de puro cansancio. Y así fue como, por lo presente, escapé a la cena de hambruna y la escandalera de aquel viejo rancio y regresé a mi habitación, donde sucumbí al sueño que tanto anhelaba.



Franz Kafka



El artista del hambre



Texto tomado de *dominiopublico.es* y editado
por ciénaga

Noviembre de 2019



En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo. Antes era un buen negocio organizar grandes exhibiciones de este género como espectáculo independiente, cosa que hoy, en cambio, es imposible del todo. Eran otros los tiempos. Entonces, toda la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés a cada día de ayuno: todos querían verle siquiera una vez al día; en los últimos del ayuno no faltaba quien se estuviera días enteros sentado ante la pequeña jaula del ayunador; había, además, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto era realzado por medio de antorchas; en los días buenos, se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello solía no ser más que una broma en la que tomaban parte medio por moda, pero los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido, con camiseta oscura, de costillas salientes, que, desdeñando un asiento, permanecía tendido en la paja esparcida por el suelo, y saludaba, a ve-

ces, cortamente o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba, quizá, un brazo por entre los hierros para hacer notar su delgadez, volviendo después a sumirse en su propio interior, sin preocuparse de nadie ni de nada, ni siquiera de la marcha del reloj, para él tan importante, única pieza de mobiliario que se veía en su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados, y sólo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores que sin cesar se renovaban, había allí vigilantes permanentes, designados por el público (los cuales, y no deja de ser curioso, solían ser carniceros); siempre debían estar tres al mismo tiempo, y tenían la misión de observar día y noche al ayunador para evitar que, por cualquier recóndito método, pudiera tomar alimento. Pero esto era sólo una formalidad introducida para tranquilidad de las masas, pues los iniciados sabían muy bien que el ayunador, durante el tiempo del ayuno, bajo ninguna circunstancia, ni aun a la fuerza, tomaría la más mínima porción de alimento; el honor de su profesión se lo prohibía.

A la verdad, no todos los vigilantes eran capaces de comprender tal cosa; muchas veces había

grupos de vigilantes nocturnos que ejercían su vigilancia muy débilmente, se juntaban adrede en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la manifiesta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, a su modo de ver, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada atormentaba tanto al ayunador como tales vigilantes; le atribulaban; le hacían espantosamente difícil su ayuno. A veces, sobreponíase a su debilidad y cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia, mientras le quedaba aliento, para mostrar a aquellas gentes la injusticia de sus sospechas. Pero de poco le servía, porque entonces se admiraban de su habilidad que hasta permitía comer mientras cantaba.

Muy preferibles eran, para él, los vigilantes que se pegaban a las rejas, y que, no contentándose con la turbia iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada momento el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo que ponía a su disposición el empresario. La luz cruda no le molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar transpuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sola llena de una estrepitosa muchedumbre. Estaba siembre dispuesto a pasar toda la noche en vela con tales vigilantes;

estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida vagabunda y a oír, en cambio, las suyas, sólo para mantenerse despierto, para poder mostrarles de nuevo que no tenía en la jaula nada comestible y que soportaba el hambre como no podría hacerlo ninguno de ellos.

Pero cuando se sentía más dichoso era al llegar la mañana, y, por su cuenta, les era servido a los vigilantes un abundante desayuno, sobre el cual se arrojaban con el apetito de hombres robustos que han pasado una noche de trabajosa vigilia. Ciertamente que no faltaban gentes que quisieran ver en este desayuno un grosero soborno de los vigilantes, pero la cosa seguía haciéndose, y si se les preguntaba si querían tomar a su cargo, sin desayuno, la guardia nocturna, no renunciaban a él, pero conservaban siempre sus sospechas.

Pero éstas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; sólo el ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no

era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz, que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista: tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo mismo. Sólo él sabía -sólo él y ninguno de sus adeptos- qué fácil cosa era el ayuno. Era la cosa más fácil del mundo. Verdad que no lo ocultaba, pero no le creían; en el caso más favorable, le tomaban por modesto, pero, en general, le juzgaban un reclamista, o un vil farsante para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que tenía, además, el cinismo de dejarlo entrever. Había que aguantar todo esto y, con el curso de los años, ya se había acostumbrado a ello; pero, en su interior, siempre le recomía ese descontento y ni una sola vez, al fin de su ayuno -esta justicia había que hacérsela- había abandonado su jaula voluntariamente.

El empresario había fijado cuarenta días como el plazo máximo de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni siquiera en las capitales de primer orden. Y no dejaba de tener sus buenas razones para ello. Según le había señalado su experiencia, durante cuarenta días, valiéndose de toda suerte de anuncios que fueran concentrando el interés, podía quizá aguijonearse progresivamente

la curiosidad de un pueblo; mas pasado este plazo, el público se negaba a visitarle, disminuía el crédito de que gozaba el artista del hambre. Claro que en este punto podían observarse pequeñas diferencias según las ciudades y las naciones; pero, por regla general, los cuarenta días eran el período de ayuno más dilatado posible. Por esta razón, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, ornada con una guirnalda de flores; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro; sonaban los acordes de una banda militar; dos médicos entraban en la jaula para medir al ayunador, según normas científicas; y el resultado de la medición se anunciaba a la sala por medio de un altavoz; Por último, dos señoritas, felices de haber sido elegidas para desempeñar aquel papel mediante sorteo, llegaban a la jaula y pretendían sacar de ella al ayunador y hacerle bajar un par de peldaños para conducirlo ante una mesilla en la que estaba servida una comidita de enfermo cuidadosamente escogida.

Y en este momento, el ayunador siempre se resistía.

Cierto que colocaba voluntariamente sus huesudos brazos en las manos que las dos damas, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a auxiliarle, pero no quería levantarse. ¿Por qué suspen-

der el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarse la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía tan poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitírselo? Además, estaba cansado; se hallaba muy a gusto tendido en la paja, y ahora tenía que ponerse de pie cuan largo era, y acercarse a una comida, cuando con sólo pensar en ella sentía náuseas que contenía difícilmente por respeto a las damas.

Y alzaba la vista para mirar los ojos de las señoritas, en apariencia tan amables, en realidad tan crueles, y movía después negativamente, sobre su débil cuello, la cabeza, que le pesaba como si fuese de plomo. Pero entonces ocurría lo de siempre; ocurría que se acercaba el empresario silenciosamente -con la música no se podía hablar-, alzaba los brazos sobre el ayunador, como si invitara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir

digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido, lo era; agarraba al ayunador por la sutil cintura, tomando al hacerlo exageradas precauciones, como si quisiera hacer creer que tenía entre las manos algo tan quebradizo como el vidrio; y, no sin darle una disimulada sacudida, en forma que al ayunador sin poderlo remediar, se le iban a un lado y otro las piernas y el tronco, se lo entregaba a las damas, que se habían puesto entretanto mortalmente pálidas.

Entonces el ayunador sufría todos sus males: la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas y, sin saber cómo, hubiera quedado en aquella postura; el cuerpo estaba como vacío; las piernas, en su afán de mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rasocaban el suelo como sino fuera el verdadero y buscaran a éste bajo aquél; y todo el peso del cuerpo, por lo demás muy leve, caía sobre una de las damas, la cual, buscando auxilio, con cortado aliento -jamás se hubiera imaginado de este modo aquella misión honorífica-, alargan, todo lo posible su cuello para librar siquiera su rostro del contacto con el ayunador. Pero después, como lo lograba, y su compañera, más feliz que ella, no venía en su ayuda, sino que se limitaba a llevar entre las suyas, temblorosas, el pequeño haz de hue-

sos de la mano del ayunador, la portadora, en medio de las divertidas carcajadas de toda la sala, rompía a llorar y tenía que ser librada de su carga, por un criado de largo tiempo atrás preparado para ello.

Después venía la comida, en la cual el empresario, en el semisueño del desenjaulado, más parecido a un desmayo que a un sueño, le hacía tragar alguna cosa, en medio de una divertida charla con que apartaba la atención de los espectadores del estado en que se hallaba el ayunador. Después venía un brindis dirigido al público, que el empresario fingía dictado por el ayunador; la orquesta recalcaba todo con un gran trompeteo, marchábase el público y nadie quedaba descontento de lo que había visto; nadie, salvo el ayunador, el artista del hambre; nadie, excepto él.

Vivió así muchos años, cortados por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación de aparente esplendor; mas, no obstante, casi siempre estaba de un humor melancólico, que se acentuaba cada vez más, ya que no había nadie que supiera tomarle en serio. ¿Con qué, además, podrían consolarle? ¿Qué más podía apetecer? Y si alguna vez surgía alguien, de piadoso ánimo, que le compadecía, quería hacerle comprender que, probablemente, su tristeza procedía

del hambre, bien podía ocurrir, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador le respondiera con una explosión de furia y, con espanto de todos, comenzara a sacudir como una fiera los hierros de la jaula. Mas para tales casos tenía el empresario un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el congreso público, añadía que sólo la irritabilidad provocada por el hambre, irritabilidad incomprensible en hombres bien alimentados, podía hacer disculpable la conducta del ayunador. Después, tratando de este tema, para explicarlo pasaba a rebatir la afirmación del ayunador de que le era posible ayunar mucho más tiempo del que ayunaba: alababa la noble ambición, la buena voluntad, el gran olvido de sí mismo, que claramente se revelaban en esta afirmación; pero enseguida procuraba echarla abajo sólo con mostrar unas fotografías, que eran vendidas al mismo tiempo, pues en el retrato se veía al ayunador en la cama, casi muerto de inanición; a los cuarenta días de su ayuno. Todo lo sabía muy bien el ayunador, pero era cada vez más intolerable para él aquella enervante deformación de la verdad. ¡Presentábase allí como causa lo que sólo era consecuencia de la precoz terminación del ayuno! Era imposible luchar contra aquella incomprensión, contra aquel universo

de estulticia. Lleno de buena fe, escuchaba ansiosamente desde su reja las palabras del empresario; pero al aparecer las fotografías, soltábase siempre de la reja, y sollozando, volvía a dejarse caer en la paja. El ya calmado público podía acercarse otra vez a la jaula y examinarlo a su sabor.

Unos años más tarde, si los testigos de tales escenas volvían a acordarse de ellas, notaban que se habían hecho incomprensibles hasta para ellos mismos. Es que mientras tanto se había operado el famoso cambio; sobrevino casi de repente; debía haber razones profundas para ello; pero ¿quién es capaz de hallarlas?

El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre. Claro que, en realidad, este fenómeno no podía haberse dado así de repente, y, meditabundos y compungidos, recordaban ahora muchas cosas que en el tiempo de la embriaguez del triunfo no habían considerado suficientemente, presagios no atendidos como merecían

serlo. Pero ahora era demasiado tarde para intentar algo en contra. Ciertamente que era indudable que alguna vez volvería a presentarse la época de los ayunadores, pero para los ahora vivientes, eso no era consuelo.

¿Qué debía hacer, pues, el ayunador? Aquel que había sido aclamado por las multitudes, no podía mostrarse en barracas por las ferias rurales; y para adoptar otro oficio, no sólo era el ayunador demasiado viejo, sino que estaba físicamente enamorado del hambre. Por lo tanto, se despidió del empresario, compañero de una carrera incomparable, y se hizo contratar en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones de la contrata.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que sin cesar se sustituyen y se complementan unos a otros, puede, en cualquier momento, utilizar a cualquier artista, aunque sea a un ayunador, si sus pretensiones son modestas, naturalmente. Además, en este caso especial, no era sólo el mismo ayunador quien era contratado, sino su antiguo y famoso nombre; y ni siquiera se podía decir, dada la singularidad de su arte, que como al crecer la edad mengua la capacidad, un artista veterano que ya no está en la cumbre de su poder, trata de refugiarse en un tranquilo puesto de circo; al contrario, el ayuna-

dor aseguraba, y era plenamente creíble, que lo mismo podía ayunar entonces que antes, y hasta aseguraba que si le dejaban hacer su voluntad, cosa que al momento le prometieron, sería aquélla la vez en que había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que provocaba una sonrisa en las gentes del oficio, que conocían el espíritu de los tiempos, del cual, en su entusiasmo, habíase olvidado el ayunador.

Mas, allá en su fondo, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin dificultad que no fuera colocada su jaula en el centro de la pista, como número sobresaliente, sino que se la dejara fuera, cerca de las cuadras, sitio, por lo demás, bastante concurrido. Grandes carteles de colores chillones rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que admirar en ella. En los intermedios del espectáculo, cuando el público se dirigía hacia las cuadras para ver los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se detuvieran allí un momento; acaso habrían permanecido más tiempo junto a él si no hicieran imposible una contemplación más larga y tranquila los empujones de los que venían detrás por el estrecho corredor y que no comprendían que se hiciera aquella parada en el camino de las interesantes cuadras.

Por este motivo el ayunador temía aquella horade visitas que por otra parte anhelaba como el objeto de su vida. En los primeros tiempos apenas había tenido paciencia para esperar el momento del intermedio; había contemplado con entusiasmo la muchedumbre que se extendía y venía hacia él hasta que, muy pronto -ni la más obstinada y casi consciente voluntad de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia- tuvo que convencerse de que la mayor parte de aquella gente sin excepción, no traía otro propósito que el de visitar las cuadras. Y siempre era lo mejor el ver aquella masa, así, desde lejos. Porque cuando llegaban junto a su jaula, en seguida le aturdían los gritos e insultos de los dos partidos que inmediatamente se formaban: el de los que querían verlo cómodamente (y bien pronto llegó a ser este bando el que más apenaba al ayunador, porque se paraban, no porque les interesara lo que tenían ante sus ojos, sino por llevar la contraria y fastidiar a los otros) y el de los que sólo apetecían llegar lo antes posible a las cuadras. Una vez que había pasado el gran tropel, venían los rezagados, y también éstos, en vez de quedarse mirándole cuanto tiempo les apeteciera, pues ya era cosa no impedida por nadie, pasaban de prisa, a largo paso, apenas concediéndole una mirada de reojo, pa-

ra llegar con tiempo de ver los animales. Y era caso insólito el de que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando extensamente de qué se trataba y hablara de tiempos pasados. cuando había estado él en una exhibición análoga, pero incomparablemente más lucida que aquélla, y entonces los niños, que, a causa de su insuficiente preparación escolar y general -¿qué sabían ellos lo que era ayunar?- seguían sin comprender lo que contemplaban, tenían un brillo en sus inquisidores ojos, en que se traslucían futuros tiempos más piadosos. -Quizá estarían un poco mejor las cosas -decíase a veces el ayunador- si el lugar de la exhibición no se hallase tan cerca de las cuadras. Entonces les habría sido más fácil a las gentes elegir lo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y acababan por deprimir sus fuerzas las emanaciones de las cuadras, la nocturna inquietud de los animales, el paso por delante de su jaula de los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a los animales de presa, y los rugidos y gritos de éstos durante su comida. Pero no se atrevía a decirlo a la Dirección, pues, si bien lo pensaba, siempre tenía que agradecer a los animales la muchedumbre de visitantes que pasaban ante él, entre los cuales, de cuando en cuando, bien se podía

encontrar alguno que viniera especialmente a verle. Quién sabe en qué rincón le meterían, si al decir algo les recordaba que aún vivía, y le hacía ver, en resumidas cuentas, que no venía a ser más que un estorbo en el camino de las cuadras.

Un pequeño estorbo en todo caso, un estorbo que cada vez se hacía más diminuto. Las gentes se iban acostumbrando a la rara manía de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos actuales, y adquirido este hábito quedó ya pronunciada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle, la gente pasaba a su lado sin verle. ¿Y si intentara explicarle a alguien el arte del ayuno? A quien no lo siente, no es posible hacérselo comprender.

Los más hermosos rótulos llegaron a ponerse sucios e ilegibles, fueron arrancados, y a nadie se le ocurrió renovarlos. La tablilla con el número de los días transcurridos desde que había comenzado el ayuno, que en los primeros tiempos era cuidadosamente mudada todos los días, hacía ya mucho tiempo que era la misma, pues al cabo de algunas semanas, este pequeño trabajo habíase hecho desagradable para el personal; y de este modo, cierto que el ayunador 'continuó ayunando, como siempre había anhelado, y que lo hacía sin

molestia, tal como en otro tiempo lo había anunciado; pero nadie contaba ya el tiempo que pasaba; nadie, ni siquiera el mismo ayunador, sabía qué número de días de ayuno llevaba alcanzados, y su corazón se llenaba de melancolía. Y así, cierta vez, durante aquel tiempo, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del viejo número de días consignado en la tablilla, pareciéndole imposible, y habló de engañifa y de estafa, fue ésta la más estúpida mentira que pudieran inventar la indiferencia y la malicia innata, pues no era el ayunador quien engañaba, él trabajaba honradamente, pero era el mundo quien se engañaba en cuanto a sus merecimientos.

Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello tuvo fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que sólo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja, y en medio de ella hallaron al ayunador. ¿Ayunas todavía? -preguntó el inspector-. ¿Cuándo vas a cesar de una vez?

-Perdonadme todos -musitó el ayunador, pero sólo le comprendió el inspector, que tenía el

oído pegado a la reja.

-Sin duda -dijo el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar con ello al personal el estado mental del ayunador-, todos te perdonamos.

-Había deseado toda la vida que admirarais mi resistencia al hambre -dijo el ayunador.

-Y la admiramos -repúsole el inspector.

-Pero no debíais admirarla -dijo el ayunador.

-Bueno, pues entonces, no la admiraremos -repuso el inspector-; pero ¿por qué, no debemos admirarte?

-Porque me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo -dijo el ayunador. -Eso ya se ve -dijo el inspector--, pero ¿por qué no puedes evitarlo?

-Porque -dijo el artista del hambre levantando un poco la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no se perdieran sus palabras, con labios alargados como si fuera a dar un beso-, porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y como todos.

Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.

-¡Limpíen aquí! -ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer hasta para el más obtuso de sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida, que le gustaba, traíansela sin largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad: parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces, que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.



Cuento:
Manual para
mujeres de la
limpieza por
Lucia Berlin



Ella Watson, trabajadora de la limpieza (1942). Foto: Gordon Parks.

42–PIEDMONT. Autobús lento hasta Jack London Square. Sirvientas y ancianas. Me senté al lado de una viejecita ciega que estaba leyendo en Braille; su dedo se deslizaba por la página, lento y silencioso, línea tras línea. Era relajante mirarla, leer por encima de su hombro. La mujer se bajó en la calle 29, donde se han caído todas las letras del cartel PRODUCTOS NACIONALES ELABORADOS POR CIEGOS, excepto CIEGOS.

La calle 29 también es mi parada, pero tengo que ir hasta el centro a cobrar el cheque de la señora Jessel. Si vuelve a pagarme con un cheque, lo dejo. Además, nunca tiene suelto para el desplazamiento. La semana pasada hice todo el trayecto hasta el banco pagándolo de mi bolsillo, y se había olvidado de firmar el cheque.

Se olvida de todo, incluso de sus achaques. Mientras limpio el polvo los voy recogiendo y los dejo en el escritorio. 10 A. M. NÁUSEAS en un trozo de papel en la repisa de la chimenea. DIARREA en el escurridero. LAGUNAS DE MEMORIA Y MAREO encima de la cocina. Sobre todo se olvida de si tomó el fenobarbital, o de que ya me ha llamado dos veces a casa para preguntarme si lo ha hecho, dónde está su anillo de rubí, etcétera.

Me sigue de habitación en habitación, repitiendo las mismas cosas una y otra vez. Voy a acabar tan chiflada como ella. Siempre digo que no voy a volver, pero me da lástima. Soy la única persona con quien puede hablar. Su marido es abogado, juega al golf y tiene una amante. No creo que la señora Jessel lo sepa, o que se acuerde. Las mujeres de la limpieza lo saben todo.

Y las mujeres de la limpieza roban. No las cosas por las que tanto sufre la gente para la que trabajamos. Al final es lo superfluo lo que te tienta. No queremos la calderilla de los ceniceros.

A saber dónde, una señora en una partida de bridge hizo correr el rumor de que para poner a prueba la honestidad de una mujer de la limpieza hay que dejar un poco de calderilla, aquí y allá, en ceniceros de porcelana con rosas pintadas a mano. Mi solución es añadir siempre algunos peniques, incluso una moneda de diez centavos.

En cuanto me pongo a trabajar, antes de nada compruebo dónde están los relojes, los anillos, los bolsos de fiesta de lamé dorado. Luego, cuando vienen con las prisas, jadeando sofocadas, contesto tranquilamente: «Debajo de su almohada, detrás del inodoro verde sauce». Creo que lo único que robo, de hecho, son somníferos. Los guardo para un día de lluvia.

Hoy he robado un frasco de semillas de sésamo Spice Islands. La señora Jessel apenas cocina. Cuando lo hace, prepara pollo al sésamo. La receta está pegada en la puerta del armario de las especias, por dentro. Guarda una copia en el cajón de los sellos y los cordeles, y otra en su agenda. Siempre que encarga pollo, salsa de soja y jerez, pide también un frasco de semillas de sésamo. Tiene quince frascos de semillas de sésamo. Catorce, ahora.

Me senté en el bordillo a esperar el autobús. Otras tres sirvientas, negras con uniforme blanco, se quedaron de pie a mi lado. Son viejas amigas, hace años que trabajan en Country Club Road. Al principio todas estábamos indignadas... el autobús se adelantó dos

minutos y lo perdimos. Maldita sea. El conductor sabe que las sirvientas siempre están ahí, que el 42 a Piedmont pasa solo una vez cada hora.

Fumé mientras ellas comparaban el botín. Cosas que se habían llevado... laca de uñas, perfume, papel higiénico. Cosas que les habían dado... pendientes desparejados, veinte perchas, sujetadores rotos.

(Consejo para mujeres de la limpieza: aceptad todo lo que la señora os dé, y decid gracias. Luego lo podéis dejar en el autobús, en el hueco del asiento).

Para meterme en la conversación les enseñé mi frasco de semillas de sésamo. Se rieron a carcajadas.

—¡Ay, chica! ¿Semillas de sésamo?

Me preguntaron cómo aguantaba tanto con la señora Jessel. La mayoría no repiten más de tres veces. Me preguntaron si es verdad que tiene ciento cuarenta pares de zapatos. Sí, pero lo malo es que la mayoría son idénticos.

La hora pasó volando. Hablamos de las señoras para las que trabajamos. Nos reímos, no sin un poso de amargura.

Las mujeres de la limpieza de toda la vida no me aceptan de buenas a primeras. Y además, me cuesta conseguir trabajo en esto, porque soy «instruida». Sé que ahora mismo no puedo buscarme otra cosa.

He aprendido a contarles a las señoras desde el principio que mi marido alcohólico acaba de morir y me he quedado sola con mis cuatro hijos. Hasta ahora nunca había trabajado, criando a los niños y demás.

43-SHATTUCK-BERKELEY. Los bancos con carteles de SATURACIÓN PUBLICITARIA están empapados todas las mañanas. Le pedí fuego a un hombre y me dio la caja de cerillas. EVITEMOS EL SUICIDIO. Era de esas que, absurdamente, llevan la banda de fósforo detrás. Más vale prevenir.

Al otro lado de la calle, la mujer de la tintorería estaba barriendo la acera. A ambos lados de su puerta revoloteaban hojas y basura. Ahora es otoño, en Oakland.

Esa misma tarde, al volver de limpiar en casa de Horwitz, la acera de la tintorería volvía a estar cubierta de hojas y porquería. Tiré mi billete de transbordo. Siempre compro billete de transbordo. A veces los regalo, pero normalmente me los quedo.

Ter solía burlarse de esa manía mía de guardarlo siempre todo.

—Vamos, Maggie May, en este mundo no te puedes aferrar a nada. Excepto a mí, quizá.

Una noche en Telegraph Avenue me desperté al notar que me ponía la anilla de una lata de Coors en la palma de la mano y me cerraba el puño. Abrí los ojos y lo vi sonriendo. Terry era un vaquero joven,

de Nebraska. No le gustaba ver películas extranjeras. Ahora sé que era porque no le daba tiempo a leer los subtítulos.

Las raras veces que Ter leía un libro, arrancaba las páginas a medida que las pasaba y las iba tirando. Al volver a casa, donde las ventanas siempre estaban abiertas o rotas, me encontraba un remolino de hojas en la habitación, como palomas en un aparcamiento del Safeway.

33–BERKELEY EXPRESS. ¡El autobús se perdió! El conductor se pasó de largo en el desvío de SEARS para tomar la autopista. Todo el mundo empezó a tocar el timbre mientras el hombre, avergonzado, giraba a la izquierda en la calle 27. Acabamos atascados en un callejón sin salida. La gente se asomaba a las ventanas a ver el autobús. Cuatro hombres se bajaron para ayudarlo a retroceder entre los coches que había aparcados en la calle estrecha. Una vez en la autopista, empezó a acelerar como un loco. Daba miedo. Hablábamos unos con otros, emocionados por el suceso.

Hoy toca la casa de Linda.

(Mujeres de la limpieza: como norma general, no trabajéis para las amigas. Tarde o temprano se molestan contigo porque sabes demasiado de su vida. O dejan de caerte bien, por lo mismo).

Pero Linda y Bob son buenos amigos, de hace tiempo. Siento su calidez aunque no estén ahí. Esperma y confitura de arándanos en las sábanas. Quinielas del hipódromo y colillas en el cuarto de baño. Notas de Bob a Linda: «Compra tabaco y lleva el coche a...

du-duá, du-duá». Dibujos de Andrea con amor para mamá. Cortezas de pizza. Limpio los restos de coca del espejo con Windex.

Es el único sitio donde trabajo que no está impecable, para empezar. Más bien está hecho un asco. Cada miércoles subo como Sísifo las escaleras que llevan al salón de su casa, donde siempre parece que estén en mitad de una mudanza.

No gano mucho dinero con ellos porque no les cobro por horas, ni el transporte. No me dan la comida, por supuesto. Trabajo duro de verdad. Pero también paso muchos ratos sentada, me quedo hasta muy tarde. Fumo y leo el New York Times, libros porno, Cómo construir una pérgola. Sobre todo miro por la ventana la casa de al lado, donde viví un tiempo. El 2129 ½ de Russell Street. Miro el árbol que da peras de madera, con las que Ter hacía tiro al blanco. En la cerca brillan los perdigones incrustados. El rótulo de BEKINS que iluminaba nuestra cama por la noche. Echo de menos a Ter y fumo. Los trenes no se oyen de día.

40-TELEGRAPH AVENUE-ASILO DE MILLHAVEN. Cuatro ancianas en sillas de ruedas contemplan la calle con mirada vidriosa. Detrás, en el puesto de enfermeras, una chica negra preciosa baila al son de «I Shot the Sheriff». La música está alta, incluso para mí, pero las ancianas ni siquiera la oyen. Más abajo, tirado en la acera, hay un cartel burdo: INSTITUTO DEL CÁNCER 13:30.

El autobús se retrasa. Los coches pasan de largo. La gente rica que va en coche nunca mira a la gente de la calle, para nada. Los pobres siempre lo hacen... De hecho, a veces parece que simplemente

vayan en el coche dando vueltas, mirando a la gente de la calle. Yo lo he hecho. La gente pobre está acostumbrada a esperar. La Seguridad Social, la cola del paro, lavanderías, cabinas telefónicas, salas de urgencias, cárceles, etcétera.

Mientras esperábamos el 40, nos pusimos a mirar el escaparate de la LAVANDERÍA DE MILL Y ADDIE. Mill había nacido en un molino, en Georgia. Estaba tumbado sobre una hilera de cinco lavadoras, instalando un televisor enorme en la pared. Addie hacía pantomimas para nosotros, simulando que el televisor se iba a caer en cualquier momento. Los transeúntes se paraban también a mirar a Mill. Nos veíamos reflejados en la pantalla, como en un programa de cámara oculta.

Calle abajo hay un gran funeral negro en FOUCHÉ. Antes pensaba que el cartel de neón decía «touché», y siempre imaginaba a la muerte enmascarada, apuntándome al corazón con un florete.

He reunido ya treinta pastillas, entre los Jessel, los Burn, los McIntyre, los Horwitz y los Blum. En cada una de esas casas donde trabajo hay un arsenal de anfetaminas o sedantes que bastaría para dejar fuera de circulación a un ángel del infierno durante veinte años.

18-PARK BOULEVARD-MONTCLAIR. Centro de Oakland. Hay un indio borracho que ya me conoce, y siempre me dice: «Qué vueltas da la vida, cielo».

En Park Boulevard un furgón azul de la policía del condado, con las ventanas blindadas. Dentro hay una veintena de presos de camino a comparecer ante el juez. Los hombres, encadenados juntos y

vestidos con monos naranjas, se mueven casi como un equipo de remo. Con la misma camaradería, a decir verdad. El interior del furgón está oscuro. En la ventanilla se refleja el semáforo. Ámbar DESPACIO DESPACIO. Rojo STOP STOP.

Una hora larga de modorra hasta las colinas neblinosas de Montclair, un próspero barrio residencial. Solo van sirvientas en el autobús. Al pie de la Iglesia Luterana de Sion hay un letrero grande en blanco y negro que dice PRECAUCIÓN: TERRENO RESBALADIZO. Cada vez que lo veo, se me escapa la risa. Las otras mujeres y el conductor se vuelven y me miran. A estas alturas ya es un ritual. En otra época me santiguaba automáticamente cuando pasaba delante de una iglesia católica. Tal vez dejé de hacerlo porque en el autobús la gente siempre se daba la vuelta y miraba. Sigo rezando automáticamente un avemaría, en silencio, siempre que oigo una sirena. Es un incordio, porque vivo en Pill Hill, un barrio de Oakland lleno de hospitales; tengo tres a un paso.

Al pie de las colinas de Montclair mujeres en Toyotas esperan a que sus sirvientas bajen del autobús. Siempre me las arreglo para subir a Snake Road con Mamie y su señora, que dice: «¡Caramba, Mamie, tú tan preciosa con esa peluca atigrada, y yo con esta facha!». Mamie y yo fumamos.

Las señoras siempre suben la voz un par de octavas cuando les hablan a las mujeres de la limpieza o a los gatos.

(Mujeres de la limpieza: nunca os hagáis amigas de los gatos, no les dejéis jugar con la mopa, con los trapos. Las señoras se pondrán celosas. Aun así, nunca los ahuyentéis de malos modos de una silla.

En cambio, haceos siempre amigas de los perros, pasad cinco o diez minutos rascando a Cherokee o Smiley nada más llegar. Acordaos de bajar la tapa de los inodoros. Pelos, goterones de baba).

Los Blum. Este es el sitio más raro en el que trabajo, la única casa realmente bonita. Los dos son psiquiatras. Son consejeros matrimoniales, con dos «preescolares» adoptados.

(Nunca trabajéis en una casa con «preescolares». Los bebés son geniales. Puedes pasar horas mirándolos, acunándolos en brazos. Con los críos más mayores... solo sacarás alaridos, Cheerios secos, hacerte inmune a los accidentes y el suelo lleno de huellas del pijama de Snoopy).

(Nunca trabajéis para psiquiatras, tampoco. Os volveréis locas. Yo también podría explicarles a ellos un par de cosas... ¿Zapatos con alzas?).

El doctor Blum está en casa, otra vez enfermo. Tiene asma, por el amor de Dios. Va dando vueltas en albornoz, rascándose una pierna peluda y pálida con la alpargata. La, la, la, la, Mrs. Robinson... Tiene un equipo estéreo de más de dos mil dólares y cinco discos. Simon & Garfunkel, Joni Mitchell y tres de los Beatles.

Se queda en la puerta de la cocina, rascándose ahora la otra pierna. Me alejo contoneándome con la fregona hacia el office, mientras él me pregunta por qué elegí este tipo de trabajo en particular.

—Supongo que por culpabilidad, o por rabia —digo con desgana.

—Cuando se seque el suelo, ¿podré prepararme una taza de té?

—Mire, vaya a sentarse. Ya se lo preparo yo. ¿Azúcar o miel?

—Miel. Si no es mucha molestia. Y limón, si no es...

—Vaya a sentarse —le llevo el té.

Una vez le traje una blusa negra de lentejuelas a Natasha, que tiene cuatro años, para que se engalanara. La doctora Blum puso el grito en el cielo y dijo que era sexista. Por un momento pensé que me estaba acusando de intentar seducir a Natasha. Tiró la blusa a la basura. Conseguí rescatarla y ahora me la pongo de vez en cuando, para engalanarme.

(Mujeres de la limpieza: aprenderéis mucho de las mujeres liberadas. La primera fase es un grupo de toma de conciencia feminista; la segunda fase es una mujer de la limpieza; la tercera, el divorcio).

Los Blum tienen un montón de pastillas, una plétora de pastillas. Ella tiene estimulantes, él tiene tranquilizantes. El señor doctor Blum tiene pastillas de belladona. No sé qué efecto hacen, pero me encantaría llamarme así.

Una mañana los oí hablando en el office de la cocina y él dijo: «¡Hagamos algo espontáneo hoy, llevemos a los niños a volar una cometa!».

Me robó el corazón. Una parte de mí quiso irrumpir en la escena como la sirvienta de la tira cómica del Saturday Evening Post. Se me da muy bien hacer cometas, conozco varios sitios con buen viento en Tilden. En Montclair no hay viento. La otra parte de mí encendió la aspiradora para no oír lo que ella le contestaba. Fuera llovía a cántaros.

El cuarto de los juguetes era una leonera. Le pregunté a Natasha si Todd y ella realmente jugaban con todos aquellos juguetes. Me dijo que los lunes al levantarse los tiraban por el suelo, porque era el día que iba yo a limpiar.

—Ve a buscar a tu hermano —le dije.

Los había puesto a recoger cuando entró la señora Blum. Me sermoné sobre las interferencias y me dijo que se negaba a «imponer culpabilidad o deberes» a sus hijos. La escuché, malhumorada. Luego, como si se le ocurriera de pronto, me pidió que desenchufara el frigorífico y lo limpiara con amoníaco y vainilla.

¿Amoníaco y vainilla? A partir de ahí dejé de odiarla. Una cosa tan simple. Me di cuenta de que realmente quería vivir en un hogar acogedor, que no quería imponer culpabilidad o deberes a sus hijos. Más tarde me tomé un vaso de leche, y sabía a amoníaco y vainilla.

40—TELEGRAPH AVENUE—BERKELEY. Lavandería de Mill y Addie. Addie está sola dentro, limpiando los cristales del escaparate. Detrás de ella, encima de una lavadora, hay una enorme cabeza de pescado en una bolsa de plástico. Ojos ciegos y

perezosos. Un amigo, el señor Walker, les lleva cabezas de pescado para hacer caldo. Addie traza círculos inmensos de espuma blanca en el vidrio. Al otro lado de la calle, en la guardería St. Luke, un niño cree que lo está saludando. La saluda, haciendo los mismos gestos con los brazos. Addie para, sonrío y lo saluda de verdad. Llega mi autobús. Toma Telegraph Avenue hacia Berkeley. En el escaparate del SALÓN DE BELLEZA VARITA MÁGICA hay una estrella de papel de plata pegada a un matamoscas. Al lado, tienda de ortopedia con dos manos suplicantes y una pierna.

Ter se negaba a ir en autobús. Ver a la gente ahí sentada lo deprimía. Le gustaban las estaciones de autobuses, en cambio. Íbamos a menudo a las de San Francisco y Oakland. Sobre todo a la de Oakland, en San Pablo Avenue. Una vez me dijo que me amaba porque yo era como San Pablo Avenue.

Él era como el vertedero de Berkeley. Ojalá hubiera un autobús al vertedero. Íbamos allí cuando añorábamos Nuevo México. Es un lugar inhóspito y ventoso, y las gaviotas planean como los chotacabras del desierto al anochecer. Allá donde mires, se ve el cielo. Los camiones de basura retumban por las carreteras entre vaharadas de polvo. Dinosaurios grises.

No sé cómo salir adelante ahora que estás muerto, Ter. Aunque eso ya lo sabes.

Es como aquella vez en el aeropuerto, cuando estabas a punto de embarcar para Albuquerque.

—Mierda, no puedo irme. Nunca vas a encontrar el coche.

O aquella otra vez, cuando te ibas a Londres.

—¿Qué vas a hacer cuando me vaya, Maggie? —repetías sin parar.

—Haré macramé, chaval.

—¿Qué vas a hacer cuando me vaya, Maggie?

—¿De verdad crees que te necesito tanto?

—Sí —contestaste. Sin más, una afirmación rotunda de Nebraska.

Mis amigos dicen que me recreo en la autocompasión y el remordimiento. Que ya no veo a nadie. Cuando sonrío, sin querer me tapo la boca con la mano.

Voy juntando somníferos. Una vez hicimos un pacto: si para 1976 las cosas no se arreglaban, nos mataríamos a tiros al final del muelle. Tú no te fiabas de mí, decías que te dispararía y echaría a correr, o me mataría yo primero, cualquier cosa. Estoy harta de bregar, Ter.

58—UNIVERSIDAD—ALAMEDA. Las viejecitas de Oakland van todas al centro comercial Hink, en Berkeley. Las viejecitas de Berkeley van al centro comercial Capwell, en Oakland. En este autobús todos son jóvenes y negros, o viejos y blancos, incluidos los conductores. Los conductores viejos blancos son cascarrabias y nerviosos, especialmente en la zona del Politécnico de Oakland. Siempre paran con un frenazo, gritan a los que fuman o van

escuchando la radio. Dan bandazos y se detienen en seco, haciendo que las viejecitas se choquen contra las barras. A las viejecitas les salen cardenales en los brazos, instantáneamente.

Los conductores jóvenes negros van rápido, surcan Pleasant Valley Road pasándose todos los semáforos en ámbar. Sus autobuses son ruidosos y echan humo, pero no dan bandazos.

Hoy me toca la casa de la señora Burke. También tengo que dejarla. Ahí nunca cambia nada. Nunca hay nada sucio. Ni siquiera entiendo para qué voy. Hoy me sentí mejor. Al menos he entendido lo de las treinta botellas de Lancers Rosé. Antes había treinta y una. Por lo visto ayer fue su aniversario de bodas. Encontré dos colillas de cigarrillo en el cenicero del marido (en lugar de la que hay siempre), una copa de vino (ella no bebe) y la botella en cuestión. Los trofeos de petanca estaban ligeramente desplazados. Nuestra vida juntos.

Ella me enseñó mucho sobre el gobierno de la casa. Coloca el rollo de papel de váter de manera que salga por abajo. Abre la lengüeta del detergente solo hasta la mitad. Quien guarda halla. Una vez, en un ataque de rebeldía, rasgué la lengüeta de un tirón con tan mala suerte que el detergente se vertió y cayó en los quemadores de la cocina. Un desastre.

(Mujeres de la limpieza: que sepan que trabajáis a conciencia. El primer día dejad todos los muebles mal colocados, que sobresalgan un palmo o queden un poco torcidos. Cuando limpiéis el polvo, poned los gatos siameses mirando hacia otro lado, la jarrita de la

leche a la izquierda del azucarero. Cambiad el orden de los cepillos de dientes).

Mi obra maestra en este sentido fue cuando limpié encima del frigorífico de la señora Burke. A ella no se le escapa nada, pero si yo no hubiera dejado la linterna encendida no se habría dado cuenta de que me había entretenido en rascar y engrasar la plancha, en reparar la figurita de la geisha, y de paso en limpiar la linterna.

Hacer mal las cosas no solo les demuestra que trabajas a conciencia, sino que además les permite ser estrictas y mandonas. A la mayoría de las mujeres estadounidenses les incomoda mucho tener sirvientas. No saben qué hacer mientras estás en su casa. A la señora Burke le da por repasar la lista de felicitaciones de Navidad y planchar el papel de regalo del año anterior. En agosto.

Procurad trabajar para judíos o negros. Te dan de comer. Pero sobre todo porque las mujeres judías y negras respetan el trabajo, el trabajo que haces, y además no se avergüenzan en absoluto de pasarse el día entero sin hacer nada de nada. Para eso te pagan, ¿no?

Las mujeres de la Orden de la Estrella de Oriente son otra historia. Para que no se sientan culpables, intentad siempre hacer algo que ellas no harían nunca. Encaramaos a los fogones para restregar del techo las salpicaduras de una Coca-Cola reventada. Encerraos dentro de la mampara de la ducha. Retirad todos los muebles, incluido el piano, y ponedlos contra la puerta. Ellas nunca harían esas cosas, y además así no pueden entrar.

Menos mal que siempre están enganchadas como mínimo a un programa de televisión. Dejo la aspiradora encendida media hora (un sonido relajante) y me tumbo debajo del piano con un trapo de limpiar el polvo en la mano, por si acaso. Simplemente me quedo ahí tumbada, tarareando y pensando. No quise identificar tu cadáver, Ter, aunque eso trajo muchas complicaciones. Temía empezar a pegarte por lo que habías hecho. Morir.

El piano de los Burke lo dejo para el final. Lo malo es que la única partitura que hay en el atril es el himno de la Marina. Siempre acabo marchando a la parada del autobús al ritmo de «From the Halls of Montezuma...».

58—UNIVERSIDAD—BERKELEY. Un conductor viejo blanco cascarrabias. Lluvia, retrasos, gente apretujada, frío. Navidad es una mala época para los autobuses. Una hippy joven colocada empezó a gritar «¡Quiero bajarme de este puto autobús!». «¡Espera a la próxima parada!», le gritó el conductor. Una mujer de la limpieza gorda que iba sentada delante de mí vomitó y ensució las galochas de la gente y una de mis botas. El olor era asqueroso y varias personas se bajaron en la siguiente parada, como ella. El conductor paró en la gasolinera Arco de Alcatraz y trajo una manguera para limpiarlo, pero lo único que hizo fue echarlo hacia atrás y encharcar aún más el suelo. Estaba colorado y rabioso, y se saltó un semáforo; nos puso a todos en peligro, dijo el hombre que había a mi lado.

En el Politécnico de Oakland una veintena de estudiantes con radios esperaban detrás de un hombre prácticamente impedido. La Seguridad Social está justo al lado del Politécnico. Mientras el

hombre subía al autobús, con muchas dificultades, el conductor gritó «¡Ah, por el amor de Dios!», y el hombre pareció sorprendido.

Otra vez la casa de los Burke. Ningún cambio. Tienen diez relojes digitales y los diez están en hora, sincronizados. El día que me vaya, los desenchufaré todos.

Finalmente dejé a la señora Jessel. Seguía pagándome con un cheque, y en una ocasión me llamó cuatro veces en una sola noche. Llamé a su marido y le dije que tengo mononucleosis. Ella no se acuerda de que me he ido, anoche me llamó para preguntarme si la había visto un poco pálida. La echo de menos.

Una señora nueva, hoy. Una señora de verdad.

(Nunca me veo como «señora de la limpieza», aunque así es como te llaman: su señora o su chica).

La señora Johansen. Es sueca y habla inglés con mucha jerga, como los filipinos.

Cuando abrió la puerta, lo primero que me dijo fue: «¡Santo cielo!».

—Uy. ¿Llego demasiado pronto?

—En absoluto, querida.

Invadió el escenario. Una Glenda Jackson de ochenta años. Quédé hechizada. (Mirad, ya estoy hablando como ella). Hechizada en el recibidor.

En el recibidor, antes incluso de quitarme el abrigo, el abrigo de Ter, me puso al día sobre su ida.

Su marido, John, había muerto hacía seis meses. A ella lo que más le costaba era dormir. Se aficionó a hacer puzles. (Señaló la mesita de la sala de estar, donde el Monticello de Jefferson estaba casi terminado, salvo por un agujero protozoario, arriba a la derecha).

Una noche se enfrascó tanto en el puzle que ni siquiera durmió. Se olvidó, ¡se olvidó de dormir! Y hasta de comer, para colmo. Cenó a las ocho de la mañana. Luego se echó una siesta, se despertó a las dos, desayunó a las dos de la tarde y salió y se compró otro puzle.

Cuando John vivía era Desayuno a las 6, Almuerzo a las 12, Cena a las 6. Los tiempos han cambiado, ¡a mí me lo van a decir!

—Así que no, querida, no llegas demasiado pronto —concluyó—. Solo que quizá me vaya de cabeza a la cama en cualquier momento.

Yo seguía de pie en el recibidor, acalorada, sin apartar la mirada de los ojos radiantes y somnolientos de mi nueva señora, como si los cuervos fueran a hablar.

Lo único que tenía que hacer era limpiar las ventanas y aspirar la moqueta; pero antes de aspirar la moqueta, encontrar la pieza que

faltaba del puzle. Cielo con unas hojas de arce. Sé que se ha perdido.

Disfruté en el balcón, limpiando las ventanas. Aunque hacía frío, el sol me calentaba la espalda. Dentro, ella siguió con su puzle. Absorta, pero sin dejar de posar en ningún momento. Se notaba que había sido muy hermosa.

Después de las ventanas vino la tarea de buscar la pieza del puzle. Repasar centímetro a centímetro la alfombra verde, encontrar entre las largas hebras migas de biscotes, gomas elásticas del Chronicle. Estaba encantada, era el mejor trabajo que había tenido nunca. A ella le «importaba un rábano» si fumaba o no, así que seguí gateando por el suelo mientras fumaba, deslizando el cenicero a mi lado.

Encontré la pieza lejos de la mesita donde estaba el puzle, al otro lado del salón. Era cielo, con unas hojas de arce.

—¡La encontré! —gritó—. ¡Sabía que se había perdido!

—¡Yo la he encontrado! —exclamé.

Entonces pude pasar la aspiradora, y entretanto ella terminó el puzle con un suspiro. Al irme le pregunté cuándo creía que me necesitaría otra vez.

—Ah... ¿qué será, será? —dijo ella.

—Lo que tenga que ser... será —dije, y las dos nos reímos.

Ter, en realidad no tengo ningunas ganas de morir.

40—TELEGRAPH AVENUE. Parada del autobús delante de la LAVANDERÍA DE MILL Y ADDIE, que está abarrotada de gente haciendo turno para las lavadoras, pero en un clima festivo, como si esperaran una mesa. Charlan de pie al otro lado de la vidriera, tomando latas verdes de Sprite. Mill y Addie alternan como estupendos anfitriones, dando cambio a los clientes. En la televisión, la Orquesta Estatal de Ohio toca el himno nacional. Arrecia la nieve en Michigan.

Es un día frío, claro de enero. Cuatro motoristas con patillas aparecen por la esquina de la calle 29 como la cola de una cometa. Una Harley pasa muy despacio por delante de la parada del autobús y varios críos saludan al motorista greñado desde la caja de una ranchera, una Dodge de los años cincuenta. Lloro, al fin.

Traducción de: Eugenia Vázquez Nacarino (2015).

Mariana Enriquez

El monstruo

De Uno a uno Cuentos 3 los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre los 90. Selección a cargo de Diego Grillo Truba, Editorial Sudamericana-Mondadori, Buenos Aires, 2008.

El Riachuelo es nuestro cáncer urbano, ese tejido que se degeneró y amenaza con matarnos, si toma todo el cuerpo. Como el cáncer, crece, se propaga malignamente. Un monstruo negro.
El monstruo de Buenos Aires, Gustavo Nielsen.

Pablo supo que Carlitos no iba a volver cuando vio a su mamá entrar al rancho a los gritos, mientras las tías la sostenían para que no se cayera al piso o se arrancara los pelos. Después le dieron una pastilla con vino y la pusieron a dormir. A él le dijeron que se portara bien, y lo abrazaron mucho, porque sabían cuánto quería a su hermano.

A Carlitos lo habían matado, y el cuerpo apareció flotando en el Riachuelo, boca arriba —cosa bastante rara, porque los ahogados solían quedar boca abajo—. Pablo se fue corriendo al fondo de la isla, y se metió a llorar en una de las casillas abandonadas. Ya estaba desobedeciendo a su madre, porque a ella no le gustaba que fuera para el fondo, donde vivían los densos, que tomaban mate en los pasillos todo el día y después salían a la noche todo mal, o se los llevaba la policía, o los mataba la policía o se tiroteaban entre ellos y con la policía. La gente de adelante les tenía miedo, porque en Montaña, la calle principal, se andaba bastante tranquilo: con negocios de ropa y almacenes, casi parecía un lugar normal.

En el fondo era distinto, pero a Pablo le gustaba. El fondo quedaba más lejos del Riachuelo, el aire apestaba menos y no se escuchaba tan claro el plop plop del agua negra, que le hacía acordar a un monstruo dormilón que, algún día, se iba a despertar y les iba a tirar el puente encima; pero no el puente Avellaneda, el viejo, ese de fierro oscuro que no servía para nada pero a alguna gente le parecía lindo aunque era igual al espinazo del monstruo, así, al aire libre. Algún día el agua aceitosa iba a cubrir el puente viejo, iba a tomar forma, y toda esa oscuridad se los iba a llevar, como se acababa de llevar a Carlitos.

Cuando terminó de llorar se fue a buscar al Chino, su mejor amigo que vivía solo porque tenía al papá preso y la mamá se había ido a trabajar a Constitución y no había vuelto más. El Chino se caminaba la isla

todo el día y por eso estaba cada vez más flaco. Además, había empezado a fumar. Era muy inteligente, y conocía lo que pasaba en la isla, hasta los secretos, y eso que de muchas cosas nunca se hablaba.

Sabía, por ejemplo, lo que le había pasado al pibito que vivía al lado del San Telmo. Primero se fue a Constitución a pedir, porque le dijeron que ahí estaba la posta. Después agarró la bolsita y la empezó a necesitar, porque pasaba eso: la tenías que oler todo el día o te volvías loco. Unos tipos le prometieron darle bolsitas gratis. Gratis de plata: tenía que chuparles la pija o alguna otra cosa así como pago, de degenerados que eran. Después de un tiempo el pibito apareció en el Argerich, se había querido tirar debajo de un coche. Lo salvaron. Lo trajeron de vuelta. A la semana se tiró al Riachuelo y se ahogó. Muerte segura, con ese aceite que parecía los pelos largos empastados de las mujeres cuando tapan las cañerías y hay que sacarlos o tirarle a la cañería soda cáustica.

El Chino había visto animales muertos flotar y pudrirse, cachos de carne, intestinos de vacas. Pablo no había visto tantas cosas: no se acercaba al agua, trataba de andar lejos de la orilla y del muelle. La teoría del Chino era fácil: el agua negra pedía pibitos, había que entregarle chicos de vez en cuando, tipo ofrenda, como a las Mais cuando pedían cosas para favores. Por eso los policías le habían hecho cruzar nadando el Riachuelo a ese pendejo que se llamaba Emmanuel en Pompeya. Eso lo hicieron porque son unos hijos de puta, dijo Pablo. Más vale, dijo el Chino, pero ¿por qué tan pero tan hijos de puta? Si lo querían matar, con pegarle un tiro ya estaba. ¿O acaso no matan pibes todos los días? No: lo hicieron cruzar porque el Riachuelo los convenció, porque el Riachuelo habla.

El Chino nunca le había escuchado la voz, pero hay cosas que se saben, que son obvias, aunque no haya pruebas.

El Chino se armó un porro y ofreció, pero Pablo le dijo que no, porque cuando estaba mal no fumaba, se ponía peor. Además, ¿qué iba a hacer ahora sin Carlitos? Había un montón de gente en la isla que organizaba marchas, ayudada por unas personas que venían de Capital: estaban convencidos de que a Carlitos lo había matado la policía. Seguro que tenían razón, pero no había sido eso solamente, pensó Pablo. Si el Chino tenía razón, la cuestión no se arreglaba con hacer mierda a los policías o mandarlos presos. No se iba a terminar nunca, porque el monstruo no se iba a ir. Siempre iba a querer más y siempre iba a conseguir gente que le habilitara lo que necesitaba.

Él sabía lo que pasaba abajo del agua negra, desde muy chico. Una sola vez se había subido al bote para ir hasta La Boca, con su papá, cuando todavía estaba vivo, antes de que se lo comiera el bicho. Y había visto los cientos de deditos del monstruo tocando el bote y los remos; su papá hablaba con un amigo, ni lo miraba, pero Pablo sintió que le faltaba el aire y quiso decirle papá mirá esos dedos, dedos flacos

pegajosos, a medio formar todavía, pero iban a hacerse fuertes algún día, él se dio cuenta y tenía nomás cinco años.

Ahora tenía ocho, y ya sabía demasiado. Que el agua no se dejaba limpiar, por ejemplo. En la isla se hablaba de que nadie cuidaba a la gente ni se decidía a limpiar el Riachuelo porque, total, eran pobres, si se morían mejor, menos problemas, menos pobres chorros brutos sucios. Qué importaba si se contaminaban, si los chicos se enfermaban con manchas en la piel, si nacían deformados, sin ojos, con brazos de más o de menos, con el corazón del lado derecho, las mujeres que abortaban en seguida de embarazarse, y cáncer a cualquier edad y en todas partes del cuerpo, una forma de matarlos sin que tuvieran que pegarles tiros.

Pero el Chino le había contado otra cosa.

Una vez había venido una cuadrilla de limpieza. El Chino, que se llevaba bien con todo el mundo y le sacaba conversación a cualquiera porque no hablaba para nada como un villero, y la gente se impresionaba, se puso a conversar con uno de la cuadrilla y después terminaron borrachos. El limpiador le contó la verdad. Tenían que *hacer como* que trabajaban, pero no tenían que empezar de verdad. El hombre no sabía muy bien por qué les habían dado esa orden, a lo mejor porque alguien se quería quedar con la plata del proyecto. Pero el Chino investigó más y encontró una información que entonces a Pablo le pareció muy rara, y ahora le resultaba totalmente creíble: había gente que sabía del monstruo dormido, y no quería molestarlo, porque esa gente se hacía una idea clara de lo que podía pasar. Entonces armaban planes de limpieza, los publicaban en los diarios, los anunciaban en la tele, pero no los hacían nunca. Hasta podían ser cómplices del monstruo. Les convenía.

A mí me encantaría pensar que no limpian nomás de hijos de puta, dijo el Chino. Pero me parece que quieren que todo quede como está, o quieren que siga adelante y no cambiar, porque nadie sabe qué es el Riachuelo. Quién duerme en el barro allá abajo. Qué pasa si se lo molesta.

Nadie sabe.

La "nave del Estado"

1.
Me desconcierta la revuelta de los vientos.
De aquí llega rodando una ola y por allá
otra, y nosotros en medio arrastrados
nos vemos en nuestra nave negra,
afligidos por la muy enorme tempestad.
El agua de la sentina ya cubre el pie del mástil.
Toda la vela está ya transparente,
y cuelga en grandes jirones su tela,
no logran asideros las anclas, y el timón...
...mis dos piernas se afirman en las jarcias
y sólo esto me mantiene a salvo.
Toda la carga arrastrada fuera de la borda va.

2.
De nuevo esta ola, como la de antes, avanza
contra nosotros, y nos dará mucho trabajo
resistirla cuando aborde nuestra nave.
...
...aprestemos la defensa lo antes posible
y corramos al amparo de un puerto seguro.
Que ninguno de nosotros la duda cobarde
le acose. Claro está que es enorme el empeño.
Recordad las fatigas que antaño soportamos.
Y que ahora todo hombre demuestre su valía.
Con que no avergoncemos por falta de coraje
a nuestros nobles padres que yacen bajo tierra.

3.
Destella la enorme mansión con el bronce;
Y está todo el techo muy bien adornado
Con refulgentes cascos, y de ellos
Cuelgan los albos penachos de crines
De caballo, que engalanan el arnés
de un guerrero. De ganchos que ocultan
que están enganchadas las grebas brillantes
de bronce, defensa del más duro dardo,
los coseletes de lino reluciente
y cóncavos escudos cubren el suelo.
Junto a ellos están las espadas de Cálcide,
Y muchos cintos y casacas de guerra.
Ya no es posible olvidarnos de esto,
Una vez que a la acción nos hemos lanzado.

4.
Ahora hay que emborracharse y beber
hasta el colmo, ¡que ha muerto Mírsilo!

5.
...al malnacido Pítaco de esta ciudad,
desdichada y cansina, le han hecho tirano,
y a grandes voces todos le dan vítores.

6.
...los lesbios levantaron
este recinto grande y eminente
para todos, y dentro de él pusieron
altares de los dioses inmortales,

y a Zeus lo apellidaron Suplicante,
y a ti, la Eolia, diosa ilustre, generadora
de todo; y al tercero,
a Dioniso, Piel de Corzo,
devorador de carne cruda.
Acudid con el ánimo propicio,
y escuchad nuestra súplica, y libradnos
de estos trabajos y doliente exilio,

y haced que al hijo de Hirras lo persiga
la Erinia vengadora de quienes antaño
juramos, con rito sagrado, no entregar
nunca a ninguno de los compañeros,

y o bien morir, y envueltos en la tierra
descansar, derribados por aquellos
que mandaban entonces, o matarlos
y liberar al pueblo de sus males.

Pero el Panzudo no se lo tomó
a pecho, y pisoteando alegremente
los juramentos, está devorando
la ciudad.

7.
...yo, desdichado,
vivo a la manera de un campesino,
anhelando escuchar, Agesilaidas,
las voces que pregonan la Asamblea
y el Consejo: eso que mi padre
y el padre de mi padre compartieron,
hasta viejos, con estos ciudadanos
siempre en rencilla,
yo vivo desposeído, y exiliado
en remoto lugar. Solo, entre lobos,
hice mi casa aquí, como Onomacles,
[preparando] la guerra; que es innoble
no revolverse contra los que mandan.
Aquí el recinto de los dioses felices
frecuento cruzando esta oscura tierra,
con otras compañeras de camino...
y, con mis pies lejos de males, vivo

donde las lesbianas de rozagante peplo
vienen a competir en belleza. Aquí
en torno retumba el griterío inmenso
de mujeres en sus anuales fiestas sacras.
...¿Cuándo de mis muchos pesares
me van a liberar los Olímpicos?

El simposio y el vino

8.

Bebe y emborráchate, Melanipo, conmigo. ¿Qué piensas?
¿Qué vas a vadear de nuevo el vorticoso Aqueronte,
una vez ya cruzado, y de nuevo del sol la luna clara
vas a ver? Vamos, no te empeñes en tamañas porfías.
En efecto, también Sísifo, rey de los etolios, que a todos
superaba en ingenio, se jactó de escapar a la muerte.
Y, desde luego, el muy artero, burlando su sino mortal,
dos veces cruzó el vorticoso Aqueronte. Terrible
y abrumador castigo le impuso el Crónica más tarde
bajo la negra tierra. Con que, vamos, no te ilusiones.
Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora importa gozar
de todo aquello que un dios pueda ofrecernos.

9.

Bebamos ya. ¿A qué aguardar la hora
de las luces? Le queda un dedo al día.
Baja las copas grandes pintadas,
pues el hijo de Sémele y de Zeus
les dio a los hombres vino para olvido
de su tristeza. Vierte una medida
de agua por dos, completas hasta el borde,
de vino; y que una copa empuje la otra.

10.

No hay que abandonar el ánimo a los males.
Pues nada avanzaremos con apenarnos,
oh Biquis, y no hay mejor remedio
que mandar a por vino y embriagarnos.

11.

Zeus manda lluvia, y una gran tormenta
Bajo el cielo, y hielan las corrientes.

Olvida la tormenta: échale leña
al fuego, corta, sin tasarlo, el vino
dulce como la miel, y luego acuéstate
con un cojín mullido en cada sien.

12.

Mójate el pecho con vino,
que anda el astro de regreso,
y el tiempo es de agobio, y todo
está, del calor, sediento,
y entre las hojas chirría,

con ardor, la cigarra,
y despide un canto fuerte
y agudo, bajo las alas,
cuando el verano ardoroso

...

crece el cardo; hoy, más que nunca,
está la mujer molesta,
y débil, el hombre: Sirio
abraza su cabeza
y seca sus rodillas.

13.

Vamos, haced que vengan con guirnaldas
de anís y nos las pongan en el cuello,
y que a todos el pecho nos rocíen
con una dulce esencia.

14.

Que alguien me traiga acá al lindo Menón,
si queréis que disfrute del banquete.

15.

Dicen que Aristodemo profirió
en Esparta una vez una sentencia
nada estúpida: "El hombre es su dinero:
no hay ningún pobre honrado ni estimado".

16.

...lo que se le dé a una puta,
igual echarlo en la onda del mar cano.

17.

Muchacho, con el vino, la verdad

Himnos a los dioses y a los héroes

18.

Rey de Cilene, te saludo: hoy quiere
mi corazón cantarte, a ti, a quien Maia,
de haberse undio al fuerte hijo de Cronos,
parió en las cumbres.

19.

Dejad la isla de Pélope, y venid,
hijos audaces de Zeus y de Leda,
apareceos, propicio el corazón,
Cástor y Pólux,

Que recorréis la ancha tierra y el mar,
montados en caballos velocísimos,
y sin esfuerzo apartáis de los hombres
la triste muerte,

Cuando saltáis al tope de la nave,
clareando en las trozas a distancia,
e ilumináis en la noche doliente
el buque negro.

20.

Río el mas bello, junto a Ainos
desaguas en el mar azul de púrpura,
después de atravesar, roncando, el suelo
de Tracia, rica en potros,
y van muchas muchachas a explorarte,
y con mimosas manos en sus muslos,
tu agua maravillosa, como un óleo,
se encantan derramando.

21.

...y turbó el corazón de Helena de Argos
dentro del pecho, y loca por el hombre
de Troya, ella por mar al falso huésped
acompañó en la nave,

dejando en casa a su hija abandonada
y el abrigado lecho de su esposo,
y es que su corazón la convenció
de que amor cediera,

de Dione y Zeus por la hija...
...la negra tierra guarda a muchos
de sus hermanos, caídos por Helena
en el llano de Troya,

y dieron en el polvo muchos carros
y muchos combatientes de ojos negros
fueron pisoteados, y al estrago
Aquiles se entregaba.

22.

Se cuenta, Helena, que un dolor amargo
los pecados de Príamo y sus hijos
castigó por tu causa, y que incendió
Zeus la sagrada Ilión.

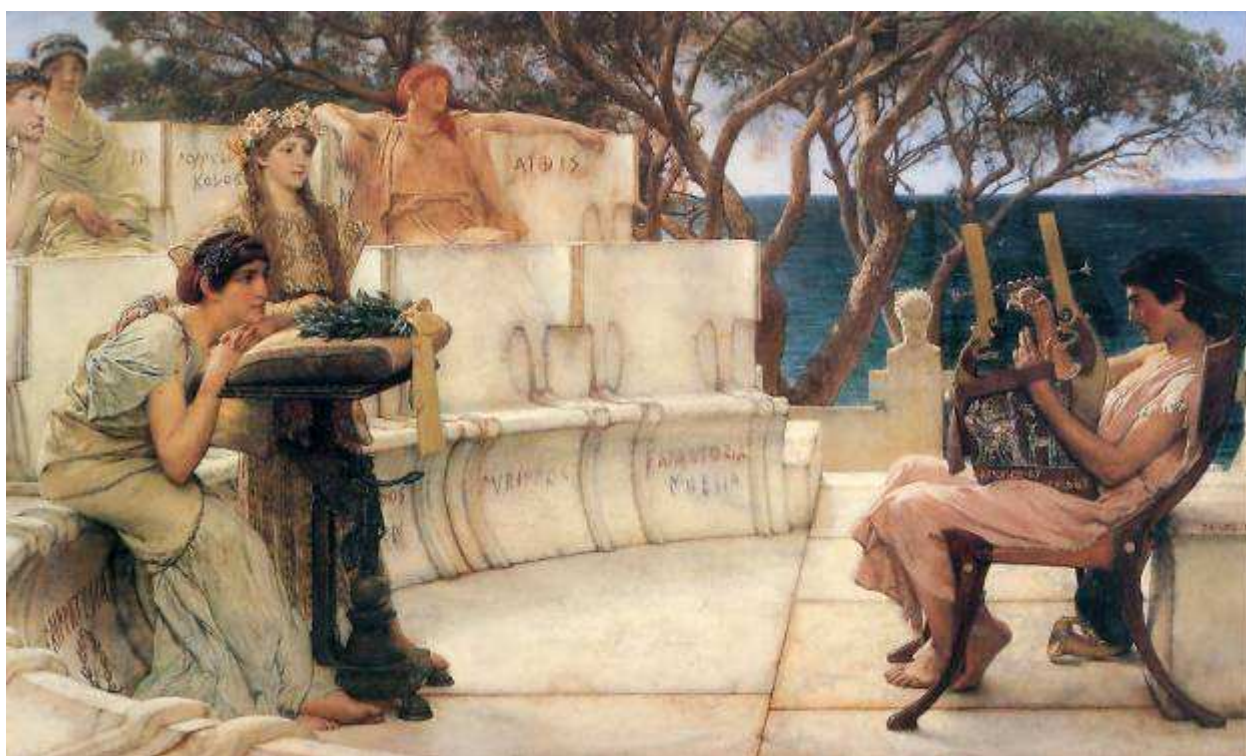
No fue así la muchacha delicada
que el noble hijo de Eaco, convocando
a todos los felices a la boda,
del techo de Nereo

llevó a la casa de Quirón; y el cinto
soltó de la doncella pura; y fértil
fue el amor de Peleo y de la egregia
Nereida, pues al año

tuvo ella un hijo, un fuerte semidiós,
de yeguas bayas conductor feliz;
y los frigios, en cambio, y su ciudad
murieron por Helena.

23.
¡Pura Safo,
de coronas violeta,
de sonrisa de miel!

© FERRATÉ, J. *Líricos griegos arcaicos*. Sirmio. Barcelona. 1991



Safo y Alceo, óleo de Lawrence Alma-Tadema (1881)

FRAGMENTOS DE ALCEU EM PORTUGUÊS

Traduções de Celeste C. Dezotti

O vinho

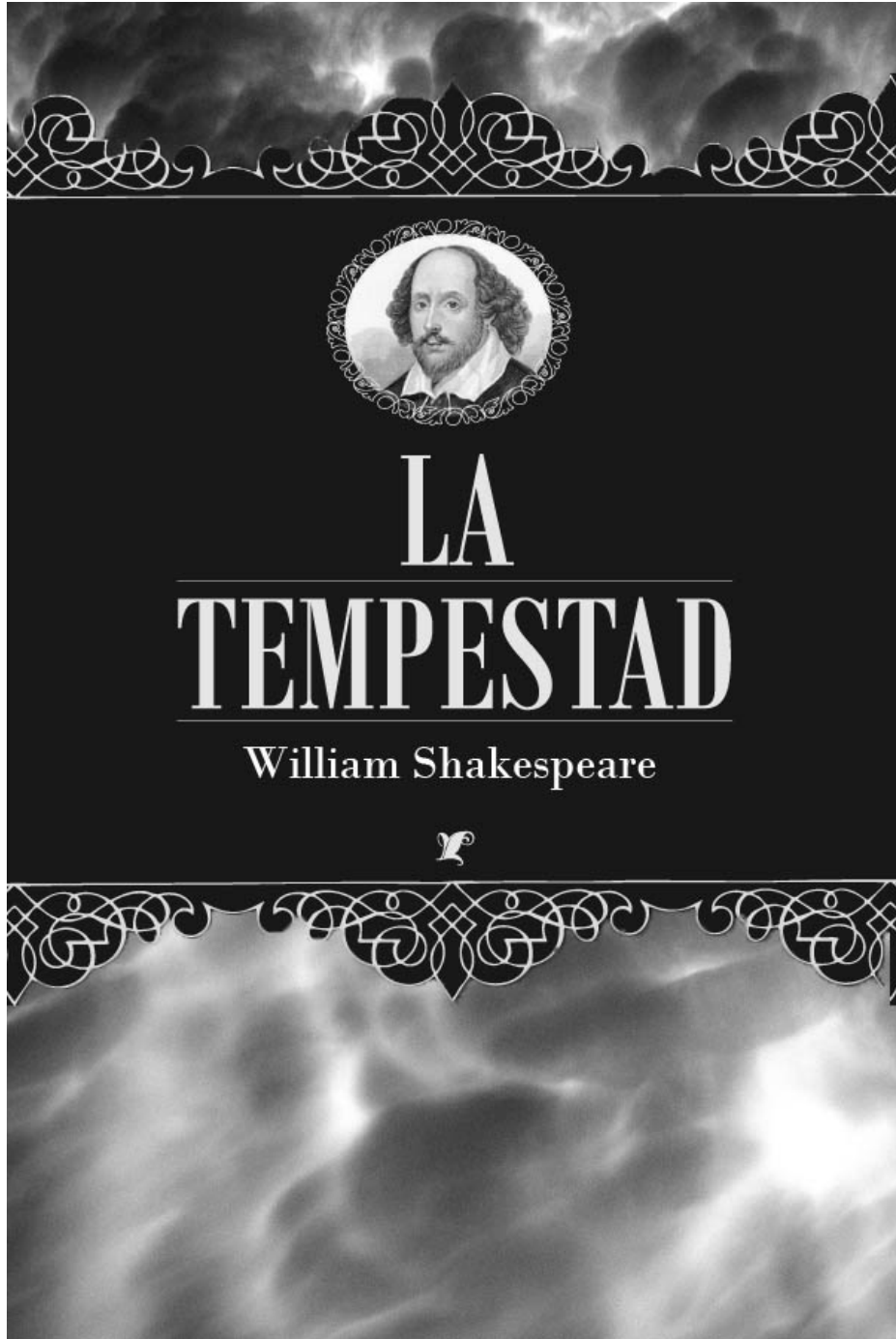
Bebamos! Por que aguardarmos as lucernas? Já só há
um palmo de dia. Retira, célere, dos pregos, as grandes taças.
O vinho que dissipa aflições, doou-o aos homens o filho
de Zeus e de Sêmele. Deita-o nas taças, uma parte para duas
cheias até a borda, e que um cálice
empurre o outro.

Alc. *Fr.* 346 Lobel-Page

Fr. 35

Não se deve entregar o coração a coisas ruins
pois nada lucraremos entristecendo-nos,
ó Baco, e o melhor remédio
é mandar que nos tragam vinho para nos embriagarmos.

Alc. *Fr.* 35 Bergk



PRÓSPERO [*aparte a ARIEL*]

De maravilla, diligente. Serás libre.

ALONSO

¿Quién ha entrado en laberinto semejante?
Todo esto lo ha guiado algo más
que la naturaleza. Algún oráculo
nos dará una recta explicación.

PRÓSPERO

Majestad, no turbéis
vuestro ánimo insistiendo en lo extraño
de este asunto. Escogeremos el momento,
que será pronto, y a solas os explicaré,
con todo fundamento, cada uno
de los sucesos acaecidos. Mientras,
alegraos y pensad bien de todos ellos. –
[*Aparte a ARIEL*] Ven, espíritu. Libera a Calibán
y sus compinches. Deshaz el hechizo.

Sale ARIEL.

¿Estáis bien, señor? Aún quedan
de los vuestros algunos tipos raros
que no recordáis.

Entra ARIEL, empujando a CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO, vestidos con las prendas robadas.

ESTEBAN

Cada cual por los demás y nadie a lo suyo, que todo es la suerte. ¡*Coraggio*, buen monstruo, *coraggio*!

TRÍNCULO

Si mis faros no me engañan, lo que veo es estupendo.

CALIBÁN

¡Ah, Setebos! ¡Qué hermosos espíritus!
¡Y cómo viste mi amo! Me temo
que va a castigarme.

SEBASTIÁN

¡Ja, ja! ¿Quiénes son éstos, Antonio?
¿Se compran con dinero?

ANTONIO

Seguramente. Uno de ellos
es bien raro y, sin duda, muy vendible.

PRÓSPERO

Señores, ved la librea de estos hombres
y decid si son honrados. Y este contrahecho
tenía por madre a una bruja poderosa
que dominaba la luna, causaba el flujo
y el reflujo, y la excedía en poderío.
Los tres me han robado, y este semidiablo,
pues es bastardo, tramó con ellos
quitarme la vida. A estos dos los conocéis,
pues son vuestros; este ser de tiniebla es mío.

CALIBÁN

Me pellizcarán hasta la muerte.

ALONSO

¿Éste no es Esteban, el dispensero borracho?

SEBASTIÁN

Borracho sí está. ¿De dónde sacó el vino?

ALONSO

Y Trínculo está para dar vueltas.
¿Dónde habrán hallado el elixir que los transmuta? –
¿Tú cómo te has metido en este enjuague?

TRÍNCULO

Tanto me he enjuagado desde la última vez que os vi que me he empapado hasta los huesos. En esta sal muera estaré bien conservado.

SEBASTIÁN

¿Cómo estás, Esteban?

ESTEBAN

No me toquéis. No soy Esteban; soy un calambre.

PRÓSPERO

¿Y tú querías ser el rey de la isla?

ESTEBAN

Habría sido un dolor de rey.

ALONSO *[indicando a CALIBÁN]*

Es el ser más extraño que he visto.

PRÓSPERO

Y tan deforme en su conducta
como lo es en su figura. - Tú, vete a mi celda
y llévate a tus compinches. Si esperas
mi perdón, déjala bien arreglada.

CALIBÁN

Sí, lo haré. Y seré más sensato,
y pediré clemencia. - ¡Si fui tonto de remate
al tomar a este borracho por un dios
y adorar a este payaso!

PRÓSPERO

¡Vamos, en marcha!

ALONSO

¡Fuera, y dejad esos trapos donde los encontrasteis!

SEBASTIÁN

O más bien robasteis.

[*Salen* CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO.]

PRÓSPERO

Señor, os invito a vos y a vuestro séquito
a mi celda, donde descansaréis
por esta noche, parte de la cual emplearé
en contaros lo que creo que la hará
pasar muy pronto: la historia de mi vida
y los distintos sucesos que acaecieron
desde que llegué a esta isla. Por la mañana
os llevaré a vuestro navío, y después,
a Nápoles, donde espero ver celebradas
las bodas de nuestros amados hijos;
de allí pienso retirarme a Milán, donde
una de cada tres veces pensaré en mi tumba.

ALONSO

Anhelo oír vuestro relato; sin duda
sonará asombroso.

PRÓSPERO

Os lo contaré todo,
y os prometo mar en calma, vientos propicios
y tan pronta travesía que alcanzaremos
a la escuadra real, ahora distante. -
Mi Ariel del alma, encárgate: Después,
sé libre en el aire y adiós. - Dignaos entrar.

Salen todos [menos PRÓSPERO].

EPÍLOGO

PRÓSPERO

Ahora magia no me queda
y sólo tengo mis fuerzas,
que son pocas. Si os complace,
retenedme aquí, o dejadme
ir a Nápoles. Con todo,
si ya el ducado recobro
tras perdonar al traidor,
no quede hechizado yo
en la isla, y de este encanto
libradme con vuestro aplauso.
Vuestro aliento hinche mis velas
o fracasará mi idea,
que fue agradar. Sin dominio
sobre espíritus o hechizos,
me vencerá el desaliento
si no me alivia algún rezo
tan sentido que emocione
al cielo y excuse errores.
Igual que por pecar rogáis clemencia,
libéreme también vuestra indulgencia.

Sale.

cargado de provisiones, como si hubiera carestía en San Francisco, ignoraba que fueran una forma de decirme a mí mismo que volvería a mi tierra, a mi propio mar, más benigno, con una playa plácida, más domesticada; a mi propio faro, menos espectacular y menos sufrido.

Hasta entonces había evitado pensar en mi tierra porque mi tierra no era únicamente la casa donde estoy ahora ni este paisaje de confines. Algunos de aquellos días en que iba al faro de Point Reyes debía afrontar qué más era mi tierra. En el asiento contiguo al volante tenía unas piedras que había cogido y pensaba que podría llevarlas a Irlanda.

Mi tierra eran las tumbas donde yacen mis muertos, en las afueras de la ciudad de Enniscorthy, junto a la carretera de Dublín. Allí no podía enviar paquetes, ni pinturas y litografías firmadas y envueltas en plástico de burbuja, con las señas del remitente en el reverso. Los objetos de ese tipo no servirían de nada. Esa tierra poblaba mis sueños y mis horas de vigilia más que cualquier otra variante de mi tierra. Soñaba con depositar una piedra sobre cada una de esas tumbas, como hacen los judíos, del mismo modo que los católicos ponen flores. Sonreía al pensar que en el futuro un arqueólogo encontraría esas sepulturas, estudiaría los huesos y la tierra que los rodeaba, escribiría un artículo sobre la presencia de esas piedras sueltas, piedras gastadas por las olas del Pacífico, y cavilaría sobre qué locura, qué motivos, qué tiernas necesidades habían llevado a alguien a transportarlas tan lejos.

Mi tierra eran asimismo dos casas que ellos me dejaron al morir y que vendí en pleno boom de este pequeño país tan extraño, cuando los precios se elevaron como Ícaro, el hijo de Dédalo, quien le avisó de que no se acercara demasiado al sol ni al mar; Ícaro desoyó la advertencia y las alas se le derrieron por el radiante calor del sol. La venta de las dos casas me ha dado libertad, como si esa palabra significara algo, de modo que por muchos años que viva no tendré que volver a trabajar. Y a lo mejor tampoco tenga que preocuparme

Virgilio

Bucólicas

Traducción de
Fray Luis de León

Edición de
Antonio Ramajo



CLÁSICOS
CASTALIA
POESÍA
SIGLO I a.C.

EGLOGA PRIMERA

TÍTIRO Y MELIBEO

- I MEL. Tú, Títiro, a la sombra descansando
desta tendida haya, con la avena
el verso pastoril vas acordando.
- II Nosotros, desterrados; tú, sin pena,
5 cantas de tu pastora, alegre, ocioso,
y tu pastora el valle y monte suena.
- III TÍT. Pastor, este descanso tan dichoso
dios me le concedió, que reputado
será de mí por dios aquel piadoso,
- IV 10 y bañará con sangre su sagrado
altar muy muchas veces el cordero
tierno, de mis ganados degollado.
- V Que por su beneficio soy vaquero,
y canto, como ves, pastorilmente
15 lo que me da contento y lo que quiero.
- VI MEL. No te envidio tu bien; mas grandemente
me maravillo haberte sucedido
en tanta turbación tan felizmente.
- VII Todos de nuestro patrio y dulce nido
20 andamos alanzados; vesme agora
aquí cuál voy enfermo y dolorido,

- VIII y guío mis cabrillas. Y esta que hora
 en medio aquellos árboles parida,
 ¡ay!, con lo que el rebaño se mejora,
- IX 25 dejó dos cabritillos, dolorida,
 encima de una losa, fatigado,
 de mí sobre los hombros es traída.
- X ¡Ay triste!, que este mal y crudo hado,
 a nuestro entendimiento no estar ciego,
30 mil veces nos estaba denunciado.
- XI Los robles lo decían ya con fuego
 tocados celestial, y lo decía
 la siniestra corneja desde luego.
- XII Mas tú, si no te ofende mi porfía,
35 declárame, pastor, abiertamente
 quién es aqueste dios de tu alegría.
- XIII Tít. Pensaba, Melibeo, neciamente,
 pensaba yo que aquella que es llamada
 Roma no era en nada diferente
- XIV 40 de aquesta villa nuestra acostumbrada,
 adonde las más veces los pastores
 llevamos ya la cría destetada.
- XV Así con los perrillos los mayores,
 así con las ovejas los corderos,
45 y con las cosas grandes las menores
- XVI solía comparar; mas los primeros
 lugares, con aquella comparados,
 son como dos extremos verdaderos,

- XVII que son de Roma ansí sobrepujados,
50 cual suelen del ciprés, alto y subido,
 los bajos romerales ser sobrados.
- XVIII MEL. Pues di: ¿cuál fue la causa que, movido,
 a Roma te llevó? TÍT. Fue libertarme;
 lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.
- XIX 55 Que, al fin, la libertad quiso mirarme
 después de luengo tiempo, y, ya sembrado
 de canas la cabeza, pudo hallarme,
- XX después que Galatea me ha dejado,
 y soy de la Amarilis prisionero,
60 y vivo a su querer todo entregado.
- XXI Que, en cuanto duró aquel imperio fiero
 en mí de Galatea, yo confieso
 que ni curé de mí ni del dinero.
- XXII Llevaba yo a la villa mucho queso;
65 vendía al sacrificio algún cordero,
 mas no volvía rico yo por eso.
- XXIII MEL. ¡Y esto fue aquel semblante lastimero
 que tanto en Galatea me espantaba!;
 ¡esto, por que llamaba al cielo “fiero”!
- XXIV 70 ¡Esto, por que tristísima dejaba
 la fruta sin coger en su cercado,
 pues Títiro, su bien, ausente estaba!
- XXV Tú, Títiro, te habías ausentado;
 los pinos y las fuentes te llamaban,
75 las yerbas y las flores deste prado.

XXVI TÍT. ¿Qué pude? Que mil males me cercaban,
y allí para salir de servidumbre
los cielos más dispuestos se mostraban.

XXVII Que allí vi, Melibeo, aquella cumbre,
80 aquel divino mozo por quien uno
mi altar en cada mes enciende lumbre.

XXVIII Allí primero dél que de otro alguno
oí: “Paced, vaqueros, libremente,
paced como solía cada uno”.

XXIX 85 MEL. Por manera que a ti perpetuamente
te queda tu heredad, ¡oh bienhadado!,
aunque pequeña, pero suficiente.

XXX Bastante para ti, demasiado,
aunque de pedregal y de pantano
90 lo más de toda ella está ocupado.

XXXI No dañará el vecino grey mal sano
con males pegadizos tu rebaño,
ni hará que tu trabajo salga vano.

XXXII No causará dolencia el pasto extraño
95 en lo preñado dél, ni en lo parido
las yerbas extranjeras harán daño.

XXXIII Dichoso poseedor, aquí tendido,
del fresco gozarás junto a la fuente,
a la margen del río do has nacido.

XXXIV 100 Las abejas aquí continuamente,
deste cercado hartas de mil flores,
te adormirán sonando blandamente.

- XXXV Debajo el alta peña sus amores
 el leñador aquí, cantando al viento,
105 esparcirá; y la tórtola, dolores.
- XXXVI La tórtola, en el olmo haciendo asiento,
 repetirá su queja, y tus queridas
 palomas sonarán con ronco acento.
- XXXVII TÍT. Primero los venados las tendidas
110 lagunas pacerán, y el mar primero
 denegará a los peces sus manidas,
- XXXVIII y beberá el germano y parto fiero
 trocando sus lugares naturales
 el Albi, aquéste, el Tigri, aquél ligero;
- XXXIX 115 primero, pues, que, aquellas celestiales
 figuras de aquel mozo, de mi pecho
 borradas, desaparezcan las señales.
- XL MEL. Nosotros, pero, iremos con despecho:
 unos a los sedientos africanos,
120 otros a los de Scitia, campo estrecho,
- XLI y otros a los montes y a los llanos
 de Creta, y, del todo divididos
 de nuestra redondez, a los britanos.
- XLII Después de muchos días ya corridos,
125 ¡ay!, si avendrá que viendo mis majadas,
 las pobres chozas de paternos nidos;
- XLIII después de muchas mieses ya pasadas,
 si, viéndolas, diré maravillado:
 “¡Ay, tierras, ay dolor, mal empleadas!”

- XLIV 130 ¿Tan buenas posesiones un soldado
 maldito y tales mieses tendrá un fiero?
 ¡Ved para quién hubimos trabajado!
- XLV Ved a cuán miserable y lastimero
 estado a los cuitados ciudadanos
135 condujo el obstinado pecho entero.
- XLVI Ve, pües, Melibeo, y con tus manos
 en orden pon las vides, y curioso
 enjiere los perales y manzanos.
- XLVII Andad, ganado mío, ya dichoso;
140 dichosas ya en un tiempo, id, cabras mías,
 que ya no cual solía, alegre, ocioso,
- XLVIII ni estando ya tendido en las sombrías
 cuevas os veré lejos ir paciando,
 colgadas por las peñas altas, frías.
- XLIX 145 No cantaré; ni yéndoos ya paciando,
 vosotras ni del cítiso florido
 ni del amargo sauce iréis comiendo.
- L TÍT. Podrías esta noche aquí tendido
 en blanda y verde hoja dar reposo
150 al cuerpo flaco, al ánimo afligido.
- LI Y cenaremos bien, que estoy copioso
 de maduras manzanas, de castañas
 enjertas y de queso muy sabroso.
- LII Y ya las sombras caen de las montañas
155 más largas y convidan al sosiego;
 y ya de las aldeas y cabañas
 despide por los techos humo el fuego.

hic haedos depone, tamen ueniemus in urbem.
Aut si nox pluuiam ne colligat ante ueremur,
cantantes licet usque (minus uia laedet) eamus;
65 cantantes ut eamus, ego hoc te fasce leuabo.

MOERIS

Desine plura, puer, et quod nunc instat agamus;
carmina tum melius, cum uenerit ipse, canemus.

ÉGLOGA NONA

LÍCIDAS, MERIS

- I LY. ¿A dó, Meri, los pies te llevan hora?
 ¿Por caso vas a do va este camino?
 ¿Por ventura a la villa vas tú agora?
- II ME. ¡Oh, Lícida!, por nuestro mal destino,
 5 habemos a ver vivos allegado
 lo que en el pensamiento nunca vino:
- III a que nos diga un malo, apoderado
 de nuestras heredades, sin mesura:
 “Id fuera, que esto todo a mí me es dado”.
- IV 10 Y ansí –¡que se le vuelva en desventura!–
 le envío, triste, agora estos corderos,
 pues todo lo trastorna la ventura.
- V LY. Oyera yo que desde los oteros,
 de do vienen las cumbres y collados,
 15 hasta del haya y agua los linderos,
- VI que todos estos pastos y sembrados,
 por medio de su verso y poesía,
 fueron a tu Menalca conservados.
- VII ME. Oiríaslo, que ansina se decía;
 20 mas versos entre armas pueden tanto
 como contra el león el ciervo haría.

- VIII Y, si ya la corneja con su canto
a fenecer los pleitos como quiera
no me inclinara de continuo tanto,
- IX 25 si desto ya avisado no estuviera,
por cierto ten que, agora, ni este amigo
tuyo ni mi Menalca vivo fuera.
- X LY. ¡Ay!, ¿cabe tal maldad ni en enemigo?
 ¡Ay!, casi nuestras fiestas acabadas,
30 Menalca, y nuestros gozos ya contigo.
- XI ¿Quién hiciera en las fuentes enramadas?
 ¿Quién cantara a las ninfas de continuo?
 ¿Quién sembrara con flores las majadas?
- XII ¿O los versos que ayer con arte y tino
35 a la Amaril hurté calladamente,
 cuando conmigo a solazarse vino?:
- XIII “Títiro, en cuanto vuelvo prestamente
 las cabras apacienta, y, en paciendo,
 llévalas a la pura y fresca fuente.
- XIV 40 Llévalas, y, al llevar, ten cuenta yendo
 no enojos al cabrón, porque, enojado,
 yere mal con el cuerno acometiendo”.
- XV ME. O lo que para Varo, no acabado,
 mas lleno de primor y de dulzura,
45 cantaba, deleitando monte y prado:
- XVI “Los cisnes tu loor –si Mantua dura;
 si Mantua, de Cremona, ¡ay!, mal vecina–,
 cantando subirán en grande altura”.

- XVII LY. Así huya tu enjambre de malina
50 árbol; así las ubres tu vacada
con pasto bueno extienda a la contina,
- XVIII di, si te acuerdas de algo, que me es dada
la flauta a mi también, y de mi canto
dicen que a los pastores mucho agrada.
- XIX 55 Bien que no les doy fe, ni daré [en] cuanto
no merezco de Varo ser oído,
mas, como entre los cisnes ánsar, canto.
- XX ME. En eso mismo estoy embebecido,
si pudiese tornallo a la memoria;
60 que no merece ser puesto en olvido:
- XXI “¿Qué pasatiempos hallas, o qué gloria
en las ondas? ¡Oh, aquí ven, Galatea,
a do de sus esmaltes hace historia,
- XXII a do el verano bello hermosea
65 y pinta la ribera, pinta el prado,
y todo en derredor cuanto rodea!
- XXIII Aquí el álamo blanco, levantado,
hace sombra a la cueva deleitosa,
aquí teje la vid verde sobrado;
- XXIV 70 aquí hace la vid estancia umbrosa,
aquí, pues, ven ya y deja que en la arena
golpee a su placer la mar furiosa”.
- XXV LY. ¿Y lo que yo te oyera una serena
noche? Que, si los versos hora olvido,
75 su tono en mis orejas siempre suena:

- XXVI “Dafni, ¿qué miras, todo convertido
a los antiguos signos? Que más bella,
que otra más bella luz ha parecido.
- XXVII Mira cuál sale y sube la alta estrella
80 de César, con la cual se goza el trigo,
y las uvas colora en la vid ella.
- XXVIII Enjiere con aquesta luz que digo,
enjiere, Dafni, los perales luego;
tus nietos cogerán el fruto amigo”.
- XXIX 85 [ME] Todo lo lleva el tiempo, y aun el fuego
del gusto y del sentir; que yo solía
largos soles pasar en canto y juego.
- XXX Y agora, ya gastada el alma mía,
endemás de mil versos que me olvido,
90 la voz misma me huye y se desvía.
- XXXI Primero de los lobos visto he sido;
mas cien veces aquesto todo arreo
te será por Menalca referido.
- XXXII LY. Con achaques dilatas mi deseo,
95 y el mar se calla agora sosegado,
y ni resuena el viento, según veo.
- XXXIII Sus murmullos los aires han echado,
y éste es el medio espacio, que aparece
adonde el Bíanor está enterrado.
- XXXIV 100 Aquí sentados, pues, si te parece,
cantemos; aquí asienta los corderos,
que en la villa estarás cuando anochece.

XXXV Y, si temes algunos aguaceros
 al venir de la noche, así, cantando,
105 iremos más alegres y ligeros.

XXXVI El camino el cantar irá aliviando,
 y yo te aliviaré de aqueste peso,
 porque cantemos yendo caminando.

XXXVII ME. Pon, Lícida, ya fin a este proceso;
110 hagamos lo que hacemos de presente;
 que el tiempo y la sazón de todo eso
 es cuando aquel tornare a estar presente.